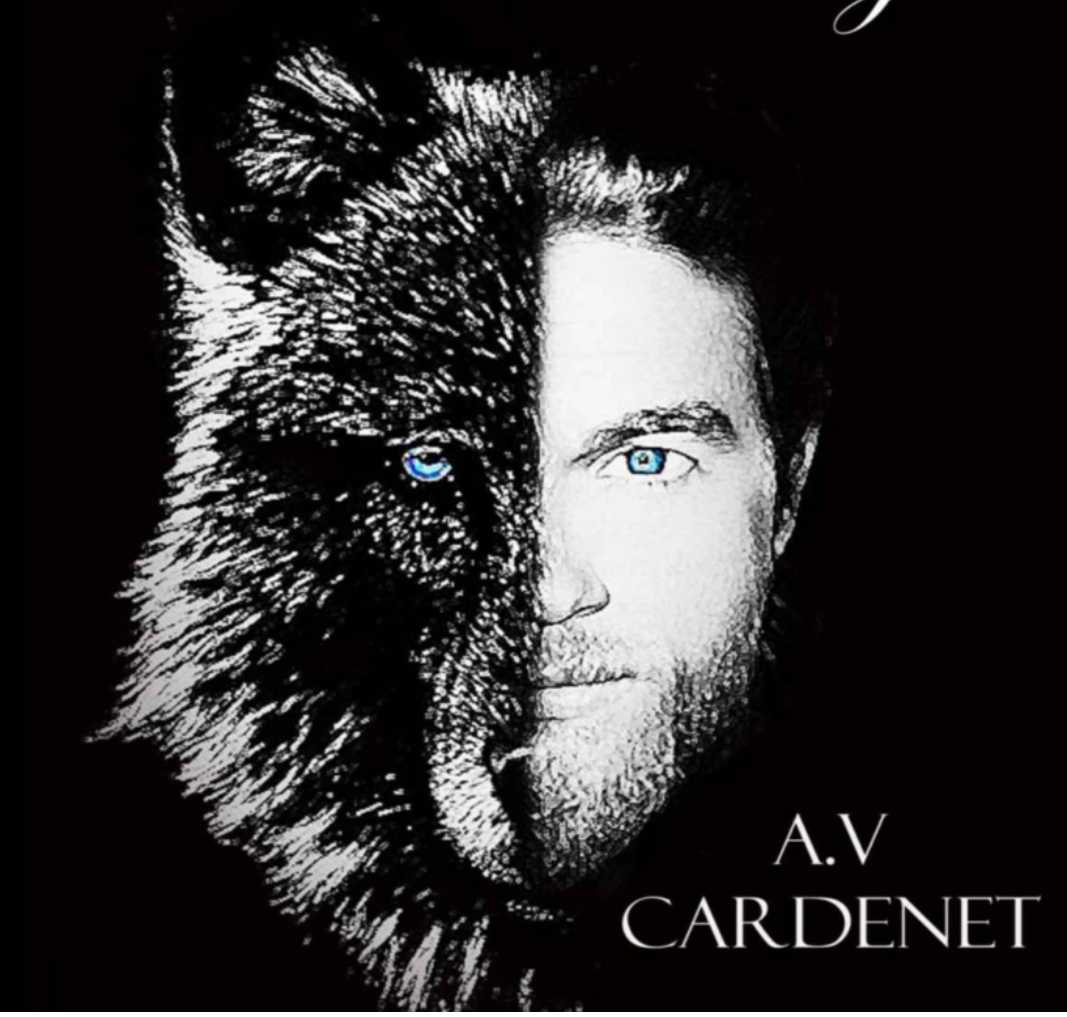
EL CORAZÓN

del lobo negro



A.V
CARDENET

A.V.CARDENET

El CORAZÓN DEL LOBO NEGRO

A mi maravillosa madre, por su apoyo incondicional e irrefutable pasión por la novela. Gracias a mi hermano, por su provechosa imaginación bélica y su intervención en algunos capítulos.

Y por último, a mi amor, por estar siempre ahí y creer en mí incondicionalmente.

Prólogo

En plena expansión del reino de noruego, el rey heraldo de Dinamarca trató de imponer sobre todas las tribus normandas el cristianismo. La influencia de la iglesia, pretendía inmiscuirse en la antigua tradición vikinga del panteón nórdico. Una tradición sagrada que adoraba a los legendarios dioses Thor, Odín y Freyr; dioses de la guerra, la sabiduría y el amor. Muchas de las aldeas que ocupaban gran parte de la costa sur danesa, se negaron a transformarse a la nueva religión y renunciar al paganismo.

Después de una terrible ofensiva y tras finalizar la guerra Harek Loodrack fue coronado como el rey de la rebelión. Lo apodaron como el águila de sangre, por su terrible y despiadado coraje en batalla. Tras la cruenta guerra, le fue concedida una enmienda en la que se le permitía a él y a las cinco tribus bajo su dominio, poder profesar su religión sin que ello causase más sediciones. Con el paso de los años y el reinado de Loodrack, nadie volvió a inmiscuirse en el panteón nórdico y la tranquilidad reinó en aquellos reinos.

A medida de las décadas transcurrieron, esa alianza fue quebrándose. Y mientras que el imperio anglosajón, formado por los principales reinos de Wessex, Northumbria, Deria y Mercia, mantenía la mirada fija al otro lado del mar, sobre el imperio francés. Todas las islas de la costa oeste inglesa permanecían desamparadas ante las constantes e incesables intorsiones vikingas.

La ferocidad de los ataques de los "*nordmanni*" aterreraba y cohibía a todos los reinos costeros desprotegidos por su rey. Y mientras el soberano desoía sus suplicas, los condes Lorrick McLeod, de la isla de Iona y Connor Wood, de la isla de Mull, confabularon a su espalda una nueva alianza. Una unión que les garantizaría a ambos paz, poder y protección ante los ataques enemigos.

Capitulo 1

Inglaterra, siglo XI. Bahía de Iona.

Ammie sintió como sus piernas flaqueaban ante la inesperada noticia. A la vez que una inconmensurable desazón se apoderaba súbitamente de su cuerpo adueñándose de su entereza. Su mundo, tal y como ella lo conocía, se desvanecía como un castillo de arena ante el fuerte viento del desierto.

Había sido condenada al infierno, junto al mismísimo diablo.

–Tu destino es estar al lado del conde Connor Wood –repitió su padre con voz firme y contundente.
–No puede ser cierto lo que estoy oyendo… –susurró Ammie consternada para sí misma.
–Es lo mejor para ti y para el reino.
–Padre, ese hombre tiene quince años más que yo –rehusó–. No puede ser lo mejor ni para mí ni para nadie.
–Estoy velando por tu porvenir, hija mía. Tal y como un buen padre debe hacer. –Lorrick caminaba de un lado al otro de la sala cada vez más molesto–. Y al parecer, no sabes apreciarlo igual que yo.
–Mi porvenir… –Una mueca de indignación transfiguró su rostro–. ¿Ese es el futuro que deseas para mí? ¿Un matrimonio de conveniencia exento de amor?
McLeod se detuvo para mirar fijamente el hermoso rosto de su hija. En el intenso ámbar de sus ojos se reflejaba la desesperación.

–Sí, ese el prospero futuro que deseo para mi hija y para este reino. Aprenderás a quererlo y respetarlo. Connor es un buen hombre.

La noticia la había desencajado totalmente. Deseaba llorar, gritar y patalear como una niña.

–Estas rompiendo la promesa que le hiciste a madre…
Su padre giró sobre sus pies, furibundo.
–¡Como te atreves a decir eso! –Ammie contuvo el aire y retrocedió un paso ante el estruendoso bramido de su padre–.Prometí criarte y cuidarte como a una reina. –Su gesto se endureció ante la irritación–. ¡Y así ha sido! ¿Acaso tienes queja? Te he dado todo cuanto tengo. ¡Todo! –Se detuvo a pocos centímetros de ella–. Y ahora, necesito que seas tú la que corresponda como tal.

Obligarla a “corresponder” a ese hombre la asqueaba profundamente. Las palabras de su padre la condenaban a un futuro exento de felicidad, muy lejos de su hogar. Y no podía permitirlo.

–Nunca seré feliz al lado de ese hombre. –Le recordó tratando de ablandar su corazón–. Es cruel e injusto con su pueblo. Tan solo respeta su palabra y la impone ante todo. ¿Quién dice que será bueno conmigo?
–Él te cuidará más o mejor que yo –respondió a sabiendas–. Un enlace con el conde Wood garantizaría la paz de nuestros reinos y la unión de las islas de Iona y Mull. –Se detuvo de forma presuntuosa y la miró–. Además de concederme poder…. –La palabra vibró enfáticamente en su paladar–. El mundo, es un inmenso océano movido por las incesantes olas del poder. Nunca lo olvides.
–¿Poder? ¿Ese es mi precio?
–No, ese es tú futuro –alegó velozmente–. Tus hijos serán los soberanos de ambos reinos algún día. Hija mía, debes comprender que hay más cosas en juego, a parte del “amor” del que tanto hablas –eludió aborrecido–. ¡Además! No sé de dónde has sacado esas disparatadas historias sobre el conde Wood. Si de algo estoy seguro, es que serás feliz y que nunca te faltara nada.

Antes de poder rehusar sus palabras, sintió como Doreen posaba la mano sobre su hombro deteniéndola. Al mirarla, vio los bondadosos de su anciana dama mirarla con preocupación.
Suspiró pesadamente rindiéndose ante la decisión de su padre. Era tan evidente la irrevocabilidad de sus palabras que tan solo podía callar y acatar.
Discutir era absurdo e innecesario, la decisión ya estaba tomada.

–Padre, necesito pedirte algo. –Estaba decidida a negociar.
–Lo que desees, con tal de que aceptes a Connor como tu futuro esposo.
–Quiero ver al sacerdote Lore antes del enlace.
Instantáneamente los ojos de su padre se entornaron desconfiados. Trataba de averiguar los verdaderos motivos del ese inesperado viaje. Pero la verdad era obvia. Necesitaba rehuir de algún modo.
–No te refugiaras en la casa de Dios para eludir tu deber. –Lleno de recelo, pasó una mano por su espesa barba.
–No lo haré –aclaró–. Cumpliré mi palabra, si tú cumples la tuya.
–¿Porque ese y no otro? –los inquisitivos ojos de su padre rebuscaros escépticos la verdadera respuesta–. El monasterio de Mull está muy lejos de aquí…
–Es mi única condición –exigió Ammie desviando la mirada–. Tan solo

quiero encontrar la paz y serenarme antes del enlace. Necesito hablar y escuchar el sabio consejo del padre Lore.
Se hizo un espeso silencio entre ambos mientras su padre, Lord Lorrick McLeod de Duart, sopesaba el trato. La tristeza que inundaba sus ojos, irradiaba a través de todo su cuerpo doblegándola ante la desconsolación.
–Pues que así sea. –El aire lleno de tensión que los rodeaba se enfrió notablemente–. Te daré diez días para sosegar tu alma junto al padre Lore. Pero transcurrido ese tiempo, volverás para casarte con Wood.

Con estas palabras su padre abandonó el gran salón dejándola desolada, sin opción y sin réplica. Tenía diez días para convencer a su alma de que Connor Wood era la mejor opción para su corazón. Diez días para recomponerse y asimilar que ahora su futuro, estaba marcado por un matrimonio asignado por "poder".

La unión y la alianza de ambos reinos, era tan crucial e importante para su padre, que había olvidado el amor que sentía por ella. Su hija.
Todo su alrededor se derrumbaba estrepitosamente como un frágil castillo de arena. El viento soplaba arruinando inevitablemente las débiles defensas de su corazón mientras su troncada libertad bramaba encolerizada.
Había sido abandonada por su propio padre, a un porvenir injusto al lado de un hombre al que no amaba. No sabía lo que era el amor, pero si algo tenía claro, era que al lado de ese hombre tampoco lo descubriría.
Aceptando esa inquebrantable propuesta, había puesto un precio muy alto a su afecto. Un afecto que jamás entregaría a ningún hombre, por muy noble que fuese, al que no amase y al que no desease.
Decidida miro a Doreen y salió de la habitación a toda prisa.
–¿Dónde vas? Ammilie, debes tranquilízate
–Voy a ver al padre Lore.
–¿Ahora? –Doreen abrió los ojos estupefacta.
–Sí, ahora. –Sujetando su vestido con fuerza, aligeró el paso–. Aquí, entre estos fríos muros no puedo pensar con claridad.
No esperaría al alba, esa misma noche embarcaría de camino al monasterio de Mull. Necesitaba apremiantemente alejarse de su hogar y encontrar la paz junto a Dios. En aquel monasterio encontraría la armonía que sus sentidos requerían y desterraría el sosiego que ahora oscurecía su atormentada alma.

****

Loodrack yacía inmóvil en lo alto de la proa, bajo la luz de la luna. Con sus ojos color esmeralda fijamente inmersos en el mar. Desde lo

más alto del cielo, la luna brillaba intensamente de un etéreo y vibrante blanco perla. Durante los largos días de éxodo a través del inmenso océano, todo había transcurrido en un singular y silencioso sosiego. El viento había soplado favorablemente, mientras el mar se mantenía dócilmente en calma. Ningún contratiempo había entorpecido el viaje. Ninguna tormenta había ensombrecido el cielo.

Tan solo los tenues bancos de niebla que oscurecían el horizonte al atardecer y las pequeñas nubes que ocultaban la posición del sol retrasaban levemente su llegada. El pronóstico de Ælla era cierto; Los dioses los acompañaban a través del extenso mar y guiaban firmemente la embarcación en la dirección correcta. Tanto los dioses como las mareas, los acompañaban.

En silencio, oró a dioses por hallar tierra la tierra al otro lado del mar. Sabía que llegado ese punto, Thor guiaría su nave y Odín su espada. Como jefe de su clan debía velar por la gloria y la paz. Durante años había batallado, luchado y sangrado para proteger sus tierras. El tiempo había endurecido su cuerpo y su mente. Había cometido actos terribles y la sangre aún manchaba sus ásperas manos de guerrero. Muchos lo describían como un hombre carente de alma, sin escrúpulos y sin piedad. Capaz de cometer actos que hasta los mismísimos dioses verían atroces. Pero lo cierto era que en su alma, aún resplandecía el fervor de las grandes batallas. Colosales guerras que forjaron los clanes que hoy se extendía a su alrededor. Y a pesar del paso tiempo, proseguían grabadas a fuego en su mente y en las mentes de sus enemigos infundiendo respeto y fervor.

En la lejanía, Olan observaba la enorme e imponente silueta de su padre bañada por la luna. Bajo la brillante luz, resplandecía como un dios. Las historias sobre su padre contaban que los dioses le habían concedido un don para conquistar y gobernar. Pero él sabía que su padre, apodado “El águila de sangre”, podía incluso negociar con los dioses. Había conquistado a las mismísimas Valquirias con sus proezas en batalla y ellas lo protegían y reservaban para él, un lugar digno de un zar en el Valhalla.

Diestro en la batalla, hábil en la estrategia y curtido por las fuertes olas de su existencia. Su padre era sin lugar a dudas, el rey más venerado y admirado que las tierras del norte jamás habían tenido. Los cuatro clanes que los rodeaban lo reverenciaban y aceptaban de buen grado su justo designio. Su reinado había sembrado paz y serenidad sobre todo el territorio, dejando atrás las guerras y la penuria.

Silenciosamente se situó al lado de su padre y observó junto a él la oscura noche, inmerso en los sonidos del mar. Sobre sus cabezas las

esplendorosas velas rojas con el águila de Drone, impulsaban el navío velozmente a tierras lejanas. Y las centelleantes y hermosas estrellas que colmaban el cielo, iluminaban el etéreo océano bañándolo en plata y oro. Su brillo emitía intensos destellos formando señales y sombras ininteligibles en las olas del mar.

Por alguna razón, la inquietud del cielo se deslizaba bajo su piel llenándolo de una inconmensurable expectación.

–Jamás he visto un mar tan en calma… –Su voz se perdió entre las olas del mar.

–Los dioses nos acompañan. Calman la mar y amansan las tormentas. Ellos nos guían con el resplandor de las estrellas. –La profunda voz de su padre vibró en su oído–. Preparan algo glorioso para nosotros, hijo mío.

–¿Estamos cerca verdad? –dedujo Olan sin desviar la mirada del mar–. Lo presiento…

–Así es. Cuando alcancemos tierra, Thor nos brindara su fuerza y Odín su inteligencia. Y Ambos, nos cubrirán de gloria al otro lado del mar.

–Estoy deseando llegar.

Harek esbozo una sonrisa ladina llena de orgullo.

–El mañana, marcará el futuro de un nuevo comienzo, hijo mío. Pero antes debes descansar. –Dio unos leves golpes en el hombro de su hijo–. Las noches son cortas y los días muy largos.

El alba del amanecer siguiente despertó tranquila y luminosa. Desde lo alto de la proa Loodrack miro al cielo. El sol ya se alzaba lentamente sobre las líneas del horizonte. El mar proseguía en calma y el viento favorable. Todos sus hombres permanecían expectantes ante la idea de divisar tierra mientras caminaban de un lado al otro ocupándose del enorme navío. La esperanza se reflejaba en los rostros de todos y cada uno de sus hombres. Como grandes guerreros, permanecían a la espera de la contienda, expectantes por la batalla y ambicionando el jugoso botín.

Asomado por estribor estaba Dregk. Uno de sus mejores hombres, de constitución grande, fuerte y con una peculiar propensión a la pendencia y la batalla. Era un guerrero fiel y honesto. Su honorabilidad y entrega eran dignas de admiración. Su único punto flaco, eran su sarcástico sentido del humor y su charlatanería. Su mente había perdido la facultad de filtrar lo que su boca decía. Y por ello, no había día que no andará metido en peleas. Por suerte, Dregk

era tan grande como su bocaza y sabía perfectamente cómo defenderse. Su hijo Olan y él compartían desde la infancia un estrecho e inquebrantable lazo de fraternidad y camaradería. En la batalla, ambos se resguardaban mutuamente las espaldas.

Dregk tenía una brutal cicatriz que cruzaba su mejilla derecha, fruto de una antigua disputa. Su inevitable afición a las reyertas le dejo una terrible señal que le enseñaría a mantener la quietud de por vida. Desde entonces esa herida, infundía temor a sus enemigos, al igual que el hacha que siempre llevaba consigo como su mejor aliada. Loodrack lo había visto partir hombres con tan solo una estocada de su arma. Por las venas de Dregk corría la sangre de un honorable guerrero que amaba a su familia y su hogar, Drone.

Ocupándose del timón estaba Phorum. Su más fiel guerrero y su mano derecha. Moreno y delgado era la cabeza pensante del grupo. Gozaba un gran sentido de la ética y moralidad, era justo en sus decisiones y cauto en sus actos. En las estrategias de batalla ambos eran implacables. Sus ideas iban más allá de entrar, sisar y usurpar. Sino que también poseía una mente ávida para instruirse en el arte de la guerra y la conquista. La sabiduría de la navegación surcaba sus venas y sus habilidades tácticas eran su mayor fuerte. Quizá no gozaba un dominio impoluto de la espada, pero sí, una mente prodigiosa y sumamente valiosa.

Muy cerca de Dregk estaba Sault. Un luchador innato, con pocas agallas y con un dominio impecable de la espada. Era alto, esbelto y con el cabello rubio, igual que su hermano gemelo Sault. Juntos eran letales e inclementes. Verlos luchar en batalla era comparable a una danza. Un fatídico baile en el que nadie sobrevivía al otro lado de sus espadas. Cual fuera que fuese la batalla en la que luchasen, juntos eran invencibles, pero a la vez, uno era el punto débil del otro. Todo fluiría con normalidad si mantenía a ambos hermanos juntos. Su unión iba más allá de la consanguinidad propia de dos hermanos. Sus almas estaban ensambladas la una con la otra.

Sentado en cubierta, estaba Axecston tallando una punta de flecha. De apariencia mortal y arrogante. Con cabellos negros y ojos grises como una tarde de tormenta. Era un hombre que infundía miedo con la mirada. Su espada negra era leyenda y sembraba el pánico allá donde pasara. Su frialdad y cinismo hacia de él, un hombre realmente temible. Si mirabas en la profundidad de sus ojos grises, estaba vacío. Olan y Sault nunca habían confiado en él, su sombrío y duro carácter chocaba constantemente.

Había perdido a sus padres cuando tan solo tenía once años, en la batalla de Bloodgod. Y desde entonces lo había criado como a un hijo

más. Lo conocía mejor que nadie y comprendía de donde brotaba su violencia. Sabía sin lugar a dudas, que su dolido corazón contenía algo más que ira en su interior. Solo esperaba que el tiempo curase su afligida y derrotada alma, y borrará de su mente los terribles recuerdos que ensombrecían sus pálidos ojos.

Olan decía que la ambición podía corroer hasta el alma más pura y limpia. Y consideraba que la de Axecston, ya estaba perdida. Y cuando un alma vara en el olvido, la codicia la carboniza y consume, como un trozo de madera en el ardiente fuego de la hoguera.

Loodrack emergió de sus pensamientos al escuchar la voz de uno de sus hombres.

–¡Los dioses nos honran con un esplendoroso día de sol! –Dregk abrió ambos brazos en dirección al cielo.

–Y de igual manera, espero que nos bendigan al llegar a tierra con un suculento botín de oro y tesoros –añadió Phorum.

–Eso espero sí. Oro, mucho oro.

–¿Pronto divisaremos tierra? –interrumpió Sault pálido y aborrecido sosteniéndose el abdomen–. Estoy cansado de ver agua y más agua…

–No queda mucho. –Phorum chupó su dedo anular y lo alzó al viento. Tal vez un día, si el viento continua a favor.

–¡Que los dioses te oigan! Un día más en el mar y me tirare a él.

–No será necesario –eludió Harek lleno de quietud.

La impaciencia y la inquietud, sobrecogía a todos sus hombres y la ausencia de tierra entumecía sus cuerpos y sus esperanzas.

Silenciosamente Phorum se apostó a su derecha.

–¿Lo presientes? –Lo miró de soslayo.

–Sí, estamos muy cerca…

Ambos miraron el cielo y tras meditarlo comedidamente Harek habló.

–Traed el cuervo –ordenó a sus hombres–. Creo que esta vez, tendremos más suerte.

Phorum asintió obediente y se alejo a través de la cubierta. –Harek alzó la mirada al otro lado del drakkar.

En la popa del navío, con la mirada perdida en las olas del mar, estaba su hijo Olan. Alto, fuerte y valeroso. De cabello rubio oscuro y perfectas facciones. Era su viva imagen quince años atrás. El azul añil que inundaba sus grandes ojos, eran el legado de su querida esposa

Ælla.

Su hijo, poseía su misma complexión, su misma endereza y una valía digna de un Loodrack. Su presteza, su velocidad y precisión eran letales en combate. Manejaba la espada con una habilidad innata y una celeridad inverosímil. Amaba la contienda y la lucha como un gran guerrero haría. Su corazón poseía todas aquellas cualidades innatas de un rey, honorabilidad, bondad y severidad. Pero por otro lado, su primogénito aún era joven e inconsciente. Y el lobo negro que residía en su interior rehuía de sus órdenes y lo desafiaba constantemente.

Como cualquier hijo, pensó.

Dregk y Phorum regresaron con el cesto que contenía el cuervo negro y lo pusieron a sus pies.

–Espero que no vuelvas pajarraco –musitó Dregk mirando el interior de la jaula–. Si no serás mi cena esta noche.

–¡Que sepas que vas a tener que compartirlo conmigo! –Phorum lo señaló con un dedo inquisitivo y un gesto de burla.

–¡Ni hablar! Yo soy más grande y fuerte, necesito alimentar estos músculos. –Puso sus enormes brazos en jarras–. ¡Tú no tienes un cuerpo como este para mantener!

–Ya claro, claro… –Phorum chasqueó la lengua–. La cuestión es tener una excusa. –Ambos rieron al unisonó.

–¡Soltadlo! –ordenó Loodrack.

Tal y como decía Dregk, si el ave volvía al navío, aún estaban lejos de la tierra. Pero si el animal no regresaba significaba que estaban muy cerca de alcanzar la costa. Tola la tripulación alzó la mirada al cielo en el mismo instante que lo soltaron. El cuervo, alzo el vuelo en la misma dirección que el drakkar y desapareció en el horizonte. En algún lugar en esa dirección había tierra y todos comenzaban a estar ansiosos por alcanzarla.

Al atardecer de ese mismo día, el mar proseguía reposado en un sinuoso silencio. Harek surco el mar detenidamente con la mirada hasta el horizonte. Entorno los ojos al ver una conocida sombra en la lejanía. Al otro lado del inmenso mar, justo delante de sus ojos, se extendían al fin las esperadas tierras inglesas.

–¡Tierra! –exclamó estirando las palabras orgulloso.

Miro a sus hombres por encima de su hombro a la vez que sonreirá.

Todos levantaron la mirada en dirección al mar. En busca de la costa. En busca del descanso de la tierra firme y la gloria de un suculento botín.

–¡Tierra! –gritaron al unisonó sus hombres llenos de alegría.

Con el viento a favor, cuatro días de viaje habían sido suficientes para divisar las costas Inglesas en el horizonte. Tal y como Ælla había previsto los tres drakkar llegarían sanos y a salvo a tierra.

Capitulo 2

Ammie no recordaba lo largo que era el viaje hasta que lo emprendió de nuevo. Llevaba más de un año sin pisar las tierras de Mull. El camino era peligroso para una mujer, así que su padre la había asediado con un batallón de diez hombres para protegerla y vigilarla. Su querida dama Doreen permanecería en Iona junto a su padre, ya que su anciano cuerpecito no sería capaz de aguantar un camino tan largo y agotador. Las hermosas tierras que se extendían a su alrededor eran propiedad de su futuro esposo y esa extraña casualidad, era su única alegría. Cerca de ella siempre tendría al padre Lore y de esa forma podre huir de los asfixiantes muros de Tobermory.

Cabalgaron sin cesar día y noche. Tan solo descansaban el tiempo necesario para recomponerse y volver a emprender el viaje de nuevo. Los guardias la seguían en silencio. El abrumador sigilo de sus pasos tras ella, resultaba realmente asfixiante. Durante el largo viaje apenas comió y apenas durmió. Solo deseaba llegar a su destino. Algo en su interior, la apremiaba e incitaba nerviosamente a llegar al monasterio cuanto antes.

El viaje en barco había sido realmente agotador para sus sentidos, pero a pesar de ello después de desembarcar su esperanza seguía viva en su interior. Cada vez estaba más cerca del sagrado lugar. A medida que cabalgaban a través del bosque, las montañas se duplicaban a su alrededor altas y solemnes y los frondosos senderos se extendían de un intenso verde característico. La humedad del lugar era mayor a medida que avanzaban y el roció de la mañana se colaba entre sus gruesos ropajes, enfriando su entumecido cuerpo.

Un día y medio cabalgando a través de las extensas fue suficiente para divisar el sagrado lugar. Al final del camino, se alzaban los muros del conocido monasterio de Tobermory. Podía ver las pequeñas columnas de humo que surgía al otro lado de las pequeñas murallas.

Espoleo al caballo con fuerza para emprender el camino directo al monasterio. La parsimoniosa guardia a su espalda despertó de su letargo y salió tras ella a galope.

El alivio de ver las puertas abrirse ante ella le produjo una felicidad inaudita, los blasones grises habían anunciado su llegada. Y a las puertas del monasterio, mirándola con sus ojos buenos y bondadosos estaba el sacerdote Lore.

Salto del caballo y abrazó al capellán.

–Padre Lore… –Su cuerpo abatido se descompuso en los brazos del anciano.

–Querida hija, ¿qué ocurre? –Ammie sollozó alarmándolo aún más–. ¿Qué tormento te trae a estas tierras sagradas?

Sus lagrimas empezaron a brotar como el roció que cubría el paisaje al alba, inevitable en una mañana fría. Pero eso era ella, una mañana fría y triste. Habían dibujado su futuro y su destino con un pincel que no era el suyo y parecía no haber vuelta atrás.

Durante los siguientes días rezo sin pausa, día y noche esperando encontrar una escapatoria. Deseando despertar de esa terrible pesadilla. Pero allí estaba, orando para no enfrentarse a su desafortunado destino.

El sacerdote Lore sosegaba su joven alma con palabras de alivio. Le hablaba de un futuro feliz y confortable, sin amor, pero con afecto. Pero esas palabras no eran suficientes para ella. Sabía muy bien que en el fondo de su corazón ella no sería dichosa. No con ese hombre, no cerca de él, no siendo de él.

Encerrada entre esos muros, rezó incesantemente para encontrar el bálsamo que curarse su desconsolado y triste corazón. Esperando una señal divina que la guiase a través de ese oscuro paramo en el que se encontraba.

–Mi señor, muéstrame el camino correcto –susurró arrodillada ante el altar–. Hazme una señal y guíame a través de las nubes que ensombrecen el cielo de mi alma.

El sacudir frenético de las campanas la saco de sus oraciones.

El estruendoso ruido la alertó y se levanto para mirar al exterior de la iglesia. Los sacerdotes corrían de un lado a otro asustados, mientras los guardias cerraban las altas puertas del monasterio. Cuando se disponía a salir de la iglesia tres soldados de su padre entraron a toda prisa la y la asediaron por los brazos.

–Que hacéis ¡Soltadme! ¿Qué está ocurriendo?

–Mi señora, debe acompañarnos. –La voz seria del guardia lleno su cuerpo de alarma y antes de poder rehusar, la sacaron de allí.

La condujeron dirección a la capilla tan rápido que sus pies no tocaron el suelo. Entraron en la pequeña estancia y la llevaron a los pies del pequeño altar. Justo en ese lugar, la soltaron para desplazar el pesado retablo y debajo de él, abrieron una trampilla.

–Debe entrar ahí señora.

–¡Ni hablar! ¿Qué está ocurriendo? ¿Porque me traéis aquí?

–Están atacando el monasterio y debemos mantenerla a salvo –masculló alterado sujetándola por la muñeca–. Por favor, mi señora, hágame caso.

Ammie se quedo mirando los asustados ojos del guardia. Bajo la mirada al oscuro agujero y lentamente se dispuso a descender al interior.

–Oiga lo que oiga, no salga de aquí ¿De acuerdo?

Ammie asintió y escuchó como cerraban la trampilla sobre su cabeza.

El hueco era pequeño y polvoriento, la poca luz que había se colaba a través de las juntas de las maderas del suelo. En aquel lugar, ni siquiera podía ponerse de pie, pero sabía que allí estaría a salvo.

Hubo unos momentos de silencio, antes escuchar el horror.

Los gritos y el blandir de numerosas espadas chocando unas contra otras en plena lucha, la estremeció. Tal y como había dicho el guardia estaban atacando el monasterio ¿Pero quién? Y ¿Por qué?

Unas ligeras y rápidas pisadas entraron en la pequeña capilla. Ammie se mantuvo en silencio mientras las tablas crujían levemente ante su avance. Justo encima de ella, fuera quien fuese hinco sus rodillas y empezó a rezar.

–*A furore normannorum libera nos, Domine*, *A furore normannorum libera nos, Domine* –rezaba–. «De la furia de los hombres del norte líbranos, Señor»

¡Oh dios mío eran *nordmanni*! Los hombres del norte estaban atacando el monasterio.

Su padre le había hablado sobre ellos y de los innumerables saqueos y despiadadas matanzas que acontecían a su paso en muchos monasterios de las provincias costeras. Se estremeció por el miedo y apoyó la cabeza sobre sus rodillas sujetándose las piernas.

Esto no podía estar sucediendo, pensó.

No sé cuánto tiempo estuvo escuchando los rezos del sacerdote. Tan solo se alteró al escuchar a dos hombres más entrar en la capilla. Por un segundo, deseo fervientemente que fueran guardias de su padre. Pero no fue así. Ambos hombres empezaron a hablar con un extraño acento a la vez que avanzaban. El sacerdote reanudo sus rezos pero esta vez su voz estaba teñida de pánico.

¡Zasss!

Se escuchó el filo de una espada cortar el aire y un fuerte golpe sordo sobre su cabeza. A través de las maderas se filtraron unas gotas de sangre que cayeron sobre su vestido. Se cubrió la boca con la mano para no gritar del miedo. Y sollozando silenciosamente se arrinconó en la orilla de aquella trampilla. Ese pequeño agujero, era su única esperanza de permanecer con vida.

Aquellos hombres permanecieron horas, saquearon rompieron y destrozando todo lo que pudieron y quisieron. Poco después agudizó su oído para oír únicamente el silencio.

Soltó suspiro de alivio, por fin se habían ido, pensó.

Tan solo tuvo un momento de tranquilidad antes de escuchar unos firmes pasos entrar de nuevo en la capilla. Permaneció allí quieta, en silencio, con todos los sentidos alerta. Alguien se acercaba a grandes zancadas al altar y su cuerpo empezó a temblar. Cerró los ojos y contuvo la respiración, pero un sollozo de pánico abandonó sus labios.

Tras un momento de duda escuchó como movían el cuerpo del sacerdote muerto. El terror amenazaba con devorarla a la vez que las maderas sobre ella crujían estrepitosamente y de repente. La trampilla de abrió...

****

Antes de que callera la noche el monasterio había sido tomado, el botín saqueado y quemado los despojos de lo poco que quedaba. Loodrack y sus hombres brindaban contentos y satisfechos reunidos en el interior del monasterio mientras comían y bebían a la salud de Thor y Odín.

–¡Por Odín! –bramó uno–. ¡Por Odín! –le siguieron en un sonoro bramido.

Había sido sumamente fácil tomar el monasterio y el valor de todo lo encontrado era incalculable.

–Parece que no saben proteger sus cosas –articuló Phorum satisfecho sosteniendo un precioso cáliz con piedras encastadas–. Un gran beneficio para nosotros...

–¡Quizá ellos no se lo merecen! –espetó Dreck dando un largo trago de hidromiel.

– ¡Si! Sin duda, nos lo merecemos más que ellos.

Olan miro a su alrededor y observo a todos y cada uno de los hombres. En aquel lugar faltaba uno de los suyos. Axecston.

–¿Alguien ha visto a Axecston?

–Desde que tomamos la iglesia y la capilla no lo he vuelto a ver –declaró Dreck despreocupadamente, a la vez que se llenaba la boca de comida.

–Aunque ya sabemos que va y viene cuando quiere –agregó Phorum encogiéndose de hombros.

Un mal presentimiento le recorrió el cuerpo. Se levanto y se dispuso a salir de la iglesia.

–¡¿A dónde vas Olan?!

–A buscarlo, considero que no debería permanecer suelto mucho tiempo. Es como los perros, mejor tenerlo a la vista.

Todos soltaron una carcajada conjunta.

–¡Suerte con tu búsqueda! Si nos necesitas, aquí estaremos, comiendo y bebiendo –Alzó una copa en alto–. Pero no tardes mucho, o Dregk se comerá tu parte –bromeó.

Al salir de la iglesia todo estaba en silencio y el crepúsculo desaparecía lentamente vencido por la oscuridad de la noche. La brisa nocturna en el oeste era menos fría y más ligera. Caminó varios pasos con todos los sentidos alerta. Dio otros cuantos pasos más, antes de escuchar un sollozo ahogado. ¿Un animal?
Asimilo rápido el sonido, ¡Una mujer!

Salió corriendo como alma que lleva el diablo en dirección a la capilla. Y allí estaba Axecston, sobre una mujer de cabellos rubios con el vestido rasgado y la falda alzada. Con una mano la amordazaba y con la otra la forzaba. La mujer no dejaba de sollozaba y forcejear mientras peleaba.
–¡Por Odín, que estás haciendo! –De un fuerte tirón lo sacó de encima de la mujer.
–¡Disfrutar de mi botín hasta que tú has llegado! –bramó enfurecido.
Lleno de furia, Olan lo estampó con un golpe seco contra la pared.
Axecston forcejeó y se dispuso a golpearle. Hábilmente lo esquivó, y le propinó un sonoro puñetazo en el duro mentón. En ese momento dio gracias a los dioses por ser más grande que muchos hombres. Axecston se soltó de su ajuste propinándole un golpe en el abdomen. Olan retrocedió un paso dolorido, pero un segundo después volvió al ataque. Esquivó una patada y le golpeó en las costillas a la vez que enganchaba a su adversario por el cuello y lo fulminaba con la mirada.
En el momento que Ammie cayó al suelo, aprovechó para escapar de allí. Corrió lo más rápido que pudo pero antes de poner un pie fuera

de la muralla del monasterio, alguien la agarró fuertemente.
–¡Suéltame animal! –Una mano gigante la amordazó.
–Ni en sueños, mujer –declaró su captor despreocupadamente.
El rudo hombre se la echó al hombro como si fuese un saco de trigo.
Ammie forcejeó intentando escapar, pero fue imposible. Por más que luchara, ese bárbaro jamás la soltaría.
Entraron en el interior de la iglesia y bajo la atenta mirada de una veintena de guerreros la dejó caer en el centro. Se encogió sobre sí misma y cerró los ojos aterrorizada cubriéndose el cuerpo con el vestido.
En ese momento un guerrero entró en la iglesia con la cara magullada y el semblante orgulloso.
–¿Quien fue el vencedor? – El eludido sonrió ante la pregunta y se limpió la sangre del labio con el dorso de la manga.
–¿Tenias dudas de la fuerza de un Loodrack? –Su semblante de satisfacción se ensanchó–. Axecston aún está allí ¡Relamiéndose las heridas!
Todos los guerreros lo vitorearon entre risas y golpes.
En ese momento, Olan advirtió de la presencia de la mujer. Estaba sentada en el suelo, con la cabeza agachada. Sus cabellos rubios la cubrían casi por completo, tapando la pálida piel de su cara y su cuerpo. Reparó que su vestido estaba roto, parte de su pequeño torso estaba expuesto e intentaba cubrirlo con sus delicadas manos encogiéndose sobre sí misma.

Sin pensarlo un segundo, se sacó la capa, paso a través de los presentes y la cubrió. Nada mas colocar la prenda sobre sus hombros, la mujer lanzó un golpe al aire directo a su cara.

–¡No me toques! – Ante el golpe todo el aire se contrajo en los pulmones de los presentes y su alrededor se sumió en el silencio más absoluto.

Olan continuó en la misma posición inmutable. Y permaneció quieto y en silencio, observándola.

La hermosa mujer poseía unos ojos del color de una puesta de sol y sus cabellos brillaban como el mismísimo oro. Estaba muerta de miedo y temblaba como una hoja debajo de su capa, pero en su mirada centelleaba el fuego de la furia y el coraje.

La profunda y solemne voz de su interrumpió el momento.

–Bien Olan… ya cogiste tu parte del botín. –Loodrack se alzó del gran altar–. ¡Los demás preparadlo todo, embarcaremos al amanecer! Y repartiremos las ganancias al llegar a Drone.

Con esas palabras su padre se dirigió al exterior y en silencio, todos

los hombres abandonaron la iglesia tras él. Tan solo Sault se quedo a su lado.

Agachándose de nuevo a su altura, la observó detenidamente. El cuerpo de la mujer era menudo y poseía una piel tan blanca y liviana como la nieve. Su rostro era hermoso, de facciones suaves y perfectas. Poseía unos labios llenos y rosados sumamente sensuales y unos grandes ojos color ámbar, que lo miraban presos del pánico.

En ese preciso instante, vio un fino hilo carmesí en su sien. Estaba herida. Se aproximó a ella para examinar la lesión, pero de nuevo retrocedió asustada.

–Parece que te tiene miedo Olan…

–¡Y quien no! –alardeó orgulloso.

–Yo no te tengo miedo. –Una mueca de divertida se dibujo en el rostro de Sault.

–¡Pues deberías! –Lo señaló con un dedo inquisitivo y una sonrisa en su boca.

–¡Bueno! Tengo que reconocer que en ciertos momentos sí, pero hoy no es el caso. –Sonriente miró a la mujer y giró sobre sus pies en dirección a la puerta–. Te dejo con tu botín, aunque parece que le ha comido la lengua el gato.

Cuando Sault abandonó la sala, volvió a mirar a la extraña mujer, sus ropajes no eran los de una aldeana normal, pensó…

–¿Estás bien mujer?

Se hizo un largo silencio.

Olan se incorporó frustrado. Sault iba a tener razón. A aquella mujer, le había comido la lengua un gato.

Capitulo 3

No dejó de temblar ni un instante durante la larga travesía. Su piel se cuarteaba cada vez más a causa de la humedad del mar, mientras su cuerpo se debilitaba. Lo único que la hacía invisible a los ojos de esos salvajes era la enorme capa que la cubría, la cual desprendía un reconfortante olor a almizcle y sándalo. Era como un escudo y un bálsamo para sus sentidos.

Desconocía a donde se dirigían, ella y cinco sacerdotes más viajaban atados de pies y manos. En sus miradas resplandecía el reflejo del terror y el miedo. Serian vendidos como esclavos al llegar a su destino… Estaba segura de ello, y debía ser inteligente y negociar su liberación en cuanto llegaran.

Un día después, tocaron tierra pero para entonces su cuerpo estaba tan entumecido y su estomago tan revuelto que no podía caminar. Trató de ponerse en pie y al intentarlo su débil cuerpo se tambaleo y tropezó, cayendo de rodillas sobre la cubierta. Su cuerpo ya no quería responder, estaba demasiado débil y exhausto.

Antes de poder rendirse definitivamente sintió unos fuertes brazos a su alrededor que la alzaban del suelo en volandas. Al intentar abrir los ojos todo se torno negro y su alrededor se sumió en las sombras. Estaba en brazos de alguien que la llevaba a algún lugar, no pudo verle el rosto, aunque sí reconoció de nuevo, el sutil y embriagador aroma a almizcle y sándalo antes de perder totalmente la conciencia.

Al despertar lo primero que vio fue los ojos verdes y traviesos de dos niños.

Los miró curiosa y ellos la miraron de igual manera. En el rostro del más pequeño se dibujó una dulce sonrisa.

–¿Do…Donde… estoy? –Las palabras salieron torpemente de su boca.

Ellos permanecieron en silencio mirándola.

–¿Como os llamáis? –Sonrió confiadamente mirando al más alto, que no tendría más de seis años.

–Narub, Ubbe. –Dijo el mayor señalando al más pequeño y entonces su dedito se levanto a modo de pregunta.

–Yo… soy Ammie, me llamo Ammie.

En ese momento la cortina azul se abrió y entro una bella mujer de mediana estatura. Tenía el cabello largo y ondulado del color de la

tierra y ojos tan azules como el mar. Era una mujer realmente hermosa con un aura mística y celestial.

–Ubbe, Narub id con vuestro padre. –Les pidió a ambos pequeños que instantáneamente salieron corriendo entre risas.

La esplendida mujer se giró para mirarla. Sus ojos la escrutaron y se posaron sobre el escudo gris marcado sobre su hombro. Su marca real.

–Me llamo Ammie –Rápidamente cubrió su hombro –. ¿Quién eres… y dónde estoy?

–Soy Ælla esposa de Loodrack, rey de estas tierras. Ahora estás en mi hogar, Drone. –Los pálidos ojos azules de la mujer, la escrutaban mientras hablaba–. Tenía mis dudas, pero a mis hijos les gustas y ellos a ti. Así que no habrá problema, trabajaras para mí y me ayudaras con ellos y con las tareas.

Ammie asintió dubitativa mientras la mujer cautelosamente cogía su mano y acariciaba su palma.

–No eres una campesina ¿Verdad? –Ammie se puso tensa y apartó la mano.

No era una pregunta, sino una afirmación.

–Tu silencio dice más que tus palabras… Y tus ojos te delatan. No tienes que tener miedo, aquí nadie te hará daño.

El suave timbre de su voz destilaba confianza y dulzura. Pero decidió no hablar y permanecer en silencio. La buena mujer le tendió un plato caliente de comida y ropa limpia. Poco después hizo un gesto con la mano y desapareció tras la cortina.

Justo en ese preciso instante, decidió que guardaría su secreto. Por una extraña razón, no deseaba ser encontrada ni liberada. Nadie en aquel lugar, sabría quién era ella realmente. Por el momento.

****

Ælla no salía de sus pensamientos mientras especulaba sobre la joven de cabellos color oro que vivía bajo su mismo techo. Había visto esos mismos ojos ambarinos en sus sueños pocos días antes de su llegada. Por alguna razón, los dioses la habían enviado. Sabía muy bien el significado de esa marca en el hombro. Ella misma poseía una semejante. No era hija de una campesina. Su estirpe, era real.

¿Pero por qué querría ocultarse? Pobre jovencita, pensó. ¿Qué destino le abrían designado sus dioses para preferir vivir bajo los nuestros…?

El azar y la ventura eran impredecibles, se dijo a si misma a la vez que movía la cabeza de un lado a otro.

–Madre. – Ælla giró al escuchar la voz de su hijo mayor–. ¿Estás bien?

–Sí, sí –eludió sonriente–. Estaba pensado en el azar y la contingencia de los dioses. Es tan difícil descifrarlos a veces.

–Pero tú tienes el don de comprenderlos mejor que nadie… –La mirada de su hijo se desvió de la suya a varios metros más allá, posándose sobre la cortina azul.

–¿Como está la mujer?

–Está bien, hoy ha despertado. Pero aún está asustada… Dejémosla tranquila por hoy. –Su hijo asintió lentamente sin dejar de mirar la cortina–. Tengo curiosidad ¿Que ocurrió Olan?

–Nada, madre. –Agachó la cabeza con semblante contrito–. Algo que espero que olvide.

–Reza a los dioses por ello. Porque la mente de una mujer no perdona con rapidez hijo mío. Y tú tienes poca paciencia. –Con su mano hizo que la mirase–. Recuerda, las mujeres requieren paciencia, Olan.

Un segundo después la cortina se corrió y apareció la mujer. Olan dejó de respirar por un segundo absolutamente eclipsado. A pesar de tener la cara y el cuello magullados, seguía siendo preciosa. Su cabello color oro caía en cascada en una larga trenza de espiga y llevaba un vestido azul pálido que resaltaba su belleza.

Al cruzar su mirada con la suya se detuvo y siseó.

Sin pensarlo dio un paso en su dirección. Antes de poder continuar, su madre Ælla lo detuvo poniendo una mano sobre su hombro.

–Paciencia… –susurró en su oído.

Olan se quedó contemplándola abstraído, esa mujer poseía algo sumamente magnético y fascinante para él. Absorbía el poco aire a su alrededor, dejándolo totalmente hipnotizado.

¡Pum!

Se escuchó un golpe seco en la puerta y Phorum entró en el salón en estampida. La mujer retrocedió asustada dentro de la cortina al verlo.

–¡Olan! Tu padre te requiere, llegas tarde al consejo.

–Ahora voy… –Resopló audiblemente y salió en dirección al gran salón.

****

El cielo se cernió sobre la isla de Iona con una fuerza atroz, descargando una terrible tormenta sobre sus blancas costas. Apenas

podía ver la tierra que pisaba dos metros más allá, la humedad creaba bancos de niebla que no permitían avanzar con rapidez. La montura del viejo sacerdote ya no tenía fuerza para proseguir el camino.

Exhausto por el viaje, el caballo cedió y se derrumbó muerto sobre la arena. El sacerdote cayó junto al caballo y se quedó allí tendido, con el agua bañando sus arrugadas mejillas y limpiando sus heridas.

–Dios misericordioso dame fuerzas…

Tendido sobre la húmeda arena, observó los enfebrecidos rallos caer. Esa noche el cielo lloraba desconsoladamente la perdida. Debía proseguir y continuar su viaje hasta divisar el reino de Iona. Se hallaba a poca distancia pero no sabía si sus entumecidos y viejos huesos le permitirían llegar a su destino. Debía intentarlo.

Rezó a Dios para que le diera el sosiego y la fuerza para entregar el mensaje y explicar lo ocurrido. Tenían que saber que la joven Ammie McLeod había sido raptada por hombres de las a tierras del norte. Unos salvajes que había profanado, robado y quemado la casa de Dios.

Con las pocas fuerzas de flaqueza que poseía, emprendió de nuevo su camino bajo la intensa lluvia. Cuando esta ceso, pudo ver a lo lejos el blasón gris ceniza del reino de Iona. Estaba cerca muy cerca. En ese momento vio a dos hombres de la guardia del reino que avanzaban hacia él y se derrumbo exhausto.

Días después despertó. Estaba acurrucado entre mil mantas y un enorme fuego crepitaba a pocos metros de él. Lo había encontrado pero su cuerpo estaba demasiado débil, sin fuerzas y respiraba con dificultad. Alcanzó a ver a una joven y con un hilo de voz dijo.

–Necesito hablar…con Lorrick McLeod. –Logró articular.

La joven salió corriendo de la habitación y regresó con el conde.

–¡Padre Lore…! –Escuchó que gritaban desde la puerta–. ¿Dónde está mi hija padre? ¡¿Dígame que está viva?!

Su voz destilaba amarga desconsolación. La misma desesperación y devoción de un padre por su única hija. Sujetó su mano con fuerza y hablo con el poco aire que sus pulmones poseían.

–No está muerta…

–¿¡Entonces donde esta!?

–Fue… capturada. –Paró para respirar entre resuellos–. Ella… fue secuestrada por hombres del norte…y la llevaron en barco a sus tierras.

–¡¿Quiénes eran?!

–Aún hay esperanza mi rey…

–¿Cómo puedo encontrarlos, padre?

El sacerdote cogió aire roncamente.

–Esos barbaros… partieron con… un águila roja por estandarte.

Tras esas palabras se hizo un silencio abrumador. Los ojos del padre perdieron el brillo y su mano perdió la fuerza. McLeod permaneció quieto observando el rostro descompuesto del anciano abandonar la vida.

–Que dios ampare su buen alma, padre…

****

Unas semanas más tarde, Ammie ya había recobrado parte de su confianza. Aunque no hablaba más que con Ælla, se sentía bien. Era una mujer magnifica, además de amable y sus hijos Ubbe y Narub eran dos ángeles caídos del cielo.

En aquel lugar se sentía extrañamente tranquila. Y ahora que los hombres habían partido semanas atrás a tierras del oeste, el pueblo permanecía en calma y podía moverse libremente sin temer nada. Los aldeanos aún la miraban como si fuese una extraña, pero no suponían ninguna amenaza. Simplemente sentían curiosidad.

Aprendió a hacer las tareas; Recoger agua del pozo, limpiar ropa en el rio, hacer pan, cuidar de Ubbe y Narub… Todo aquello la hacía sentir viva. Todas las mañanas cuando el pueblo dormía, exploraba el bosque en busca de plantas medicinales que recogía para hacer multitud de ungüentos curativos. Era una de las pocas cosas que aun poseía de su madre. Había días que sentía dolor en las manos y en los pies, pero se sentía útil y libre.

Al caer la noche, escuchaba leyendas de los dioses paganos de los labios de Ælla mientras dormía a los niños y comprendía la similitud entre ambas religiones. Todas aquellas historias de Thor, Odín y Freyr, en vez de hacerla escéptica, la envolvían y transformaban. Poco a poco se sentía parte de ellos. Parte de la aldea. Parte de Drone. Y un magnifico sentimiento de satisfacción y libertad la invadía.

A la mañana siguiente, cuando volvía de recoger breza de lo alto de las colinas escuchó el reverberante sonido de un cuerno. Se detuvo presa del pánico.

Eran ellos, el cuerno avisaba de su llegada.

Su cuerpo se encogió instantáneamente. Una parte de ella estaba aterrorizada y no quería enfrentarse a esos barbaros. Pero la otra,

sabía que tenía que ser fuerte y valiente. Entre sus ropajes cogió fuertemente el regalo de Ælla; Un puñal forjado de plata. No era más grande que la mano de una mujer, pero poseía una hoja tan afilada como la más diestra de las espadas. Las palabras de Ælla habían sido; "*Si alguna amenaza se cierne sobre ti, no lo matará, pero sí te dará tiempo"*

Se dispuso a bajar la colina por el sendero hasta el pueblo, pero antes recogió su pelo en una trenza y cubrió su rostro con la capa para pasar desapercibida. Sostuvo el cesto lleno de breza con fuerza y continuó descendiendo. Desde la lejanía vio llegar a algunos guerreros y escuchó sus profundas y graves voces.

Antes de entrar, respiró hondo, se llenó de valentía y enfrentó el camino principal de Drone directo a casa de Ælla. Al verlos pasar tan cerca, bajo la mirada escondiéndose bajo la capa. Los aldeanos y guerreros pasaban a ambos laos de ella sin reparar en su presencia. Pero pocos metros después algo la detuvo bruscamente. Sintió una fría mano sobre su brazo sujetándola fuertemente y arrastrándola al interior del telar. En el momento que alzó la mirada, alguien le levanto la capucha y destapó sus cabellos.

La sangre se heló en sus venas al reconocer los pálidos ojos grises de su opresor. Instintivamente puso la mano temblorosa sobre el puñal de Ælla, sin dejar de mirar aterrorizada al guerrero que la sujetaba. Era el mismo salvaje que había intentado asaltarla en la capilla. Esos inconfundibles ojos de diablo, la volvían a acorralar de nuevo.

–Vaya, aquí estas… –pronunció de forma suntuosa y sombría. Ammie se encogió.

Al ver esos ojos grises quería gritar quería… pero no podía. Estaba paralizada de pies a cabeza. Antes de que pudiera hacer nada, la puso contra la pared aplastándola con todo su peso.

–¡Mírame! –Una fría mano fría y áspera le sostuvo el mentón obligándola a hacerlo.

Cerró los ojos al sentir un áspero y frio dedo deslizarse por su mejilla y trazar su mentón. Seguidamente recorrió sus labios se deslizo por su cuello y bajo lentamente dibujando el camino a su pecho.

–Suéltame… –suplicó cuando su cuerpo comenzó a temblar.

Un escalofrió ascendió por su espalda llenándola de ira. Se armo de coraje y en un acto rápido y preciso sacó el puñal y se lo clavó profundamente en el brazo.

–¡Maldita sea! –Su opresor la soltó.

****

Olan estaba pletórico esa mañana, por fin estaba en su hogar. Ansiaba la batalla y la conquista, igual o más que su padre, pero su hogar era un santuario de calma para él.

Caminaba por el poblado acompañado de Sault y Svern mientras le relataban sus propias hazañas en batalla, cuando vio salir a una joven de detrás del telar. Los tres se detuvieron desconcertados al ver al verla.

Corría como si le fuera la vida en ello y dirigía a la salida del pueblo. Justo cuando alcanzó el gran pórtico de madera, su capa se desprendió y Olan pudo reconocer aquellos inconfundibles cabellos dorados.

Unos segundo después, vio salir a Axecston del mismo lugar, con una mueca de dolor en su cara y sujetándose el brazo ensangrentado.

La cólera inundo su cordura y un gruñido hizo vibrar su pecho mientras atravesaba a Axecston.

–¡Que los dioses te amparen cuando vuelva, Axecston! –Furibundo montó sobre su caballo y salió tras ella.

La joven corría como alma que lleva el diablo, a pesar del vestido, nada le impedía huir. Saltaba los obstáculos sin apenas dudar, era rápida y concisa como si conociera los senderos mejor que él. Huía colina arriba a través de los arboles a una velocidad pasmosa. Jamás había visto a una mujer correr así. Le costaba seguir sus zigzag entre los arbustos. ¿Dónde se dirigía?

Pudo seguirla hasta que se dejó caer hábilmente por un pequeño precipicio. Maldiciendo se desprendió de su montura y avanzó por aquel estrecho lugar. Trazaba el curso del rio en una dirección desconocida pero en algún momento cedería.

–¡Detente, nadie te hará daño!

La mujer cruzo el rio a toda velocidad. Subió un pequeño montículo de arena quebradiza y un segundo después, una piedra se interpuso en su camino y cayó de bruces a los pies del rio.

Estando aún en el suelo, giro rápidamente sobre sí misma y lo enfrentó levantando firmemente el puñal.

–¡Quieto!

Estaba tan solo a un paso de ella cuando se detuvo y retrocedió. La miró fijamente mientras sostenía el reluciente cuchillo en su dirección.

Respiraba con dificultad por la huida, estaba mojada y de sus rodillas manaba un hilo de sangre. Pero a pesar de estar asustada, en los ojos de esa mujer brillaban el valor y el arrojo.

Las sabias palabra de su madre resonaron en su mente *"Paciencia"*

–No te voy a hacer daño. –Levantó ambas manos y se sacó la capa–. Lo prometo. –Ella retrocedió de nuevo, manteniendo el puñal firme.

Olan permaneció inmóvil con la capa en sus manos. No quería espantarla.

–No te acerques…

Ammie estaba totalmente exhausta por la huida y sus pies no eran capaces de seguir corriendo. Estaba atrapada entre el bosque y su perseguidor. Un hombre de constitución imponente y letal. Era alto, de espalda ancha y brazos fuertes, con de cabello rubio oscuro y ojos azules.

Esos ojos… ¿Donde los había visto?

Ælla.

¿Qué parentesco los unía? Ambos poseían el mismo azul intenso y desprendían la misma bondad. Pero los de aquel hombre la miraban tan profundamente, que sus defensas se debilitaban y se desvanecían por segundos.

Ammie se sumergió en la tibia e hipnótica agua azul de los ojos del guerrero. Sus sentidos se sumieron en un extraño trance y mente se quedo en blanco. Bajo su atenta mirada, empezó a perder la fuerza y lentamente bajo el puñal.

Con suma prudencia, el hombre se lo quitó de las manos y suavemente puso su capa sobre sus hombros. Estaba tan cerca que reconoció inmediatamente el inconfundible aroma a almizcle y sándalo.

Era él…

Antes de poder hablar, el ruido de los cascos de un caballo la devolvió a la realidad. Era otro hombre, con dos monturas. El joven que estaba sobre el caballo, era tan alto como el otro, pero no tan grande. Era más joven, pero a pesar de tener las facciones más suaves, no era más guapo. Tenía una apariencia desenfadada y temible a la vez.

Ambos eran letales y un peligro para ella.

El recién llegado esbozó una amplia sonrisa al ver a su compañero.

–¡Corre como una liebre Olan! Estoy sorprendido que la hallas atrapado.

La mujer se encogió dentro de la capa y entonces reparo en el puñal ensangrentado en manos de su amigo.

–¿Estás bien? –preguntó inquieto.

–Si si, estoy bien. La sangre no es mía. –Apretó los dientes al recordar al bastardo de Axecston.

La mujer se dispuso a levantarse, pero su pie le falló. Con un movimiento rápido Olan la sujetó para evitar la caída. Instintivamente ella se zafó de su agarre bruscamente y cayó sobre el barro.

–¡No! –masculló rabiosa–. ¡No necesito ayuda!

Svern rió entre dientes por la bravura de la mujer.

–Vamos, es solo una mujer Olan. –Se burló disfrutando del espectáculo.

Olan le dirigió una mirada furibunda. Sus mejillas estaban carmesíes por la larga persecución y parecía inquieto.

–No me provoques... –Svern rió.

Mientras disfrutaba de la escena, Svern reparo en la muchacha. Era bonita, demasiado pequeña para su gusto, pero Olan parecía bastante interesado. No iba a ser fácil para su amigo, aunque pensadlo bien, era todo un reto para él. Olan siempre lo había tenido fácil con las mujeres de la aldea. Todas suspiraban por donde él pasaba, y hacían y decían cuanto él quisiese.

Pero la mujer que estaba ante ellos, no iba a ser el caso. Aunque parecía asustada, sus ojos destilaban brío y valentía. Y a pesar de estar herida, ni una sola mueca de dolor, ni una sola lágrima ensombrecía su dulce rostro. Su semblante era pétreo y los miraba desconfiadamente a ambos. Sabía muy bien que si sus pies hubiese funcionado, seguiría corriendo ¡Y por todos los dioses! Nunca había visto correr así a una mujer.

Olan le volvió a tender la mano.

–Necesitas que te lleve, mujer. No puedes caminar.

Intentó ponerse de nuevo de pie y falló en el intento. Antes de volver a caer dejó que el guerrero la sostuviera.

–Solo quiero ayudarte… –susurró.

No quería admitir que estaba malherida y de mala gana, dejo que la sujetara entre sus brazos y la subiera al caballo junto a él.

Emprendieron el camino de vuelta a Drone.

No le gustaba la idea de cabalgar con nadie. Se mantuvo rígida sobre la montura durante gran parte el camino sujetándose con fuerza a la crin del caballo para no rozar siquiera al jinete, mientras bajaban la espigada colina. Estaba tan cerca de él, que podía sentir su calor y el intenso aroma a sándalo envolviéndola y tranquilizándola.

Poco después el sendero se tornó llano y en un momento de flaqueza su exhausto y dolorido cuerpo se dejó caer rendida sobre el amplio pecho del jinete. Instintivamente se acurrucó entre sus fuertes y cálidos brazos, sintiéndose extrañamente segura y protegida.

–Estamos cerca. –La satisfacción lo envolvió con una arrolladora oleada de calidez cuando sintió el peso de la mujer sobre él.

Poco después llegaron a la aldea. La mujer, escondió su rostro bajo la capa gris. Al percibir su tensión, Olan puso su brazo sobre el suyo tranquilizándola.

Al final del camino estaba Ælla, esperándolos junto a Ubbe, Narub. Y un segundo después, la imponente figura de su padre Harek salió de la cabaña mirándolo furibundamente. La ayudo a descabalgar y su madre la arropó.

–Llévatela –ordenó Olan a su madre sin dejar de mirar a su padre–. Tengo que ocuparme de un bastardo. –Desvió la mirada de los inquietantes ojos de su padre y salió a por Axecston.

Solo dio dos pasos cuando algo lo detuvo agarrándolo firmemente por el brazo.

–¿Vas a dejar que una esclava te separe de tus hermanos?

–Una mujer no se merece ese trato, y voy a encargarme de que Axecston lo aprenda. –Apretó los puños por la tensión y su padre lo sujeto con más fuerza.

–Axecston ya lo ha aprendido de las mismas manos de la mujer.

–Deja de protegerlo –espetó entre dientes y se zafó del agarre para continuar.

–¡Te lo prohíbo! –El alarido de su padre lo paralizó–. Él ya ha pagado por su atrevimiento. No me desafíes… –Su voz siseó la advertencia como una serpiente–. Soy tu padre, pero también soy el rey.

Olan lo miró desafiante preso de la rabia a la vez que Sault y Svern tiraban de él para llevárselo y tranquilizarlo. La tensión era tan parable como el fuego.

–Vamos Olan, déjalo –Sus compañeros lo obligaron a ceder–. Tranquilízate, hermano.

Capitulo 4

Unas semanas después la tensión había desaparecido entre padre e hijo y el júbilo, envolvía a todos los habitantes del pueblo. Esa noche se conmemoraba el nacimiento de la diosa Freyja y se la honraba con numerosos tributos y rezos. Freyja era la diosa de la magia, el amor, la belleza y la fertilidad. La gente la invocaba para obtener felicidad en el matrimonio, su bendición en los partos y fortuna en los viajes. Los drakkar estaban preparados. A la mañana siguiente después de la celebración, los guerreros del pueblo partirían de nuevo a Inglaterra para nuevos saqueos.

Ammie escuchaba fascinantes historias sobre la diosa, mientras ayudaba a cocinar todo tipo de manjares para el homenaje. Las mujeres cantaban alegres canciones que hablaban del azar, el amor y la magia mientras trabajaban. Estaba expectante y emocionada por que llegara esa noche. Se sentía magníficamente atraída por un mundo totalmente diferente al suyo.

Al caer la noche todo el poblado se reunió en la enorme sala del consejo. La gente iba de un lado al otro mientras bebía, comía y bailaba a la salud de Freyja. Ella y otros muchos servían a los comensales.

Ammie sintió una descarga magnética recorrer su espalda. Al mirar sobre su hombro reconoció la atenta mirada azul cielo de los ojos de Olan. La seguía y observaba allá donde fuera. Y lo más extraño era que no se sentía molesta por su escrutinio. Sino cautivada y dichosa.

¿Por qué se sentía así?

Justo antes de terminar la cena salió al exterior. Necesitaba sentir la brisa fresca, dentro el ambiente era cargado y espeso. Desde allí se escuchaban el jaleo y el alboroto de una gran fiesta que destilaba alegría y entusiasmo.

Se quedó ensimismada mirando la extraña luna roja en lo alto del cielo, cuando notó alguien a su espalda.

Al girar, encontró de nuevo esos electrizantes ojos azules mirándola. Sin saber porque dio un paso insegura hacia la luz.

–Una noche preciosa –susurró mirando al cielo.

Lentamente asintió con la cabeza y la resplandeciente sonrisa del joven le arrebató el aliento.

–No he podido preguntártelo hasta hoy te has mantenido… escondida durante estas semanas. Pero ¿Estás bien?

Algo en la pregunta la conmovió ¿Se preocupaba por ella?

–Si…

En ese momento Dregk salió ebrio de alegría y abrazó a Olan sonriente. No reparó en la presencia de la muchacha.

– ¿Olan hermano, qué haces aquí? ¡Te lo estás perdiendo! ¡Bebe por los dioses! –Le ofreció una gran jarra de aguamiel–. ¡Bebe! ¡Y si tú no quieres, yo beberé por los dos! –y estalló en carcajadas.

Ammie aprovechó la interrupción para volver a entrar a toda prisa, pasando al lado de los dos hombres. En el interior todos danzaban alegres y sonrientes al ritmo de las melodías tradicionales.

Vio entrar de nuevo a Olan en la sala y se escondió entre los presentes. Pero Ælla cogió su mano y tiró de ella.

–Bailemos para honrar esta esplendida noche.

Hubo un momento de incertidumbre en sus ojos, pero la sonrisa de Ælla borró la duda sembrándola de alegría y entusiasmo. La llevó hasta el centro del salón y bajo la atenta mirada de todos los guerreros comenzaron a danzar al son de los compases con gracia y elegancia.

Con las manos entrelazadas se dejaron llevar por la melodía. Ambas reían y bailan poseídas por la música, poseías por la mismísima diosa Freyja. Sus vestidos se agitaban a su alrededor, volando a través de sus movimientos eclipsando a todos los presentes.

Olan la observaba totalmente hechizado.

El cabello de Ammie se soltó de su trenza y cayó en cascada sobre sus hombros. Por un segundo, todo el salón solo tuvo ojos para ellas. Y como si se tratara de una ensoñación, se unieron a ellas en una danza que duro hasta que la noche se hizo de día.

Con las primeras luces Ammie ya estaba en pie. Aquella mañana el pueblo despertaría más tarde, pero repleto de alegría. La noche anterior había sido magnifica. La forma tan peculiar de honrar a sus dioses era magnética y la devoción que sentían por ellos empezaba a contagiarla. Cada día inevitablemente se sentía un poco más cerca de ellos.

Iba de camino al rio pero se detuvo al escuchar el chapoteo del agua. Era demasiado temprano, apenas había amanecido y cautelosamente se acerco al borde para ver quién era.

De nuevo era él.

Sin poder evitarlo, se quedo quieta tras un fresno observándolo.

Su piel dorada por el sol, parecía bañada por los dioses y contorneaba sus músculos uno a uno mientras una fina trenza caía sobre su amplio pecho. Sus cabellos rubios mojados, enmarcaban sus cincelados rasgos y su perfecta nariz. A pesar de la barba que ensombrecía su mentón no dejaba de ser hermoso y… peligroso.

Olan observaba pensativo las tibias aguas. No había podido quitarse a la mujer de la cabeza en toda la noche. Al verla danzar la noche anterior, la joven tímida y asustada que había conocido en aquella isla, se había transformado en un soplo de aire fresco lleno de alegría. Y en un volcán de fuego y seducción que alteraba su sentidos.

Su respiración se cortó cuando una oleada de calor lo envolvió. Todo su cuerpo la deseaba… ¿Pero porqué ella? ¿Por qué una mujer que le tenía miedo?

Debía quitársela de la cabeza, pensó.

Ir al rio siempre aclaraba sus ideas y le ayudaba a serenarse y recapacitar. Pero esa mañana sus pensamientos trazaban un rumbo directo a los cautivadores ojos ámbar de la mujer. La fascinación y la curiosidad que sentía por ella, trastornaba su cordura durante el día e interrumpía su sueño durante la noche. Si cerraba los ojos volvía a ver su esbelto, pequeño y delicado cuerpo bailar alborotado y distraído sembrándolo todo de alegría.

Ella era feliz allí. La magia de Drone había hipnotizado a la muchacha tanto como ella a él.

Olan salió de las frías aguas del rio y se vistió. Poco después subió el sendero de camino a la aldea cuando se detuvo al ver un trozo de tela al lado de un fresno. La prenda era un pañuelo purpura con un bordado ***A.McL***

Sonrió al reconocer el peculiar aroma a lilas que envolvía la prenda.

Sacudió la cabeza disgustado ¡Debía centrarse en cosas más importantes! Cuando el sol colmara el cielo partirían de nuevo a Inglaterra para nuevas conquistas y saqueos. El frío estaba al caer y debía surtirse de tesoros y reservar para sobrevivir los largos y fríos días del invierno.

Pero esta vez el viaje no proveía buenos augurios. La luna roja de la noche anterior los estaba advirtiendo de algún mal, lo sentía en lo más hondo de su ser. Y esperaba no estar en lo cierto.

Camino al embarcadero vio a todos los hombres cargar el drakkar. Todo estaba listo, le esperaban a él. En ese momento escuchó la voz alterada de su madre.

–¡No debéis partir! –La alarma era visible en sus ojos.

–¿Que ocurre madre?

–Los dioses han presagiado luna roja, ellos no os acompañarán esta vez. ¡No debéis partir!.

–Otras veces hemos partido con luna de sangre y no ha ocurrido nada malo –interrumpió Loodrack–. En otro tiempo la luna roja, nos otorgo buenas batallas y botines.

–Pero esta vez…

–Shiiit –La calmó–. No alteres a la tripulación y deséanos buen viaje. –Loodrack besó la frente de su esposa–.Todo irá bien.

Ambos hombres embarcaron mientras la tristeza e impotencia reflejada en los ojos de Ælla

–Ojala me equivoque –susurró para sí misma–. Por todos los dioses, Freyja protégelos, Odín ampáralos y Thor salvaguárdalos de cualquier mal…

Como seid de la aldea podía ver y hablar con los dioses e interpretaba sus deseos y designios. Estos podían revelarse en forma de sueños, premoniciones y visiones. Durante años había visto oído y presagiado guerras, nacimientos y muertes. Había visto el rostro de las mismísimas valquirias y negociado con Helheim su entrada a las tierras sagradas de Asgard. En ocasiones sus visiones eran borrosas y carecían de sentido. Pero la luna de esa noche, aullaba sangre y guerra.

****

Todas las mañanas Ammie observaba el amanecer sobre mar desde lo alto del desfiladero esperando verlos llegar. Llevaban semanas sin saber nada de los guerreros y muchos presentían lo peor. La noche de su partida el cielo se torno negro azabache y se desato una terrible tormenta. Los clanes del sur decían haber visto en sus costas trozos de una embarcación tras la tempestad. Y el miedo a perder a su rey se extendió como la hiedra en las copas de los arboles. Era evidente que los dioses estaban enfadados por su desobediencia y Ælla permanecía sumida en el silencio y la culpa.

Ammie entrecerró los ojos al divisar algo a lo lejos. Frotó sus ojos ante la visión.

¡Dios mío…! ¡Era una embarcación!

Corrió como una liebre a través del campo y de la aldea hasta la casa de Ælla.

–¡Ven! Tienes que ver esto –requirió cogiéndola de la mano.

–¿Qué ocurre?

–¡Por fin han vuelto!

La arrastró hasta el muelle, donde ya se escuchaba el sollozo de muchas mujeres. Tan solo había vuelto una embarcación. Ælla se mantuvo firme, mirando al horizonte esperanzada. Cuando el drakkar alcanzó el muelle los hombres comenzaron poco a poco a salir de la embarcación y su corazón se encogió.

Habían sido atacados.

Los hombres salían heridos y devastados ¿Qué había ocurrido? En ese momento escuchó un sollozo que provenía de Ælla. Miro en la misma dirección y vio Loodrack salir de la embarcación sosteniendo el cuerpo de un guerrero herido entre sus brazos. El viento dejó de soplar, el aire abandonó sus pulmones y se hizo un silencio ancestral al reconocerlo.

Era Olan. Y estaba herido…

Entre varios hombres lo llevaron al gran salón para atenderlo. Lo tumbaron sobre la gran mesa de roble. Su corazón dio un vuelco, Olan tenía el semblante pálido y sus mejillas habían perdido color.

Ælla la miró angustiada.

–Necesito que me ayudes –musitó cogiéndole la mano–. Sé que tú puedes curarlo.

Ammie asintió apretando esperanzadoramente su mano.

Lentamente se acerco a Olan y puso su mejilla contra su malherido pecho. Siseo al escuchar el frágil latido de su corazón. ¡Está vivo! Levanto la cabeza y salió corriendo. Necesitaba breza, Enulay otras plantas curativas.

Poco después entro en la sala atestada de guerreros donde estaba Ælla. Al verla asintió con la cabeza y le hizo un gesto para que se acercara. Ambas comenzaron a curar las heridas de Olan con delicadeza.

Tenía una gran corte que cruzaba su pecho de lado a lado, hecho con una hoja sumamente afilada y otra herida terrible y profunda en el muslo derecho. Sus brazos y piernas estaban llenos de moratones y

arañazos de la batalla.

Una batalla de la que nadie hablada…

Cuando el cuerpo de Olan estuvo limpio y cubierto de ungüentos curativos se quedó allí, sentada en silencio junto a Ælla mientras escuchaba el susurró de sus oraciones y plegarias. Eran como una canción, un murmullo melódico que calmaba el dolor de todos los presentes. Esa noche era perentoria, si no lograba sanar. Moriría. Ambas la pasaron en vela, cambiando gasas de agua fría, tratando de bajar la fiebre causada por las heridas.

Al amanecer siguiente, todos seguían estando allí, con la mirada fija en Olan. Su fiebre había remitido y su piel había recuperado el color sonrosado, pero sus ojos permanecían cerrados. No había despertado. Con cautela Ammie poso su pequeña mano sobre su enorme pecho. Bajo sus dedos sintió el reconfortante y robusto latido de su corazón.

Era fuerte y sobreviviría.

Los días transcurrieron grises y pálidos por la pérdida de tantos hombres. Pero ninguno hablaba de lo ocurrido en la isla.

Ælla y Loodrack permanecieron día y noche cerca Olan. Sus heridas sanaban lentamente pero no despertaba de su profundo letargo. Su cuerpo aún no había recobrado la fuerza suficiente para hacerlo. Ella dedicaba la mayor parte del tiempo a cuidar de Ubbe y Narub y durante los breves instantes de calma, ayudaba a Ælla cambiar los vendajes de Olan. En pocas ocasiones la sala permanecía vacía, Dregk, Sault y Svern lo acompañaban en todo momento.

****

Ammie tenía a Narub entre sus brazos cuando vio sus tristes ojos llenos de preocupación.

–¿Que ocurre pequeño?

–Se pondrá bien ¿verdad?

Ammie contuvo el nudo de emoción y tristeza de su garganta.

–Claro, es fuerte… Es un guerrero –confesó con el corazón en un puño acariciando el cabello de Narub–. ¿Quieres que recemos por él?

–Sí –musitó.

Ubbe y Narub se colocaron a su alrededor y con las manos entrelazadas, comenzaron a orar en voz alta.

–"*Thor poderoso dueño de los rayos, jefe de las cosechas, enemigo de ettins, santificador de lugares, sana a nuestro hermano. Tiwaz presagio del*

mundo, de las cosas justas, padre de los ases, guardián de los juramentos, soberano del cielo, con una sola mano ataste al lobo, cuida de nuestro hermano…"

Oraron hasta que ambos pequeños se dejaron vencer por el cansancio. Después de acostarlos continúo con sus rezos dejando que las palabras inundaran su ser. Nunca había rezado a otro dios, pero no sentía arrepentimiento alguno, sabía que fuera el dios que fuese, protegería y curaría a Olan.

Cuando cayó la noche Ammie Ubbe se despertó llorando. Cogió al pequeño entre sus brazos y mientras mecía su pequeño cuerpo, comenzó a cantar una hermosa melodía. Poco a poco los ojos de Ubbe comenzaron a caer y vio como su precioso rostro de ángel se relajaba y finalmente caía en un profundo sueño. Sin dejar de cantar dejo a Ubbe delicadamente al lado de su hermano.

–Es una hermosa canción…

Giro sobre sus pies vio y a Ælla, sus ojos estaban tristes.

–¿Y Olan…?

–Sigue dormido –interrumpió abatida con la sombra del cansancio en su rostro.

Ammie puso su mano reconfortante sobre la de Ælla.

–Despertará, confía en los dioses.

–Confió en ellos. –Su semblante se entristeció.

Poco después salió de la cabaña de Loodrack y Ælla. La noche permanecía en un abrumador silencio. Alzó la mirada en dirección al estrellado cielo y vio la hermosa y gran luna creciente colmando lo más alto. Se quedo allí observándola y poco después, sin saber cómo, sus pasos la llevaron directamente al salón del consejo. Junto a Olan.

Al entrar vio a Lummeria la curandera, una mujer dulce y encantadora.

–Te dejaré a solas. Sé que cuidaras bien de él. –Tocó su hombro antes de abandonar la sala.

Era la primera vez que estaba a solas con él, paso su mano por sus cabellos y con el dorso recorrió su afilado mentón. Nunca lo había visto como un hombre, sino como un salvaje. Alguien peligroso y letal. Pero allí tendido era difícil no admirar su hermosura y el esplendor de su presencia.

Los dioses no podían llevárselo, pensó.

Silenciosamente comenzó a rezar, tal y como había aprendido de Ælla. Oró hasta que la fatiga se apodero de ella y se durmió sujetando la mano de Olan e inspirando su inconfundible olor a almizcle y sándalo.

Al notar una mano sobre su mejilla abrió los ojos y despertó. Miró sobre su cabeza y vio de nuevo el reflejo del mar en los ojos de Olan.

¡Está despierto! Por todos los dioses estaba vivo. Soltó un grito de alegría.

–Creí… que nunca te vería sonreír, mujer –susurró lánguidamente.

Ammie sonrió al volver a escuchar su profunda voz.

En ese momento se apartó al ver a Ælla y Loodrack entrar en la sala. Estaban pletóricos y felices. Su hijo había vuelto de entre los dioses. Ælla puso sus dos manos sobre la mejilla de su hijo a la vez que sus lágrimas de emoción resbalaban por sus mejillas.

–Sabía que volverías. –Acarició el rostro de su hijo feliz–. Los dioses no podían arrancarte de mi lado.

Ammie se retiró hacia atrás mientras la gran sala del consejo se llenaba de guerreros llenos de alegría. Drone no sería lo mismo sin Olan, el pueblo lo amaba y respetaba tanto como a su rey.

****

Dos días después Ammie estaba en el borde del muelle viendo el atardecer sobre el mar. El sol caía lentamente creando pequeños y relajantes destellos cobrizos sobre el mar.

–Gracias. –Sonrió al ver a Ælla.

–Era lo mínimo que podía hacer para recompensar tu hospitalidad.

Se sentó a su lado mirando el mar.

–¿Quien te enseño a usar las plantas curativas?

–Mi madre. Ella me lo enseño todo, desde sus cualidades hasta dónde encontrarlas. –Su expresión se perdió en los recuerdos–. Es lo único que conservo de ella.

Se hizo un relajante silencio.

–La noche antes de que llegaras al pueblo. Soñé contigo –confesó Aela–. Vi tus ojos ámbar y el escudo gris de tu hombro en mis sueños.

–¿Soñaste conmigo…?

–Aunque tus dioses no sean los míos, esa noche confabularon juntos para traerte aquí. Y Ahora comprendo por qué. –Se detuvo pensativa antes de continuar–. Necesito que hagas algo más por mí… Algo más

por Olan.

–Que deseas que haga. –Ammie sabía que no podía negarse.

–Quiero que cuides de él –murmuró–. Ya no es el mismo y no sé cómo llegar hasta él. –Sosteniendo su mano continuó–. Pero tú sí, Ammie.

–¿Que le ocurre?

–Está desbordado y rabioso. –Suspiró abatida e impotente–. No comprende que debe permanecer en cama y que quizá no… vuelva a caminar –su voz se quebró.

–No lo conozco Ælla. ¿Cómo sabes qué querrá escucharme?.

–Por qué he visto como te mira Ammie. –Las palabras brotaron de su pecho como agua–. Eres especial y solo tú, puedes llegar hasta él.

Capitulo 5

Todos los hombres estaban reunidos en la gran sala del consejo y como en tiempos pasados, hablarían de guerra.

Olan estaba sentado a la derecha de su padre Loodrack, cerca de él estaba Phorum con semblante serio y pensativo. En frente estaba Dregk con su enorme hacha sobre la mesa y no muy lejos reconoció los ojos pálidos de Axecston. Él también había sido herido en Mull y sus ojos llameaban en busca del deleite de la venganza. En otros tiempos la sala había estado abarrotada de grandes guerreros. Ahora faltaban muchos, y su ausencia era evidente.

Un alarido trono a través de las paredes de la sala.

–¡Venganza nuestro rey! –Gritaron con los puños en alto–. ¡Venganza!

–¡Sí! ¡Venganza! –añadieron todos al unisonó alborotados.

Sus voces destilaban coraje y dolor. Era obvio que deseaban verter la sangre de su nuevo enemigo. Loodrack se puso en pie y alzo los brazos clamando silencio.

–Así será. Tendréis vuestra venganza, pero su debido tiempo –advirtió con una mano alzada–. Nuestras fuerzas han sido mermadas y necesitamos hombres para volver a luchar

–Necesitamos una alianza –añadió Olan.

–Exacto hijo mío –Harek miró orgulloso a su hijo–. Y muestro mejor postulante esta en Viborg. Ese reino es fuerte y está lleno de guerreros dispuesto a luchar.

–¿Y que extraña locura hará que quieran unirse a nuestra venganza? –refutó Axecston sarcásticamente–. No tenemos nada para ofrecerles.

Los hombres comenzaron a murmurar entre ellos. Muchos pensaban igual de Axecston.

–Te equivocas. Tenemos algo muy preciado, algo que dudo que rechacen… Barcos.

–¿Quieres negociar con nuestros drakkar?

–Exacto, construiremos cuatro navíos para nuestro aliado y les enseñaremos a navegar –explicó seguro y convencido–. Dudo que puedan negarse. Pero ofreceremos algo más valioso, que solo un loco rechazaría

–¿El qué?

–El motín de guerra. –La sala se silenció al completo–. Si esos monasterios estaban llenos de oro. Imaginaos lo que podemos encontrar al otro lado de los muros del reino…

Olan y todos los hombres se quedaron perplejos. Loodrack tenía toda la razón. Su alianza garantizaría su ansiada venganza y llenaría de oro sus bolsillos y los de su aliado. El suculento botín persuadiría a jarl Bölt.

–Axecston y Dregk, quiero que seáis mis emisarios. –Los señaló con el dedo–. Partiréis al sur durante la siguiente luna llena, y entregareis el mensaje a jarl Bölt. Diez hombres más formaran parte de vuestra guardia y partirán con vosotros.

Los hombres en cuestión asintieron orgullosos. Deseaban ir y ver vengada la muerte de tantos buenos guerreros. La posible alianza con el reino de Viborg, era una baza que llenaba de esperanza los cuerpos de cada uno de los presente. Sabían que no iba a ser fácil, pero la decisión ya estaba tomada. Durante la siguiente luna llena partirían.

Cuando el consejo se disipo Olan permaneció sentado en el mismo lugar. Loodrack advirtió de su presencia, presentía lo que iba a ocurrir. Se acerco a su hijo a la espera de una nueva discusión.

–¿Qué sucede, hijo?

Los ojos de Olan estaba fijos en el suelo, su semblante era serio y un tic nervioso temblaba en su barbilla.

–Sigo siendo un guerrero padre… –declaró entre dientes.

–Lo sé. Eres un bravo guerrero y el mejor de mis hombres. Pero estás herido.

Los ojos de Olan desprendían chispas. La cólera lo abrumaba y temía no poder controlar sus impulsos. Había sido relegado.

–¡Debo ir junto ellos!

Apretó el báculo que lo sostenía con tanta fuerza que temió partirlo.

–Apenas puedes caminar y no puedes afrontar un viaje tan largo. Y no sabemos si…

–¡Podre caminar! –interrumpió.

–Eso no lo puedes saber. Debes descansar.

–¡No! Durante la siguiente luna llena, partiré con Dregk y Axecston. Mis heridas habrán sanado para entonces.

Dicho esto abandonó la sala con ayuda de su báculo. Se quedo mirando la silueta de su hijo alejarse y salir del gran salón. Cierto era que su hijo era un guerrero bravo, valiente, y audaz pero también joven e inconsciente.

Las terribles imágenes de la isla de Mull invadieron su mente. Recordó la terrible tormenta que cayó sobre el mar aquella noche. El viento templaba las velas con tanta fuerza que amenazaba con partirlas, mientras las olas agitaban furibundamente la embarcación. El cielo rugía con furia encolerizado. Su única luz provenía de los rayos que caían sobre el amplio océano. Perdieron totalmente el rumbo durante la tormenta y durante días surcaron el mar en busca de la senda adecuada. Dos embarcaciones desaparecieron entre la lluvia, la niebla y las olas del mar. Por un instante perdieron la esperanza… Preso de la desesperación brindo a Odín la gloria de las futuras batallas que se tornarían leyenda bajo su ejército si su furia se aplacaba.

Y así fue, la furia de Odín se aplacó y poco antes de llegar, el cielo se abrió entre las nubes dejando pasar un gran rallo de luz dirección a las islas de Inglaterra.

Durante la larga travesía habían visto mermadas sus fuerzas, pero no su coraje. El único problema fue que lo peor estaba aún por llegar.

Recordó a su hijo luchar bajo una horda de doscientos hombres, escuchó el blandir de las espadas y las hachas cortando el viento. Había sido un error rodear la colina por el desfiladero, sus rivales los estaban esperando. La emboscada los envolvió sin darse cuenta y los tres flancos se llenaron de cientos enemigos. Su única opción fue huir para sobrevivir, el mar había mermado sus fuerzas a la mitad y sus cuerpos no aguantarían tal ofensiva.

Si de algo estaba seguro era que durante ese invierno se libraría una batalla tan sangrienta y despiadada que se recordaría durante años como la redención de los hombres del norte. La satisfacción de la venganza era el aire que respiraban todos y cada uno de los guerreros de Drone.

****

Apoyada contra la puerta de la pequeña cabaña, Ammie se sentía incapaz de abrirla. Estaba enfadada consigo misma ¿Como había podido aceptar? Era un bárbaro y le tenía miedo…

En ese momento la puerta se abrió y cayó de espaldas al suelo.

–Tú –espetó incrédulo.

Ammie intentó recobrar la compostura e inconscientemente sus ojos escrutaron al formidable hombre frente a ella. Tenía el torso

descubierto y una la larga venda cubría su herida. Sus ojos recorrieron indiscretamente el cuerpo del guerrero. Sus manos, sus brazos y sus piernas, estaban cubiertos de pequeñas muescas y cortes aún por sanar. Un segundo después reparó en el báculo que lo sostenía. Usaba un bastón a modo de apoyo para caminar.

Varios sentimientos se entrelazaron un su cabeza. Verlo así no le infundía miedo, extrañamente sentía compasión.

–¿!Qué haces aquí!? –Su mandíbula se apretó por el enfado.

Olan sabía lo que estaba pensado. Sabía perfectamente que estaba sintiendo, lo había visto en el rosto de muchos de sus hermanos. En los ojos de Phorum, Svern y Dregk, incluso de su propio padre, sentían compasión por él. Ya no era el guerrero fuerte y bravo que conocían. Y en los ojos de Ammie veía lo mismo. Veía el reflejo de la caridad y la compasión. Una parte de él deseo no haber despertado aquella mañana.

–Vete de aquí –espetó dando media vuelta.

–No… –Tembló ante las dudas que la asaltaban–. Vengo a ayudarte.

Apretó los puños cuando la impotencia y la cólera amenazaban con apoderarse de él.

–¿Crees que necesito ayuda? –Su voz fue un siseo amenazador.

Ammie retrocedió un paso y desvió la mirada al suelo.

–Yo…

–Vuelve con mi madre esclava.–espetó despectivamente–. No necesito que nadie me ayude ¡Fuera de aquí!

Tal fue el susto que Ammie soltó lo que llevaba en las manos y retrocedió perpleja a toda prisa al exterior de la casa. Se escuchó un portazo. Su corazón se aceleró mientras caminaba, el alarido aun vibraba en sus odios y en su mente. Ahora sentía lo que había sentido él, cuando ella rechazo se ayuda. Se sentían igual. Había sido cruel llamarla así, “esclava” se repitió a sí misma. Eso era ella para él, una mera sirvienta.

Antes de entrar a la casa de Ælla, se cubrió la cara con las manos y respiro hondo. Intento evitar lo inevitable pero sus ojos se llenaron de lágrimas y empezó a sollozar. Por primera vez desde hacía mucho tiempo deseo volver a su hogar.

****

Ælla se despertó inquita y pensativa. Esa noche los dioses la habían vuelto a visitar para mostrarle el mismo sueño extraño y confuso. En

él, veía a su hijo inmerso en las profundas aguas del Danubio, hundiéndose y ahogándose inexorablemente. Freyja, diosa del amor, estaba junto a ella observándolo. Poco después todo a su alrededor se desvanecía y aparecía en una playa de arena blanca, con el cielo y el mar color gris ceniza, la nueves lo ensombrecían todo a su alrededor. A lo lejos una esbelta mujer, de cabellos largos y rubios como el oro caminaba por la playa. Llevaba un hermoso vestido rojo que danzaba al son del viendo. Era Ammie y parecía una princesa con el porte de una diosa. Podía ver su hermoso rostro angelical y su marca gris en el hombro. Llevaba los pies descalzos mientras caminaba por la orilla con la mirada fija en movimiento del mar. De pronto viraba el rumbo en dirección al mar y se adentraba lentamente en sus aguas.

Ælla temió perderla al igual que a su hijo y corrió en su dirección pero antes de poder alcanzarla Ammie desapareció entre las olas del océano gris. El único ruido que la rodeaba era el sonido del mar y el fluir de la brisa a su alrededor. Mantuvo la mirada fija en el océano cuando vio aparecer de nuevo los cabellos rubios de Ammie entre las olas. Poco a poco su esbelta figura vestida de rojo salió del agua portando algo entre sus brazos.

Llevaba a su hijo…

Olan estaba pálido e inerte entre los brazos de Ammie. Ella mecía su cuerpo sobre sus rodillas acariciando lentamente sus cabellos rubios mojados, a la vez que cantaba una hermosa melodía. Ya la había escuchado antes, Ammie dormía a sus hijos con la misma canción. No sabía cuánto tiempo estuvo escuchándola cantar. Poco a poco el mar se torno azul, el cielo se agrieto dejando pasar el esplendoroso sol y Olan abrió sus preciosos ojos azules.

Ælla había tenido muchos sueños a lo largo de los años, muchas visiones y premoniciones. Como seid le era fácil interpretar las visiones, pero este sueño era demasiado confuso y extraño para vislumbrar el sentido.

Únicamente el tiempo los des intrigaría, pensó.

****

Antes que pudiese darse cuenta la noche cayó nuevamente sobre las tierras de Drone. Ammie miraba pensativa los pliegues de su magnífico vestido rosa pálido. Sabía que debía ir y hacer algo por él. No podía dejarlo así, estaba herido en todos los sentidos de la palabra y su cólera brotaba de su impotencia. Le daría otra oportunidad y esperaba que él fuera indulgente con ella. Le ofrecería su ayuda, por última vez.

Respiro hondo, cogió el paquete lleno de hiervas y ungüentos y salió

de la casa bajo la atenta mirada de Loodrack y Ælla. Una vez en el exterior, recorrió las calles placidas y silenciosas de la aldea. Se planto delante de la puerta de su casa y dudo…

–Dios, dame fuerzas –susurró inaudiblemente antes de picar a la puerta.

Esperó unos instantes y escuchó el ruido de unos pasos irregulares antes de que puerta se abriera.

Olan se quedó mirando fijamente sus grandes ojos ámbar y no vio ni un atisbo de compasión, ni pena. Una punzada de culpa atravesó su pecho, la había tratado tan mal la otra noche… Pero allí estaba de nuevo, ofreciéndole su ayuda. Y para su total desconcierto, esa noche estaba gloriosa. Ese vestido rosa envolvía a la perfección su pequeño, esbelto y delicado cuerpo.

Sin decir ni una sola palabra, se apartó y la dejó pasar.

Con ayuda de su bastón se dirigió a su lecho y se sentó con el cuerpo recostado sobre el cabecero de madera con una mueca de dolor. Ammie abrió el paquete lleno de ungüentos para curar sus heridas, se limpio las manos en un cuenco de agua y se acerco a él a pasos indecisos.

El extraño silencio que surcaba el aire entre ellos, magnetizaba su piel con la de ella. La insólita tensión hilaba un fino y tenso hilo de seda entre su cuerpo y el suyo, hechizándolo por completo.

–Necesito ver la herida…

Olan destapó la sabana mostrándole su dañada pierna. Ammie se arrodilló a la altura de la lesión, quitó el vendaje con delicadeza y examino la herida. Aún sangraba y seguía siendo profunda, pero no estaba infectada. Su mirada se desvió al rostro de Olan, tenía los ojos cerrados y la mandíbula en tensión. Debía dolerle mucho. Limpió suavemente la sangre seca y unto el ungüento que llevaba entre las manos repasando el profundo corte con la yema de sus dedos.

Olan dejó caer la cabeza hacia atrás y se concentró en el intenso olor a hierbabuena y caléndula que aliviaba sus sentidos. Los movimientos de la joven eran lentos, pero concisos. Trataba de no causarle más malestar, más dolor. Las punzadas se hicieron eternas y contuvo el aire por momentos. Cuando Ammie cerró la venda sobre su magullada pierna sintió un alivio indescriptible e instantáneo. El ungüento adormecía el dolor y su pierna dejó de atormentarlo.

Ammie alzó la mirada a su rostro, ahora tenía los ojos abiertos y miraba fijamente sus cautelosos movimientos. Acto seguido, como sabiendo cual sería el siguiente paso de la tortura, extendió sus largos

brazos a ambos lados de su torso exponiendo la enorme herida de su pecho. Tras un momento de vacilación, se acerco a él y se sentó al borde del gran camastro. Con delicadeza posó las manos sobre los vendajes ensangrentados.

–Con cuidado –siseó.

Olan se quedo mirando sus pequeñas y tiernas manos sobre su piel. Con la cabeza aún baja, Ammie lo miró de soslayo y sus ojos azules como el mar, se encontraron con los ojos arena de ella.

Un instante después, se irguió dejando que ella pudiese quitar la venda alrededor suyo. Cada vez que desenrollaba una parte, pasaba sus pequeños brazos alrededor de su torso y sus cuerpos y rostros quedaban muy cerca uno del otro.

Una cercanía sublime, pensó

Aspiró el etéreo perfume a lilas de Ammie, una mezcla muy peculiar, dulce, sutil y a su vez fresca. Un agudo dolor lo sacó de sus pensamientos y apretó los dientes cuando la última parte de la venda se desprendió. La herida era brutal, por un segundo, vio las manos de Ammie temblar y la duda ensombreció sus suaves facciones.

–Cielo santo… –Aturdida examinó la herida y se frotó ambas manos para deshacerse del temblor.

La enorme incisión comenzaba en las costillas y se extendía a lo largo de su pecho hasta la clavícula. No era tan profunda como la anterior, pero dejaría una atroz cicatriz de por vida. Ammie percibió su rigidez ante el contacto de sus manos. Limpió la herida tal y como hizo con la anterior, lenta y cuidadosamente, pero a pesar de ello, el intenso dolor que sufría, le provocó un tic nervioso en el mentón.

–¿Te duele mucho? –musitó con un hilo de voz.

–No… –Su mandíbula continuaba en tensión. Sabía que mentía. Pero un guerrero nunca se mostraría débil y menos ante una mujer.

Dejó de curar la herida, sirvió un brebaje verde en un cuenco de madera y se lo ofreció.

Olan con el gesto torcido, cogió el cuenco con una sola mano.

–¿Qué es? –preguntó olisqueando el interior.

–Infusión de achiote, huamanpinta y corteza de sauce blanco –explicó–. Bébelo, hará que te sientas mejor.

–Espero que no sea veneno… Huele fatal.

–¿Crees que te estaría curando, si mi intención fuera envenenarte? –

Olan sonrió ante su agilidad.

Lentamente bebió el contenido del bol. La infusión era amarga y sabia a mil rallos, pero su mal sabor le ayudo a no pensar y soportar el agudo el dolor. Ella siguió poniendo ungüento cuidadosamente sobre la herida a la vez que la tapaba con hojas de brezo machacadas. El dolor cedía lentamente a medida que sus manos lo tocaban. Cuando terminó de poner la breza, se dispuso a volver a vendar su enorme torso con vendas limpias. Volvió a incorporarse y se deleito con la cercanía de la mujer.

Era bella, pensó.

Sus manos revoloteaban a su alrededor, mientras vendaba su torso con sumo cuidado. Cerró los ojos y dejo que su olor y su cercanía embriagasen sus sentidos. Mientras lo vendaba pudo escuchar su acompasada respiración en su oído. Por un breve instante su mejilla tocó la suya y ella dio un respingo deteniéndose ante el contacto.

Su mejilla era tan suave como sus manos. Y sin poder resistirlo, se acercó hasta dejar su frente contra la suya. El aire entre ambos desapareció dejándolos solos y perdidos. Lentamente sus ojos descendieron lascivamente a sus labios e incomprensiblemente, solo quiso tenerlos.

El sonido del cuenco contra el suelo los despertó del ensueño y Ammie brincó. Asustada bajo la mirada a sus manos y prosiguió vendándolo como si nada hubiera ocurrido.

Poco después terminó de vendar y su mirada coincidió con la suya antes de levantarse del camastro.

–¿Estas mejor? –Recorrió su rostro en busca de alguna señal o atisbo de dolor, pero parecía estar mejor que ella.

–Sí, mucho mejor.

Bajo su la atenta mirada, Ammie giró sobre sus pies y se dirigió a la antesala. Todo estaba en penumbras, encendió varias velas, avivo el fuego y puso a calentar algo de comer. Sus movimientos eran mecánicos, ya que su mente no dejaba de pensar en el fascinante hombre que descansaba en la otra recamara. Pero, ¿qué había ocurrido? ¿Por qué se sentía tan atraída por él? Se estaba volviendo loca, ¿Cómo podía gustarle por un bárbaro insensible, rudo y… atractivo guerrero?

Desvariaba por segundos, y necesitaba irse de allí y rápido.

Poco después volvió a entrar en la sala con un cuenco de sopa caliente y se lo ofreció con ambas manos. Él lo cogió sorprendido y comenzó a

dar pequeños sorbos a la sopa.

–No tengo mucho más que hacer aquí. Mañana volveré.

Recogió todas sus cosas pero antes de salir se detuvo.

–Gracias… –Ammie sonrió al oírlo, su voz era calmada y amable.

–Buenas noches, que los dioses te acompañen en tus sueños.

–Que los dioses también estén en los tuyos, mujer.

Cuando cruzó la puerta un sentimiento de vacio inundo su alma. No quería que se fuera. Quería tenerla allí, cerca de él. Se había comportando como un villano y ella le habida dado una lección de humildad y de compasión, tratándolo como jamás esperaría que lo hiciera. Era una mujer excepcional, pensó.

A la mañana siguiente, Ammie fue al pozo a buscar agua fresca, recogió un pesado cubo y se dirigió a casa de Olan. Antes de llegar se detuvo frente la puerta, pensando si picar o no. Alisó su vestido azul y decidió no anunciar su llegada. Era demasiado temprano para importunarlo y debía descansar. Entro sigilosamente en la casa, todo estaba oscuro y en silencio, la poca luz que había provenía del fuego casi extinguido del hogar. Abrió una pequeña ventana para dejar pasar la luz.

Sus manos empezaron a trabajar rápidamente; puso agua en una gran tina para que pudiera lavarse, corto pan para untarlo con miel y dejo una vasija llena de leche sobre la mesa.

Todo continuaba en silencio y la curiosidad se apodero de ella. Sin pensarlo dos veces, camino sigilosamente sobre los dedos de sus pies en dirección a la recamara contigua a la suya donde dormía Olan. Lentamente se acerco y miro a través de la obertura de la fina cortina que los separaba.

Una pequeña vela iluminaba la estancia, estaba dormido plácidamente. El inmenso camastro se tornaba pequeño bajo su glorioso cuerpo, la manta tan solo tapada parte de sus piernas y dejaba expuesta gran parte de su piel bronceada. Tenía los dos brazos extendidos lánguidamente y uno reposaba sobre su cabeza. Se quedo ensimismada admirando cada una de las curvas de su cuerpo como si se tratara de adonis. Sus ojos fueron ascendiendo y se quedaron fijos en su bello rostro. La luz cálida y tenue de la vela reposaba sobre su perfil y su mentón enmarcando sus facciones perfectas. Estaba profundamente dormido y relajado como un niño. Su aspecto ya no era tan letal y por un instante sintió la apremiante necesidad de

tocarlo.

¡Quieta!, pensó.

Retrocedió un paso, aspiro profundamente y dejo caer la cortina. No debía cometer ningún error, el hecho que estuviera dormido y herido, no lo hacía menos peligroso. Suspirando se dirigió a la puerta y salió de la casa silenciosamente.

A media mañana Olan despertó.

Hacía mucho tiempo que no dormía una noche completa tan plácida y tranquilamente. Esa mañana no sentía apenas dolor. Un gran alivio, ya que las mañanas siempre habían sido el peor parte del día. Se incorporo lentamente, paso las manos por su alborotado cabello dejando caer la pequeña y fina trenza sobre su pecho y cogió su bastón para ponerse en pie.

Al llegar a la antesala, vio que el fuego había sido avivado y encima de la mesa había pan, miel y leche. Ammie había estado allí, pensó instantáneamente. Miro a su derecha y vio la tina llena de agua limpia y un pequeño bol. Lo cogió y por el olor supo rápidamente que era. El amargo brebaje curativo. Cerrando los ojos y conteniendo la respiración bebió el contenido del bol y acto seguido mordió un gran trozo de pan con miel para aplacar el agrio sabor.

Poco después de terminar de comer unos fuertes golpes en la puerta le sacaron de sus cavilaciones.

Al abrirla se encontró con Phorum, Dreck y Sault. Todos días le venían a visitar, unos días unos, unas tardes otros. Nunca se sentía solo. Pasaban todo el día con él, rememorando viejas hazañas, inventando las futuras y discutiendo intensamente sobre estrategias de guerra. En ocasiones desde su pequeño salón, se revivían contiendas entre gritos de guerra y alboroto. Y se creaban pequeños consejos de guerra bajo fuertes risotadas y golpes sordos. Discutían hasta el anochecer incesantemente. La guerra les fascinaba y los engullía. Pero ninguno deseaba hablar sobre lo ocurrido en la isla de Mull, aún era doloroso. Habían perdido a muchos hombres, guerreros y hermanos. Si todo iba bien, en pocas semanas, gracias a sus hombres y a las curas de la mujer, podría caminar y juntos clamarían venganza con las primeras nieves.

Unos pequeños golpes rebotaron en la puerta alertando a los hombres. Se miraron entre ellos y Sault se levanto para abrir la puerta. Al otro lado había una muchacha con una capa gris, Olan no tuvo dudas de quien era.

Retrocedió un paso antes de quitarse la capucha y pudo ver sus

hermosos cabellos dorados recogidos en una larga trenza que caía sobre su hombro.

–Puedes pasar mujer –Sault se apartó afablemente para dejarla pasar.

Temerosa, entró en la pequeña sala sin decir una sola palabra. Estaba asustada, Olan lo vio en sus ojos. Puso el cesto sobre la mesa, lo miro fugazmente y volvió sobre sus mismos pasos para salir de la casa y desaparecer entre el gentío de la aldea.

–Una mujer silenciosa ¿Verdad? –dedujo Phorum

–Una mujer asustada querrás decir. –Sault acomodo las manos detrás de la cabeza.

–No le hemos dado razones para que confié en nosotros –determinó Olan cortante mirando a sus hombres.

–Pues tendrás que darle razones –cuchicheó Dregk.

–¿¡Yo!? ¿Porque lo dices?

–Te conozco desde hace muchos años. Esa mujer te tiene eclipsado.

–¡Es solo esclava tómala y punto! –Todos rieron ante el comentario de Sault.

–¡No tengo ningún interés en tomarla!

–Miente a quien quieras, pero a mí no lobo –apuntó Dreck confiado.

–Es tarde y no quiero hablar de ella.

–¡Te interesa! ¿Sino porque evadirías el tema?

–Me interesa curarme Sault –declaró eludiendo el tema–. Quiero partir a Viborg con vosotros durante la siguiente luna llena.

–Vale, lo hemos entendido… –Phorum alzó ambas manos en señal de rendición–. Te dejaremos descansar. Ya sido suficiente tortura por hoy.

Cuando se fueron y lo dejaron solo, se sumió en sus pensamientos. Las palabras de sus hermanos repiqueteaban en su mente una y otra vez y tan solo daban vueltas en una misma dirección, Ammie. Dregk tenía razón deseaba a esa mujer. Tomar decisiones nunca le había resultado difícil, pero cuando se trataba de Ammie su poder resolutivo se desvanecía por completo. Pero haría caso a Sault, la tomaría a su antojo y por muy difícil que fuese conseguirlo, la llevaría allí con él.

****

Desde la gran muralla McLeod miraba el mar. El hombre allí postrado con gesto solemne y frio, no era más grande ni más fuerte que

cualquier otro hombre. Sus cualidades no radicaban del poder físico, sino mental. Poseía una mente ávida e ingeniosa para la batalla y la estrategia. El arte de la guerra era un simple juego que había sembrado en su corazón crueldad y cinismo. Sabia manipular y moldear a sus enemigos y aliados a su libre albedrio. Solo tenía una única debilidad, su preciosa hija Ammie, fruto de su matrimonio con Eleonor Yoräg. Llevaba meses sin saber de ella. Desconocía su paradero, pero en su interior la sentía viva, en algún lugar. El compromiso con el conde Connor seguía en pie. Pero no por mucho tiempo. No duraría eternamente y debía encontrarla.

Escucho como las puerta se abrían tras de él. Era el capitán de su guardia Daryl Relish.

–Dime que ya sabes donde esta mi hija… –Su voz destilaba hiel–. Habla

–No, mi señor. Pero creemos saber dónde empezar a buscar.

–Sigue hablando…

–Hace menos de una luna el reino de Mull y su ciudad Tobermory, fue atacada por los hombres del norte. Sus embarcaciones portaban una gran vela roja con un águila.

–¿Estás seguro de tus palabras?

Tal y como describió el padre Lore. La débil voz del padre resonó en su cabeza "*Partieron con un águila roja por estandarte*"

–Sí, el ejército de Tobermory lucho contra ellos. Les tendieron una emboscada y pocos sobrevivieron.

Al fin y al cabo había sido una ingeniosa idea avisar al conde Connor de la presencia de hombres del norte en las costas. Sabía que volverían a atacar y así fue.

–En qué dirección se marcharon.

–Al norte. Dirección a costas Danesas.

Ya tenía una dirección en la que emprender de nuevo su búsqueda. Si su hija estaba en costas danesas la encontraría, aunque tuviese que luchar contra diez mil hombres y despellejar a cada uno de ellos con sus propias manos.

****

«El frio del invierno estaba al caer»

Pensó Ammie mientras caminaba por la aldea con todo lo necesario en dirección a la casa de Olan. Llevaba varios días curando sus heridas.

Su recuperación era asombrosa, pero aún quedaba mucho por recorrer.

Dejó en el suelo el pesado cubo de agua que llevaba para tomar aire y cuando se disponía a cogerlo de nuevo alguien se lo quito de las manos.

Levanto la mirada y vio a de Sault con gesto afable.

–Deja que te ayude.

Ammie asombrada guardó silencio hasta llegar a la cabaña de Olan.

–Gracias por ayudarme –Sonrió amablemente.

–De nada mujer. Cuida de Olan, lo necesita.

–Eso haré.

Dicho esto Ammie abrió la puerta y entro con cautela, si Olan dormía no quería despertarlo. Todo estaba en calma en el interior, pero el ambiente estaba caldeado y abrió una de las ventanas.

Escuchó un ruido tras ella y se sobresaltó.

–¡Dios! –siseó con una mano sobre el pecho.

Allí estaba Olan despierto y con el torso descubierto de nuevo. Era difícil concentrarse en lo que decía cuando él iba medio desnudo. Trato de ignorar ese hecho y siguió haciendo sus tareas.

–Me has asustado…

–No pretendía hacerlo.

Ammie siguió de espaldas a él, sirviendo el pan, el queso y la leche sobre la mesa.

–Esto te pertenece. –Olan extendió un pequeño paquete en su dirección.

Ammie cautelosamente cogió lo que le ofrecía. Era su pañuelo purpura con sus iniciales **A.Mc.LD**. Un regalo de su querida Doreen.

–Ábrelo.

Ammie le hizo caso y desenvolvió el pañuelo. En el interior había un pequeño objeto afilado. Lo reconoció al instante, era el Sax de Ælla. Se quedo fijamente mirando la hoja de doble filo de la pequeña daga. Llevaba algo inscrito en un extraño idioma.

“Treasure av gudene”.

–¿Qué significa?

–*Treasure av gudene* –pronunció seductoramente acercándose a ella–.

Significa tesoro de los dioses.

Ammie se sonrojó y le desvió la mirada.

–Te encontramos en un lugar sagrado –susurró acariciando su mejilla–. Y sin saberlo, tú, eras el tesoro más valioso del lugar.

Delicadamente acortó aún más el espacio entre ambos. Paso una mano alrededor de su cintura y acerco su rostro al suyo. La intensidad del azul de su mirada se acentuó un segundo antes de que sus labios, fueran suyos.

Ammie se dejo llevar. Su masculino aroma a sándalo y almizcle la hechizaba nublándole la razón. Y sus besos suaves y expertos destruían sus débiles defensas. Estaba total e irrevocablemente rendida a él.

Cuando dejó de besarla, abrió los ojos lánguidamente y recobró la conciencia. Pero ahora los ojos de Olan estaban oscuros como una tormenta en el océano.

–Quiero pedirte algo. –Ammie se puso nerviosa ante la dirección que tomaron sus pensamientos.

–¿Qué…? –Su voz era tan solo un hilo de voz.

–No es lo que piensas –aclaró al ver el miedo en sus ojos–. Quiero pedirte que te quedes aquí, conmigo

Ammie se quedo perpleja por la petición.

–Yo… no…

–¿No quieres?

–No… –La alarma en su rostro era evidente–. ¿No es suficiente lo que hago por ti?

–No, por eso quiero que te quedes.

–¿Y si no quiero?

Olan parecía cada vez más molesto con ella.

–Sabes que puedo obligarte… – En sus ojos brillaba la convicción.

Indignada ante tal despliegue de despotismo. Se abrochó la capa fuertemente al cuello y paso a su lado de camino a la salida. Olan la interceptó un segundo antes de llegar a la puerta.

–¡Suéltame! –espetó entre dientes–. No quiero quedarme aquí.

El lobo que Olan llevaba dentro, había cobrado vida y volvía a la carga contra ella. Pero no iba a soportarlo una vez más.

–Déjame salir.

–¡No! –exclamó–. ¿¡Tan difícil es para ti!?

–Sí, es difícil cuanto te crees dueño de todo… –masculló enfadada dando un tirón para soltarse–. Pero yo no soy de nadie ¡Y mucho menos tuya! No puedes obligarme a nada.

Olan se mantuvo firme y desafiante bloqueándole el paso.

–Sí puedo, y si tengo que hacerlo lo haré.

Ammie sentía su sangre hervir en sus venas y no pudo contener la oleada de rabia.

–Eres un bárbaro egoísta que no merece mi atención… –espetó rabiosa mientras una solitaria lágrima descendía por su mejilla–. Y escúchame atentamente, jamás tendrá absolutamente nada de mí ¡Jamás! –bramó.

Olan se quedo en silencio mirando los ojos de Ammie llorosos por la tensión. Soltaban fuego e ira. Mantenía los puños cerraros con fuerza a cada lado de su cuerpo en tensión y sus labios temblaban por la cólera. Desvió la mirada, se puso la capucha sobre su cabeza y dio dos pasos frente a él. Su mirada era desafiante, como la de un guerrero. Olan repasó sus hermosas facciones llenas de ira.

Incluso enfadada era atractiva, pensó.

Al verla temblar, un latigazo de compasión le hizo entrar en razón y sembró la duda en él. No podía retenerla allí y mucho menos en contra de su voluntad. Suspirando ruidosamente dio un paso apartándose de la puerta y la mujer salió rápidamente al exterior.

Se arrepintió instantáneamente de sus palabras. ¿Qué había hecho? La mujer tenía razón, se estaba comportando como un “bárbaro egoísta” y lo único que había conseguido era perderla.

Capitulo 6

Con el crepúsculo viperino, todo se teñía de color ámbar. El pueblo comenzaba a silenciarse y los sonidos de la noche revivían a su alrededor. Con la llegada del invierno, los días eran cada vez más cortos y antes de darse cuenta, otro día mas llegaba a su fin.

Ælla y Ammie observaban el cielo rojizo en silencio. El pueblo estaba en calma, esa tarde había consejo y todos los hombres planeaban la partida a tierras del sur. La luna llena estaba al caer y esa noche se celebraría un suntuoso banquete para despedir a los guerreros que partían a Viborg. Les desearían un prospero y fructífero viaje. Olan seguramente iría. Pero sus heridas no estaban curadas. Llevada varios días evitando la lobo. Se sentía dolida y ultrajada con él. Pero en el fondo, le preocupada.

–¿Ira…?

Ælla advirtió el tono preocupado de la voz de Ammie. Algo había ocurrido.

–Ira, tiene la bendición de los dioses.

–Pero sus heridas…

–Van mejorando –Interrumpió suavemente.

–Olan no está curado ¡Aún no puede ir!

–Pocas cosas detienen a mi hijo… Lo hará de todos modos.

Ammie bajo la mirada a sus manos nerviosas y se sintió de nuevo abrumadoramente culpable.

–Siento no haber podido cumplir mi promesa.

–No era una tarea fácil…. Sé que ya no es el mismo, parte de su corazón se quedo en la isla de Mull junto a los guerreros que perecieron allí. –Tras un silencio continuó–. Las heridas en su cuerpo y su alma, hacen que el guerrero que vive en su interior brame encolerizado

Posando su mano contra la de Ammie prosiguió

–Ahora es cuando más afecto necesita. Las heridas de su alma aun cuando no podamos verlas. Allí están, sangrando, necesitadas de una mano bondadosa que las cure. Y cuando sanen por completo, el Olan que todos conocemos volverá.

Las palabras de Ælla se repetían en su mente una y otra vez. Tiempo atrás, había visto esa parte buena y cautivadora de Olan. La había cuidado y protegido. Había sentido su inconmensurable bondad. Sabía que él no era así y necesitaba verlo feliz. Por alguna razón, sus dulces ojos marinos habían cautivado una pequeña parte de su alma y seducido un pedacito de su corazón. Deseaba curar sus heridas y calmar su dolor, pero no podía acceder a su corazón, si él no quitaba el enorme caparazón que los separaba.

Al caer la noche la enorme estancia estaba abarrotada de guerreros. La luz anaranjada del interior era tenue y el ambiente cálido y recargado. Los hombres bebían, comían y reían alegremente. Sus graves voces resonaban huecamente sobre las paredes de la estancia y era imposible escuchar lo que decían entre gritos y golpes.

Ammie sostenía una jarra de hidromiel cuando sintió unos ojos clavados en su espalda. Giro y vio los penetrantes ojos de Olan fijos en ella. Su intensa mirada era tan osada que se sintió desnuda.

¿Cómo lo hacía? Solo él, tenía la capacidad de sonrojarla con la mirada, de seducirla con la voz y de erizar su piel con sus manos. ¿Cómo lo conseguía? Bajo su atenta mirada era incapaz de controlar su propio cuerpo y perdía por completo la razón.

En un momento de despiste sintió una firmes manos rodear sus caderas y el tenue aroma de almizcle y sándalo la rodeo. Olan. Sentía sus labios y su respiración cerca de su cuello. Su cuerpo estaba tan cerca de ella que se tenso involuntariamente. Pero no se movió, y disfrutó de su sublime y dulce contacto.

–Lo siento… –El susurro vibró suavemente en su oído.

Se relajo ante la inesperada disculpa y sintió un inconmensurable alivio.

–¿Qué sientes?

–Haberme comportando como un bárbaro. Perdí el control…

Parecía arrepentido de lo ocurrido y arrastraba las palabras de una forma extraña. Ammie se mantuvo en silencio.

–Necesito hablar contigo –imploró cautelosamente–. A solas.

Ammie giró la cabeza y miro sus pálidos ojos desde atrás. En su rostro había una súplica dibujada. Algo que jamás había visto. Su letal mirada ahora era inofensiva. Y la docilidad de sus palabras le recordó al hombre que conoció por primera vez en Mull y doblego su ego.

–Cuando la luna colme el cielo iré a verte.

Necesitaba saber si realmente estaba arrepentido. Acudiría a verlo y escucharía lo que tenía que decirle.

Dicho esto se separo de él y desapareció entre los presentes.

****

Estaba más nerviosa y asustada que de costumbre. Por un segundo dudo, quizá no debería estar allí y siendo sincera esperaba encontrarlo borracho y dormido. Se llenó de valentía, abrió lentamente la puerta y se filtro en el interior. Todo estaba en silencio y sumido bajo la tenue luz del fuego.

Desde el otro lado de la habitación escucho un ruido.

Al girar lo vio. Allí estaba, despierto y mirándola fijamente. Las penumbras ensombrecían su rostro y las sombras trazaban el perfil letal de su cuerpo.

–Aquí estoy… ¿Que deseabas decirme? –La pregunta se quedo en el aire.

Olan deseaba muchas cosas y una de ellas estaba ante él.

–Quería pedirte perdón. –Su voz sonaba sincera y sus palabras fluían lentamente–. Me he comportado como un animal –Avergonzado desvió la mirada al fuego.

Ammie lo miro fijamente, estaba realmente enfadado y arrepentido consigo mismo.

–Lo siento… –prosiguió–. Solo deseaba egoístamente que te quedaras aquí. Que escogieras vivir conmigo –arrastró la última palabra entristecido–. Nunca te habría obligado a nada…

–¿De verdad estas arrepentido?

–Desde lo más hondo de mi ser –confesó afligido.

Ammie dio un paso adelante y buscó sus ojos azules. Cuando la miraron sonrió levemente, aún había ternura en él. Podía verla y podía sentirla. Un escalofrió de emoción la embargó. Por fin, la parte buena de lobo negro que conocía, volvía a florecer de entre las tinieblas.

–Has vuelto –sonrió delicadamente–. Pensé que te habías perdido.

Posó su mano sobre su pecho, justo donde residía la herida, y repasó el emblema del águila de su casaca. Olan alargo la mano y poco a poco trazó suavemente su mentón.

–Aquí estoy mujer –musitó poniendo un debo bajo su barbilla para que lo mirara–. Y no pienso volver a irme.

Sus hermosos ojos cian de brillaban bajo la luz del fuego tratando de decir lo que sus labios no podían. Olan envolvió dulcemente su cintura acortando el espacio entre ellos y estrechó delicadamente su cuerpo contra el suyo. Sintió su cálido aliento y su cautivador aroma colapsó sus sentidos. De nuevo estaba a su merced. Su abrazo se apretó aún más a su alrededor dejando su rostro a escasos centímetros del suyo.

–Quédate… –susurró Olan contra su cuello.

Ammie sintió como sus piernas se aflojaban y su cordura se desvanecía entre sus brazos. Estaba tan embriagada con su presencia, que apenas podía respirar. La mano de Olan se cerró sobre su mejilla y sin dejar de mirarla se acerco, más y más. Cerró los ojos al percibir su aliento cerca de sus labios que instintivamente se entreabrieron. Y dejó que libremente tomara su boca contra la suya mientras una descarga eléctrica recorría su cuerpo.

Su sabor era tan dulce…

Al perder el suave contacto de sus labios, lánguidamente abrió los ojos. Una apacible sonrisa dibujaba su rostro y sin poder evitarlo puso su pequeña mano sobre su nuca y volvió a besarlo. La lengua de Olan atrapó la suya con premura y exploró cada centímetro de su boca mientras un beso sucedía al otro.

Olan sintió como Ammie se estremecía entre sus brazos. Sujeto suavemente su cintura y la besó sin dilación, sin mesura. Cada vez sus besos eran más exigentes y abrasadores y su contacto más sublime y arrebatador. Sin dejar de saborearla, alzo su cuerpo y la sostuvo entre sus brazos. Necesitaba sentirla aún más cerca. Ella entrelazó instintivamente las piernas alrededor de su cintura.

Ammie dejó de besarlo y Olan quiso gruñir.

Sus labios estaban enrojecidos por la pasión de sus besos y su pequeño cuerpo aún palpitaba entre sus brazos. Ambos se miraron extasiados, mientras la leve sombra de la duda oscurecía el ámbar de sus ojos. Ammie estaba recapacitando.

Si quería escapar de él, ese era el momento, pensó.

Ammie observó como el deseo oscurecía el vibrante azul de los ojos de Olan. Sopeso los acontecimientos, pero no fue capaz de reunir la fuerza suficiente para apartarse de él. Su cuerpo estaba ensamblado al suyo, como el agua y la sal del océano. Ocurriese lo que ocurriese esa noche entre ellos, cambiaria totalmente curso de sus destinos.

Finalmente con su mano guió los labios de él a los de ella y lo beso de nuevo. Ya no había vuelta atrás.

Sosteniéndola con suavidad en el aire y sin dejar de besarla Olan camino en dirección a la antesala. La tendió con suavidad sobre el camastro y se recostó sobre ella aguantando el peso sobre sus brazos. Ammie abrió sus hermosos ojos ambarinos y pudo ver el electrizante deseo que resplandecía en ellos. A pesar de haber estados con muchas otras mujeres, ninguna mujer lo había mirado así antes. El miedo había desaparecido dando paso a la dulce ternura y la suculenta pasión.

Ante su atenta mirada Ammie deslizo lánguidamente una frágil mano sobre su vestido y a la altura del pecho tiro del cordón. El vestido se abrió exponiendo sus hermosos pechos ante sus ojos. Se humedeció los labios embelesado con su belleza y trato de memorizar todas y cada una de las sublimes curvas de su cuerpo. Era preciosa, pensó. Se desprendió de su casaca por encima de los hombros y dejó que ella explorara su cuerpo libremente. Torturando sus sentidos y atormentando su corazón.

Deslizo un dedo sobre sus húmedos labios acariciándolos, resiguió su delicado mentón hasta su fino cuello y poco a poco continúo bajando hasta sus gloriosos y redondeados pechos. Entonces se detuvo y la miró. La pasión amenazaba con consumirlo.

–Tómame…– susurró Ammie contra sus labios.

De su pecho brotó un ronco gruñido y dejando caer su peso sobre ella estrechó su cuerpo contra el suyo. Sujeto su cara con una mano y la beso una y otra vez, cada vez más apasionadamente, cada vez más posesivo y más voraz. Enterró la cara en su cuello y aspiro el dulce olor de su delicada piel, mientras una mano furtiva se deslizaba pesadamente sobre los pliegues de su vestido desprendiéndose de las frías prendas. Sin dejar de besarla fue subiendo la suave tela muy lentamente hasta dejar sus muslos expuestos.

Y entonces la hizo suya…

El deseo le recorría la espalda como descargas eléctricas, jamás había deseado tanto a una mujer. La embestía lenta y suavemente como si deseara que ese momento perdurara eternamente. ¡Por los dioses, era delicioso sentirla así! Cerró los ojos para disfrutar de su sabor mientras Ammie se arqueaba entre sus brazos presa de la pasión. Dejo que sus sentidos colapsados de placer, disfrutaran de la delicadeza de su cuerpo y de la dulzura de su contacto. Poco a poco sintió su oscurecida alma cobrar vida mientras su corazón clamaba enfebrecido. «*Mía*».

Siempre había sido suya. Y lo supo desde el primer momento que la vio.

Sus cuerpos siguieron danzando toda la noche. La consistencia del tiempo desapareció a su alrededor mientras una burbuja los envolvía. Una burbuja en la que únicamente existían ellos dos, unidos de la forma más sagrada.

Cuando estuvieron satisfechos y embriagados por el placer se quedaron en silencio. Olan besó la suave piel del pecho de Ammie bajo su mejilla. Estaba débil y jadeante y escuchaba los rápidos latidos de su corazón contra su oído. Cerró los ojos al sentir su suave y reconfortante mano trazar pequeños círculos oscilantes en su espalda y sin darse siquiera cuenta, sus mente se oscureció rendida por el cansancio.

Un solitario hilo de claridad se coló furtivo a través de la cortina y Olan abrió los ojos perezosamente. Había dormido placida y tranquilamente toda la noche. Sus ojos se desviaron a la preciosa y delicada mano que se posaba sobre su pecho. Ammie.

Estaba tendida de costado y la manta apenas tapaba su desnudez. Tenía una de sus manos cerca se rostro y la otra extendida sobre él. Sus largos cabellos se desparramaban sobre su glorioso cuerpo creando un halo dorado a su alrededor. Observó su hermoso perfil, dormía profunda y plácidamente. Sus facciones estaban relajadas y su respiración era lenta y apacible. ¡Por Odín! Juraría que esa noche había poseído a la mismísima diosa Freyja, se sentía tan lleno de felicidad.

Se recostó sobre su brazo y se deleito con la presencia de la mujer y sus sublimes curvas. En ese momento reparó en la marca gris de su hombro, nunca había visto una igual pensó. ¿O sí? Su madre poseía una similar pero el intrigado era diferente. Este constaba de un círculo ovalado, dentro del cual se entrelazaban extraños símbolos entre los cuales había una espiral triple que se extendía alrededor del mismo círculo. Olan paso el dedo por el tatuaje, y trazó las líneas intentando descifra el extraño dibujo.

Hablaría con su madre. Ella sabría cual era su significado, ya que también portaba una marca semejante. Se negaba a creer que fuera una mera coincidencia, debía haber alguna relación entre ambas marcas. Había conocido a muchas mujeres durante sus contiendas y jamás había visto una marca igual o similar a esa.

Volvió a mirar el dulce rostro de Ammie. Aún dormía cómodamente y decidió no despertarla. Con sumo cuidado cubrió su cuerpo con la

manta y salió del lecho. Hoy era el día predestinado, partirían al sur camino a las tierras de Viborg.

Se vistió rápido y colocó su arco sobre la espalda y su espada en su cinturón. Antes de salir observo un instante mas la preciosa figura de Ammie. Se veía perfecta y sublime sobre su camastro, bajo su techo. Cogió la pequeña trenza que caía sobre su pecho y quitó uno de los aretes de oro que cubrían el extremo de la misma. Abrió cuidadosamente la delicada mano de Ammie, colocó el arete en el centro y la cerró.

Antes de salir besó su hombro con ternura y guardó su prefecta imagen en su memoria. Calentaría su alma en las frías noches y templaría su corazón en la oscuridad. Añoraría sus caricias y su presencia durante el largo viaje. Y temía que eso fuese lo peor.

Poco después Ammie abrió los ojos lentamente. Su piel y su alrededor olía embriagadoramente a sándalo y almizcle. Un segundo después reparó en su situación, estaba sola y todo yacía en silencio. En su mente se repitieron las imágenes de ambos juntos la pasada noche. Sintió que sus mejillas ardían y lo más curiosos era que no lo sentía. No estaba arrepentida de lo que había hecho. Había entregado su virtud a un salvaje, rudo y gloriosos hombre del norte. A un "*nordmanni*" se recordó. Aunque ahora esa palabra sonaba lejana en su cabeza.

Se incorporó sujetando la manta sobre su pecho y al hacerlo notó algo en su palma. Al abrirla encontró un pequeño aro de oro. Lo había visto antes… Olan poseía uno igual en la pequeña trenza que caía de su coronilla. Sonriendo miro detenidamente el pequeño aro sobre su palma, y vio que tenia tallado a cada lado un símbolo celta. El primero consistía en un círculo cruzado en la parte inferior y el otro eran tres triángulos anudados entre sí. Debía significar algo y lo descubriría, pensó.

En ese momento lo recordó. ¡Hoy era el día de su partida! Un escalofrió le recorrió la espalda de arriba abajo. Olan partía esa misma mañana a las tierras del sur y quería despedirse de él. Rápidamente se vistió y salió corriendo.

****

Loodrack estaba reunido alrededor de todos los guerreros que esa mañana partían a Viborg. Los sirvientes cargaban los caballos de provisiones y agua para el largo viaje. La pasada noche la luna había sido llena, el momento prescrito por los dioses para partir y esperaba que esta vez sí estuvieran de su parte. A lo lejos vio la figura de su

hijo acercarse a largas zancadas, parecía bastante recuperado de sus heridas y su pierna ya no parecía ser un impedimento para cabalgar. Lo vio sonreír al acercarse a Sault y Svern con los que bromeo alegremente. Esa mañana estaba extremadamente sonriente y contento. Por fin su hijo había vuelto a ser el guerrero que antaño era; Valiente, letal y risueño.

Loodrack vio como Dregk sostenía con fuerza su montura y despedía a su hermosa esposa. Halldora era alta, de cabello largo y cobrizo y poseía un rostro angelical salpicado de pequeñas pecas. Sus ojos se posaron fijos en su abultado vientre de la mujer, una pequeña bendición de los dioses estaba por venir. Un pequeño guerrero.

Salió de sus pensamientos al notar los delicados brazos de Ælla enredarse alrededor suyo. Poso su cabeza sobre su hombro pensativa, mientras observaban a su hijo cargar su caballo y prepararse para partir.

–¿He hecho bien mujer? –preguntó Loodrack besando la cabeza de su esposa y apoyando la mejilla sobre ella con un gesto tierno.

–Esta noche los dioses han venido a verme.

Loodrack se aparto y miro a sus grandes ojos azules.

–¿Que has visto? ¿Que nos deparan los dioses…?

–En mi sueño aparecían dos cuervos. Uno miraba abajo y a la izquierda, y el otro arriba a la derecha…

–Hugin y Munin –afirmó Harek, arrastrado las palabra.

Se decía que Odín, el gran padre, dios de la sabiduría y padre de Thor, poseía dos cuervos acompañantes. Estas oscuras aves mellizas eran llamadas Hugin y Munin, que significaba "pensamiento" y "memoria". Cada mañana los cuervos eran enviados a explorar el mundo para que reportasen sus hallazgos a Odín por la noche.

–Así es, el mismísimo Odín viajara con él.

Olan se separó de su montura y se acercó a ambos. Loodrack abrazó a su hijo fuertemente y golpeo a su espalda orgulloso

–Que los dioses te acompañen en la travesía hijo mío.

–Gracias padre, estoy seguro de que así será.

Ælla acogió su rostro entre sus manos y miro sus ojos azules igual a los suyos.

–Vuelve con buenas noticias. Los dioses estarán contigo. –Su rostro se endureció antes de continuar–. Pero ten cuidado con las sombras del

bosque…

Olan asintió y se colocó dos grandes pieles sobre los hombros a modo de capa. Subió ágilmente a su esplendoroso caballo negro y encabezó la marcha seguido un sequito de bravos guerreros.

Vieron como los guerreros emprendía la marcha al sur y poco a poco fueron perdiendo sus siluetas en la lejanía, hasta desaparecer. Loodrack sabía muy bien que esa alianza era crucial para ganar la guerra y clamar su venganza. Confiaba en la capacidad de su hijo para la diplomacia y la manipulación. Hugin y Munin lo acompañarían en la travesía y bien sabía Odín, que por las venas de su hijo corría la sangre de los mismísimos dioses.

Ælla giro la cabeza y vio a lo lejos como Ammie corría en dirección a ellos. Parecía agitada. Se paró en seco frente a ella respirando entrecortadamente y miro al horizonte. Puso las manos sobre sus rodillas para recobrar el aliento y dijo:

–¿Se han ido?

–Sí, ya han partido ¿Estás bien Ammie?

Sus ojos no dejaban de mirar el final del camino. Había llegado tarde, no había podido despedirse de él. Una parte de ella le riño por no haberla despertado aquella mañana, pero ya no podía cambiar nada. Olan se dirigía a tierras del sur.

–Si… estoy bien. Solo que quería despedirme. –Una sonrisa cómplice asomo en los labios de Ælla. Por primera vez en mucho tiempo, vio como las cosas comenzaba a encajar y los designios de los dioses cobraban vida.

Capitulo 7

Durante el primer día de travesía Olan sintió como el invierno se acercaba. Los arboles perdían lentamente sus hojas junto a su intenso color verde. Y todo el paisaje se tornaba gris bajo sus pies. La humedad creaba nubes de vapor alrededor de sus bocas y se colaba entre sus casacas, haciéndoles cosquillas. Haciéndoles estremecer. Nevaría durante el largo viaje, estaba seguro de ello.

La primera parte del camino la hicieron en silencio. Solo se escuchaba el ruido de los cascos de los caballos y el viento como soplaba a su alrededor. Todo permanecía en calma. Más adelante dejaron el camino y se adentraron en el frondoso bosque. Era frio y húmedo a la vez. Entre los grandes árboles y altos arbustos apenas corría el viento. Todos sus hombres le seguían en un sinuoso silencio tranquilizador. Miro a través de las tupidas copas de los arboles que se alzaban imperiosas a su alrededor y vio que el sol ya no se situaba encima de ellos. El ocaso amenazaba con caer y Olan detuvo la marcha.

–Acamparemos aquí –ordenó mirando a su alrededor–. Ha sido una larga jornada y debemos descansar.

Los hombres bajaron de sus monturas y ataron las mismas a las copas de los arboles. Parecía un buen lugar, silencioso, llano y protegido.

–Dregk, tu montaras guardia esta noche. –El aludido asintió con la mano en su espada–. Kellan encárgate de encender el fuego.

A pesar de ser el más joven del grupo Kellan era hábil y diestro con el arco y poseía un gran instinto de la supervivencia. Miro a su alrededor hasta que sus ojos se detuvieron en Sault.

–Sault, tú me acompañaras de caza. Coge tu arco.

En el rostro de Sault se dibujo una gran sonrisa mientras recuperaba su arco.

Todos se dispusieron a hacer su trabajo a pesar de estar exhaustos. Podía verlo en sus rostros. La jornada había sido dura y la temperatura no acompañaba. Pero quisieran o no, esa noche y las siguientes dormirían a la intemperie. Debían estar preparados para afrontar el duro invierno que se avecinaba.

Dregk vio la figura de Olan y Sault desaparecer en el bosque. Se comportaba como todo un líder, poseía las cualidades de su padre; Astuto, hábil y letal. Bajo esos ojos azules residía la mismísima esencia de Thor, tal y como había visto tiempo atrás en los claros ojos verdes

de Loodrack. El verde de su iris te envolvía como un cerrojo y se cerraba alrededor de sus presas.

Recordó la primera vez que vio el ritual. Era tan solo un niño. Vio como la sangre roja y espesa brotaba de la espalda del traidor, Thorbjorn se llamaba. Un antiguo rey que desafío a los clanes del norte y enfureció a los dioses. Las atroces imágenes rebotaban en su mente. Tan solo eran niños viendo un acto brutal. En el mismo lugar también estaba Olan, con sus ojos fijos en su padre, viendo como desgarraba la espalda de aquel hombre, introducía sus ensangrentadas manos en el interior y sacaba los pulmones con forma de alas teñidas de rojo carmesí. Así lo apodaban, *águila de sangre* y ese era el castigo que impartía a sus enemigos y traidores.

Los reinos colindantes aún temían su furia. A pesar del paso de los años se escuchaban historias atroces sobres sus actos como rey y como guerrero. Sobre su falta de escrúpulos y su brutalidad. Dregk suspiro. Sabía que la venganza de Loodrack no iba a ser menos severa y caería sobre las cabezas de sus enemigos con forma de alas de águila.

****

Ammie estaba sentada sobre las maderas del porche sumida en sus pensamientos, mientras acariciaba algo que sostenía entre sus dedos y miraba fijamente como el sol desaparecía furtivo engullido por las sombras de la noche. Ælla la observaba desde el interior a través de la puerta abierta mientras mecía entre sus brazos al pequeño Ubbe dormido profundamente.

Tenía el semblante triste y pensativo. Recordó su cara de decepción esa misma mañana al no haber podido despedirse de su hijo. Algo había cambiado entre ellos. Ladeo el rostro y rememoro sus ojos atormentados la primera vez que vieron a Olan. El día que despertó en Drone. Tal y como ha ella le había ocurrido con Loodrack muchos años atrás. Olan atraía magnética e inevitablemente a Ammie hacia él. Su hijo había heredado muchas cualidades suyas y muchas otras de su padre. Y en ciertos momentos, no era consciente de lo imponentes y seductores que resultaban sus escrutadores ojos marinos.

Ælla poso a Ubbe entre las mantas, salió al exterior y se sentó al lado de Ammie mirando lo que llevaba entre las manos.

–Estará bien… –musitó reconfortantemente–. Los dioses lo acompañan.

– Eso espero. –Sus ojos se desviaron al aro que jugaba entre sus dedos–. ¿El viaje es muy largo?

–Tres días, quizá cuatro. Olan los abra llevado por el camino más

seguro –explicó–. Pero el más seguro nunca es el más rápido.

–¿Es peligroso?

–Solo si tomas la ruta inadecuada…

Ammie estaba tan preocupada e inquieta que sus manos jugaban nerviosamente con el aro de oro. La pieza no era más grande que una valla y brillaba entre sus dedos. Un segundo después Ælla se la quito de las manos suavemente.

–¿Puedo verla?

La miro con atención, mientras una leve sonrisa se dibujaba en su rostro. Sabía perfectamente de quien era, ella misma la había colocado en la trenza de Olan tiempo atrás. Y ahora residía en manos de una joven que parecía haber robado el corazón de su hijo.

–¿Sabes que significan los símbolos?

–La verdad es que no.

Ælla sostuvo la pieza en alto.

–Esta es la cruz de troll –reveló señalando el circulo cruzado por la parte inferior–. Es un símbolo de protección usado por los primeros hombre del norte, para protegerse de las criaturas de la noche.

–¿Y este? –Ammie señaló el símbolo que constaba de tres triángulos entrelazados.

–Es el Valknut –explicó–. “Valr” significa guerrero, y “knut” significa nudo. También lo llaman el corazón de los caídos. El símbolo proviene del corazón de Hrunddnir el gigante que fue derribado muerto por el martillo de Thor. Simboliza el poder y la fuerza del dios sobre las mentes de los hombres. Puede favorecer tu suerte o arrebatártela. Los triángulos anudados son los tres niveles de creación, divididos en triadas de tres uniones cada uno. Un mundo por cada vértice del triangulo.

Ammie sorprendida por la complejidad de los símbolos, absorbió las sabias palabras de Ælla.

–Guárdalo –susurró poniendo la pieza de nuevo en la palma de Ammie–. Quien quiera que te la entregara, desea que seas protegida.

Ælla cogió tres trozos finos de cuero y empezó a entrelazarlos creando una larga y fina trenza. Cuando llego a la mitad paro y miro a Ammie.

–Colócala dentro.

Ammie le hizo caso y pasó el aro por dentro del cordón. Ælla continúo

trenzando el cuero marrón detenidamente, bajo los atentos ojos de Ammie. Cuando termino de trenzar, anudo lo extremos y corto el cordón que sobraba.

–Dame tu muñeca.

Ammie descubrió su muñeca y Ælla envolvió el hermoso brazalete que contenía el aro de oro sobre ella.

–De esta forma jamás lo perderás.

–Gracias Ælla…–Su semblante se iluminó–. No sabes cuan agradecida estoy por todo lo que haces por mí.

–Los dioses honraron a Drone el día que llegaste –musitó dulcemente–. Lo único que puedo hacer yo, es enseñarte a ver esta aldea, como tu hogar.

****

Olan sentía sus latidos sobre el arco, al otro lado de la punta con forma de trébol había un magnifico venado. Su respiración se ralentizaba mientras seguía al animal sigilosamente con el arco en tensión. Un segundo más tarde disparo. La flecha cortó el aire veloz y fue directamente al cuello del animal. Levanto la vista satisfecho y salió corriendo tras él animal. Estaba desplomado sobre la tierra húmeda por el frio invernal.

–¡Buena pieza Olan! –gritó Sault sosteniendo dos liebres entre las manos.

Olan esbozó una media sonrisa.

–Si tenemos que alimentarnos únicamente con dos liebres. Nos moriremos de hambre.

–Es difícil cazar con el estomago vacio –masculló y chasqueó la lengua con fastidio.

–Y la puntería también tiene mucho que ver –añadió jocosamente–. Deberías cambiar tus flechas, la punta plana parece desviar tu puntería.

–Quizá tengas razón, hermano. Pero tengo hambre y al ver ese venado se me hace la boca agua. Hace días que no veo un animal grande que cazar, se nota que el invierno ya está aquí.

–Ayúdame. –Olan levantó el pesado cuerpo del animal y Sault lo ayudó.

Habían recorrido una larga distancia. Su nuevo campamento se hallaba cada vez más cerca de su destino. No estaban lejos, lo

presentía. Esa tarde había sido más fría que la anterior y temía que la siguiente lo seria aun más. Al llegar junto a sus hombres vio sus caras de satisfacción. Llevaban días comiendo liebres, serpientes y otros pequeños animales. Sus reservas se habían terminado el día anterior y el gran venado suponía un gran manjar.

–¡Buena caza! Por fin algo decente para comer.

Despellejaron y desmembraron al animal entre varios hombres y colocaron sus piezas sobre la gran hoguera. Esa noche se llenarían de fuerzas para emprender la última parte de la travesía hasta llegar a su destino, Viborg.

–Estamos cerca ¿Verdad? ¡Lo huelo Olan! –afirmó Dregk convencido–. Los del sur siempre han apestado.

Todos rieron.

–Ya queda poco Dregk. Un día, dos como mucho.

–¡Que los dioses te oigan!

–¡Eso! Porque no soportare dormir una noche más entre piedras y ramas –resonó la voz vibrante de Sault–. Necesito llegar, comer y yacer con una mujer del sur.

–Resguarda tus fuerzas Sault. Nadie nos garantiza una buena acogida. Quizá los clanes del sur, ya han olvidado porque nos temen.

–Créeme, lo dudo –afirmó Axecston con voz sombría–. Pocos pueden olvidarlo.

Todos giraron la cabeza para mirarlo, se movía de un lado al otro como un cuervo enjaulado. Esa noche Axecston se ocuparía de hacer la guardia nocturna. Se alegraba de tenerlo entre sus hombres, no por él, sino por mantenerlo alejado de Ammie. Y si lo pensaba bien, era más útil aquí. Necesitaban una mente desconfiada y recelosa para leer las intenciones de jarl Bölt. Hacía años que no trataban con los clanes del sur y no era bueno fiarse sin desconfiar antes. Algo que Axecston, hacia a la perfección.

Cuando todos sus hombres dormían plácidamente Olan miraba el cielo estrellado pensativo. Recordando los preciosos ojos de Ammie y las suaves curvas de su cuerpo.

–¿No puedes dormir?

Se incorporó al oír la voz de Dregk. Siempre había sido su mejor amigo, su mejor arma en la batalla y sin duda, su mejor confidente. Se habían criado juntos y conocían todo el uno del otro.

–La verdad es que no.

–¿Que le quita el sueño al lobo negro?

–El frio –murmuró–. Algo que solo una mujer puede quitar.

–Que cierto… –afirmó refiriéndose a Halldora.

–En pocos días, estaremos de vuelta a Drone y podrás verla.

–Eso espero. –Suspiró cansadamente–. ¿Y a ti? ¿Te espera alguien?

–No lo sé. ¿Cómo puedo saberlo?

–Pocas mujeres te pueden quitar el sueño…

Dregk conocía perfectamente el camino donde llevaban sus palabras. Sabia tan bien como él que Ammie le había arrebatado parte de su alma desde el primer día que la vio, convirtiéndose en su mayor debilidad.

–¿Y si me equivoco…?

–Cuando su sonrisa ilumine tu día y sus lágrimas ensombrezcan tu alma, sabrás si es ella.

Sorprendido por la firmeza de sus palabras, guardo silencio y se sumió en la inmensidad de la noche y sus pensamientos.

****

Con el tiempo, Ammie había aprendido a tejer con velocidad entrelazando los hilos hábilmente. Junto a Halldora, esposa de Dregk, tejía una hermosa manta azul digna de una reina. Sería un preciso regalo de agradecimiento para Ælla. Mientras urdía los finos hilos su mente revoloteo inconscientemente directa a Olan. Recordaba su cara, su cuerpo y sus suaves manos sobres su cuerpo. Cada día lo echaba más de menos, necesitaba sus caricias y su reconfortante presencia.

Fuera se respiraba un ambiente helado que erizaba su piel. El invierno o como aquí lo llamaban *Skammdegi,* había llegado a Drone. Miro al exterior y observó como la bruma helada envolvía las calles de Drone estremeciendo a todos sus campesinos.

Ese día la aldea estaba revolucionada, era un día especial y se respiraba en el aire. Con las primeras heladas y la llegada del solsticio de invierno, el pueblo de Drone se preparaba para una tradicional fiesta llamada *Júl.*

–¿Qué se honra esta noche? –preguntó a Halldora.

–Esta noche honraremos a la familia y a los dioses –explicó sin dejar de tejer–. Y a nuestros ancestros y los amigos ausentes.

–Todos están tan felices…

–No hay nada más feliz que honrar a la familia –Su voz era dulce como la miel–. Aunque no estén, oirán nuestras risas y cantos a lo lejos.

Con la caída del ocaso la aldea se reunió para celebrar el solsticio de invierno, todo su alrededor estaba atestado de grandes hombres que miraban fijamente la imponente figura de Loodrack que yacía de pie con la mirada fija y solemne. Ælla como reina se situaba a su derecha.

–Esta noche, con la llegada del *Skammdegi* hónramelos a nuestros guerreros caídos. A nuestros, padres, hermanos, e hijos, que con honor dieron su vida por Drone. ¡Hombres fuertes, valientes y valerosos! –Hizo una pausa–. Bebed y comed por ellos, que sus rostros residan en vuestras mentes y en vuestro corazón para honrarlos como se merecen.

Dicho esto, dio un gran sorbo de hidromiel mientras los guerreros a su alrededor gritaba una sonora ovación a Loodrack. Cuando lo miraba, veía el reflejo de Olan. La figura imponente, la expresión letal de sus ojos y su vibrante voz eran iguales. En cierto modo eran idénticos pero ella conocía otra parte de él. Conocía la parte buena y bondadosa de Olan.

En ese momento poso su mirada en el hermoso brazalete con el aro de oro. Esperaba que los dioses siguieran acompañándolo y guiándolo en su largo viaje.

Capitulo 8

Olan cabalgaba con la mirada fija en las nubes, mientras una gran águila surcaba el cielo sobre ellos, en busca de nuevas presas. Detuvo su caballo a los pies del rio y observo como fluían las trasparentes aguas a través de las piedras. Estaban muy cerca de Viborg. Cruzaron sus frías aguas poco profundas uno tras otro. Dregk estaba a su derecha, como siempre permanecía cerca y alerta. Se alegraba de haber emprendido el viaje con él y los demás hombres. Dregk tenía pocos años más que él cuando empuño por primera vez una espada contra él, en el gran patio de arena de su padre bajo su atenta mirada. Aprendió de sus hábiles manos el manejo de la espada, pero en esa época tan solo eran niños jugando al arte de guerra con espadas de madera. El tiempo había pasado y habían cambiado el suntuoso patio de su padre, por el campo de batalla y las espadas de madera por el pesado hierro.

Olan salió de sus cavilaciones al ver un extraño movimiento entre los arbustos, giro la cabeza y miro a Dregk. Ambos habían visto lo mismo y alertaron con disimulo y suma cautela al resto grupo. Todos se pusieron en posición y posaron sus manos sobre sus armas sin detener la marcha. Los vigilaban entre la espesura del bosque y posiblemente ya estaban rodeados.

Un segundo después una flecha silbó pasando extremadamente cerca del torso de Olan y su caballo se agito. Detuvieron la marcha y Kellan y Sault tensaron sus arcos en ambas direcciones. Dregk desenfundo su enorme hacha con sus ojos fijos en el frondoso bosque. Faltaba uno, Axecston había desaparecido.

–¡Soltad las armas! –La voz resonó en el bosque poniéndolos a todos en tensión.

–¡Y una mierda! –espetó Dregk– ¡Soltadlas vosotros!

En ese momento un hombre salió de entre la maleza con un arco apuntando en dirección a Olan. Sault tensó su arco aún más…

–¡Soltad las armas! –Ordeno de nuevo sin dejar de apuntar a Olan.

En ese momento se alzaron media docena de cabezas más. Los estaban apuntando desde todos los flancos y los tenían rodeados. Olan con gesto sombrío dejo caer lentamente su espada al suelo a la vez que miraba a Dregk para que hiciera lo mismo. Por un instante dudo que lo hiciera, rendirse no era opción para Dregk. Lo miro fijamente haciéndole entrar en razón y resoplando dejo caer su hacha.

–Muy bien… Tirad las armas y poned las manos donde pueda verlas o creedme tendréis una flecha en el pecho antes de podáis parpadear.

En ese momento, con un rápido movimiento alguien sujeto la cabeza del chico y coloco un afilado cuchillo en su garganta. El cuerpo del chico se contorsiono ante la fuerza del ajuste de los enormes brazos de Axecston.

–Suelta el arco –ordenó al chico–. ¡Soltad los arcos! –rugió a los demás.

Olan vio la sombra de la duda pintada en los ojos del enemigo. Indecisos empezaron a mirarse nerviosos unos a otros, sopesando la orden. Axecston apretó el cuchillo más fuerte contra el cuello del chico. No tenía dudas que se lo iba a cortar si no le obedecían.

Se escucho un ruido seco y Olan miro a Dregk. Los arqueros estaban tirando sus armas y alzando las manos.

–Muy bien… Que pueda ver vuestras manos o le rebanaré el cuello antes de que podáis parpadear siquiera –repitió con tono burlón.

Olan bajo de su caballo y recogió su espada. Hasta ese momento no había sido consciente de la importancia de la presencia de Axecston en ese viaje. Les había salvado el pellejo. Ese hombre desconfiaba de todo y de todos. Y eso, le tornaba más hábil a la hora de adelantarse al enemigo.

Amordazaron y ataron a los seis hombres alrededor de un árbol. Olan destapó la boca de uno de ellos.

–¿Quienes sois? ¿De dónde venís? –Quiso saber Olan sujetándolo del pelo.

La cara de terror del chico era indescriptible.

–Somos… de la guardia… de la guardia de Viborg.

–¡Vaya! Eso significa que estamos cerca –espetó Dregk.

–Qué gran bienvenida –masculló Sault sarcásticamente.

–¿Os envían ellos? –Olan ignoró los comentarios y siguió interrogándolo.

– No…. únicamente vigilamos las tierras. En estos momentos ya deben saber que estáis aquí.

–¡Mejor! Nos dirigíamos allí, pero parece que tendremos que ser cautos ¿Verdad?

Olan con ayuda del Sax cortó las cuerdas que sujetaban las manos del hombre, liberándolo. Acto seguido se arranco el emblema con forma

de águila con escamase de dragón de la casaca y la puso con un sonoro golpe en las manos del chico. Estaba pálido y muerto del miedo.

–Decidle al Jarl Bölt que Loodrack está aquí. Y que solicitamos una audiencia –su voz sonaba hostil y fría como el invierno.

El hombre se separo de él caminando hacia atrás, temía darle la espalda. Y bien hacia. Se subió a un caballo y salió galopando a toda prisa desapareciendo dentro del inmenso bosque. Dregk estaba apoyado contra un árbol, afilando su pesada hacha con una piedra.

–Y ahora ¿Que se supone que haremos?

–Paciencia, querido amigo. Ahora toca esperar…

****

Ælla caminaba en la oscuridad bajo el cielo más negro que sus ojos jamás habían visto, dejando que la lluvia bañase su cuerpo. Bajo sus pies descalzos notaba las hojas, la tierra y el agua. Caminaba sin rumbo adentrándose cada vez más y más en el espesor del bosque. Camino hasta que los bosques desaparecieron de su vista y un gran llano se extendió ante ella. Siguió avanzando lentamente bajo la furibunda lluvia hasta que llego al centro. Todo su cuerpo estaba empapado pero no sentía frío, ni calor. Tan solo sentía el agua. Alzo el rostro mirando el cielo lluvioso y con las manos extendidas sintió la lluvia caer sobre su piel formando pequeñas gotas.

A lo lejos, pudo ver los rallos furiosos de Loki extenderse largos y luminosos haciendo un estruendoroso ruido. El cielo bramaba en cólera y únicamente su luz iluminaba el extenso prado. Un segundo después, vio la imagen de su hijo bajo la misma lluvia, en el mismo claro y caminaba con la mirada fija en el horizonte. Intento llegar hasta él, pero parecía no verla, no oírla. Llevaba el torso descubierto y en él llevaba tatuado el emblema del águila. Caminaba junto a dos grandes lobos negros. Geri y Freki, los reconoció al instante. Al verlos se detuvo y observo a los esplendorosos animales. Yacían a su lado de forma protectora, caminando lentamente junto a él, bajo la intensa lluvia. Entonces reparo en la presencia de un tercer lobo. Este era de un gris ceniza intenso muy peculiar, y sus ojos eran como cristal. Estaba acechándolo en la oscuridad.

Ælla intentó avisar a su hijo de la presencia del tercer lobo, pero ya estaba demasiado lejos para oírla y los rallos continuaban cayendo a su alrededor con tanta fuerza que su voz se perdió. Solo pudo contemplar impotente como la imagen de su hijo desaparecía en el horizonte bajo lluvia congela que ahora caía en forma de copos. Los rallos cesaron al compas de la nieve, y lentamente lo fue velando todo

hasta que al fin, la oscuridad la engulló.

Loodrack observó como Ælla aún dormida se revolvía entre las sabanas. Estaba inquieta y parecía sumida en un profundo sueño. Los dioses estaban esa noche en sus sueños. Como seid del pueblo sus visiones y providencias eran de sumo valor. Durante años su apacible esposa había profetizado el futuro de Drone y de muchos de sus habitantes. Incluso el suyo. Pocos días antes de tomar el trono y asumir su poder como rey del norte soñó con él.

****

Al caer la tarde todo seguía en una sinuosa calma. Al parecer jarl Bölt iba a tomarse su tiempo para sopesar su petición. Algo que le inquietaba soberanamente.

Todos sus hombres estaban tranquilos alrededor de una gran hoguera comiendo. Sault y Kellan permanecían alerta con sus manos sobre la empuñadura de sus armas mientas hacían la guardia.

–Hace mucho tiempo que el jinete partió ¿Crees que volverá? –preguntó Sault dudoso.

–Estoy seguro que se han cagado de miedo al ver el estandarte

Todos rieron ante las palabras de Dregk menos Olan, que permanecía en constante tensión.

–Volverá, no tengo duda de ello. No son necios.

–Y si…

Dregk se detuvo al escuchar el trote de varios caballos a lo lejos. Todos se pusieron en alerta y empuñando sus armas. No iban a permitir que los pillaran desprevenidos de nuevo. Tres jinetes aparecieron de entre la espesura del bosque y se detuvieron a poca distancia de Olan.

–Bienvenidos. –Los saludó Olan con inquina.

–Soy Thorvald, emisario de jarl Bölt y vengo a daros la bienvenida a sus tierras.

–Bien–espetó secamente–. Cuando podre verlo.

–Jarl Bölt ya esta esperándolos. Síganme, yo mismo les guiare.

Olan giro la cabeza y miro desconfiado a su sequito de hombres advirtiéndoles del posible peligro. No debían fiarse. No, hasta llegar a Viborg.

No sabían si estaban ante un aliado o un enemigo.

Le condujeron a él y sus hombres dirección a Viborg. A poca distancia de donde se encontraba vio las columnas de humo que provenían del poblado. ¡Por fin habían llegado! pensó. Cuando estuvieron ante las puertas de la empalizada estas se abrieron dejándoles pasar. Sus hombres mantenían la posición rodeando todos sus flancos. A su derecha tenia a Dregk con la mirada fija en los sospechosos hombres de Bölt, a su izquierda Sault con semblante altivo y relajado. Axecston y los demás hombres formaban en su retaguardia con las manos sobre el hierro de sus espadas. Todos los guerreros que protegían la empalizada los observaban atentamente como si entraran dioses. Se respiraba la tensión mientras atravesaban las grandes puertas de Viborg.

El poblado estaba triste y silencioso. Cabalgaban lentamente a través de sus calles y su presencia no era muy grata. Mientras recorrían el pueblo, vio como la gente entraba en sus casas tras su paso y cerraba la puerta rápidamente. Vio un niño cerca del camino, no tendría más de cuatro años. Los miraba atónito con los ojos muy abiertos, como si estuviera viendo entrar a los mismísimos dioses al Valhalla. Rápidamente una mujer lo cogió en volandas y lo metió en la casa. Los ojos de Olan se desviaron a Dregk y este esbozo una leve sonrisa.

Los clanes del norte seguían infundiendo miedo. Había cosas difíciles de olvidar. Su padre le había contado muchas historias, muchas batallas sangrientas contra clanes del sur. Y aunque ahora existía neutralidad, en otros tiempos fueron fieros enemigos.

Al final de camino los hombres de Bölt pararon y bajaron de sus monturas.

–Ahora debéis seguirnos a pie. Dejad aquí vuestras monturas.

–¿A dónde nos lleváis? –preguntó mientras bajaba de su esplendido caballo negro.

–Jarl Bölt quiere veros.

Dreck y Sault seguían en la misma posición escoltándolo silenciosamente mientras los llevaban en dirección al gran salón. Entraron al interior del mismo y encontraron una amplia estancia iluminada por el fuego. El techo era muy alto y un gran qué fuego ardía en el centro creando sombras a su alrededor. Las paredes estaban recubiertas de calaveras de animales. Reconoció la de un ciervo, un jabalí e incluso una calavera humana. Eso podía asustar a muchos hombres, pero no a él y mucho menos a sus hombres. Dregk y Sault se quedaron escoltando la puerta. Olan continuo caminando hasta el centro, donde se detuvo e hizo una solemne reverencia con la cabeza. Sobre el gran trono recubierto de pieles estaba jarl Bölt. Nada

más verlo el conde se levanto y asintió de la misma forma.

Börg hizo un gesto con la mano y toda la guardia abandono la sala dejándolos solos.

–Loodrack –pronunció reverencialmente.

Olan volvió a asentir en su dirección, sin dejar de observar al hombre que se hallaba a poca distancia de él. Era un hombre grande y gordo mucho mayor que su padre. Tenía una larga, rojiza y tupida barba tranzada en los extremos. Vestía con una casaca y unos pantalones de vadmad. Su semblante era altivo y orgulloso, natural de los jarl. Un segundo después reparo en un detalle. En su mano derecha llevaba el emblema con forma de águila con escamas distintivo de su clan. El mismo que le había entregado al emisario. Cuando volvió a mirarlo vio que sus ojos lo observaban escudriñando todos los detalles.

–Eres igual que tu padre. Tienes su mismo porte y su misma mirada.

–Así es –afirmó sombríamente–. Aunque poseo mucho más que el porte de mi padre.

–Si manejas la espada como él… Créeme, pocos osaran contradecirte.

El hombre bajo pesadamente de la palestra y se acerco a él.

–Esto te pertenece si no me equivoco –extendió el emblema–. Dime, que es lo que trae a los hombres de Loodrack y a su propio hijo a Viborg.

–Guerra –La palabra vibró en su paladar enfatizando la *R*.

Bölt se tensó de forma visible.

–¿Y que tiene mi pueblo que ver con ella?

–No se trata de lo que tiene que ver. Sino de lo que puede ganar.

–Explícate, que puedo ganar yo en una guerra. Por fin mis tierras después de mucho años han logrado la paz, ¡Y por todos los dioses! ¿Quién soy yo para destruirla?

–Nadie. La guerra no está aquí, sino al otro lado del mar –explicó–. En la isla de Mull. En ella reside un pequeño reino bien custodiado y en su interior hay tesoros de incalculable valor. –Vio el interés en sus ojos–. Si ayudaras a Drone a conquistar Tobermory. La mitad de esos tesoros serian tuyos…

Bölt tragó saliva antes de responder.

–¿Como sé que es verdad? Que no es una farsa.

Olan, bajo la atenta mirada de Bölt, saco de debajo de su casaca una

bolsa. Al abrirla dejo caer sobre sus manos cien piezas de oro macizo y piedras preciosas. Resplandecían bajo la luz del fuego. Centelleaban imperiosas y hechizantes en los ojos del jarl.

–Háblame del trato –musitó sin dejar de mirar el oro.

–Necesito todos los hombres que tengas, armados y bajo mis órdenes.

–¿Todos? –Alzó la mirada contrariado.

–Todos –determinó secamente–. Ese es el trato, lo único que pido a cambio de la alianza. Además construiremos cuatro grandes barcos para vuestros hombres, que luego también serán tuyos. –Se detuvo para mirarlo atentamente– Pero solo, si cumples tu parte del trato.

Olan veía como la sombra de la ambición y codicia brillaba en sus ojos. El conde desvió la mirada, y la posó sobre el emblema del águila. Estaba sopesando su respuesta.

–Debo pensarlo bien. –Se excusó antes de levantarse–. Necesito pensar y madurar tu propuesta. Esta noche en el banquete sabrás si habrá o no habrá alianza.

****

–¿Me vas a explicar lo que te dijeron los dioses? –preguntó Loodrack.

Ælla se giro de golpe y miro a su esposo. Se hallaba estirado en el futón de pieles comiendo pan de centeno. La miraba atentamente esperando una respuesta mientras Ubbe y Narub jugaban a su alrededor.

–¿Como lo sabes?

–Yo lo sé todo mujer –declaró cogiendo Narub–. Y lo que no, tú me lo dices.

Con la otra mano cogió a Ubbe que corría revoltoso a su alrededor, puso a ambos sobre el futón y empezó a hacerles cosquillas. Los pequeños estallaron en carcajadas tan sonoras que hicieron que de Ælla entornara los ojos y sonriera.

Ælla aprovechó el alboroto y lo dejó allí jugando mientras doblaba unas pieles. Adoraba ver a Loodrack así, nadie conocía esa parte de él. La guardaba celosamente. Todos sabían que sentía devoción por su familia, pero nunca verían a Loodrack de la forma que lo veía ella ahora. Era su escudo. La coraza que cubría al gran rey del norte. En el fondo de sus verdes ojos de águila residía una increíble devoción para sus tres hijos, sin hacer distinción ninguna.

Sabía que cuando sus hijos fueran más mayores, Harek les enseñaría el arte de la guerra y arrebataría de su corazón parte de su inocencia.

Pero comprendía que endurecer su alma, los protegería y endurecer su cuerpo, los haría valerosos convirtiéndolos en grandes guerreros. Al igual que había ocurrido con Olan mucho tiempo atrás.

Alguien la abrazo por la espalda suavemente, sus manos se entrelazaron sobre su vientre y sintió el aliento de Harek en su cuelo.

–Mujer, ¿pretendes torturar a tu rey? –susurró en su oído–. Cuéntame tus visiones, quiero verlas yo también.

–Tuve un sueño muy confuso…–Cerró los ojos para revivirlo de nuevo– En él, Loki está enfadado. Vi sus rallos caer sobre mí… Todo estaba oculto en una terrible oscuridad. Pero sentí sobre mi piel esencia del dios Freyr a través de la tierra, el viento y la lluvia. En mi sueño no estaba sola, Olan estaba allí…

–Cuéntame lo que ves.

Girándola con suavidad cogió su rostro entre sus manos.

–Él no podía verme, tan solo caminaba lentamente con la mirada fija en el horizonte. Portaba el emblema del águila marcado en su pecho. –Loodrack la escuchaba atentamente–. Olan no estaba solo… Bajo la lluvia le acompañaban dos grandes lobos negros Geri y Freki, los lobos de Odín. Poco a poco se alejaban de mí en dirección a los rallos y finalmente desaparecía en la oscuridad. Antes de perderlo el cielo se tornó gris plomizo y suaves copos de nieve comenzaron a velarlo todo…

–Explícame el significado. ¿Por qué Loki está enfadado?

Su voz destilaba preocupación. Era la primera vez que su hijo salía en sus visiones.

–Loki siempre está enfadado… –determinó encogiéndose de hombros–. Sea cual sea el designio de Odín, el hará lo contrario. De ahí sus grandes rallos cayendo del cielo furibundos. La lluvia representa al dios Freyr. Dios del sol, la lluvia y la fertilidad. Dejaba caer un manto de lluvia para envolverlo y bendecirlo. Los dos lobos de Odín son un presagio de protección y la hermandad. Son las personas que rodean a nuestro hijo, lo guerreros que lo protegen…

Se detuvo súbitamente.

–¿Qué ocurre? ¿Qué te inquieta tanto? Los presagios son buenos, no debemos estar preocupados.

–Hay un tercer lobo en mi sueño… –Los ojos esmeralda de su esposo se entornaron dudosos–. Bajo la misma lluvia, escondido en la oscuridad había un gran lobo, color gris ceniza. Era Fenrir hijo de Loki, el mismo lobo que mato a Odín y estaba acechando a Olan… –

su voz se quebró.

Loodrack envolvió su frágil cuerpo entre sus brazos consolándola.

–Confiemos en la protección de mis hombres y en la bendición de Odín. Sea lo que sea que acecha a nuestro hijo, no le hará daño. –La estrechó fuertemente–. Tenlo por seguro, esposa mía.

Loodrack se quedo abrazando a su mujer a la vez que miraba el fuego crepitar. Sus ojos verdes veían las llamas arder lentamente, mientras pensaba en su hijo y la alianza con jarl Bölt. Olan estaba protegido. Y si de algo estaba seguro, era que los hombres que lo acompañaban darían su vida por salvaguardar la suya.

****

Todos los hombres de Olan llegaron al gran salón donde dispondría el banquete esa noche. Durante la cena de esa noche, sabría si su alianza se forjaría o no. Bölt había ofrecido a sus guerreros un buen lugar donde dormir, comida caliente y protección. En cuanto a él, tenía a su entera disposición todo cuanto quisiera. Le había ofrecido una recamara digna de un rey, dos sirvientes bajo sus órdenes y todo tipo de manjares a su alcance. Sin duda, era un hombre astuto que conocía muy bien el arte de la lisonjearía.

Los guerreros se disponían alrededor de la gran mesa en forma de "U" mientras el sonido del Gemshorn y la sutil vibración de los tambores inundaban sus oídos. Era un eco envolvente y vibrante. Bebieron durante bastante tiempo mientras esperaban al anfitrión. Olan dejo el vaso sobre la mesa cuando sintió su vista vacilar. No quería estar ebrio cuando jarl Bölt llegase. Miró a su alrededor y vio que sus hombres se sentían tan bien y tan ebrios como él.

Poco después, el anfitrión entro en la sala con una joven mujer sujeta a su brazo. Se detuvo delante de él y con un suave gesto, señalo a la mujer.

–Bunas noches. Te presento a mi esposa Ellisif.

Asintió en dirección a la mujer, que respondió de la misma manera y sus ojos se posaron inquietos sobre la joven mujer que estaba justo detrás del Bölt.

–Ella es mi hija mayor Dalla.

Al percibir su interés, cogió la mano de la muchacha y la acercó para que pudiese verla. Era de una belleza excepcional, de cabellos largos ondulados y rojizos como el fuego. Sus ojos eran vivaces y seductores y poseía unos labios que tentarían a los mismísimos dioses.

–Un placer. Olan Loodrack, hijo de Harek Loodrack rey del norte y

regente de estas tierras.

La mujer esbozó una tentadora sonrisa mirándolo sensualmente. El interés mutuo era obvio a los ojos de cualquier hombre. Esa mujer desprendía fuego por cada poro de su piel. Un ardor que nublaba sus sentidos mientras el hidromiel, conspiraba contra su cordura.

Bölt se sentó en la mesa, Olan a su derecha y a poca distancia de él, la belleza de cabellos rojizos. Comenzaron a llenar las mesas con grandes bandejas de carne de caballo, ciervo asado y varias carnes ahumada. Trajeron frutas variadas como arándanos, ciruelas y endrinas. Pan de todos los tipos; de centeno, trigo, cebada y tortas untadas con mantequilla. Un enorme queso de cabra troceado y una gran jarra de römme, leche agria. Y sin duda, grandes cantidades de cerveza de cebada e hidromiel.

Cuando las mesas estuvieron llenas de manjares, jarl Bölt se levanto de su asiento para pronunciar unas palabras.

–Esta noche me llena de orgullo ser el anfitrión del mismísimo hijo del rey –pronuncio jocoso–. He meditado junto a los dioses la proposición de la alianza con vuestro clan. Y después de mucho pensar he tomado una decisión. –Paró y miro a todos los presentes antes de continuar–. Que la unión de estos dos clanes, sea bendecida por los dioses y horrada por los hombres. Porque dentro de dos lunas, partiremos juntos a la guerra. ¡Acompañados del mismísimo Odín! –bramó–.

Una gran ovación se escucho alrededor del gran salón atestado de guerreros. Olan lleno de orgullo y satisfacción se levanto de su sitio para decir bendecir la alianza

–Lo que el hombre ha unido. ¡Jamás lo separen los dioses! –proclamó lleno de orgullo.

Bebió un largo sorbo de hidromiel y todos le siguieron. Tenían el gesto hinchado de satisfacción mientras lo glorificaban sonoramente. Muchos se abrazaron entre ellos y se escucharon palabras de alabanza a la vez que los vasos chocaban unos con otros en dirección a Olan. A su salud y a la salud de Drone. Pronto se cobrarían su ansiada venganza.

Sin más dilación los guerreros comenzaron a devorar el suculento banquete. Las bandejas de carne y la sabrosa cerveza ahogaron su sed y su apetito. Mientras comían y bebían tres hermosas bailarinas con vestidos rojos, entraron al salón situándose en el centro de la gran “U” que formaba la gran mesa de roble. La música sonó más fuerte, envolviendo a los presentes en un manto sutil. Las mujeres comenzaron a bailar, danzando y contorsionando sus cuerpos

hábilmente. Poseídas por las valquirias, sus vestidos volaban a su alrededor embelesando a los presentes en una danza sin fin.

Todos sus hombres las observaban inmersos en un maravilloso trance mientras sus ojos flotaban escrutando sus esbeltos cuerpos. Por un segundo Olan vio la preciosa cara de Ammie. La recordó danzando y honrando a la diosa Freyja, aquella noche de luna llena. Hermosa y seductora Ammie se habían convertido en el refugio y el consuelo que su alma y su cuerpo tanto necesitaban. Ansiaba su presencia como Odín deseaba a Frigg, su amada esposa, diosa del cielo y del amor. Sus recuerdos lo condujeron a la noche que la hizo suya y la volvió a sentir entre sus brazos sublime y gloriosa. Recordó su hermoso cuerpo de piel blanca y el cálido ámbar de sus ojos mirándolo con deseo y fervor.

–Son hermosas ¿Verdad? –Miró a Sault, estaba tan ebrio como él.

–Mucho… – Dijo arrastrando las palabras. Aunque él se refería a la imagen que tenia de Ammie en su mete. Aun la veía danzar dentro del mar de sus ojos.

–Creo que esta noche no dormirás solo, hermano –murmuró esbozando una gran sonrisa en dirección al otro lado de la mesa.

En dirección a Dalla.

Olan no dijo nada, observo a la muchacha mirarlo insinuante, sin ningún tipo cautela ni coacción. En sus ojos reinaba el fuego de la seducción y parecía que ya habían encontrado una presa a la que morder con sus afilados dientes.

Él.

Durante toda la noche sus miradas se cruzaron incesantemente. Y por alguna razón, se sentía irremediablemente atraído y embrujado por ella. Por la sangre de sus venas sentía circular el deseo del mismísimo Freyr mientras el hidromiel entumecía sus sentidos y su cordura.

–Tengo que salir. –Su voz destilaba agobio y confusión–. Necesito respirar aire fresco…

Se levantó tambaleante de la mesa y paso a través del alboroto saliendo al exterior por la puerta trasera.

La fría brisa descongestionó su mente. Miro al cielo y la luna ya colmaba lo más alto mientras las estrella brillaban tímidamente a su alrededor. Se dejo caer cerca del vano de la puerta y permaneció allí durante un buen rato con los ojos cerrados. El frío se filtraba a través de su casaca mientras el fuego del alcohol abrasaba su interior. Al sentir el peso de una mano sobre su pecho abrió los ojos.

Al levantar sus pesados parpados vio a la belleza de cabellos rojos. Era ella y estaba allí arrodillada frente a él, muy cerca con ambas manos sobre su cuerpo. No pudo hacer más que mirar sus centelleantes ojos amatista. Estaba total e irremediablemente rendido y vencido. El aire hirvió a su alrededor cuando la muchacha introdujo la mano por el cuello de su casaca suavemente y sin darle tiempo a pensar, lo besó ardientemente.

Sus manos y sus labios estaban calientes como brasas y acariciaban su cuerpo evaporando la poca cordura y autocontrol que le quedaba. Antes de poder contenerse su cuerpo ya hervía de deseo por ella. Un deseo carnal e insaciable que acechaba con devorarlo. Con un movimiento suave y seductor se sentó a horcajadas sobre él.

Estaba irremediablemente atrapado en un frenesí de placer que desprendía sublimes oleadas de deseo a través de su espalda. Pasó su mano por los muslos y los agarró fuertemente mientras subía el vaporoso vestido.

Estaba tan cerca, tan suave…

Sin saber de dónde, la imagen de Ammie apareció en su mente. Abruptamente se apartó del demonio de cabellos rojizos que lo encerraba entre sus piernas. Agarrándose desconcertado la cabeza medito los acontecimientos. Beber tanto le adormecía la mente y le nublaba el juicio. ¿Qué estaba haciendo?

–No puedo… –espetó apartándose de ella.

Pasó las manos por su cabello y las dejo caer pesadamente sobre su rostro. Su cuerpo estaba allí mientras su mente viajaba junto a Ammie.

–¿Qué ocurre? –Su semblante disgustado lo miraba desde el suelo–. No soy suficiente para ti… No soy suficiente para el lobo negro?

–No es eso lo que te debe preocupar, mujer.

–Entonces ¿No eres un hombre libre?

Sus labios querían decir sí y tomar a esa preciosa y tentadora mujer. Pero su desconcertada alma gritaba por dentro. Ammie.

–Eso creía… –murmuró a la vez que se alejaba del lugar abandonando a la mujer.

Vacilante se encamino a través de la fría noche hacia su propia cabaña. Al entrar, cerró la puerta ruidosamente y se dejo caer en el camastro. El techo de la habitación que daba vueltas formando espirales que lo engullían. Desorientado cerró los ojos vencido por la fatiga y antes de darse cuenta, cayó en un profundo sueño.

Capitulo 9

Unos fuertes y metálicos golpes lo despertaron. Abrió pesadamente los ojos y reconoció el estruendoso ruido, el martillo de un herrero en el exterior. Tenía un soberano y terrible dolor de cabeza. ¿Cuánto había bebido ayer? Se incorporó lentamente y se sentó en el borde del camastro con su cara entre las manos. Todos los ruidos a su alrededor rebotan y golpeaban fuertemente su cabeza.

Un segundo más tarde, alguien pico a la puerta y se escucho como la abrían.

–¡Olan! ¿¡Donde estas bribón?!

–Shiiiiiiiiiit –farfulló tapándose la cara–. Cállate.

Una aguda risa resonó en la habitación. Era Sault. Ignorando su presencia continuó sentado con las manos sobre la cara y los codos sobre las rodillas.

–Que ocurre. ¿Alguien bebió demasiado hidromiel ayer? –indagó irónico mirando alrededor de la habitación–. ¿Dónde está?

–¿Quien? –Su voz estaba ronca por el alcohol y la amortiguaban sus manos.

–La mujer ¿¡Quien va a ser!?

–Sault… He dormido solo.

–¿Ahora te haces el reservado? –Su voz sonó a fingida ofensa. –Creía que lo sabía todo ¿Que paso con la mujer de cabellos rojos?

–Nada.

–¿Así que no vas a contármelo? ¡Puaggg! –Esbozó una mueca y alzo las sabanas.

Su voz era como martillos golpeando su sesera.

–No tengo nada que contar, he dormido solo. ¡Por todos los dioses! Deja de ser tan cargante…

–Vale, vale. –Sault levantó ambas manos–. Alguien no se ha levantado de buen humor hoy.

Sault no tenía remedio, era un chafardero y un pesado. Adoraba a ese chico como a un hermano pero en momentos como ese, lo quería matar.

–¿Que le ocurre?

Preguntó Dregk entrando a la cabaña. Tenía la cara magullada y el labio roto.

–¡Maldita sea! ¿Que te ha ocurrido?

–Se metió en una pelea… –Dregk lo interrumpió dándole un codazo.

–Una pelea no. –Fulminó a Sault con la mirada–. Solo fue pequeño malentendido.

Si Dregk tenía un don, era la capacidad innata para meterse en problemas.

–Claro, por eso tienes la cara así de bonita.

–Le enseñe a ese bastardo como golpean los hombres del norte…

–No quiero saber más –interrumpió–. No tienes limite Dregk. Avisa a los hombres, que preparen los caballos. Esta tarde emprenderemos la vuelta.

Suspiró cuando los vio cruzar la puerta. Por fin volvían a Drone, estaba orgulloso de haber conseguido la alianza y sabía que su padre se sentiría honrado. Pero había algo más importante que debía hacer en cuando llegase a Drone; Aclarar y reorganizar su mente y para hacerlo, necesitaba ver a Ammie. Lo ocurrido la noche anterior había desmontado parte de su ser. Había rechazado a una hermosa mujer por ella... Aunque en el fondo no le sorprendía, siempre había sabido que aquella mujer asustada que encontró en el monasterio, era especial y diferente a las demás. Ammie era más importante, más suya... Los ojos, las manos y el corazón de esa mujer, se habían hecho un hueco en su alma y en su corazón y residía allí reconfortándolo y haciéndolo sentir vivo.

****

Desde el poblado Ælla vio a Ammie bajar de las colinas, llevando una gran piel de zorro sobre sus hombros. Durante esos días, el frio había empeorado congelando todo a su alrededor. La única pena era que la nieve perecía antes de llegar la tarde. Pero pronto caería una gran nevada que pintaría el paisaje de blanco perenne durante varias lunas.

Ammie llegó hasta donde estaba ella y sonrió alegre.

–¿Dónde estabas?

–En lo alto de las colinas, buscando plantas para hacer un brebaje. –Sacando un objeto del cesto continuó–. He encontrado también esto.

–Una piedra solar... Cuesta encontrarlas y son muy valiosas.

–¿Para qué sirve?

–¿Sabes a quien puedes preguntarle eso? –musitó alzando una ceja.

–¿A quién?

–Pregúntaselo a Olan cuando regrese. Es un experto navegante y conoce bien estas piedras.

–¿Crees que llegaran pronto? –Su voz sonaba triste y preocupada.

–Con la llegada del invierno y la primera gran nevada. El cielo de la noche se pintara de colores y los dioses dibujaran en él, un manto de fuego con forma de puente que conducirá al cielo… –dejó las palabras en el aire–. Y esa será nuestra señal.

–¿Cuando el cielo se pinte de colores volverán?

–Exacto –confirmó antes de abrir la puerta.

En el interior, Loodrack estaba sentado en una mesa frente al fuego junto a Harald. El herrero de la aldea, famoso por forjar las mejores hachas y espadas de todo el reino. Ambos permanecían en silencio, concentrados moviendo las piezas de un extraño juego. Nunca lo había visto. Constaba de un tablero no muy grande lleno de piezas, unas de color negro y otras de color rojizo y en el centro una ficha coronada.

–Se llama *Hnefatafl* –aclaró Ælla–. Es muy entretenido

– Parece difícil.

–Únicamente requiere una mente hábil para la estrategia y mucha concentración.

–Como funciona… ¿Que deben hacer para ganar?

–¿Ves la pieza central? –Ammie asintió con la cabeza–. Esta debe llegar a cualquiera de las cuatro esquinas del tablero sin ser rodeada para poder ganar. Pero debes tener cuidado si el rey es rodeado por tres de sus cuatro costados, muere y pierdes la partida. Las demás piezas deben protegerle y las del contrario acorralarle. Si cualquiera de tus piezas es rodeada por dos de sus cuatro bandos muere. Debes conservarlas y resguardarlas bien para ganar.

–Vaya, que interesante.

–Lo es, pero pueden estar sentados hasta que se haga de día otra vez. Créeme.

Ammie siguió a Ælla en dirección a la otra recamara. Allí estaban Ubbe y Narub jugando con unas pequeñas figuras de madera.

–Hora de dormir –determinó Ælla.

Ubbe pataleó tristemente, no quería dormir. Recordó la primera vez

que los vio. Eran dos angelitos, traviesos y hermosos. Cogió la mano de Narub que seguía despistado jugando con un trozo de madera con forma de caballo y lo llevó a la cama. Ælla metió a ambos juntos en el pequeño camastro y dijo.

–¿Queréis oír una historia?

–¡Síííí! –exclamaron los pequeños.

Ammie no pudo disimular su risa ante el entusiasmo.

–¿Thor o Odín?

–¡Thor! –El sonido fue unisonó.

–Como bien sabéis, Thor era hijo de Odín y esposo de Saif. Este poseía un martillo que era su posesión más preciada. Construido por los enanos, ese martillo había matado tanto gigantes como demonios. Una noche mientras Thor dormía, el gigante Thrym entro en su palacio y le robo su preciado martillo. Cuando Thor se dio cuenta, se enfado tanto que el cielo explotó en truenos. Encolerizado fue a reclamarlo pero los gigantes le dijeron que solo lo entregarían si a cambio de él, entregaba a la hermosa diosa Freyja, diosa del amor y la fertilidad, para casarse con el gigante Thrym rey de los gigantes. Thor sin saber que hacer acudió a su padre, Odín, dios de la sabiduría. Y bajo su sabio consejo, una noche se disfrazo de la diosa y acudió junto al dios Loki a Jötunheim hogar de los gigantes…

Ælla se detuvo cuando ambos dormían plácidamente. Era increíble escucharla contar historias sobres dioses. Parecía que ella también había bebido del pozo de sabiduría de Ymir como Odín y había obtenido su gran conocimiento.

Taparon a los dos pequeños y dejaron una vela encendida antes de salir.

–¿Cómo termina la historia?

–Thor poseía unos guantes que le permitían usar a Mjollnir un cinturón de fuerza. Al caer la noche, entro en Jötunheim y entre las tinieblas pudo acercarse al gigante Thrym sin que este lo reconociera –explicó siniestramente teatral–. Cuando estuvo suficientemente cerca de él, lo amordazo con Mjollnir, recupero su preciado martillo y lo mató.

–Estas historias me encantan…

–¿Tus dioses no tienen historias?

–Sí, claro que sí. Pero estas son diferentes.

–Algún día quiero que me las cuentes.

–Te gustarán –afirmó sonriente–. Tengo que ir a ver a Halldora. Debo entregarle un brebaje que le ayudara con los dolores. Creo que ya le queda poco para dar a luz.

Nada más poner un pie fuera, noto el frio cortante y seco de esa noche. Contempló que del cielo, caían pequeños copos helados que se deshacían con el contacto de su piel y otros se posaban sobre el suelo húmedo. Escondió las manos dentro de la gruesa capa, se coloco la capucha y salió bajo la nieve directa a casa de Halldora que estaba camino a la colina este. Cuando llego, pico a la puerta y ella abrió.

–Hola, tengo lo que me pediste –musitó sacando de la capa el brebaje.

–Gracias eres un sol.

–Esto aliviara tus dolores.

–Queda poco, lo siento… –Posó la mano sobre el vientre–. Solo espero que mi esposo este aquí para acompañarme.

–Lo estará, Dregk volverá pronto, estoy segura.

Halldora esbozó una dulce sonrisa y Ammie se dispuso a volver. Al salir se dio cuenta que la nieve caía más lento y la neblina era menos densa. Ahora podía ver las montañas y la blanca y pura luna. Se quedo observándola fijamente embelesada. Un segundo después vio como el cielo cambiaba de color… El intenso negro se tornó verde y más tarde cambió a un vibrante azul ribeteado de rojo. Era como un manto que oscilaba en el cielo brillante

¡Por todos los dioses, era la aurora! Las palabra de Ælla volvieron a sonar en su mente "*La noche se pintará de colores y los dioses dibujaran en él un manto de fuego con forma de puente que conducirá al cielo"* Esa era la señal, estaba segura.

A la mañana siguiente, parada ante el vano de la puerta contempló el hermoso paisaje invernal. Todo estaba cubierto con una gruesa capa de nieve. La temperatura era tan baja, que el frio se coló por dentro del cuello de su capa estremeciéndola. Ælla con Ubbe en brazos salió a admirar el hermoso paisaje junto a ella.

–Ayer lo vi… –susurró Ammie sonriente.

–¿Que viste?

–Como el cielo se pintaba de colores...

–Todo se ha cumplido –Miró al cielo sonriente–. Queda muy poco para que vuelvan a casa.

De pronto Narub salió corriendo en dirección a la nieve como una flecha y se tiro sobre ella. Giró sobre la blanca nieve sin dejar de reír.

Ubbe se removió entre los brazos de su madre y Ælla lo dejo en el suelo. Este hizo lo mismo que su hermano y ambas sonrieron al ver la escena.

–Tengo ganas de que vuelvan.

–Yo también. Sin ellos aquí falta algo ¿No crees?

Ammie la miró intentado descifrar el verdadero significado de la pregunta. Ælla sabía más de lo que insinuaba.

****

Ammie tejían sola y tranquila en el telar mientras su mente cavilaba. Adoraba tejer y esta vez era una gran manta de tonos azulados. Observó los preciosos hilos marinos como caían. El azul le recordaba los arrebatadores ojos claros de Olan. Lo echaba tanto de menos… Pero sinceramente no sabía cómo reaccionar cuando llegara. Una parte de ella quería abrazarlo y besarlo, pero la otra la llamaba necia y la ponía en un lugar muy por debajo de él. En este mundo ella no era más que una sirvienta, pero a pesar de la abrumadora realidad era feliz y se sentía más libre que nunca. Aunque estuviera irremediablemente atrapada entre las temibles fauces de un lobo negro.

El estruendoso ruido de un cuerno vibró.

Por un segundo el sonido la desconcertó y camino hacia la puerta extrañada. ¿Qué estaba ocurriendo? Y entonces escucho por segunda vez el sonido. En el exterior la nieve seguía cayendo sin cesar, pero la gente salía de sus casas en dirección a la colina. Ella hizo lo mismo, dejo el peine de madera y salió del telar. Sus pies se hundieron sobre la esponjosa nieve que ya media un pie de alto. Siguió a la muchedumbre lentamente para no resbalarse hasta la entrada del pueblo y a poca distancia de allí vio los caballos.

¡Eran ellos! Por fin habían regresado.

Todos los jinetes desmontaban de las monturas cubiertos de pieles. Vio a Loodrack abrazar a un hombre que llevaba la capa echada, un instante después, se destapo y vio a Olan. Sus brazos pasaron de su padre a su madre que estrechó con fuerza durante unos segundos. Tenía una espesa barba alrededor de sus mejillas, pero se le veía contento y sano y salvo. Reconoció el cabello rubio de Sault y vio el gran cuerpo de Dregk abrazar a su esposa. La cogió en volandas de la alegría. La emoción de su encuentro brillaba en sus ojos. Ammie quería acercarse y abrazarlo pero no podía, estaba paralizada sin saber qué hacer.

Recuerda tu lugar, pensó.

Tenía que apartase de él, antes de golpearse contra la cruda realidad. El nunca seria suyo. Suspirando dio media vuelta y se dispuso a caminar hacia el mismo lugar de donde venia.

Olan abrazó a toda su familia y mientras sostenía a sus dos hermanos pequeños entre los brazos, busco entre los presentes a una sola persona. Ammie. No estaba allí, no había venido a recibirlo. Extrañado dejo su mente en blanco y camino junto a sus padres y a sus hermanos dirección a casa. Estaba contento y lleno de alegría por estar de nuevo en su hogar, pero necesitaba descansar.

Más tarde estaba metido en una gran tina de agua caliente. El agua calmaba el dolor de tantos días de largo camino. Llegar a casa era reanimador y relajante. Pero a pesar de estar en su hogar, no lo sentía. Por alguna razón necesitaba verla para descansar completamente. Resultaba sumamente desconcertante necesitarla de ese modo. Algo en su interior bramaba «Mía» y exigía su presencia. Ammie ejercía un poder sobre él que jamás ninguna mujer había poseído.

Suspirando cerró los ojos y dejo que el calor inundara su cuerpo y relajara sus músculos. Esa misma tarde con la caída del crepúsculo se celebraría el Thing una asamblea en la que tomarían decisiones respecto a la alianza y solucionarían las posibles disputas y conflictos acontecidos en el poblado.

Cuando termino de bañarse, comió algo y salió en dirección a la asamblea. El paisaje había cambiado mucho desde la última vez que camino por esas calles. Pero debía confesar que ahora era mucho más hermoso.

No recorrió mucha distancia cuando la vio y su corazón se acelero. Reconoció instantáneamente sus largos cabellos rubios recogidos en varias trenzas. Llevaba un gran cesto lleno de telas entre sus manos y la seguían dos sirvientas más.

Sin pensarlo, recorrió la distancia que los separaba y suavemente le arrebató el cesto. Ammie se detuvo absorta mientras las otras dos sirvientas siguieron caminando discretamente.

–No has venido a recibirme.

Ammie no contestó. Tan solo miraba a su alrededor tímidamente, como si temiese que alguien la viera hablando con él. Con un movimiento rápido dejo la cesta, la cogió de la mano y la llevo tras la cabaña.

–¿Mejor aquí? –Sonrío pasando una mano por su mejilla–. ¿Por qué no has venido?

Ammie estaba nerviosa y rehusaba su mirada.

–Yo… yo no debía estar allí. Ese lugar era para tu familia.

–Me parece bien, pero quería verte.

–Olan yo… –Su voz titubeaba–. No sé cómo actuar…

Dio un paso hacia ella y cerro el espacio que los separaba. Con suavidad cogió su barbilla y la levanto delicadamente para que lo mirara.

–Déjate llevar –susurró acortando el espacio entre su boca y suya.

El beso le provocó una abrasadora descarga eléctrica que recorrió todo su cuerpo y en su mente volvió a aullar la palabra «Mía». Al separarse vio a Ammie con los ojos cerrados y los labios entreabiertos. Tenía los brazos estirados a cada lado de forma sumisa, totalmente rendida a él. Lentamente Ammie abrió sus preciosos ojos arena y se apartó de él.

–Debería ir a hacer mis tareas… –Con un suspiro giro sobre sí misma y continuó caminando.

–¿Vendrás? –Ammie se detuvo abruptamente y lo miró–. ¿Vendrás esta noche a verme?

Sin contestar continúo caminando, pero antes de alcanzar el extremo de la calle y volver al camino de la aldea la bloqueó.

–¿Qué ocurre? –Las palabras brotaron de su alma, exigentes–. Explícamelo…

Algo no iba bien. A pesar de que aceptaba sus besos, en el reflejo de mirada residía una tristeza que no alcanzaba a comprender. Un desconsuelo que no podía desencriptar, mientras sus labios permanecieran sellados.

–No puedo –murmuró con un hilo de voz y los ojos llorosos.

–¿Por qué?

–Debes entender algo Olan. –Su voz destilaba dolor–. En este mundo, tú eres quien eres y yo soy quien soy… Y por muchas razones que incluso tú mes has enseñado. No puedo olvidar cual es mi lugar.

Perplejo ante las palabras dejo que se librara de su ajuste y la dejó ir.

–Lo siento. –Su voz se quebró antes de desaparecer.

Cuando se recompuso prosiguió su camino a la gran sala del trono. La estancia estaba atestada de guerreros y su padre Loodrack la presidia junto al juez Gunnar, un sabio anciano que el pueblo admiraba. Ese hombre había visto ascender a muchos reyes al poder y muchos años atrás, presidió el ascenso de Loodrack al trono de Drone para gobernar

los cuatro reinos que los rodeaban. Sin duda su padre había sembrado en los corazones de los habitantes del reino fervor, respetó y devoción. Justo lo que veía al mirar a ese hombre. Era tan solo un anciano pero sus historias sobre guerras, alianzas y dioses eran inigualables. Tal y como él las narraba, perdurarían años en la mente de los aldeanos del reino.

El Thing estaba a punto de empezar. Gunnar sostuvo el pesado manuscrito y citó una a una las leyes que regían este y todos los pueblos gobernados por su padre. Todos y cada uno de ellos debían regirse por las mismas leyes y en el caso de duda, la última palabra la tendría el rey.

La alianza con los pueblos del sur junto al jarl Bölt sería el primer tema a tratar. Los presentes parecían alegres y esperanzados con la buena noticia. La idea de una guerra era acogida con alegría por los guerreros, que de nuevo blandirían sus espadas contra el enemigo. Y acogida con esperanza por el pueblo. El honrar y vengar a los caídos era una les las leyes primordiales en su cultura y los dioses bendecían las armas del vengador. En cada batalla Odín dejaba que sus hijas, las valquirias, tejieran las redes de la guerra y escogían a los guerreros más valerosos y fuertes para hacerles un lugar junto a su padre en el Valhalla. Se decía que el primer hombre que empuchase un arma contra el enemigo y lo derribara de un solo golpe, si moría durante la batalla, iría al sagrado templo. Sin duda la contienda iba a ser gloriosa. Dos grandes clanes unidos y cientos de hombres en armas por una misma causa. Una esplendorosa batalla que se convertiría en leyenda.

En pocos días jarl Bölt llegaría con todos sus hombres y los presentes discutían como organizar su llegada y su partida en alta mar. Presentes en la sala estaban Einarr y Sigurd los dos carpinteros encargados de construir las embarcaciones que finalmente partirían a la guerra. Eran genios con un talento inigualable para crear los gigantes que surcarían el mar hacia Inglaterra. Se decía que Einarr veneraba a dios Loki algo que nadie o pocos se atrevían a hacer. Y que por ello, su bendición recaía en sus construcciones.

Después de de mucho hablar y hablar, se recostó contra la pared. Tenía claro que pasado ese punto la asamblea iba a ser larga y sumamente anodina y dejo desinteresadamente que su mente volara a un lugar más apacible. A los bellos ojos de Ammie. Estaba confuso por lo ocurrido en su último encuentro. No comprendía porque lo rechazaba de nuevo, porque sus palabras decían no y sus labios sí. Quería verla y preguntarle el porqué de esa desconcertante tristeza. La barrera que había interpuesto entre ambos le oprimía y le laceraba el

alma como un látigo.

Las sabias palabras de Dregk resonaron en su mente "*Cuando su sonrisa ilumine tu día y sus lágrimas ensombrezcan tu alma, sabrás que es ella*" Fuera o no verdad, en el fondo de su corazón necesitaba abrazarla y consolarla. Y borrar el desconsuelo y la tristeza que nublaba sus cálidos ojos ámbar. Quería verla feliz como la última noche que estuvo entre sus brazos. Una noche en la que tanto él, como ella, olvidaron quien era quien y porque estaban allí. Una noche en la que únicamente eran Ammie y Olan.

Aclararía las cosas con ella, pero dejaría transcurrir esa noche. Ambos necesitaban pensar y reflexionar.

Capitulo 10

Olan se despertó con los primeros rallos del sol y recorrió las silenciosas calles de la aldea hasta la salida del pueblo. Sabía que en lo alto de la colina, viendo amanecer estaría Ammie. Tomo el camino más largo que reseguía el curso del rio rodeando el peñascal directo al despeñadero. La capa de hielo que cubría el sendero era cada día más densa y tupida y le dificultaba la subida. Cuando llegó a lo más alto respiró hondo y miró a su alrededor. El acantilado estaba en silencio. Allí no había nadie. Esa mañana Ammie no había acudido a ver el amanecer. Disgustado dio media vuelta hasta que algo lo detuvo.

El leve susurró de una melodía surco el aire a su alrededor. Un tarareo incesante y melódico que procedía de algún lugar. Avanzó silenciosamente hasta el borde del acantilado eclipsado por la suave armonía. Desde allí vio el enorme sol alzándose sobre la mar en calma y más abajo sobre un ancho saliente, la vio. Una inesperada emoción lo asaltó al ver a Ammie. Tarareaba la hermosa canción ajena a su presencia mientras veía amanecer.

Silenciosamente descendió por el camino que llevaba hasta ella. Antes de llegar se detuvo para contemplarla mejor. Llevaba un vestido azul y todo su esplendido cuerpo estaba bañado por el sol. Sus cabellos relucían como el oro mientras miraba embelesada una piedra color hielo que dibujaba destellos en su vestido al contacto con el sol.

Avanzo lentamente hasta llegar a su lado.

–¡Dios mío! –exclamó dando un respingo–. Cómo… ¿Cómo me has encontrado? –preguntó mirando a su alrededor.

–Es una hermosa canción, deberías seguir cantándola –musitó sentándose con ella–. Esa melodía calmaría la furia de los mismísimos dioses.

Sonrió ante el comentario.

–Nunca te han dicho ¿Que espiar a la gente está mal?

–Soy un guerrero y espiar es parte del arte de la guerra. No puedo evitarlo.

Cogió la mano de Ammie que aún sostenía el cristal de hielo y la puso a contra luz.

–¿Sabes lo que es?

Ammie negó con la cabeza.

–Es una piedra solar. Cuando surcamos el océano, usamos estos cristales para orientarnos.

Ammie se quedo observando el brillo que desprendía el hermoso cristal, mientras Olan sostenía su mano con la piedra. Su contacto era cálido y dulce. Junto a ella Olan era una persona totalmente distinta, menos letal y más bondadosa.

–Tallamos estas piedras con forma de estrella de cuatro puntas. Cuando el cielo se nubla y no podemos ver el sol para guiarnos. Alzamos la piedra en dirección a las nubes de esta manera y cuando encontramos el sol, la luz refractar a través de ella –explicó–. Asó sabemos el rumbo al que nos dirigimos y podemos corregirlo hasta llegar a tierra.

–Increíble…

–Dásela a Harald, él sabrá como tallarla y podre explicarte más sobre ella.

En ese momento vio el brazalete trenzado en la muñeca de Ammie y reconoció el aro de oro que le había regalado. Ammie bajo la mano al darse cuenta del mismo detalle.

–Me alegra que te gustara mi regalo. –Se detuvo para mirarla–. Y que aún lo conserves me contenta más.

–Fue un regalo ¿Porqué no iba a conservarlo?

–No sé, supongo que tenía mis dudas.

–Las mismas que tengo yo…– murmuró a la vez que se levantaba para marcharse.

–¿A dónde vas?

–Tengo que…

–No me digas que tienes que hacer tareas –eludió suavemente–. Necesito hablar contigo Ammie.

Lo miro dudosa, era la primera vez que Olan decía su nombre. Hizo un gesto con la mano para que se sentara de nuevo.

–No quiero que hullas de mi… –Había un mueca de dolor en su rostro–. Yo te importo y tú me importas a mí. No sé qué está ocurriendo pero necesito saber que te separa de mí, porque no soportare verte huir otra vez… Te he echado de menos Ammie.

Sin poder evitarlo sus ojos se empañaron de lágrimas. Ya no podía sostenerlas más tiempo en su interior y dejo que se derramaran sobre su rostro bañando su tristeza. Instantáneamente la abrazo bajo su

capa, rodeándola con sus grandes brazos y reconoció su dulce aroma a sándalo y almizcle.

–Yo también te he echado mucho de menos. –Ammie se acurrucó mas en el hueco de su hombro.

–¿Y entonces, porque huyes?

Abatida suspiró antes de contestar.

–Para no sufrir – La realidad seguía siendo la misma a pesar de sus sentimientos–. Por más que quiera, lo menos doloroso y más honrado que puedo hacer es alejarme de ti.

–Pues no quiero que te alejes.

–Olan tu mundo y el mío son muy diferentes. Son caminos opuestos. –«O no» susurró su mente–. Tú eres un príncipe y yo…

Se detuvo sin saber que decir.

–Soy solo un hombre, y tú una mujer –La apartó de su pecho para enfrentarla–. Ante los ojos de los dioses somos iguales. Simples mortales.

–Pero ante los de tu padre no.

La respuesta le sorprendió y su expresión sucumbió ante la evidencia.

–Mi padre, debí haberlo imaginado –Resopló molesto.

–¿Ahora me entiendes?

Sintió como la mirada de Olan la atravesaba.

–Solo entiendo una cosa, Ammie. Siempre he caminado como un lobo solitario por el mundo, pero el día que te encontré todo cambio –Puso una mano sobre su mejilla–. Cuando estaba herido y rabioso curaste mi oscura alma con tu bondad. Y sin saber cómo, te metiste en lo más hondo de ella –Sus ojos escrutaban los suyos firmemente– Y ahora no puedo apartarme de ti. No puedo –repitió–. Si quieres alejarte lo entiendo. Pero no me pidas que yo haga lo mismo.

El dolor de sus sinceras palabras la dejó perpleja. El guerrero que Olan llevaba dentro había hablado como jamás lo había hecho. Abriendo su alma y su corazón.

–No te alejes… –susurró un segundo antes de sumergirse en el azul del mar de sus ojos y besarlo.

Los dioses habían confabulando a su favor uniendo dos corazones nómadas que por fin regresaban a su hogar. Uno cerca del otro.

A pesar del dolor que sufriría no podía separase de él. Estaba total e

irremediablemente enamorada de Olan.

****

Ælla salió en dirección al muelle, su esposo y los guerreros de la aldea estarían en el allí en pleno entrenamiento. Aun sin llegar al lugar ya se oían los golpes de hierro contra el hierro. El deseo de combatir y la idea de una pronta confrontación avivaban los instintos más feroces y atroces los guerreros de la aldea. Blandían las espadas y las hachas como si ya estuvieran en plena ofensiva. Podía ver como su ira se incrementaba con cada movimiento. Lo veía en sus ojos, lo sentía a su alrededor como una aura maligna. Al llegar vio a Harek observando a los dos combatientes con un gesto orgulloso.

Los hombres habían creado un círculo a su alrededor a través del cual pudo ver quien combatía. En el centro estaba Dregk con una enorme y osca hacha de doble filo. Y como contrincante, su querido hijo Olan blandiendo una afilada y brillante espada encastada en marfil. Con cada movimiento de uno, se movía el otro, esquivando el golpe, una y otra vez. Contraatacaban con fuerza y nervio.

Un segundo después noto una mano sobre su hombro.

–Hola Ammie –musitó dulcemente sin dejar de mirar el combate.

–Parecen muy concentrados. Casi no puedo ni mirar, sus armas pasan tan cerca de sus torsos…

–Se preparan para la guerra, deben hacerlo así.

Ammie se quedó en silencio observando el combate. Olan se movía con extrema agilidad esquivando los golpes y contraatacando con severidad. Rotaba sabiamente buscando el punto débil de Dreck. Los fuertes mazazos del mismo, contra la espada de Olan, lo hacían retroceder creando profundos surcos en la nieve embarrada. Con cada golpe y con cada movimiento de espada los hombres clamaban con fuetes gruñidos y gritos secos. A poca distancia de ellas estaba Loodrack y a su derecha Harald, el herrero de la aldea, concentrados en la batalla. Hoy blandían sus armas, para más tarde hacer las correcciones necesarias y convertirlas en las armas perfectas para su portador.

Se escucho un alarido y devolvió la mirada al combate. Justo en el preciso instante que Dregk, golpeaba con el antebrazo a Olan fuertemente en el costado. Su corazón se encogió con el estacazo. Olan cayó sobre el barro con un sonoro golpe y su espada a poca distancia de él, pero lo suficientemente lejos como para verse desarmado. Dregk aprovechó el momento para levantar el hacha sobre su cabeza y dejarla caer sobre Olan. En un rápido movimiento rodó sobre el barro

y el hacha golpeo fuerte sobre la tierra. Olan cogió la espada y la blandió contra su gran contrincante, pero a un dedo de tocar su coronilla, se detuvo.

El viento se paralizó a su alrededor y todos los presente contuvieron el aire a la vez. Tanto Olan como Dregk respiraban entrecortadamente, aún en la misma posición.

–Tan rápido como siempre.

–Ha sido un buen combate –Determinó Olan sonriente antes de bajar la espada.

Dregk se irguió recobrando su posición. Había sido tan rápido que muchos de los presentes aún permanecían sin decir palabra, y los que la habían recuperado ovacionaban al vencedor ruidosamente. Olan trataba de recuperarse mientras Svern y Sault golpeaban su espalda, contentos y orgullosos.

Lo observó detenidamente. A pesar de estar lleno de barro y sudor no dejaba de ser guapo y atractivo. El perfil afilado de su rostro y su esbelto cuerpo creaban la combinación perfecta entre belleza y armonía. Ahora comprendía el porqué de su apodo "Blackwolf" era como un lobo negro en plena lucha, rápido, agresivo y extremadamente letal.

Los dos combatientes se alejaron juntos para dejar pasar a otros dos nuevos pasar. En este caso vio a Axecston contra otro de los guerreros al cual no conocía. Ese hombre poseía los ojos más pálidos y aterradores que jamás había visto. Eran el reflejo de su alma su alma, gris y oscura. Ella los había visto demasiado cerca en dos ocasiones, algo que ni tan solo quería recordar. Había algo tan tenebroso en él, que irradiaba un aura malévola a su alrededor.

Blandía una afilada espada color negra desde la empuñadura hasta el extremo de su hoja. Solo se veía el resplandeciente brillo de su filo. El otro usaba una larga lanza con dos extremos puntiagudos. Se pusieron en guardia rápidamente. El primero que atacó fue Axecston soltando un áspero gruñido gutural. A pesar de los violentos golpes de la espada, el lancero rechazaba muy bien los ataques con hábiles estocadas. Era muy veloz. La espada de Axecston paraba tan cerca de su enemigo y con tanta fuerza que parecía querer partirlo en dos.

Un segundo más tarde, sintió que alguien la observaba.

Miró entre la muchedumbre y allí estaba Olan, con sus profundos ojos azules fijos en ella. Ya no tenía la cara llena de barro y parecía recompuesto después de la pelea. Ammie sonrió inconscientemente.

Olan era como una Isla, en cada una de sus direcciones encontrabas

algo nuevo. En Primer lugar la playa, bosques, prados, arenales, cuevas y si llegabas al otro extremo, encontrabas el mar y la playa de nuevo. Eso sentía ella cada vez que veía una parte de él, había conocido su lado más letal, su lado más rudo, el más noble, el más bondadoso y el camino siempre la llevaba de nuevo a su cálida mirada.

No quería verlo partir a la batalla. Una contienda era una nueva oportunidad para perderlo y ella solo deseaba mantenerlo cerca y a salvo. Durante toda su vida no había tenido identidad, no había sabido quien era. Había dejado que su alma fuese un barco a la deriva, sin rumbo. Había perdido parte de su capacidad de escoger y decidir. Ahora a pesar de no ser libre, su corazón vibraba de felicidad. Algo que jamás había sentido. Siempre había tenido unas pesadas cadenas alrededor de los pies amordazando su libertad. Olan había liberado su corazón y rescatado su alma, despertando sentimientos en su interior que no conocía. Junto a él había descubierto quien era y que deseaba.

–¿Que atrae a dos mujeres al fulgor de los combates? –preguntó Olan sonriente aproximándose a ambas.

Se detuvo tan cerca de ella que percibía el calor que brotaba de su cuerpo, desprendía suaves oleadas de calor que derretían el suyo instantáneamente. Su presencia tenía un efecto intensamente seductor para sus sentidos.

–Estoy orgullosa de ti, hoy has luchado con valentía y astucia.

–Gracias madre. Mañana mismo cruzaría el mar en busca de venganza...

–Paciencia hijo –interrumpió–. Tendrás tu venganza, pero en su momento. No debes ser incauto.

–¿Que lleva a un hombre desear luchar? –preguntó Ammie desviando el tema.

–Muchas razones, la venganza, la posesión de unas tierras, el sabroso sabor de un motín o simplemente una mujer –Le guiño un ojo discreta y seductoramente y Ammie no pudo evitar sonreír.

–Muchos clanes han desatado guerras por una simple mujer –añadió Ælla–. En muchas ocasiones son más preciadas que el oro.

Ælla sabía muy bien de lo que hablaba. Loodrack había desatado una guerra infernal únicamente por ella. Sin saber que al poseerla, obtendría el trono de Drone y reinaría sobre los cinco reinos del norte. La guerra había sido tan sangrienta y despiadada que después de años aún se oían historias que amedrantaban el alma de los aldeanos.

****

Con las primeras luces del día Ammie salió en dirección a lo más alto de la colina. Desde allí vería a la noche desvanecerse, inmersa en el alba de la mañana. Mientas el agua cambiaba de color de un intenso negro, a un penetrante azul. Desde aquella colina se podía apreciar el amanecer más hermoso que jamás el hombre haya visto.

Esa mañana era menos fría que las anteriores, la tupida nieve enterraba sus pies a medida que avanzaba por el camino de la aldea hasta la salida. Justo antes de salir del camino del pueblo y encaminarse a la colina se detuvo.

Sobre un glorioso semental negro, Olan la esperaba. Vestía con una pesada piel sobre sus hombros y un arco sobre su espalda. En cuanto la vio esbozó una amplia sonrisa que le robo el aliento a medida que se aproximaba.

–Buenos días. Esta mañana estas preciosa.

Sonrió antes de contestar.

–Buenos días… –Aún estaba sorprendida–. ¿Qué haces aquí?

–Llevarte a un lugar –desveló a la vez que extendía la mano ofreciéndole subir al caballo–. Sube.

Ammie le hizo caso y subió a lomos del precioso caballo negro. Al hacerlo Olan rodeó su cuerpo con sus enormes brazos anclando su cuerpo al suyo. Apoyó su espalda contra su cálido pecho y aspiro la embriagadora esencia a sándalo que tanto le caracterizaba. Entre sus brazos olvidaba cualquier dolor, cualquier mal que la acechara. Entre ellos era libre. Silenciosamente apretó el ajuste a su alrededor y el caballo empezó a trotar velozmente sobre la nieve virgen.

Era como volar. A medida que avanzaban velozmente, el aire frío desfilaba a su alrededor y el entorno se transformaba. Trazaron el curso del rio hasta llegar a la parte más alta, donde el agua tenía menos caudal. Lentamente lo cruzaron sobre el caballo mientras el agua pura y transparente resbalaba tímida a través de las piedras. Ya había amanecido y el sol se filtraba entre los arboles haciendo brillar la nieve bajo sus pies, creando preciosas líneas doradas que pintaban el paisaje a su alrededor. Cruzaron lentamente el bosque deleitándose con el contraste de colores hasta que Olan poco a poco aminoró el paso del caballo hasta detenerse.

–Ahora debemos continuar a pie.

–¿Donde me llevas? –Olan la ayudó a bajar y asedió su mano.

–Confía en mí, ya queda poco para llegar.

–Eres un lobo ¿Cómo puedo fiarme de ti? –Olan sonrió ante la pregunta.

–Cierto, quizá no deberías fiarte –musitó siguiéndole la corriente y encerrándola entre sus brazos–. Pero llegado a este punto no creo que sepas volver.

Miró a su alrededor totalmente perdida.

–La verdad… Prefiero perderme en el bosque contigo, a volver a la aldea.

–Entonces, que no se hable más. –Besó su frente y la volvió a coger de la mano–. Sígueme, estamos muy cerca.

Caminaron a través del bosque en dirección a algún lugar desconocido para ella. Un paramo escondido que Olan no tenía previsto desvelar. Así que siguió caminado mientras Olan rodeaba su mano sobre la suya firmemente, como si temiera perderla. A través de la espesa arboleda se escuchaba el suave murmullo del agua al caer y a medida que avanzaban el camino se estrechaba más y más a su alrededor. Un segundo después, el cielo se abrió y aparecieron en un claro bañados por la luz del sol.

Ante ellos había una gran cascada que dejaba fluir sus aguas claras y limpias a los pies de un magnifico y grandioso lago. El bosque encerraba celoso ese esplendido lugar entre sus árboles y montañas, lejos de las manos del hombre.

–Es precioso… –Miró a su alrededor llena de curiosidad.

–Sí, es magnífico. Pero aún no has visto lo mejor.

–¿Ya puedo saber donde me llevas?

–Te llevo a un lugar creado por los dioses.

–¿Acaso esto no lo es? ¿Cómo lo encontraste?

–Me lo mostraron, igual que ahora te lo muestro yo a ti.

Las palabras se quedaron en el aire. Y la llevó de la mano rodeando el lago hasta que estuvieron tan cerca de la cascada, que notaba sus pequeñas gotas salpicar su rostro suavemente.

–Ahora cierra los ojos

–¿Porqué? ¿Qué es lo que lo que no puedo ver?

–Cierra los ojos –repitió– ¿Confías en mi? –Ammie sonrió ante la pregunta.

–Sí –Suspiró dulcemente y los cerró. Un segundo después sintió la

firme mano de Olan rodeando la suya.

Con sus cálidas manos unidas continuaron caminando hacia un lugar desconocido para ella. Estaban muy cerca de la cascada, la sentía fluir a su lado, si extendía la mano podría tocar sus dulces y frescas aguas. Pero poco a poco el sonido de la cascada se alejó de ella y escuchó el sonido hueco de sus propios pasos. Habían entrado en algún lugar cerrado, donde la temperatura era más cálida y sus pisadas creaban ecos hipnóticos.

–Ya puedes abrirlos. –Ammie los abrió lentamente y miró embelesaba a su alrededor. Olan decía la verdad era un lugar creado por los dioses.

Jamás había visto nada más hermoso, ni tan majestuoso como el lugar que contemplaba en ese preciso instante. Estaban en una gran cueva de piedra blanca, los techos eran tan altos que apena podía ver el final y en lo más alto de ella había una enorme bóveda natural que dejaba pasar la espesa y resplandeciente luz del sol. Bajo sus pies había tierra en vez de piedra y césped en vez de nieve. Todos los ruidos dentro de ese lugar creaban un eco mágico y envolvente. La hermosa estancia estaba rodeada del vibrante verde de la espesa vegetación. Los arboles y las plantas florecían en aquel recóndito lugar engendrando un maravilloso y frondoso bosque. Como si de un mundo aparte se tratara, como si no hubiesen estaciones y el invierno no existiera a su alrededor.

Continúo caminando sin dejar de admirar el esplendido lugar. El centro de la cueva estaba presidido por una extraña efigie totalmente iluminada por los cálidos rallos del sol. Al llegar noto el calor sobre su piel y contemplo la imponente figura rodeada de agua cristalina. Era una hermosa mujer de cabellos largos sosteniendo un gran cuerno entre sus manos del cual caía un fino y claro hilo de agua. La mujer tenía el semblante relajado con ambos ojos cerrados. Poseía dos grandes alas a cada lado, tan largas que alcanzaban a tocar el agua. Pero no eran normales, no tenían plumas, estaban hechas con escamas de dragón. La efigie estaba tallada en una piedra blanca y brillante, de tal forma y con tal perfección de detalles que parecía que la mujer extendería sus alas y cobraría vida en ese mismo instante.

–Extraordinario –susurró inmersa en el esplendor del paramo.

Era lo único que sus labios alcanzaban a decir ante la belleza del paisaje. A su alrededor fluía un aura mágica y electrizando que envolvía la caverna relajando sus sentidos.

–Sientes el cosquilleo sobre tu piel…

–Sí ¿Es magia?

–En este lugar puedes sentir a los dioses –murmuró contra su oído–. Su aura viaja por estas cavernas envolviendo todo en un manto de paz y serenidad.

Olan no pudo evitar esbozar una sonrisa ante su asombro, admiraba la belleza de ese lugar tanto como él. Durante años la cueva había sido su escondite, un rincón mágico en el que dejaba que su mente vagara a otros mundos. Nunca nadie había sabido de sus labios sobre la existencia ese maravilloso paramo, protegía celosamente su paradero. La naturaleza humana jamás apreciaría su belleza y destruirían con su ignorancia la característica aura mágica que envolvía el lugar. Harían que el hechizo que los rodeaba en ese preciso instante desapareciese.

Cuando tan solo era un niño su madre Ælla se lo había mostrado y desde ese momento parte de su alma residía en ese lugar, entre esas paredes. Aquellos altos muros de roca blanca encerraban sus secretos más valiosos y de nuevo volvían a hacerlo, encerrando la dulce esencia de Ammie. Los dioses lo habían visto crecer en ese lugar y durante años se había convertido en su refugio. Tan solo allí, en el interior de esa cueva podía des amordazar al furioso lobo negro que residía en su interior.

–Lo crearon los dioses ¿verdad? –preguntó Ammie sin dejar de mirar a su alrededor– Puedo sentirlo…

–Antes de contártelo debes prometerme algo, Ammie. –Desvió la mirada de la cueva para mirarlo.

–¿El qué?

–Que jamás desvelarás su existencia a nadie. –El tono de Olan fue severo y conciso. Era obvio que deseaba salvaguardar la existencia de ese lugar ante los ojos del hombre.

–Lo prometo. No desvelaré jamás el paradero de este lugar, si con ello puedo preservarlo… Aunque tal belleza, no debería permanecer oculta.

–Y continuará siendo hermoso y extraordinario mientras el hombre no intervenga. Nadie debe conocer su paradero.

–Jamás de mis labios, saldrá una palabra sobre este lugar. –Olan respiró hondo al oír las sinceras palabras.

–¿Quién te lo enseño?

–Cuando tan solo era un niño mi madre Ælla me lo mostro. Y al igual que tu, jure que tan solo lo mostraría a almas puras que jamás amenazasen su existencia.

–Es el palacio de algún dios

–Algo parecido. –Esbozó una mueca mientras buscaba las palabras para explicarlo–. ¿Conoces nuestro panteón?

–Algunas deidades tan solo. Tu madre me ha explicado fascinantes historias sobre los dioses primarios como Odín, Thor su hijo, Freyr Freyja… Pero me temo tan solo es la superficie de un gran océano, debajo de él, todo es mil veces más grande y bello.

–Pues te explicaré que es este lugar, y el lugar que ocupa dentro del océano del que hablas –musitó sonriendo–. Según nuestras creencias en el centro de la tierra está el Yggdrasil, el árbol del mundo, que sostiene sobre él los nueve reinos que componen el cosmos. Justo en el centro, en la región más alta se encuentra *Asgard* y Vanehim el lugar donde viven los dioses primarios dueños de la creación. Justo al otro extremo en la región más fría y oscura existen tres reinos mas; *Jötunheim* el hogar de los temibles gigantes, *Nidavellir* el pequeño reino de los enanos y *Niflheim* un temido lugar regido por Hela, hija de Loki donde se dice que residen las almas que no encuentran ni paz ni descanso y vagan moribundas en aquel oscuro lugar. Dentro de Niflheim se encuentran tres reinos más llenos de fuego y de oscuridad. La morada de los elfos de luz *Alfheim,* hogar de los elfos oscuro *Scartalfaheim* y mucho más abajo en la zona más ardiente se encuentra *Muspelheim*, el reino de los gigantes de fuego.

–¿Y dónde estamos nosotros?

–En *Midgard*, la región baja del cielo entre *Asgard y Niflheim.* Un reino situado entre los dioses y el infierno –explicó sabiamente–. En otros tiempos todos estos mundos se comunicaban entre sí libremente. De esta forma los habitantes de Midgard, los primeros hombres, aprendieron de los dioses y gracias a ello, hoy día sus historias aún perduran pasando de generación en generación.

–Entonces, los primeros hombre habitaron con los dioses… –repitió pensativa–. ¿Y porque ahora no podemos verlos?

–Hubo conflictos. En aquellos tiempos cualquiera de las extrañas y diversas criaturas que habitaban los nueve reinos podía viajar sin reserva a cualquiera de los otros. Pero con el tiempo eso genero desavenencias entre los mismísimos dioses. Los Asgard y Los Vanehim estaban molestos por las continuas peticiones e incursiones. Los siete reinos por debajo de ellos habían olvidado cual era su lugar en el esquema del cosmos. Para evitar las desagradables intrusiones, los dioses crearon siete puertas entre los diferentes mundos y cada puerta protegida por un guardián, el cual no permitía el paso de ninguna criatura, sin una razón pura y certera.

–Todo es más complejo de lo que creía… ¿Pero qué tiene que ver el

panteón con este lugar?

–Ahora mismo estrás ante una de sus puertas y ante ti, ves la efigie de Heimdall la guardiana de *Midgard.*

–¡¿Enserio?! –exclamó.

Olan sonrió tras su reacción.

–La historia cuenta que Heimdall usa el cuerno para avisar a los dioses de la presencia de un humano en Asgard y cuando este lo toca, se abre un puente con forma de arcoíris que te lleva ante ellos.

–¿Alguien ha intentado pasar alguna vez?

–Nadie lo ha visto. No que yo sepa, aunque creo que son únicamente historias. Increíbles historias que pasaran de generación en generación sin saber si son reales o no.

–Pero este lugar es real. Es imposible que su creación sea fruto de la casualidad Olan –expuso convencida–. Has hablado de "Una razón pura y certera" quizá esa es la llave…

–Ciertamente se dice que "*Si Un alma pura y certera, con una razón certera y de puro corazón solicita la audiencia con los dioses en el momento idóneo*" Se le concede.

–¿Cual es el momento idóneo?

Rió ante su entusiasmo.

–¡Preguntas mucho mujer! –Su sonrisa iluminó su rostro–. No lo sé, nadie lo sabe.

–Pero…

–Ammie –interrumpió–. Tan solo son historias…

Suspirando pesadamente se dio por vencida mirando su alrededor.

–Deberíamos volver.

–¿Por qué? Prométeme que me traerás más veces. –Un gesto de suplica se dibujo en el hermoso rostro de Ammie.

–Me temo que no aceptaras un "no" por respuesta.

–No.

Olan puso los ojos en blanco y sonrió.

–Te prometo que volveremos.

Capitulo 11

Durante el siguiente ciclo lunar, Olan cumplió su promesa y volvieron todos y cada uno de los días. Cada mañana antes de que el sol saliera por el horizonte, la esperaba pacientemente en el sendero de la colina sur, sobre su hermoso caballo negro "Æsir" para llevarla a aquel mágico y envolvente lugar. Pasaban allí horas, la hermosa atmosfera atemporal los seducía haciéndoles olvidar quienes eran y donde estaban durante su estancia allí. Olan le explicaba historias sobre las batallas entre los reinos de Æsir y los Venir. Historias sobre gigantes y elfos de luz. Cuentos increíbles que versado por sus labios, cobraban vida en su mente.

Esa mañana yacían despreocupadamente sobre el césped, uno al lado del otro cerca de la hermosa efigie de Heimdall, mirando como el sol entraba libremente por la bóveda bañando sus cuerpos. Todo el tiempo que pasaban juntos los había unido inconmensurablemente. La devoción que sentían uno por otro no se podía medir, ni calcular, era un fino hilo de oro que ensamblaba incondicionalmente sus almas.

Olan había descubierto partes de ella que no conocía. Seguía siendo su dulce y delicada Ammie, pero el temor ya no ensombrecía sus pálidos ojos. Su tristeza era ahora alegría y su miedo, coraje. Se había convertido en un vibrante fuego que abrasaba su cuerpo y avivaba sus sentidos hasta el corazón. Ammie había domado al guerrero que llevaba dentro y amansado al lobo que ahora caía rendido a sus pies.

Esa magnífica mujer se había deslizado bajo su piel, calmando su alma y apoderándose por completo de su lastimado corazón.

Ammie giro la cabeza para mirarlo

–Aquí todo es tan cálido… –murmuró risueña–. Es como vivir en otro mundo.

–Sí, es como vivir en un mundo aparte, y sin nieve –aclaró Olan colocando ambas manos tras la coronilla relajadamente.

–¡Ya lo tengo! Podríamos construir una casa –exclamó ilusionada incorporándose–. Seria pequeña y acogedora, no nos faltaría de nada. ¡Aquí lo tendríamos todo!

La mente de Ammie era un hervidero de fantasía sin fin, y las historias sobre Dioses la avivaban aun más.

–Quizá. –Se incorporó a su altura para mirarla–. ¿Sabes que tienes una gran imaginación?

–¡Lo digo enserio! –Ammie esbozó un gesto de fingida indignación.

–Seria el lugar perfecto, sin duda –susurró a la vez que la rodeaba con sus brazos acercándola a su cuerpo–. Absolutamente perfecto…

Olan acortó la distancia entre sus rostros y se detuvo a unos centímetros de sus labios. Cogió su barbilla y con la otra mano atrajo sus caderas hacia él, pegando su cuerpo contra el suyo para besarla. Sus labios eran tan dulces como la miel y suaves como una pluma.

Cada vez la sentía más cerca y más ardiente entre sus brazos mientras los besos se sucedían uno tras otro sin tregua. Notó su mano acariciando su mejilla y poco a poco sus pacíficos besos se convirtieron en abrasadores y exigentes. Sus labios y su lengua fueron bajando por su cuello y sintió como se dejaba caer lánguidamente ente sus brazos. Aguanto su peso mientras saboreaba su dulce y blanca piel, a la vez que se adueñaba beso a beso de los murmullos de placer que escapaban de sus perfectos labios. Cuando levanto la mirada pudo ver el fuego palpitante en sus ojos color miel.

–¿Qué te hace tan irresistible Ammie…? –susurró totalmente cautivado.

Sin contestar Ammie sacó con ambas manos los dos pasadores que sostenían su vestido. La prenda cayó al suelo instantáneamente, dejando su cuerpo expuesto y desnudo ante los rallos del sol. Su cuerpo era perfecto. Era una sublime tentación que nublaba su juicio. Cerró los ojos al sentir sus manos sobre su piel acariciando su cuerpo y dejo que le quitara la casaca lentamente.

Ammie sabía que le estaba proporcionando placer aunque actuaba como si el roce de sus manos le abrasara la piel. Sabía que en ese preciso instante el guerrero que Olan llevaba dentro confabulaba en contra de su cordura luchando por el control. Sus ojos la miraron hambrientos de necesidad y se sintió extrañamente vulnerable, totalmente desnuda ante él.

Como si él leyera su mente, se despojó del resto la ropa quedándose completamente desnudo. La perfección de Olan era la viva imagen de un semidiós. La luz contorneaba su cuerpo y cincelaba la belleza de sus facciones, dibujando su imponente figura de anchos y fuertes hombros. Prendada con su esplendor dejó que sus ojos vagaran sobre su tostada y suave piel dorada por el sol.

–Eres tan perfecto… –Las palabras brotaron de sus labios entreabiertos.

Olan se acercó rodeando con sus brazos su delicado cuerpo desnudo y enterró una mano entre sus cabellos dorados a la vez que

mordisqueaba su cuello y su hombro. Se dejo caer sobre el verde musgo arrastrándola suavemente junto a él, dejándose llevar por la sensación de sus delicadas manos recorriendo su piel. Nunca antes había visto a una mujer más bella, ni más hermosa que Ammie. Danzaron entre besos y caricias apasionadas hasta que sus cuerpos gimieron de necesidad e impaciencia.

–Eres la tentación de los dioses y la mía. –Su voz era una mezcla entre angustia y placer. Suaves gruñidos de deleite –Te deseo Ammie.

Arrastró su delicado cuerpo hasta tenerla sentada a horcajadas sobre él, atrapando sus caricias con cálidos y abrasadores besos. Una intensa oleada de placer recorrió su espalda cortándole el aire, cuando Ammie comenzó a mover suavemente sus caderas sobre él, uniendo íntimamente su cuerpo al suyo. Sin saber cómo, se descubrió gimiendo débilmente al ritmo de sus cálidas embestidas, cada vez más intensas y apremiantes. Cerró los ojos y dejó que su tierna esencia rodeara sus sentidos domándolo y atormentándolo con su exquisitez.

Penetrantes descargas recorrían su cuerpo erizando su piel, a la vez que su mente varaba inmersa en un extraordinario mar sacudido de dulces y sublimes oleadas de placer. Trató de contener al lobo que llevaba dentro hasta que en un arranque de pasión, sujetó sus caderas y la hizo girar poniéndose sobre ella. Dejándola totalmente expuesta a sus deseos.

–Mírame Ammie –ordenó con la voz enronquecida por el placer.

Ammie abrió sus preciosos ojos ámbar al oír su profunda voz. Y en ellos pudo ver el preciado y desconocido reflejo del amor y la pasión. Algo que jamás había visto en ninguna otra mujer. «Mía» bramó su corazón, mientras su cuerpo la asediaba con desespero.

Ammie rodeo con sus delicados brazos su cuello y entrelazó sus piernas alrededor de sus desnudas caderas. Su piel ardía como el fuego contra la suya. Sin poder resistirlo, volvió a envestirla con firmeza una y otra vez, deleitándose con sus gemidos. Bajo la ferocidad de sus acometidas y el intenso placer sintió las uñas Ammie clavándose sobre su espalda. Su cuerpo se doblegaba ardiente y sumiso bajo el suyo incrementando la abrumadora necesidad de hacerla suya.

No dejó de atormentarla hasta que finalmente sus gemidos se intensificaron a causa del clímax y a la misma vez, sin poder contenerlo por más tiempo, sumió sus sentidos en una vorágine de intenso placer divino, mientras un gruñido gutural brotaba de su pecho. Dejó que su cuerpo palpitara en su interior y su mente diera vueltas en un maravilloso lugar encerrado entre los brazos de Ammie.

Con la respiración acelerada, se dejó caer exhausto.

–Una tentación para los dioses… –susurró de nuevo contra su pecho. El corazón de Ammie palpitaba tanto como el suyo.

Exhausto se incorporo apoyando la cabeza sobre su brazo y atrapó su gran capa para cubrirla. En ese instante vio la resplandeciente sonrisa en el rostro de Ammie, y sin saber porque, su corazón dio un vuelco de felicidad. «*Mía»,* volvió a susurrar el guerrero que residía en su interior. Una gran parte de su ser, ya la sentía tan suya como su propia alma. El amor que obtenía entre sus brazos era innegable e insubstituible y tanto su cuerpo, como su alma, ineludiblemente lo atraían, como la miel a las abejas.

–Ojala estos días nunca terminen. –Se mordió el labio inferior entristecida.

–No tiene porque termina, Ammie. –La estrechó entre sus brazos tiernamente y beso sus enrojecidos labios.

Su cercanía entibiaba su corazón y reconfortaba su ánimo. Sabía muy bien que Ammie no quería verlo partir. Pero la luna llena estaba al caer y la contienda era inevitable.

****

Como siempre, a la caída del crepúsculo ella y Olan regresaban a la realidad, Drone.

A lomos de Asgard recorrían lentamente el curso del rio, pasando entre los arboles del silencioso bosque congelado. La diferencia de temperatura contrastaba con la calidez de su piel y se acurruco cerca de su pecho. Por alguna razón, una abrumadora sensación de sosiego embargaba su corazón cada vez que volvían a la aldea. Pero esta vez, era más pesada que nunca y la angustia amenazaba con devorarla.

Sabía que cuando llegaran al pueblo, sus caminos se volverían a separar y su mundo se reduciría a efímeros susurros y furtivas caricias en la oscuridad. Olan volvería a ser el príncipe que su pueblo amaba y ella una mera sirvienta. Entre ellos nunca existiría nada más. Lo comprendía, pero la atormentaba durante el tiempo que no estaba junto a él. Sabía que algún día aparecería otra mujer que lo abrazaría como su esposa y le daría hijos.

¿Porque le dolía tanto?

Aunque sus mundos fueran diferentes y él supiese quien era ella realmente, la enemistad entre Inglaterra y los hombres del norte, jamás permitiría una unión así. Prefería consolar su alma y aliviar su corazón abrazándolo furtivamente, que perderlo y lacerara su alma. Le dolía porque le importaba, le dolía porque…

Lo amaba.

Sin darse cuenta se había enamorado incondicionalmente de un rudo, letal y maravilloso hombre del norte, que jamás podría tener.

Una solitaria lagrima abandono sus ojos. La desolación de la realidad la atormentada, pero su corazón había elegido un camino sin retorno demasiado doloroso para su alma.

Como siempre antes de llegar a la entrada el pueblo, bajaba del caballo dejando que Olan continuase el camino solo. Pero esta vez no era como las otras veces. Sentía un punzante y doloroso nudo en el pecho que no la dejaba respirar. Escondió su dolor, beso delicadamente sus labios y desapareciendo al otro lado de la empalizada.

En ese momento Olan escuchó el vibrante sonido de un cuerno y desvió su atención al revuelo de gente que caminaba en dirección a la puerta este del pueblo. Monto rápidamente sobre su caballo y troto rodeando la empalizada hasta la entrada este, donde vio la razón de tal alboroto en la aldea. Había cientos de hombres armados atestados a las puertas de Drone y dirigiendo la marcha reconoció a jarl Bölt. Por fin los hombres del sur habían llegado para librar la batalla.

Se acercó lentamente hacia la horda de hombres que se extendía a lo largo del camino. Todos estaban armados y bien asediados para la contienda. La imponente figura de Loodrack apareció frente a las puertas de Drone situándose ante ellos. Sin duda muchos de los presentes habían escuchado las proezas de su padre en batalla, pudo verlo en el fervor reflejado en los ojos de muchos de ellos. Lo cierto era que ser comandado por Loodrack, el agila de sangre, y el rey del norte, era todo un honor. Esa guerra sería un glorioso acontecimiento que incluso los dioses y las valquirias esperaban expectantes. Una gloriosa venganza que se recordaría durante años, grabada con sangre en los corazones del enemigo y con orgullo en las almas de los guerreros.

Pensativo se colocó al lado su padre y jarl Bölt.

–Me alegro de verlo jarl Bölt.

–Soy un hombre de palabra. Aquí tienes a “todos” mis mejores hombres –apostilló orgulloso expandiendo ambos brazos hacia la horda.

–Cuando venzamos al enemigo compartiremos la gloria y el botín de esta batalla recordando este día, como el comienzo de algo grande.

–Que la lealtad entre nuestros pueblos perdure por años.

–Que los dioses te oigan y nos acompañen –musitó observando a los cientos de hombres dispuestos a luchar por una venganza que no era suya.

Glorioso, pensó. Pero antes de luchar, debían esperar el momento oportuno y estudiar la estrategia perfecta para proclamar su victoria.

Dirigieron los hombres de Bölt en dirección al llano de la colina sur, allí asentarían el campamento durante los días previos a la guerra. El emplazamiento era perfecto. Accedía al mar con facilidad a través de la playa, tenía el rio al bajar la colina y el bosque rodeándolos. Podían proveerse del agua y de la leña suficiente para calentarse bajo la fría nieve y el suficiente espacio para todos.

Al llegar a la zona del campamento los hombres comenzaron a descabalgar y se dispusieron a construir las tiendas sobre la espesa nieve. El final de la larga horda de hombres terminaba en una carroza con el estandarte de jarl Bölt. El carruaje se detuvo señorialmente delante de los hombres y la puerta de la misma se abrió. Del interior bajo una mujer de cabellos rojizos como el fuego. Olan contuvo la respiración al reconocerla. Dalla. El diablo de ojos verdes le dedico una súbita mirada antes de hacer una solemne reverencia en dirección a su padre.

–Esta es mi preciosa hija Dalla. –Bölt atrajo a su hija hasta Loodrack.

–Bienvenida a mis tierras –declaró solemnemente.

Dalla sonrió a su padre y desvió la mirada a Olan. Una embaucadora media sonrisa se dibujó en sus labios.

–Me alegro mucho de volver a verte. –La cadencia de su voz le produjo un desagradable estremecimiento.

–Lo mismo digo Dalla –¡Mentira! aulló su pecho–. ¿Qué te atrae a estas tierras?

–Dicen que aquí hay lobos… –Olan desvió la mirada ante la velocidad de la mujer.

Era demasiado perspicaz y astuta para engañarla. Las imágenes de lo ocurrido entre ambos aún revoloteaban en su mente. Sus piernas alrededor de él, sus ardientes besos… Sacudió su cabeza para sacarse esas imágenes de la cabeza y prestó atención a asuntos más apremiantes.

–Este será el campamento de vuestros hombres, esta zona tiene provisto todo lo que necesitáis –explicó su padre–. Por otro lado Ælla, mi esposa, ha hecho preparar varias estancias para acomodar y agasajar a nuestros invitados y pondrá a vuestra entera disposición

cuatro de sus mejores sirvientas para lo que plazca.

Se le hizo un nudo en el estomago, "*dos de sus mejores sirvientas*". Esperaba que Ammie no estuviese incluida en ese plan. Su Ammie no iba agasajar a ningún hombre que no fuese el, pensó con la mandíbula en tensión. Sobre su cadáver, gruño por dentro.

Cuando el crepúsculo llego a su fin, ya se veían las columnas de humo del campamento de los hombres de Bölt y se respiraba tranquilidad. El paisaje había pasado del blanco impoluto a color tierra de nuevo. La nieve embarrada ya casi estaba desecha a causa del tránsito de los guerreros. Desde donde él estaba, el campamento se veía casi tan grande como la mitad la aldea, había decenas de tiendas, pequeñas y grandes repartidas por el llano y se alzaban imperiosas con los estandartes de Bölt y Loodrack. Los hombres se agrupaban delante de las casetas en grupos de siete u ocho alrededor del fuego. Había actividad pero permanecían en sinuoso silencio. El ruido que producían era tan solo un murmullo y sus voces susurros que se desvanecían en la fría brisa nocturna.

Ya podía oler el suculento aroma a guerra y venganza.

A la mañana siguiente Olan despertó temprano, en el exterior nevaba con fuerza y el viento soplaba tanto que un silbido se colaba bajo las esquinas de la puerta. El cielo estaba blanco y una neblina lo cubría todo en el exterior. Se vistió y se encamino a la antesala. Sobre la mesa como cada mañana desde hacía mucho encontró dulces; Leche, pan y miel. Ammie había estado allí. Era cautelosa y extremadamente sigilosa, incluso para sus finos oídos, pero su fragancia a lilas envolvía el lugar.

Después de comer, se encamino a casa de su padre tenía que hablar con él antes de la asamblea con Bölt, no quería ninguna sorpresa en el último momento. La estrategia era crucial para ganar la guerra y saber lo que su padre tenía planeado siempre le daría ventaja.

Nada más llegar vio a su madre con Ubbe. Este se lanzo de cabeza a por él

–¿Pequeño guerrero, no es demasiado pronto? –Lo cogió en brazos y despeino su cabecita rubia.

–¡No! Estoy bien, no tengo sueño, ¿Me contaras un cuento?

–Prometo contarte un cuento sobre Odín y sus despiadados lobos Geri y Freki pero antes tengo que ver a nuestro padre.

El pequeño puso cara de pena cuando lo dejo en el suelo. Un segundo

después se lanzó como un cohete en dirección a Narub. Riendo se encamino a la antecámara donde descubrió a su padre observando un gran mapa de tela.

–Buenos días padre ¿Qué es eso? –preguntó señalando el gran mapa.

–Nuestro enemigo.

–¿Ya has enviado a los rastreadores?

–Así es, hace varios días en un barco mercante para no despertar sospecha. Debíamos adelantarnos a ellos y conocer el terreno para usarlo en nuestro beneficio –explicó–. He hecho trazar todo el perímetro alrededor del reino, cada bahía, playa, llano y colina, esta en este mapa.

–Increíble. Esto será de gran ayuda.

–Lo que ocurrió la última vez no se volverá a repetir…

Olan asintió convencido.

–¿Cuantos hombres son?

–No lo sabemos aún –musitó sin dejar de mira el mapa–. Más de trescientos quizá.

En ese momento el conde Bölt apareció ante ellos.

–Espero no molestar.

–En absoluto. Contigo quería hablar o mejor dicho… Quería mostrarte algo.

Los hombres se encaminaron a través del pueblo en dirección al muelle. El pueblo a pesar del frio en el exterior, estaba activo y la gente iba de un lado a otro llenando la aldea de vida. Los tres se dirigieron al muelle y al llegar allí, bajaron varios niveles hasta pisar la fina arena de la playa. Cerca del mar encontraron al hombre que buscaban, Einarr uno de los constructores de barcos. Era un hábil carpintero que se encargaba junto a Sigurd, su hermano mayor, de construir los drakkar que surcarían los mares a tierras Inglesas. Era un hombre peculiar y extraño pero sin duda un genio con la madera.

Estaban construyendo varios drakkar a la vez y sus colosales esqueletos a medio construir, se extendían a lo largo de la playa. Bölt se quedo embelesado mirando la espectacular construcción mientras Einarr descendía habilidosamente por la de la proa del barco.

–Buenos días rey Loodrack.

–Estás haciendo un trabajo estupendo Einarr. Es realmente increíble.

–Gracias señor.

–¿Hiciste las mejoras de las que hablamos?

–Así es. El timón esta reforzado, Y la eslora y la quilla es mayor y más amplia. Este abarcará a muchos más hombres, además de ganar flotación y estabilidad. –Dio la vuelta al barco antes de continuar–. Ahora estamos trabajando en la preparación y el refuerzo de la proa, debido al intenso frio temo que pueda haber hielo surcando el mar. Así evitaremos hundimientos.

–¡Perfecto! –expresó satisfecho–. ¿Qué le parece jarl Bölt?

–La palabra increíble, se queda corta para describir lo que pienso. –Loodrack sonrió al ver la cara de asombro de Bölt.

Realmente los barcos eran imponentes a pesar de ser tan solo, bellos esqueletos.

–Estáis haciendo un trabajo increíble tú y hermano –Le agradeció–. Por cierto, ¿Y tu hermano Sigurd?

–Trabajando en la caseta del muelle –Señaló la zona más alejada del muelle.

–Sigue trabajando así, ambos estáis haciendo un trabajo excelente.

El hombre asintió agradecido y de nuevo continuaron su camino en dirección a la caseta de madera donde debía estar Sigurd. Nada más llegar, aspiró el profundo y relajante olor a madera noble de la envolvía. Estaba llena de instrumentos de caza, arpones y una gran cantidad de tablones de madera. En una de las esquinas vieron a Einarr concentrado rodeado de grandes cabezas de águila con escamas de dragón. El hombre las estaba tallando minuciosamente una a una, detalle a detalle. Esas águilas talladas colmarían las proas de todos y cada uno de los drakkar que en unos días partirían a tierras Inglesas. El águila de Drone simbolizaba el poder y el dominio. El fuego y la destrucción.

El hombre parecía no haber reparado aún en su presencia.

–Estáis haciendo un buen trabajo.

Einarr dio un brinco al escuchar la profunda voz de Loodrack.

–Disculpadme, no les había oído –se disculpó– Estada concentrado.

–Decía que ambos estáis haciendo un trabajo excelente.

Antes de que el hombre pudiese contestar Bölt de adelantó.

–Si ganamos esta guerra, me gustaría recompensar a estos hombres –añadió Bölt contento–. Si logramos la victoria llenare vuestros

bolsillos de tanto oro como quepa en ellos ¿De acuerdo?

–¡Gracias! Es un gesto muy generoso por su parte.

–Pues que así sea –atestiguó Loodrack–. Sigue trabajando, no te molestaremos más.

Los hombres salieron de la gran caseta del muelle en dirección a la aldea de nuevo. Llevaban un rato caminando cuando vio un solitario copo de nieve caer ante sus ojos.

Esa tarde volvería a nevar, pensó.

Mientras caminaba sus ojos se detuvieron sobre el hermoso cuerpo de Ammie. Salía despreocupadamente de una de las cabañas. Y sin pensarlo un segundo abandonó a su padre y a Bölt y se aproximó a grandes zancadas. Cuando estuvo tan solo a dos pasos de ella se detuvo. Ammie sonrió, pero instantáneamente su sonrisa se desdibujó en una evidente advertencia. Olan dio un paso a atrás maldiciendo por dentro, en el momento que vio quien salía tras Ammie de la casa.

Dalla.

El demonio de cabellos rojos lo miro con sus acechantes ojos esmeralda mientras una sinuosa sonrisa jactanciosa resurgía de sus labios.

–Vaya después de todo, vuelves a por mas querido mío… –Una oleada de frio helo su cuerpo al oírla.

Instantáneamente Ammie desvió la mirada en otra dirección mientras una visible mueca de dolor y decepción la corroía.

–Buenas tardes princesa –expresó en un tono seco y disuasorio–. Realmente solo pasaba por aquí.

– Quisiera hablar contigo, referente a…

–No –interrumpió sin dejarla terminar–. No creo que haya mucho que decir referente a nada, princesa.

Ammie cada vez tenía la cabeza más agachada y compungida.

–Yo creo que sí.

La mujer de cabellos de color fuego se le y acaricio con la yema del dedo su amplio pecho, recorriéndolo suavemente, desde la clavícula hasta la altura de su abdomen. Olan detuvó la mano de la mujer y la miró molesto pero sin decir una sola palabra.

–Esta noche lobo… hablaremos sí o sí –susurró seductora a la vez que se separaba de él para continuar caminando.

–Insisto, no hay mucho de lo que hablar. –La mujer lanzó un beso al aire en su dirección y continuó caminando esbozando una sonrisa picara. –Esta noche, querido Olan.

La mirada de Ammie lo atravesó, en sus ojos había tristeza y una profunda y dolorosa decepción. Pero un nudo en la garganta le impedía hablar. No debía haberle ocultado jamás, la existencia de ese demonio de ojos verdes que estaba a punto de desmoronar su mundo como si fuera un castillo de arena. Se compadeció de sí mismo observando cómo se alejaba de él. Y en el sentido más colosal de la palabra, Ammie se alejaba de su corazón.

Capitulo 12

Ammie sentía un fuerte nudo en su estomago que amenazaba con quitarle el aliento. En su mente se repetían las imágenes de lo sucedido. Conocía a esa mujer y se lo había ocultado por alguna razón. Seguramente durante el largo viaje a Viborg había ocurrido algo entre ellos. "*Después de todo, vuelves a por más querido*". Esas palabras atormentaban y herían su mente, junto a un punzante pinchazo de celos y desconfianza. Existía algo íntimo y secreto entre ambos y Olan había preferido ocultárselo cobardemente.

Que estúpida había sido, se había dejado engañar por sus dulces palabras de amor y esperanza. Debía haberse dado cuenta hace tiempo, que ella era tan solo era una sirvienta y una diversión más en su mundo. Sus caricias la habían hecho sentir especial y sus hermosos ojos azules, habían engañado su alma y encandilado su corazón para después destrozarlo.

¿Cómo podía haber confiado en él? ¿Cómo podía haberle entregado a ese hombre su virtud? ¡Qué necia había sido! Ahora pagaría el precio de sus sentimientos y sufriría al verlo con otra mujer.

Las imágenes de ellos dos en la cueva inundaron su mente. Sus besos, sus caricias y sus palabras se desmoronaban bajo la profunda decepción tan punzante y afilada como un cuchillo. Nunca debería haber ocurrido nada entre ellos. Pero lo cierto era que, sí había ocurrido, que sí le importaba y sí le dolía.

Suspiró entrecortadamente sujetándose el pecho. El peso de la decepción y el golpe de la cruda realidad era demasiado doloroso para poder aguantarlo. El fuerte dolor empañó sus ojos de lágrimas e hizo que sus piernas flojearan cayendo de rodillas al suelo.

Ælla vio como Ammie se desmoronaba sobre su propio peso, para caer con un sonido seco al suelo. Estaba encogida sobre sí misma totalmente compungida, mientras sus manos cubrían su rostro.

Preocupada corrió hacia ella y con ambos brazos la sujetó para tratar de consolarla.

–¿Estás bien? –Escucho un sollozo amortiguado a través de sus manos. Su cuerpo temblaba acurrucado sobre sí mismo como si un profundo dolor la doblegase. –¿Ammie que te duele? ¿Por qué lloras? –murmuró comprensiva tratando de reconfortarla.

Pero Ammie no se movió mientras la abrazaba con ambas manos, aún

en la misma posición. Cada vez sus sollozos eran más profundos, su temblor más agudo y su cuerpo se hundía más sobre sí mismo. Estaba sufriendo y fuese lo que fuese lo que atormentaba, su alma la estaba desgarrando desde su interior.

En ese momento, Olan entró a la antesala y se detuvo al ver a ambas mujeres en el suelo.

Al verlo Ælla lo comprendió todo. En los azulados ojos de su hijo, había un agudo y lacerante sentimiento de culpa. Intentó acercarse pero ella levanto la mano hacia él y negó con la cabeza lentamente.

No era el momento, pensó Olan Deslizó las manos pesadamente por el cabello. La impotencia y la rabia lo superaban.

Obedeciendo la severa mirada de su madre, dio un paso atrás y acuchó impotente los profundos sollozos que provenían de Ammie. Con cada lamento su corazón se partía. Él era el único culpable de lo que estaba ocurriendo. Él era el causante de su dolor y de sus lágrimas. Ammie no se lo merecía, ella se lo había dado todo. Las sabias palabras de Dregk emergieron de sus recuerdos *"Cuando su sonrisa ilumine tu día y sus lágrimas ensombrezcan tu alma, sabrás si es ella"*

Era ella. Ahora estaba totalmente seguro. Con cada lágrima suya, su alma se sumía más en las sombras.

Tan solo quería abrazarla, reconfortarla y decirle que ella, era la mujer que él deseaba. La única que… Amaba. Pero sabía que no lo escucharía, ahora estaba decepcionada con él. Había conseguido ganarse su confianza, su amor y tan solo dos palabras la habían alejado de él tan rápido, que sentía un oscuro y doloroso vacio en su pecho.

Miró a su madre que seguía con la mano alzada en su dirección deteniéndolo. Ahora no podía hacer nada. Desvió la mirada impotente, giro sobre sus pies y se dirigió a la salía. En cuanto tuviese ocasión le explicaría lo ocurrido con Dalla… Aunque sabía que llegado ese punto, debía armarse de valentía y afrontar como un guerrero que aquella batalla, estaba perdida. Y que posiblemente había perdido a Ammie en el camino.

****

Olan se encontraba en la retaguardia del campo de entrenamiento mientras los hombres de Bölt y los de su padre, entrenaban con energía en grupos de dos con armas sin filo. Ejercitaban sus brazos y espadas para la guerra pero ese día no tenia motivación. Había perdido el arrojo. Durante días la presencia de Ammie había

desapareció por completo de su alcance. Huía estrepitosamente de él y eso lo desalentaba.

–¿Que aflige tanto al lobo negro como para no querer luchar?

Olan subió la mirada y allí estaba Phorum justo delante de él mirándolo curioso.

–Nada, no estoy de humor.

–Si fuera "nada", ahora mismo estarías allí blandiendo la espada con los demás, practicando tu destreza como siempre lo has hecho. Pero no es así. Estas aquí, compungido y pensativo – descifro hábilmente–. Y por eso vuelvo a preguntar ¿Qué ocurre?

–Mujeres –masculló soltando un suspiro pesado.

–Una mujer o ¿La mujer?

Olan miró a Phorum, pocas cosas se escapaban a su alcance. Era un hábil rastreador y su capacidad de observación era sorprendente. Sabía que no se iría de su lado sin obtener una respuesta.

–La mujer –dijo finamente–. Huye de mí porque cometí un grave error. Y lo peor, es que no quiere ni verme, ni hablarme.

–Quizá no es el momento, en cuanto esté lista saldrá de donde quiera que este y podrás verla. –Hizo girar acrobáticamente su espada mientras hablaba–. Pero ten algo claro, si los dioses la pusieron frente a ti una vez, volverán a hacerlo.

–Eso espero –añadió levantándose.

Se unieron a todos los guerreros que entrenaban empuñando sus hachas y espadas.

–¡Ahora toca luchar! –exclamó tendiéndole una espada con filo–. Y no tengas duda que seré tu peor rival.

–Esta espada tienen filo Phorum… –confirmó pasando el dedo por la afilada hoja.

–¿Acaso le tienes miedo? –Lo desafió y Olan sonrió.

–En absoluto.

–Pues delante ¡Ataca!

Se puso en posición de ataque y blandió la espada contra Phorum en un golpe lateral. Hábilmente bloqueo su movimiento y lanzó puñetazo que lo doblego haciendo que sus rodillas tocaran el barro del suelo.

–He dicho ¡Lucha! ¡No pelea! –Olan se pasó en pie con la mandíbula tensa–. ¡Quiero verte blandir esa espada como si estuvieras en la

mismísima batalla Olan!¡Vamos! –bramó.

Ese golpe puso todos y cada uno de sus sentidos alerta. Esta vez sujeto la espada con fuerza y su escudo con firmeza. Un segundo después la espada de Phorum pasó a pocos dedos de su torso haciéndole retroceder y acto seguido lanzó su brazo contra él. El golpe calló contra el escudo secamente. Su rabia iba en aumento y ya estaba en plena furia. Se escuchaban los golpes de las espadas resonar y sus gruñidos eran tan fuertes, que algunos dejaron de combatir para verlos luchar.

Batió al espada en dirección a Phorum a tal velocidad que este solo pudo agacharse, la espada pasó con tal fuerza que silbo en el aire. Un segundo más tarde, una patada le hizo caer de rodillas. Phorum iba enserio esa tarde. En un rápido giro, blandió su espada a la altura de su cuello. Phorum esquivó el primer golpe, pero no el escudo, que lo golpeo con una fuerza tremenda en el mentón haciéndole perder el equilibrio y vacilar. Phorum retrocedió y escupió sangre.

–¡Ahora sí que estas luchando! –espetó contento pasándose el dorso de la manga por el labio ensangrentado–. Y esto es lo que debes hacer por la mujer. ¡Luchar!

Olan se sorprendió ante las palabras. Phorum tenía toda la razón. Debía luchar por Ammie para no perder esa batalla o al menos, no calificarla como una derrota antes de tiempo.

Phorum contraataco de nuevo con severidad usando todo su ingenio. Esta vez giró sobre si mismo esquivando el escudo de Olan a la vez que el fino filo de su espada le rozaba el brazo. La afilada hoja le hizo un fino pero profundo corte en el hombro. Sin prestar atención al dolor, contraataco rápidamente golpeándolo con su espada tan fuerte que partió un trozo de su escudo. El golpe lo desplazó del sitio creando un surco en el barro.

Los gemelos Sault y Svern contemplaban extasiados la suculenta batalla. Olan luchaba con rabia y fuerza y Phorum no se quedaba corto. Realmente era un combate digno de ver.

–Hoy parece que Olan se ha despertado con más energía –apuntó Sault sin dejar de mirarlos–. Creo que matara a Phorum si no los detenemos.

–No, déjalos un poco más ¡Es un combate emocionante! ¡Sin duda Olan, se ha comido a Thor esta mañana!

–¿Quién crees que ganará?

–He visto muchas veces a Phorum luchar. Es rápido. Pero Olan en ese estado, lo destrozará ¡Créeme!

Todos los hombres continuaron luchando a su alrededor dejando que ambos hombres se despellejaran. En el fondo sabían que nunca pasaría de ser un simple y duro entrenamiento.

****

Drone se teñía de rojo fuego ante el *Blóta.* La noche de los sacrificio de sangre a los dioses. La plaza central de la aldea estaba iluminada con un gran círculo de múltiples antorchas que caldeaban y tintaban de color ámbar todo el lugar. En el centro estaba el gran altar de madera donde se brindarían los sacrificios. De fondo, unos hombres tocaban sutilmente los tambores dándole expectación al momento. Esa noche se sacrificarían varios animales allí, en honor a los dioses primigenios y a la guerra.

Con la sangre de los sacrificios se ungirían las paredes, el suelo y a los presentes para bendecirlos. Y más tarde, su carne se cocinaría y se serviría. Las historias cuentan que la sangre y la carne del sacrificio, contiene la mismísima esencia de los dioses. Todos los presentes en la ceremonia, tanto hombres como mujeres, ancianos y niños portaban el mismo color. Vestían de blanco, simbolizando la pureza del sacrificio. Solo los guerreros portaban una cinta carmesí alrededor del tahalí.

Olan presidia junto a su padre el festejo. Pero a pesar de la belleza y la simbología de la ceremonia, esa noche su mirada buscaba únicamente a una persona en aquel lugar. Sus esfuerzos por encontrarla habían fracasado y empezaba a extrañar demasiado su presencia.

El fuego a su alrededor crepitaba con más fuerza que nunca cuando vio llegar a jarl Bölt. De su brazo caminaba el demonio de cabellos color fuego. Dalla. Asintió en dirección a Bölt y desvió la mirada evitando cruzarla con la de aquella mujer. Instantáneamente sintió como los ojos verdes y embaucadores de Dalla lo perforaban.

Su padre y Gunnar subieron a la palestra para comenzar el ritual. Él se quedo a los pies de ella observando cómo colocaban sobre el altar un gran cerdo y lo sujetaban con fuerza. Gunnar le entrego su padre el afilado cuchillo de los sacrificios, mientras con su profunda voz pronunciaba las palabras.

"*Que el sacrificio de esta noche, honre a los dioses y bendiga a los mortales."*

"Que dé luz al alma de los hombres y fuerza al corazón de los guerreros."

"Que del carmesí de la sangre enemiga, surja la esencia de Thor y colme de gracia y maestría vuestra presteza en batalla."

Su expresión era inmutable e impasible mientras abría lentamente el

vientre de los animales derramando su sangre. El ruido de los tambores sumergía a todos los presentes en un profundo y espiritual trance, mientras veían la sangre color carmesí brotar de los animales y caer sobre dos tinas.

Salió de su ensimismamiento cuando vio aparecer a su madre Ælla y para su mayor asombro. A su preciosa Ammie. Ambas vestían un hermoso vestido brocado blanco como la nieve y portaban los cabellos trenzados con cintas rojas. Como sacerdotisas su imagen era angelical. Sus semblantes eran solemnes y profundamente inspiradores.

«Mía» bramó el lobo solitario que moraba impaciente en su alma.

Bajo la luz ambarina del fuego, el cincelado y cautivador rostro de Ammie lograba su máxima perfección. Sus cálidos ojos se tornaban dulces como la miel y sus tentadores labios se tornaban el aire para sus pulmones. Una tentación digna de su acecho y necesidad.

Ambas recogieron las dos tinas llenas de sangre y se aproximaron a los presentes. En primer lugar, Ælla ungió el rostro de Loodrack.

–Que la sangre que hoy manchará tu piel se convierta en la esencia de los dioses. Siéntelos en tu interior.

De esta forma Ammie mojó la mano en la sangre caliente y la pasó suavemente sobre los rostros de los presentes. Observó como Dregk agachaba la cara, mientras sus delicadas manos lo manchaban. Luego Tharum y así uno detrás de otro tal y como el ritual mandaba. Él fue el siguiente, Ammie lo miró sin mostrar ninguna expresión y sumergió la mano en el caldo carmesí.

–Que la sangre que hoy mancha tu piel, se convierta en la esencia de los dioses. Siéntelos en tu interior.

Delicadamente deslizó sus cinco dedos ensangrentados desde la frente, hasta el cuello dejándola caer sobre el pecho lentamente sin dejar de mirarlo. Inmersos el uno en el otro, sintió como el ámbar de sus ojos se filtraba en el interior de los suyos, sublevando su alma y calentando su corazón.

Un segundo después desvió la mirada para continuar con su cometido. Ælla la detuvo y con la mano ensangrentada dibujo un símbolo sobre la frente de Ammie mientras esbozaba una hermosa sonrisa de complicidad.

Sin duda, su madre adoraba a Ammie.

Poco después entraron en el salón y sosteniendo la tina en alto, Gunnar con unas ramas de fresno fue ungiendo las paredes y el suelo

del gran salón del consejo dispuesto para el festín. Mientras tanto la carne de los animales se asaba y la otra parte se cocía, para hacer manjares que se servirían esa noche, para saciar el apetito de los aldeanos de Drone.

En poco tiempo el salón estuvo tan lleno que era imposible caminar por él. La música era ensordecedora y se respiraba una embriagadora alegría entre los presentes. Ocuparon sus lugares en las mesas, él a la derecha de su padre, Ælla y Bölt a la izquierda y a poca distancia de él Dalla. El festejo se mantuvo en calma hasta que Bölt alzó la copa en dirección a Loodrack diciendo.

–Creo que deberíamos hacer de nuestra alianza, algo más fuerte.

–¿Acaso una alianza de guerra no es lo suficientemente fuerte? –inquirió poniéndolo a prueba.

–No juegues con las palabras rey Loodrack. Yo habló de nupcias.

–Explícate Bölt.

Ælla y todos los presentes estaban expectantes ante las palabras de jarl Bölt pero Olan sabía muy bien a donde quería llegar.

–Te propongo en matrimonio a mi preciosa hija Dalla.

Se contrajo el aire alrededor de la comitiva. Había demasiadas personas presentes y atentas. El diablo de cabellos rojizos esbozó una amplia y seductora sonrisa en su dirección, pero él se mantuvo en silencio.

–¿Y se supone que se desposará con…?

–Obviamente solo tienes un hijo mayor. Olan.

–Pues entonces, pregúntale a él –eludió mirando en su dirección–. Mi primogénito es mayor y sabe decidir por sí mismo.

Toda la mesa se quedó mirándolo a la espera de una respuesta.

–Olan aceptas a mi preciosa hija Dalla para ser tu esposa ¿Durante el resto de vuestros días?

Olan suspiró desviando la mirada y dio un trago a su jarro de cerveza indiferentemente.

–Ahora mismo mi mente está en la batalla que hay que librar –masculló secamente–. Estos son momentos de guerra, no de enlaces. –Miró a Dalla desafiante–. No quisiera morir en batalla y que tu hermosa hija se quede viuda tan pronto jarl. Sería una pena. –Esa última frase la pronuncio con un deje sardónico y frió.

Sabía que Dalla había planeado este momento, que ella había

convencido a su padre para que hablase de un enlace con él. Era una mujer implacable y no desfallecía en el intento de seducirlo y poseerlo.

La velada termino pronto para él, estaba exhausto por el día de entrenamiento y tenía un dolor lacerante en el brazo. Una dolencia que sabía exactamente quién podía aliviarlo. Discretamente se escapó del banquete en busca de Ammie. Ella se negaría a muchas cosas, pero no a curarlo.

Sin pensarlo se encaminó a casa de sus padres. Discretamente abrió la puerta y avanzó a la antesala. Sentada frente al fuego con Ubbe entre los brazos, encontró a Ammie. Estaba realmente preciosa vestida de blanco pero sus cabellos ahora caían sueltos. Cantaba esa hermosa melodía suya suavemente, mientras mecía entre los brazos al pequeño. Durante unos instantes la observó silenciosamente en las sombras.

–Estas preciosa… –musitó rompiendo el silencio.

Ammie brinco sobre sí misma y miró hacia atrás. Por un segundo se quedó mirándolo sin anticuar palabra.

–¿Qué haces aquí? –logró decir al fin.

–Quería verte.

–Pues yo no puedo decir lo mismo, Olan –Desvió la mirada al fuego fríamente–. No deseo hablar contigo.

–No se trata de hablar. Sé que estas enfadada conmigo, pero necesito tu ayuda. –Ammie volvió a mirarlo de nuevo.

–¿Que necesitas?

Olan abrió el cuello de su casaca negra mostrando la herida ensangrentada de su hombro. En los ojos de Ammie se reflejó la alarma y la preocupación, pero se mantuvo en su lugar.

–Esta noche es imposible… es demasiado tarde –susurró confusa–. Pero mañana sin falta, iré a verte. –Paró y atravesó con la mirada–. Solo iré a curarte Olan. Solo eso…

–De acuerdo.

Salió de la habitación dolido por la seriedad de sus palabras y se dirigió a través de la noche oscura a su casa. Sabía que había destrozado la confianza que existía entre ambos y Ammie había construido un muro demasiado alto e infranqueable para poder saltarlo. Si realmente la quería debería haberle explicado lo ocurrido y haberle restado importancia a los hechos.

Sentía el dolor de Ammie tanto como si fuese el suyo propio. Hacer las

cosas a su debido momento la hubiera mantenido cerca de él. Pero si algo tenía claro, era que no se iba a dar por vendido e iba a luchar por volver a tenerla cerca. Costase lo que costase no desfallecería. Y tal y como Phorum sabiamente le había aconsejado, lucharía.

Cuando llegó a la puerta de su cabaña se detuvo, estaba entreabierta. Puso la mano sobre su daga y la empujó con el pie para abrirla completamente. No se oía nada en el interior, la sala principal estaba vacía y todo parecía estar en su lugar, pero el fuego crepitaba intensamente como si alguien lo hubiese avivado. Lentamente entreabrió la cortina que separaba la antesala de la sala.

Sus ojos no daban crédito a lo que estaban viendo. Dalla estaba allí, sobre su cama. Totalmente desnuda.

–¿Qué haces aquí? –Su voz se ensombreció y retrocedió varios pasos.

–Te dije que me gustaban los lobos del norte…

Se puso de pie y dejo caer la liviana tela que cubría sus hombros mostrándose totalmente desnuda ante él.

–No deberías estar aquí ¿Cómo has…? –Olan se detuvo al ver la llave de su puerta entre los dedos de Dalla.

–Parece que no sabes cuidar bien tus pertenencias –susurró sensualmente–. Porque a mí me tienes totalmente abandonada.

Tenía que echar a esa mujer de su cama y de su casa cuanto antes. Pero no podía olvidar que era hija de Bölt y la alianza podía pender de un hilo por su culpa.

–Debes irte, así no funcionan las cosas Dalla.

El demonio de ojos verdes, lo cogió del cuello de la casaca y tiró de él suavemente hacia la cama. Olan se mantuvo rígido en su lugar.

–¿Ya no quieres responder a mis besos como aquella noche?

–Dalla… No deberías estar aquí –murmuró entre amenazante y suplicante–. Siento no saber corresponderte.

En ese momento escuchó el ruido de la puerta de la antesala abrirse. Olan se deshizo de las manos que lo sujetaban, se giro rápidamente y paso a través de las cortinas cerrándolas tras de sí.

Al ver la persona que se alzaba ante él, su corazón empezó a latir frenéticamente. Se sentía como una presa acorralada entre dos depredadores. ¿¡Porque los dioses lo hostigaban de esa forma!? Maldijo para sus adentros. La devastadora encrucijada estaba apunto de demoler su mundo.

–Vengo a curar tu herida… –Ammie entró a la casa vacilante–.

Un sudor frio envolvió su cuerpo. Debía sacar a Ammie de aquel lugar.

–Gracias Ammie. Aunque creo me encuentro mejor y estoy muy cansado –añadió nervioso fingiendo estar agotado.

La mujer con la liviana tela sobre los hombros salió de detrás de las cortinas.

–Vaya… vaya, ya somos tres.

Los ojos de Ammie estaban a punto de salirse de sus orbitas. Primero miró a la mujer y luego atravesó a Olan echando chispas por los ojos.

–No me lo puedo creer… –Las palabras brotaron de sus labios como un susurro inaudible.

Ammie puso una mano sobre su pecho y retrocedió. El dolor y de la afrenta no la dejaba respirar.

Salió de la casa a toda velocidad, su corazón latía con tanta fuerza que tenía miedo que se le saliera del pecho. Estaba rabiosa y enfurecida como nunca antes lo había estado. El lacerante dolor amenazaba con doblegarla mientras un estrecho nudo encogía su estomago.

Escuchó unos pasos corriendo detrás de ella y alguien la sujeto y tiro para hacerla girar.

–Ammie por favor….

–¡Suéltame Olan! –bramó furibundamente tratando de apartarse de él.

–¡Ammie escúchame, no es lo que crees…!

–¡No! ¡Déjame! –forcejeó con los ojos llenos de lagrimas- ¡ Te odio…! ¡Me oyes Te odio! –Esa palabras llenas de rencor lo golpearon duramente en el pecho.

La miró por unos segundos y soltó su ajuste sin poder articular palabra. Otra vez, volvía a huir de él, otra vez volvían el miedo y las reservas. Viendo como se alejaba resonaron el su cabeza las sabias palabras de Phorum “¡Lucha!” Y sin pensarlo salió corriendo tras Ammie.

–¿Qué haces? ¡Suéltame! –gritó cuando la cogió por las caderas cargándola sobre su hombro.

–No, hasta que hables conmigo.

–¡Ni en sueños! ¡Déjame animal! –Siseó al sentir sus uñas en la espalda.

Entre gritos y arañazos la llevo a través del pueblo directamente al único lugar donde nadie la oiría maldecir. Necesitaba estar a solas con ella y aclararlo todo. No podía dejarla ir así o la perdería para siempre. Prefería ser un bruto y un animal, a ser un cobarde incapaz de luchar por lo que amaba.

No paro de patalear y maldecir ni un segundo hasta que llegaron al granero. Nada más entrar la dejó caer sobre la paja y cerró el enorme pórtico tras de sí. Cuando giro para enfrentarla, Ammie se levantó y salió corriendo en dirección a la otra puerta del granero que aún estaba abierta. Antes de alcanzar la salida, la cogió y la retuvo contra la pared sujetándole ambas manos para evitar que lo reprendiera.

–Necesito que me escuches Ammie. –Le rogó.

Estaba realmente enfadada y su pecho subía y bajaba rápidamente mientras su respiración se entrecortaba por la ira.

–¡No quiero oír nada! –Sus ojos desprendían pura furia–. Y encerrándome aquí no vas a hacer que lo haga.

–¡Pues hablare al aire, si tú no quieres escucharme!

En cuando alzó el tono de voz, Ammie amedrentó notablemente su ira.

–Deberías oír lo que tengo que decir antes de juzgarme. –Su voz ahora sonó suave pero severa.

Rindiéndose a él, se deslizó por la pared hasta el suelo y miró en otra dirección.

–No es lo que tú crees –declaró arrodillándose frente a ella–. La noche que llegamos a Viborg…

–No quiero oírlo Olan –interrumpió con un hilo de voz, el dolor transfiguraba su rostro–. Eres libre para hacer lo que quieras.

–Soy libre para contarte la verdad.

Ammie se mantuvo en silencio mientras volvía a repetir las mismas palabras.

–La noche que llegamos a Viborg, jarl Bölt como buen anfitrión, nos ofreció un gran banquete a modo de bienvenida. En él había tanta bebida como comida y la bebida corrió por nuestra sangre a gran velocidad. En poco tiempo estábamos contentos y alegres y todo ello se magnificada con el hecho de haber cumplido parte de nuestro cometido con éxito. Durante ese banquete conocí a la mujer de cabellos rojos –resopló afectado por la brumadora realidad de su falta–. Fue mi culpa… esa noche bebí más de la cuenta y me atravesé en los ojos de esa mujer…

–No quiero saberlo Olan –Sus lagrimas comenzaron a caer.

–Debes saberlo Ammie. Porque no sé cómo me deje seducir por esa mujer –reveló moviendo de un lado a otro la cabeza–. Aún no sé cómo pudo pasar… –Ammie se cubrió el rostro y un sollozo escapo de entre sus manos.

Su dolor se filtro bajo su piel desgarrando su alma. No quería verla sufrir, pero tenía que saber toda la verdad de sus labios.

–Se que no tengo perdón, pero quiero que sepas que no siento nada por esa mujer… –murmuró compungido–. Ammie esa noche dormí solo.

Cogió su mano y destapo su cara poco a poco. A pesar de estar llorando seguía siendo la mujer más bonita que sus ojos habían visto y sus manos tocado. Levanto la barbilla para que lo mirara.

–Tu hermoso rostro en mi mente me aparto de ella y de sus venenosos brazos –susurró enjugándole las lágrimas–. Esa noche comprendí, que solo deseaba estar a tu lado…–Atrapó su delicada mano y la colocó sobre su pecho, a la altura de su corazón. –Comprendí que aquí, solo estás tú.

Ammie observó los azules y profundos ojos de Olan, en ellos se reflejaba la sinceridad y el arrepentimiento. Estaba sufriendo tanto como ella. En esos momentos sus labios estaban paralizados y sus sentimientos congelados en el frio invierno de su corazón. Pero inexplicablemente bajo el contacto de sus cálidas manos, esa fría nieve se desvanecía.

Se abrazaron mutuamente, sin decir una sola palabra. Olan se negaba a dejarla ir sin más. Suavemente rodeó su delicado cuerpo con sus brazos y la atrajo contra su pecho. Sus lagrimas eran sus sombras y su sonrisa su sol. Ammie era la piedra solar que guiaba su corazón a tierra firme y traía la paz a sus sentidos. Era la razón de su felicidad.

Durante la larga y fría noche sus corazones yacieron en aquel lugar. Totalmente desnudos uno frente al otro, negándose a ser separados de nuevo.

Capitulo 13

El sutil murmullo del pueblo y la claridad de la mañana despertaron a Olan. Miró a ambos lados pero estaba completamente solo. Ammie se había ido. Eludiendo de su mente el desagradable incidente de la noche pasada sacudió la paja de su ropa y se levantó. En cuando lo hizo, un punzante dolor en el brazo le hizo sisear. Salió directamente en dirección al gran salón de su padre. Hoy había consejo y por fin, hablarían de guerra.

Nada más entrar en él, pudo ver entre los presentes a Dregk con semblante serio y afilado, cerca de él estaba Axecston apoyado sobre una de las altas vigas de madera y poco después llegaron los demás. En la sala también estaba presente Kodran, la mano derecha de Bölt y cabecilla del ejército del sur. Era un guerrero de constitución fuerte, cabellos negros y una gran barba. Tenía los ojos verdes y un semblante serio y afilado. Durante la guerra, todos sus hombres estarían bajo sus órdenes, pero ambos debían ser uno para obtener la victoria.

En el centro de la sala, sobre una gran mesa de roble había un gran mapa que abarcaba toda la amplia costa inglesa de punta a punta. Los rastreadores habían hecho un excelente trabajo, pensó. Sobre el detallado plano había pequeñas figuras tallada en madera. Unas negras y otras rojizas, con diferentes y variadas formas. Reconoció la imagen de la figura del rey, la caballería, las figuras de varios drakkar, los arqueros. Todas situadas estratégicamente alrededor del mapa marcando posiciones muy concretas. Escucho su nombre y al girar vio como Svern y Sault se acercaban a él.

–Por fin llegó el día.

–Sí, y espero que estéis preparados. Los dioses nos preparan algo glorioso al otro lado del mar.

En ese momento la presencia de Loodrack silencio la atestada sala llena de guerreros. Tras él le seguía jarl Bölt. Ambos cruzaron la saca con un gesto de extrema solemnidad y se colocaron delante. Olan se puso a la derecha de su padre y los hombres hicieron exactamente lo mismo rodeando la mesa. Su padre Loodrack fue el primero en hablar.

–Delante de vosotros tenéis todo el territorio que abarca la isla de Mull. Desde donde nosotros nos encontramos, hasta donde debemos ir. –Señaló con el dedo la bahía principal donde ya desembarcaron una vez– Este es nuestro objetivo, Tobermory el reino principal, a tres

largos días de navegación.

Loodrack cogió dos drakkar y los coloco en la zona en la que se encontraban, Drone.

–Partiremos desde aquí, pero no todos los drakkar harán la misma ruta, ni partirán a la misma vez. El rey estará esperando nuestra llegada. Tendrá vigías en cada uno de los picos que rodean la costa. Uno de nuestros drakkar partirá un día antes y llegara a las costas de Inglaterra por el sur, sin ser visto, a través de las rutas comerciales. Ese barco no debe atracar en ningún caso. Para llegar a la costa usareis un Faering, una embarcación mercante que levantara sospechas en el caso de ser vista –reveló–. Usaremos la noche como nuestra mejor aliada. El primer grupo no será superior a quince hombres y estará capitaneado por mi hijo Olan.

Olan asintió orgulloso con la cabeza.

–Vuestro principal objetivo, será eliminar a todos los vigías que rodean la isla y tomar la bahía de Tobermory –Señaló los peones blancos situados en cada uno de los picos de la costa–. Obviamente sin levantar sospecha y con el mayor sigilo. No queremos que alerten de la llegada de los demás barcos. Cuando la bahía principal sea segura, Kodran se unirá a Olan con más hombres. Necesitareis refuerzos para aguantar la envestida del enemigo.

Antes de continuar, Loodrack puso dos drakkar más justo al otro lado de la isla, sobre otra bahía y varias piezas alrededor de la fortaleza.

–Por otro lado, los hombres de Bölt y los míos partiremos cuando el sol haya caído. Nuestro objetivo será alcanzar la costa de Fionnphort, situada a la retaguardia de nuestro enemigo. Desde allí desembarcaran el resto de hombres, la caballería capitaneada por mí y los arqueros e infantería por Bölt. Estos se desplazaran a través del bosque hasta llegar a la zona más alta del reino de Tobermory, a los flancos de la fortaleza. Seguramente no querrán destruir su precioso castillo, así que atraeremos su atención a la posición de Olan. Allí comenzará la guerra –su voz se ensombreció–. Mientras ellos piensen que únicamente somos cien, los otros doscientos estaremos rodeando cada uno de sus flancos. Antes de que os alcancen, los encerráremos como ratas en una madriguera ardiente.

Olan vio el fuego brillar en los ojos verdes de su padre. Era obvio que la guerra había despertado en él una llama extinguida y de nuevo el fervor de la batalla ardía con furia en su interior.

–Es una estrategia excelente, ¿Pero como sabremos que los vigías han sido eliminados y la costa es segura? –expuso Kodran.

–Los hombres de Olan colmaran todas y cada una de las cimas de los acantilados con el e estandarte del águila roja. Esa será la señal –explico finalmente Bölt– Nosotros también permaneceremos a la espera cubiertos bajo el acantilado de Fionnphort. Si todo va según lo previsto y durante esa noche los vigías son eliminados, desembarcaremos directamente sin necesidad de espera.

–¿Cuando empezara todo?

–Al caer la noche. Cuando la luna colme el cielo, Olan y sus hombres encenderán un fuego en la playa lo suficientemente grande como para llamar la atención del enemigo. Los hombres de Kodran capitaneados por Olan tendréis que estar preparados y bien asediados para un ataque frontal. Seréis un suculento cebo para ellos, pero no correréis ningún peligro, antes de que se lo imaginen estarán rodeados por los cuatro flancos. Los acecharemos por la retaguardia con la infantería y la caballería y los aplastaremos.

–Y los barcos ¿Habrá suficientes? –preguntó Dregk–. En un drakkar caben veinticinco hombres como máximo y estamos hablando de un ejército de más trescientos hombres.

–He hecho construir varios navíos más. Einarr y Sigurd han hecho un trabajo increíble, además de añadir unas magnificas modificaciones. Ahora son más grandes, su capacidad supera los cuarenta hombres por drakkar y son extremadamente rápidos y estables.

–¿Cuando partiremos? –preguntó Olan impaciente.

–Los dioses y las runas, desean que partamos con luna llena. –Los hombres se quedaron perplejos ante la noticia.

–Pero eso será mañana…–espetó Sault

–Ahí tenéis la respuesta. Mañana partirá el primer batallón con Olan a la cabeza –Su padre lo miró fijamente–. Y debes elegir cuanto antes a los hombres que te acompañaran.

Olan miro a su alrededor, entre los presentes faltaba alguno de sus hombres de confianza ya que no todos cabían en la gran sala. Pero no titubeo en su elección.

–Necesito a Dregk como mi mano derecha y a Sault y Svern como arqueros y rastreadores. Además de cinco arqueros experimentados más y varios de los mejores hombres de infantería. ¿Quién se ofrece a venir conmigo?

Sin dudar una decena de hombres levantaron la mano ensalzándolo de orgullo.

–Me alegro de estar rodeado de hombres tan valientes en esta

contienda. –Los miró con orgullo–. Partiremos mañana al medio día, si todo sale bien, alcanzaremos las costas inglesas en pocos días.

Después de debatir y ultimar los detalles de la estrategia durante horas, dieron por finalizada la asamblea de guerra. Olan observó detenidamente el mapa que contenía todos y cada uno de los movimientos y estudio el terreno que debía recorrer con sus hombres. El problema era que no sabía con cuantos vigías debía contar. Una información de suma importancia. Si alguno daba la alarma antes de tiempo, todo se desvanecería.

Phorum que también permanecía en la sala puso su mano sobre su hombro. Olan no desvió la mirada del mapa.

–¿Qué ocurre?¿Qué es lo que no ves claro?

–Demasiadas piezas que mover…

–Así son las guerras. Piezas que caen, dioses que disfrutan y guerreros que alcanzan la gloria.

–…Y la gloria tal vez sea la mejor parte del botín. –Phorum sonrió ante la verdad de las palabras.

–Después de esta victoria, la gloria será tuya –Apretó su hombro fielmente–. Debes estar convencido de ello. Hemos pensado en todo. –Poniéndose un dedo en la sien dándose golpecitos continuó– Todo está planeado Olan. Todo. Así que no te preocupes.

Cuando se cansó de repasar y reconstruir la estrategia y todos y cada uno de los detalles salió de la sala del consejo. Sumido en sus cavilaciones se en encamino al muelle y lo rodeó hasta llegar a la playa. A través de la fría y suave arena de la costa se dirigió a los dos grandes drakkar varados en la arena.

En silencio rodeó el inmenso drakkar pasando las llenas de los dedos sobre la firme madera pulida. Al caer la noche, la marea subiría y comprobarían si ese navío era capaz de surcar el mar como los demás. Era una estupenda construcción, fuerte, ligera y extremadamente grande en comparación con otras. Ágilmente subió y se sentó en proa observando la gran cabeza de águila con escamas de dragón. Era realmente increíble, pensó.

Escuchó el crujir de las maderas de la quilla, la parte baja del barco. Alguien estaba subiendo. Ignoro el ruido y continúo observando el mar. Seria alguno de sus hombres. El aire atrajo a su alrededor el sublime e inconfundible aroma a lilas. Su corazón dio un vuelco inexplicable. Al girar, vio el hermoso rostro de Ammie y sus enigmáticos ojos miel mirándolo. Llevaba un vestido color rojizo y sus cabellos rubios como el oro oscilaban con el frío viento del mar.

–Hace frio para estar aquí, mujer. –Una enternecedora sonrisa broto de sus labios.

–Quería verte. Ayer no pude revisar tu herida.

–Pensé que venias a verme por gusto. –Olan esbozó una mueca de decepción y la cogió de la mano–. Ven conmigo, te llevaré a la caseta del muelle, allí podrás curar mi herida. Aunque confieso que esta mejor.

–Y estaría curada del todo si la hubiese visto ayer. –El comentario hizo que Olan se agitara recordando el desdichado incidente.

Sin soltar su mano, la llevó a través de la playa hasta la caseta de Einarr. Estaba totalmente vacía y era enorme en comparación a muchas. La temperatura en el interior era agradable. El profundo aroma a madera envolvía por completo la estancia. Todo estaba lleno de maderas, serrín y cientos de utensilios de pesca.

Olan se apoyó en una de las mesas de carpintero sin dejar de observarla. Ammie se acerco a él y con los dedos temblorosos desabrocho la parte delantera de la casaca, pero el cuello no era lo suficientemente ancho para poder mostrar el hombro.

–No podrás hacerlo así. –Olan se sacó la casaca por la cabeza dejando su torso al descubierto.

Ammie se quedó mirando la antigua cicatriz de su pecho. Ahora tan solo era una línea rosácea que cruzaba atrozmente su pecho. Una brutal cicatriz que le recordaría lo ocurrido en aquella isla. Delicadamente deslizó la yema sus dedos sobre ella, repasando la profunda muesca y los recuerdos que ella contenía.

Olan se estremeció ante su contacto y Ammie lo miro por el rabillo del ojo. Suspirando dejo de tocarlo y desvió su atención al corte del hombro para examinarlo.

–Es una herida limpia, y no es muy profunda… Pero está infectada.

–No me duele –declaró indiferente.

–Eso no significa que no lo esté.

–Pues toda tuya. Siempre has tenido buenas manos.

Ammie busco la tina de agua en la sala mojo un trapo limpio y se acerco a él de nuevo. Limpió la herida poco a poco. Y cuando terminó sacó de su delantal un recipiente que contenía una extraña pasta oscura y terrosa que olía a hierba buena. Delicadamente la extendió sobre la herida a través del corte a la vez que soplaba. Olan sintió un escalofrió que erizo su piel.

Ammie lo miró de soslayo tratando de esconder una sonrisa en sus labios.

–Lo has hecho apropósito ¿Verdad?

–No –susurró divertida mientras seguía extendiendo la mezcla.

Ammie levantó el brazo de Olan y fue cuando vio un extraño tatuaje. Justo a la altura de las costillas, abarcando una amplia zona, tenía dibujada una estrella de ocho aspas con un mismo símbolo en cada extremo.

–Nunca lo había visto ¿Qué significa?

–Es un símbolo de protección. Se llama *aegishjalmur*, es decir, hechizo de temor.

–¿Te protegerá?

–No exactamente, pero si atemorizará al enemigo –aclaró–. En la batalla se pinta sobre la piel para infundir miedo y respetó en el adversario.

–Es bonito –musitó desviando la mirada del tatuaje–. Y espero que cumpla su cometido.

Ammie comenzó a cubrir la herida con una liviana venda.

–¿Cuando partiréis a la batalla?

–Con la llegada de la luna llena.

Ammie lo miro sorprendida.

–Pero eso es, hoy.

–Así es, mañana con las primeras luces del amanecer partiremos.

–Vaya… No sabía que sería tan pronto.

Olan vio en sus ojos ámbar la preocupación y extendió una mano para acercarla delicadamente a él. Ammie se dejo arrastrar por sus brazos hasta quedar a pocos centímetros de su rostro. Sin poder resistirlo estrechó su cuerpo y besó sus labios con delicadeza.

Ammie aceptó su beso, pero un segundo más tarde puso ambas manos contra su pecho y se apartó de sus labios.

–Por favor, ten cuidado –murmuró abrazándose a él poniendo su mejilla sobre su torso.

Una extraña sensación lo embargo. La tenía entre sus brazos pero Ammie estaba muy lejos de él. Demasiado lejos, pensó.

Cerró los ojos y apoyó su mejilla sobre su cabello.

–Es extraño tenerte entre mis brazos y sentirte tan lejos.

–Nada puede ser como antes, Olan.

Sintió como sus palabras se clavaban en su pecho como afilados puñales.

–¿Por qué?

–Estoy cansada Olan… –Su voz sonaba triste–. Cansada de esconderme de todos, cansada de mirarte con miedo cuando hay gente, de besarte a escondidas…

Olan apretó la mandíbula con fuerza al escucharla. No quería perderla y sabía perfectamente lo que ella deseaba de él.

–Estoy cansada de ser tu secreto.

El peso de las cadenas que se cerraban sobre sus tobillos comenzaba a ser demasiado pesado como para soportarlo por más tiempo. Esas cadenas le separaban de lo único que le hacía feliz. Ammie.

–Ve con los dioses, amor.

Delicadamente beso sus labios y se separó de su abrazo para salir de la caseta.

Olan se quedó quieto en el mismo lugar totalmente paralizado. Sabía perfectamente que ocultar lo que sentían ante los ojos de todos dañaba a Ammie, pero su padre jamás lo permitiría. Él era el principal heredero al trono de Drone y Ammie era inglesa… Lo suyo era imposible. Estaba total e irrevocablemente encadenado.

Cuando logró recuperar el aliento se acercó a ver a su madre. Necesitaba el consuelo y la bendición de sus palabras para reconfortar su alma.

Al entrar en la casa la vio sentada tejiendo una pequeña tela color azul. Su rosto era sereno y despreocupado. Eso era bueno. Significaba que los presagios de los dioses eran favorables y no debían preocuparse. Se sentó en el suelo por debajo de su madre, y apoyo la cabeza sobre su rodilla.

–Hola hijo mío –musitó sin parar de tejer–. ¿Por qué has venido?

–Quería verte, ya sabes que me reconforta.

–Los dioses están contigo hijo mío. Tendréis un buen viaje. –Al ver su rostro de preocupación paro de tejer– ¿Por qué estas triste?

Olan reconsideró sus palabras antes de contestar.

–Siento unas pesadas cadenas sobre mis tobillos que no me dejan

caminar –murmuró apesadumbrado–. No sé cómo explicarlo…

–No debes explicarme lo que los dioses me cuentan al oído por las noches hijo.

–¿Y qué dicen los dioses que debo hacer?

–Haz lo que te haga feliz. Las pesadas cadenas de las que hablas, las has colocado tú mismo sobre tus pies.

–Si hago lo de que realmente quiero, decepcionare a alguien.

–Mírame Olan. –Cogió su rostro con una mano–. Solo hay una vida para hacer lo que uno desea. Nunca podrás ser perfecto para todos. –Poniendo el dedo índice sobre su pecho continuó–. Pero debes tener algo muy claro. Haz lo que éste te dicte –determinó dando golpecitos sobre su corazón.

Miró los profundos y enigmáticos ojos de su madre a la vez que asentía. Ella siempre sabia la respuesta, siempre tenía la razón. Haría lo que su corazón le dictara en cada momento.

Olan durmió como hacía tiempo que no dormía, placida y tranquilamente. Su madre le había ayudado a sentir las cadenas que arrastraba menos pesadas y casi inexistentes. Cogió su espada recién afilada y la sujetó en alto. Por fin podría blandirla contra su enemigo, pensó a la vez que miraba el brillante filo. Hoy, justo cuando el sol colmase el cielo partiría a Mull y allí daría comienzo, algo épico y legendario.

Poco después salió de la cabaña en dirección al muelle. Esa mañana la suave y blanca nieve cubría toda la aldea y el cielo estaba azul y despejado. A esas horas estarían cargando el Drakkar con todo lo necesario para el viaje. Tenía que supervisarlo todo y ser cauto para prevenir cualquier contratiempo. Nada más llegar subió a la proa del barco y observo el mar en calma mientras el viento soplaba a su alrededor acompasadamente.

Era un día perfecto para zarpar. Durante la noche marea había subido y el colosal navío flotaba establemente sobre el mar. Los hombres subían y bajan incesantemente con provisiones y armas preparándolo todo, mientras él supervisaba todos y cada uno de los drakkar. Se detuvo al observa el semblante serio y contrito de Dregk. Demasiado afligido para pasar desapercibido.

–Un tiempo perfecto ¿verdad? –Las palabras de Sault lo devolvieron a la tierra. Los gemelos estaban contentos ante la expectación del viaje y la batalla.

–¡Así es! Y espero que continúe así todo el camino.

–¿Crees que navegaran? –Señaló con u gesto de barbilla el drakkar.

–Creo que estos navíos surcaran el mar como las águilas el viento. Suave y rápidamente.

–Einnar y Sigurd han hecho un trabajo increíble –Sault sonrió.

Entre todos los hombres a cargaron y aprovisionaron todos y cada uno de los colosales navíos. Antes de medio día, todo estaba listo para zarpar. A medida que el sol avanzaba sobre el cielo, la gente de la aldea se acercaba al muelle para despedirlos. Entre ellos, su madre y su padre.

Olan abrazó a su madre.

–Esta noche he visto a los dos cuervos que siempre te guían, Hugin y Munin. Ellos te mostraran el camino, hijo mío. Veras a través de los ojos del mismísimo Odín, el alma de tus enemigos.

–Gracias madre.

Su padre se acerco orgulloso a él.

–Te espero en el fervor la batalla –apostilló satisfecho–. Sé, que mi sangre corre por tus venas y lo harás bien. Mantén tu posición y la venganza que tanto ansiamos será nuestra, hijo mío.

Tras despedirse de ambos subió al drakkar. Desde lo alto, vio a Dregk despidiéndose de su mujer Halldora y de su pequeña Leadrey que tan solo tenía una luna de vida. Ahora entendía su semblante contrito. Su familia.

Todos y cada uno de sus guerreros subieron decididos a los navíos. Justo cuando empezaban a desamarrar el barco del muelle, miró a la multitud. Sus ojos se detuvieron absortos al final del desembarcadero. A lo lejos, alejada de todas las miradas, vio a Ammie observándolo. Llevaba un vestido azul intenso y su cabello flotaba libre con la brisa. En el preciso instante que sus ojos se cruzaron Olan no tuvo duda de lo que debía hacer.

–¡Un momento! –De un salto bajo del barco.

Rápidamente se abrió paso entre la multitud con ambas manos. Muchos se apartaron dejándolo pasar sorprendidos ante el arranque.

Ammie sonrió al verlo venir corriendo.

En cuanto llegó sus cuerpos chocaron girando sobre sí mismos. La cogió entre sus brazos levantándola y abrazándola fuertemente contra su pecho. Necesitaba sentirla, necesitaba abrazarla antes de partir.

Después de un momento la bajo al suelo. Cogió su cara entre sus manos y la besó intensamente. Ya nada le importaba, estaba en el paraíso. Eso era lo que realmente deseaba, su querida Ammie. Sin dejar de sostenerla miró sus preciosos y expresivos ojos antes de hablar.

–No quiero que sigas siendo mi secreto Ammie –confesó besándola–. Eres demasiado importante para mí. –Los ojos de Ammie brillaron como piedras preciosas.

–Supongo que ya no hay vuelta atrás… –apuntó mirando a su alrededor. Todo el pueblo los observaba.

Abrazó su delicado cuerpo y acariciando su mejilla contra la suya susurró

–Nunca ha habido vuelta atrás –confesó estrechándola con fuerza–. Te amo, Ammie.

La revelación empaño de lágrimas sus ojos.

–Y yo a ti. Te quiero Olan Loodrack. –susurró contra sus labios–.Vuelve sano y salvo.

De su delantal sacó su pañuelo purpura con las iniciales **A.McL.D**

–Esto te traerá suerte. Estés donde estés, amor mío. Siempre permaneceré a tu lado.

–¿Por qué es tan difícil separarme de ti? –murmuró–. Ahora no puedo irme…

–Debes ir, mi amor. –Le instó dulcemente–. Que los dioses te acompañen a la batalla y cuando vuelvas, yo estaré aquí para amarte y reconfortarte.

–Que así sea. Que los dioses también estén contigo.

Se separó de ella tratando de grabar a fuego sus radiantes ojos ámbar en su corazón. Su calidez le reconfortaría y le daría fuerzas durante los próximos días. Dándole un último y largo beso, volvió al navío.

Volvió a pasar a través de la silenciosa multitud y subió al barco. Desde lo alto, vio la indescriptible sonrisa de su madre mientras lo despedía con la mano. El semblante de su padre no tenía expresión. Simplemente parecía no sorprenderle lo más mínimo. Quizá ya lo sabía, pocas cosas se escapaban del alcance de un Loodrack.

Izaron la gran vela roja del águila y poco después ya surcaban velozmente el océano. Drone desapareció de su vista dejándolos rodeados por el mar en las cuatro direcciones. La brisa suave y húmeda rozaba su piel haciéndolo sentir sumamente libre. Por alguna

razón, el nudo que estrangulaba su pecho había desaparecido dando paso a una inmensa felicidad. Despedirse de Ammie antes de la batalla le había llenado de fuerzas y coraje. Ella era su piedra solar. Aunque el sol desapareciese del cielo, a través de ella, el sol siempre brillaría. Ammie era la playa de arena suave que todo navegante quería alcanzar después de un largo viaje. Era su paraíso de paz y descanso.

Capitulo 14

Después de dos días de largo viaje alcanzaron Mull. La luna llena iluminaba el mar creando una atmosfera plateada y electrizante a su alrededor. Arriaron velas y navegaron silenciosamente a través de la noche alejados de la costa. Una fina capa de niebla cubría el mar ensombreciendo la playa, mientras rodeaban la isla por la parte más espigada para no ser vistos. Poco después alcanzaron el acantilado donde debían abandonar el drakkar.

–Sault arroja el ancla, este es el lugar –Ordenó en voz baja.

–¡Perfecto!

–Shiiiiiiiiiiiiit –Le silbó–. El sonido viaja por estas grutas a gran velocidad y lo último que queremos es ser divisados antes de tiempo –masculló entre dientes–. El factor sorpresa es crucial. Así que habla en voz baja.

Sault hizo un gesto con la mano como si sellara sus labios y tirase una ficticia llave al mar mientras se dirigía a proa para echar el ancla.

–Dregk prepara el Faering –susurró.

Dregk asintió silencioso. Olan desvió la mirada al calmado y tenebroso mar. El manto que lo cubría es noche, sería su mejor aliado. Los vigías no los verían a través la espesa neblina.

Prepararon la pequeña embarcación de mercaderías y un pequeño grupo de diez hombres subió a bordo. El resto de guerreros se quedaría junto a Kodran en el drakkar. Si todo iba bien, dos embarcaciones mas se unirían a ellos al día siguiente.

Remaron silenciosamente a través del extenso acantilado hasta divisar un pequeño espigón, accesible y perfecto para desembarcar. El oleaje no era muy fuerte, así que fue fácil acercarse sin riesgo de encallar la embarcación. Cuando estuvieron suficientemente cerca todos los hombres dejaron la embarcación y escalaron el pequeño espigón. Las rocas estaban afiladas y resbaladizas. Olan miró por debajo de sí, todos lo seguían. Mientras subía el espigón un de sus pies resbaló sobre la mohosa y congelada superficie y perdió el equilibrio. Antes de poder caer una mano lo sostuvo con fuerza.

–Vamos. Ya estamos cerca hermano. –Dregk lo impulsó de nuevo y Olan recuperó la posición en las escarpadas rocas.

Después de un largo ascenso lograron tocar tierra firme. A través de la

oscuridad logró ver las caras de satisfacción de sus hombres.

–Muy bien chicos. Ahora tenernos que localizar a los vigías. Haremos dos grupos, cinco hombres irán por el Oeste y el resto al Este –ordenó–. Dregk, tú vendrás conmigo al Oeste. Sault y Svern iréis con tres hombres más en la otra dirección.

–De acuerdo. Esos vigías ya están muertos.

–Necesito que seáis sigilosos –Los alertó consciente del peligro de la isla–. Estad muy atentos y usad las sombras de la noche para ocultaros y no ser vistos. Según el rastreador, hay tres vigías en cada dirección, sobre los puntos más altos.

–¿Donde nos encontraremos?

–En la bahía principal que todos conocemos. Pero necesito que os mantengáis ocultos hasta que veáis el estandarte de Drone.

–Perfecto. Que los dioses os acompañen, aunque espero que no se olviden de mí –atestiguó Sault con sorna.

–Estoy seguro que nos acompañaran a ambos –alegó alejándose.

Olan y sus hombres se adentraron en el espeso y tenebroso bosque congelado. Los arboles dibujaban figuras fantasmagóricas y la niebla distorsionaba su visión. Recorrieron silenciosamente el borde del acantilado rastreando cualquier señal que les guiada en dirección a los vigías.

–Aquí hay algo… – Dregk se detuvo al ver unas tenues pisadas sobre la nieve.

–Está cerca –afirmó Olan desdibujando una mancha oscura sobre la nieve–. Es una hoguera. Han acampado aquí no hace mucho. –Posó una mano sobre la zona, la tierra aun desprendía calor.

Hizo un gesto con la mano, mandando a cada uno de los hombres en una dirección diferente. Lo acorralarían como a una presa. Ocultándose con los arboles avanzaron lentamente desapareciendo de su vista. Poco después se detuvo al escuchar un pequeño ruido. Justo en un hueco estratégico entre dos grandes rocas vio al hombre. Estaba despierto y despreocupado, con los sentidos totalmente relajados. No sospechaba nada. Olan tenía los suyos totalmente alerta y preparados para la caza.

Vio a Dregk acercarse a él por la derecha silenciosamente. Totalmente sincronizados, se apoyaron cada uno a un lado de la roca. Se miraron y Olan hizo una señal. Dregk sigilosamente se acerco por la espalda, lo agarro y seccionó el cuello del hombre sin hacer el más mínimo ruido. Este cayó desplomado sobre la espesa nieve que empezó a teñirse de

un intenso rojo.

–¡Bien hecho! Tharum, Liam encargaos del cuerpo.

–Será un placer. –Los hombres cogieron el cuerpo sin vida del hombre y lo lanzaron por el acantilado sin titubear.

–Uno menos. El otro debería estar sobre esa colina –Señaló uno de los espigones con el dedo.

–Si todos están así de alerta, terminaremos pronto.

Olan puso los ojos en blanco.

–¡Que los dioses te oigan! Que sean todos idiotas y estaré comiendo antes del amanecer. –Una carcajada conjunta relajó las tensiones de la tarea.

Todos se dirigieron en la dirección indicada y caminaron durante un largo rato. La colina era un lugar estratégico y bien situado para divisar enemigos. Pero no tenía un acceso fácil. Para llegar, debían rodear el monte hasta encontrar el camino de subida. Y eso no iba a ser fácil. Toda la montaña era de roca quebradiza que se descomponía bajo sus pies. A medida que avanzaban sobre la nieve, esta te arrastraba hacia atrás dificultando sumamente la subida. Cuando lograron encontrar la senda, ya estaban exhaustos.

Olan caminaba con todos sus sentidos concentrados en los tétricos sonidos de la noche. Debían estar atentos, estaba muy cerca, pensó. Cuando llegaron al extremo de la colina nevada, volvió a dividir a sus hombres, pero esta vez Dregk y Liam por un lado y Olan Tharum por otro. Avanzaron muy poco antes de escuchar las voces de varios hombres que se filtraban a través de la fría brisa nocturna. Olan miró fijamente a Tharum para alertarlo, este asintió con la cabeza y sujeto firmemente su espada. Se acercaron silenciosamente cubriéndose entre los árboles. Cuando estuvieron cerca, Olan se paro detrás de un gran roble y Tharum en un arbusto cercano a él.

Esta vez eran dos vigías. Los observaron silenciosamente esperando la oportunidad perfecta. Poco después, uno de ellos se separó del grupo y se acercó al bosque. Aproximándose peligrosamente a ellos. Olan maldijo para sus adentros, iba en dirección a Tharum.

Sin poder hacer nada, Tharum se encogió sobre la nieve tratando de esconderse pero el arbusto se movió alertando al hombre. Sin pensarlo un segundo Olan salió de entre las sombras y cogió al hombre por detrás sujetándolo por el cuello. Lo amordazó con la mano para evitar que gritara y se adentro en el bosque arrastrando al hombre, a la fuerza, con sus brazos.

Cuando estuvo lo suficientemente lejos, lo tiró al suelo y apretó su brazo alrededor de su cuello. El hombre empezó a forcejear y sacudirse entre sus brazos mientras le clavaba las uñas. Olan apretó aún más el nudo sobre su cuello y mantuvo la sujeción hasta que el vigía dejo de moverse y sus brazos cayeron inertes.

Dejó al hombre tras un arbusto y se dirigió a su antigua posición. En ella Dregk ya se había encargado del otro vigía. Vio como cargaba sobre su hombro el cuerpo muerto del hombre y lo tiraba por el acantilado.

–Ahora solo queda uno ¿Verdad? –preguntó Liam mientras colocaba el estandarte del águila–. Por cierto ¿Donde está el que has matado?

–A veinte pasos –apunto a la vez que escuchaba a alguien arrastrar algo.

Se giró y vio a Tharum arrastrando el cuerpo del vigía que casi los descubre. Antes de lanzarlo, rebusco entre sus ropajes algo que sisar. Del interior de su casaca caco una bolsa de monedas y se las tendió a Olan.

–Ahora él no las necesita. –Todos rieron ante el sarcástico comentario.

–¿Sin armas? –preguntó Dregk refiriéndose al muerto.

–No me ha dado tiempo de sacar la daga, así que use las manos. –Se encogió de hombros indiferente y abrió la bolsa de monedas para repartirlas. –Esta es vuestra parte. –Lanzó las mismas monedas a unos que a otros–. Buen trabajo.

–Si todos sale bien en pocos días nos llenaremos las manos de más monedas como estas –declaró Liam mordiendo una de ellas.

–Cierto, pero aún queda mucho por hacer. Ahora descansaremos aquí y luego nos dirigiremos al Oeste.

Los cinco hombres se dejaron caer sobre la nieve para descansar. Dregk y Olan se quedaron contemplando el mar. Era una buena posición de dominio, desde allí se divisaba la bahía de Tobermory y a lo lejos, la extensa costa de Fionnphort, donde su padre desembarcaría en tan solo un día. Tharum se acercó a ambos y les ofreció un trozo de cecina y algo de beber.

–Olan, dime que Odín está de nuestra parte.

La petición de Tharum le sorprendió.

–¿Tienes miedo?

–No es exactamente miedo. Pero lo que ocurrió la última vez…

–Ocurrió –le interrumpió–. Tu mismo lo has dicho. No debes preocuparte por nada. La fuerza de Thor y la sabiduría de Odín están de nuestra parte.

–Gracias. Necesitaba saber que no estamos solos.

–No lo estamos, créeme, Tharum –confirmó consoladoramente–. Ahora descansa aún queda mucho por hacer.

Era razonable el temor que azotaba el cuerpo de sus hombres. Aquella isla era un remanso de terribles recuerdos. Habían perdido a muchos. Pero esta vez saldarían las cuentas y se cobrarían venganza.

Durante el largo rato de descanso se mantuvieron en silencio. Liam y los demás consiguieron dormir un rato. Dregk hizo la guardia y él tan solo contemplo el estrellado cielo. Cuando estuvieron suficientemente descansados continuaron.

–Estamos a una larga distancia de nuestro siguiente objetivo. Debemos alcanzar la bahía de Tobermory al amanecer.

–¿Dónde se sitúa exactamente el último punto? –preguntó Liam.

–Justo antes de llegar a la playa, hay un acantilado que tiene una excelente visibilidad de la actividad en la costa. Ahí deben están los últimos ojeadores –explicó relajadamente con ambas manos tras la coronilla–. Necesitamos hacernos con ese punto estratégico.

Poco después descansados, con el estomago lleno y las directrices aprendidas se dirigieron de nuevo al interior del bosque. Debían bajar esa horrible colina de arena quebradiza y volver al sendero inicial que les llevaría directos al acantilado. A medida que avanzaban por el arduo camino, el bosque dejaba de ser tan espeso mejorando la visibilidad. Mientas descendían escuchaba a Tharum y Dregk maldecir a Loki por su mala sombra. Hasta que camino se torno llano y Dregk dejo de murmurar y su humor mejoro considerablemente. En esa parte de la isla se notaba mucho mas el peso de la humedad sobre sus huesos y el frio calaba más hondo.

Caminaron incansablemente hasta que de nuevo escucharon ruido. Un ruido muy conocido pensó, ¿Animales? Estaban demasiado lejos del reino para estar cerca de una granja. Los hombres se pusieron alerta y se cubrieron con las grandes copas de los árboles. Avanzaron cautelosamente hasta divisar una pequeña cabaña totalmente nevada en medio del bosque. El ruido provenía del corral de gallinas situado a derecha de la casa.

–¿Y ahora qué hacemos? –susurró Dregk en voz baja.

Olan meditó su respuesta, pero no veía ningún peligro en esa cabaña.

–¡Avanzaremos!

–¿Y si es un enemigo? Podría alertar de nuestra posición.

–¿Crees que un guerrero estaría viviendo en pleno bosque aislado de todo el mundo?

–Podría serlo y echarlo todo a perder.

–No creo… –susurró Tharum.

–Dregk, estamos lejos de nuestra posición y no pienso entrar a una cabaña a matar a un anciano. ¿Sabes lo que es el sigilo? –inquirió secamente entre dientes.

Dregk se mantuvo en silencio.

–Es obvio que no. Así que avanza. –Olan hizo un gesto con la mano y todos los hombres continuaron el camino dejando la pequeña cabaña tras de sí. Debían centrarse en su cometido y llamar la atención lo mínimo posible.

Caminaron durante una larga e incansable distancia, hasta llegar a un enorme prado. El extenso llano estaba totalmente nevado y rodeado de arboles. Observo el esplendido lugar. Ese sería un buen campo de batalla, pensó. Un buen lugar para un combate cuerpo a cuerpo. Sigilosamente lo cruzaron mirando alerta en todas las direcciones.

Poco después divisaron la playa y en lo alto del acantilado una fina columna de humo que indicaba la posición exacta donde se encontraba el vigía. Sin decir una palabra, se giro para mirar a los hombres y señalo el lugar antes de continuar avanzando. Por fin habían llegado. Con sigilo subieron la mitad del acantilado hasta llegar a una zona semi-llana, plagada de arbustos y una espesa arboleda nevada. Olan se detuvo detrás de un ato arbusto y todos hicieron lo mismo. Ese iba a ser el terreno de caza.

–Pasado el llano, en lo alto, hay un vigía o quizá dos –explicó Olan sin dejar de mirar en la dirección–. Necesito que alguien haga de cebo.

–Yo lo seré –Liam dio un paso al frente–. Se me da bien pescar… –musitó con ironía.

–Perfecto, debes subir allí y llamar su atención de cualquier manera. Necesito que lo atraigas hasta esta posición y que pase entre estos dos árboles. Nosotros estaremos esperándolo para encargaremos de él –Palmeo el hombro del chico–. Tranquilo Liam, no le dará tiempo a echarte el guante.

–¿Puedo atraerlo de cualquier manera? –La picardía de la pregunta le provocó una sonrisa.

–Como quieras. ¡Sorprendemos! –Lo instó Dregk.

Los hombres se agazaparon y Olan hizo un gesto a Liam con la cabeza para que avanzase. A cincuentas pasos, Liam encontraría al vigía. Avanzaba rápidamente y sigilosamente entere las sombras de la noche hasta que lo perdieron de vista y todo se quedo en silencio. Olan se colocó tras un árbol con una cuerda entre las manos y a poca distancia Dregk sostuvo el otro extremo. La mantuvieron a ras de suelo a la espera de ver a Liam aparecer.

Desde lo alto del acantilado se escucho un gritó y todos se pusieron alerta. Un segundo después vieron a Liam corriendo en dirección a la arboleda, a la vez que se subía los calzones a toda velocidad. Justo detrás de él, un vigía lo perseguía con la espada en alto corriendo como alma que lleva el diablo. La escena era realmente cómica. Liam pasó a través de la arboleda con una sonrisa grabada en su cara y su presa tras él.

Justo en el momento que el vigía pasó entre los dos árboles, Olan y Dregk tensaron la cuerda con tanta fuerza que el hombre golpeo contra ella y cayó de espaldas con un golpe seco. Sin dale tiempo levantarse, Tharum le tapó la boca y clavó un cuchillo en su corazón silenciando al hombre. Por unos segundos se quedo paralizado con la rodilla sobre su pecho mirando la expresión de pánico del hombre, mientras la vida abandonaba sus ojos.

–Muy original, sin duda –espetó Dregk, refiriéndose a la forma en la que Liam había atraído al vigía.

–No sé cómo no han salido corriendo en dirección contraria al ver el trasero de Liam

Todos se rieron ante el comentario. Liam apareció un segundo después poniéndose las manos sobre las rodillas intentando recuperar el aliento después de la huida. Miro al hombre muerto en el suelo y dijo:

–¿Y el otro? –preguntó Liam mirando a su alrededor.

–¿Que otro?

–Había dos vigías en esa posición ¡Dos!

Olan soltó una sonora maldición y salió corriendo a la parte alta del acantilado.

–T!e lo dije Olan, saldrían corriendo en dirección contraria! –masculló Dregk siguiendo a Olan.

Al llegar al lugar, no había nadie.

–¿¡Donde esta ese bastardo!?

El ojeador había huido. Pero ¿por dónde?

–No ha podido bajar… ¡Imposible!

Olan miró al suelo buscando pistas y vio unas profundas pisadas se dirigían al borde del acantilado ¿Se había tirado? Pensó sorprendido a la vez que se acercaba al borde del precipicio para asomarse. Entonces encontró el motivo de las pisadas.

–¡Por aquí!

Justo donde se encontraba a varios metros por debajo de él, había un saliente lo suficientemente ancho como para poder bajar y huir. Olan bajo de un salto, seguido de Dregk y los demás hombres y comenzaron a correr en la única dirección posible. El camino llevaba de nuevo al bosque. Si no lo atrapaban a tiempo alertaría de su presencia y perderían una baza muy importante. El factor sorpresa.

–¡A la caza chicos, nuestra presa esta en ese bosque! Tenemos que interceptarlo antes de que llegue al reino.

–Id uno en cada dirección –concretó Dregk mirando a Liam y Tharum–. Lo rodearemos trazando un círculo alrededor de él.

–Dregk tu iras justo tras su retaguardia. –La voz de Olan estaba tensa–. Y yo tratare de sorprenderlo por la vanguardia ¡Venga! Tenemos que ser rápidos.

Todos se separaron. Dregk siguió el camino central, el camino más rápido y el que seguramente estaría recorriendo el vigía. Olan fue hacia atrás, volvió a subir el saliente escondido desde donde el hombre había huido y volvió a la antigua posición. Exactamente donde había matado al otro vigía y desde donde habían venido. Se paró a recoger la cuerda que anteriormente había usado y siguió corriendo sin detenerse. A toda velocidad continuó bajando la parte trasera del acantilado. Si todo sucedía como él había planeado, cazarían a ese bastardo antes de alcanzar el camino del reino.

Olan corrió sigilosamente entre los árboles y se fue deteniendo por momentos, para escuchar los sonidos que lo rodeaban. Estaba cerca muy cerca, escuchaba como la nieve crujía bajo sus pies a toda velocidad corriendo. Lo tenía justo donde quería, a su retaguardia. El ojeador respiraba como un cochino a punto de morir, alertando de su posición en todo momento.

«Tu mayor error, es creer que puedes huir de un lobo en plena noche…» –susurró Olan para sus adentros.

Cuando estuvo a unos cuarenta pasos por delante de él, se cubrió tras un árbol lo suficientemente grueso para no ser visto. Trazo un lazo

entre sus manos con la cuerda y espero. Escuchaba cada vez más fuerte y más cerca la respiración entrecortada y los pasos del hombre. Liam y Tharum debían cerrar el círculo a su alrededor de tal forma que pasase lo más cerca posible de su posición. Y así fue, tras unos breves momentos de espera, el vigía paso por su flanco derecho. En ese momento con rápido movimiento, Olan envolvió el lazo alrededor del cuello de su enemigo y tiro con todo su peso cerrándolo firmemente a su alrededor. El hombre se derrumbo con un golpe seco contra la nieve.

Sin pensarlo, se abalanzó sobre él poniendo la rodilla sobre su espalda.

–¡Buena presa! –espetó Dregk reapareciendo las sombras del bosque–.

–Buen trabajo chicos. No podría haber salido mejor. –Olan apretó las cuerdas a su alrededor.

–Como en los buenos tiempo cuando cazábamos jabalíes ¡Si señor! Mátalo y salgamos de aquí cuanto antes.

–No, este se viene con nosotros. –Dregk arrugo el ceño molesto.

–Olan, se supone que debemos matar a todos los vigías ¡No mantenerlos con vida!

–Lo mantendré con vida momentáneamente. Es nuestra mejor baza para saber todo lo que necesitamos sobre nuestro enemigo –Alzó la vigía del barro–. Seguro que sabe más que tú y que yo.

–De acuerdo, haz lo que quieras –Puso ambas manos en alto rindiéndose–. Aunque yo preferiría mancharme las manos de ingles muerto, a dormir con un ojo abierto.

–Lo sé, pero por el momento seguirá vivo. –Desviando la mirada continuó– Tharum vuelve a lo alto del acantilado y coloca el último estandarte. Los demás volvemos a la playa a esperar a Sault y Svern. –Comenzó a caminar visiblemente cansado–. Espero que hayan podido hacerlo.

Cuando el sol estuviese sobre sus cabezas los barcos de su padre y Bölt desembarcarían en Fionnphort y debían estar preparados.

Cuando llegaron a la bahía, los primeros rayos de sol del amanecer comenzaban a iluminar la playa. Durante una largo rato, Olan observó pensativo el que iba a ser su campo de batalla. Algo no cuadraba, esa playa era demasiado pequeña para tantos hombres y la arena demasiado inestable para luchar. No podían combatir allí, ese lugar seria una ratonera. Debía encontrar un nuevo campo de batalla,

o se verían abocados al mar bajo el empuje del ejército de Tobermory.

Con ese pensamiento abandonó la playa y a cincuenta metros más allá encontró el lugar perfecto. Sonrió al volver a pisar aquel lugar. El llano nevado era el lugar perfecto para la ofensiva. Amplio, con buena visibilidad, con la playa a su espalda y el acantilado a su derecha. La elevación cada vez más prominente les daría una buena posición de altura a los arqueros. Debían acampar cuanto antes y construir una gran barricada para bloquear el avance del enemigo.

Un segundo después escuchó pasos a su espalda y se giro. Era Dregk.

–Han divisado el drakkar de Kodran a menos de medio día de aquí.

–¡Bien! mientras esperamos hay trabajo que hacer. –Al ver la inquietud en sus ojos Dregk lo detuvo.

–¿Qué te ha dicho el vigía? Te vi interrogándolo de camino a la playa.

–No lucharemos en la costa.

–Dijera lo que dijese, puede ser mentira Olan. –Resopló– Además ¿¡Que tiene de malo la playa!?

–La arena es demasiado fina e inestable y durante la noche la marea subirá confinándonos en un espacio demasiado reducido para luchar –declaró mirando la fina arena bajo sus pies–. No es un lugar seguro.

Dregk sopeso la veracidad de sus palabras. Lo que decía era totalmente cierto, pero algo más ensombrecía su semblante.

–Eso no es lo único que preocupa ¿verdad?

–Son demasiados Dregk... –confesó Olan abstraído–. Tú lo viste la última vez, igual que yo. –La cara de Dregk compuso una mueca de rabia y dolor.

–Lucharemos aquí, en este llano –prosiguió Olan–. En primer lugar, construiremos una gran barricada para acotar la entrada del enemigo. Eso nos dará tiempo y evitara una envestida frontal. También necesitamos lancetas de la altura de un hombre o quizá dos. Los caballos pueden pasar la barricada y sin lancetas no podremos hacer nada contra ellos. Y por último, con todo lo que sobre haced una gran pila, con ella alertaremos al enemigo de nuestra presencia.

–De acuerdo –Dregk asintió firmemente y lo cogió del hombro–. ¿Sabes todos te seguiremos vayas donde vayas, verdad?

–Lo sé, y me enorgullecéis con vuestra valentía.

Ambos hombres se giraron al oír una exclamación. Sault y Svern se

acercaban a grandes zancadas hacia ellos. Eso era buena señal.

–Decidme que están todos los estandartes colocados y los vigías muertos. –Ambos hermanos sonrieron.

–¡Así es! Estandartes colocados y vigías muertos. –Olan sintió un gran alivio al escuchar las palabras de Svern, la primera parte de la estrategia había salido bien.

–¡Bien hecho! –Soltó un suspiro liberando la presión del pecho–. Dregk os dirá por dónde empezar, hay mucho trabajo que hacer y tenemos que ser rápidos.

Al llegar a la playa comenzaron con el duro trabajo, pero antes de eso envió a Kellan y dos hombres más como avanzadilla y vigilancia. No quería sorpresas. Él y los demás hombres comenzaron a talar árboles y construir el complejo defensivo con una larga barricada de pinchos de madera. Unos talaban mientras, otros entrelazaban los trocos en forma de estrella. El último paso era recortar las afiladas puntas defensivas. Poco a poco el terreno empezó a descongelarse y la blanca nieve se torno oscura y sucia debido al continuo e incesante paso de los hombres.

Justo cuando el sol asomaba por completo sobre el océano, Olan se giró y miró hacia el horizonte para ver tres grandes drakkar en dirección a la playa. La gran vela roja ondeaba imperiosa con el águila de sangre de Drone. Muchos hombres dejaron de talar al ver la magnífica imagen de los drakkar llegando. Su padre ya debía estar desembarcando en Fionnphort junto a toda su caballería y cientos de hombres dispuestos a luchar.

Las inmensas embarcaciones atracaron y cientos de hombres se unieron a la contienda. Descargando las armas y las provisiones, se pusieron manos a la obra. Al duplicar sus fuerzas, aumento su velocidad y antes de llegar la tarde ya tenían construida la mitad de la barricada. Y con la llegada del crepúsculo todo estaba terminado. Diez hombres custodiaban la colosal y afilada defensa que cruzaba el llano por completo. El último paso fue apilar los restos de madera para crear la gran hoguera que daría comienzo a la contienda.

Después del largo día de trabajo, todos aprovecharon el poco tiempo que tenían para descansar y prepararse para el enfrentamiento. Sobre la suave arena de la playa Olan observó a los guerreros. Algunos dormían, mientras otros afilaban sus armas. Pero si algo tenían en común todos ellos, era el brillo de la retrospectiva de la sangrienta batalla y la posibilidad de alcanzar el mayor orgullo que se puede obtener como guerrero. Un lugar junto a Odín en el Valhalla.

No muy lejos de él, varios hombres se dibujaban en el rostro símbolos sagrados con hollín. La gran mayoría portaban el *aegishjalmur*, el mismo que él poseía en su dorso. Otros pintaban sobre su frente la estrella de ocho puntas *herkumbl*, el símbolo sagrado de Thor. En anteriores batallas había visto huir a hombres, nada más ver sus cuerpos pintados con ese símbolo.

–Toma, esto es para ti.

Salió de su ensoñación al escuchar la voz de Dregk. Olan cogió las pequeñas setas y las examinó detenidamente.

–*Amanita muscaria*…

–La vamos a necesitar –murmuró–. Cuando caiga el sol, todo el ejército de Tobermory caerá sobre nosotros y no quiero sentir ni la más mínima punzada de temor.

–Tú nunca has sentido temor. –Dregk rio pesadamente.

–Ya no soy el mismo hombre –confesó taciturno–. Antes hubiese entregado gustosamente mi vida en batalla por un lugar en el Valhalla. Pero ahora tengo familia y eso cambia completamente las cosas.

Se mantuvo en silencio mientras lo escuchaba. Su temor era comprensible, todos habían cambiado. Habían madurado mucho desde aquel entonces.

Olan cogió una de las setas y se la tendió a Kellan, el más joven del grupo.

–Cométela antes de la batalla. –Le aconsejo al dársela–. Pero en todo momento recuerda quién son tus amigos.

–¿Qué es?

–Es *Amanita muscaria*, te ayudará a vencer el temor de la primera batalla. Pero sobretodo no olvides quien es el enemigo –advirtió-. Bajo sus efectos, he visto a hombres fuera de control matando sin distinguir si era amigo o enemigo.

–Bajo su maravilloso shock, muchos dicen haber visto al mismísimo Thor luchando a su lado y a las hermosas Valquirias deslizándose sobre el campo de batalla. –Recitó Dregk con voz socarrona.

El joven Kellan la guardo en su casaca. Esa noche antes de la batalla muchos de sus guerreros comerían esas setas. Olan recordó el trance en el que te sumían. El dolor y el temor desaparecerían por completo, dejando paso a la furia y a una ira ciega. Una furia que los mantendría vivos y sin control durante la contienda.

–Si el miedo te vence, no dudes en comértela. –Le aconsejó Olan–. Esta noche tú posición será la parte media del acantilado. Tú y varios hombres más nos cubriréis en la entrada de la defensa. Necesitamos velocidad y flechas certeras ¿Podrás hacerlo?

–Lo haré.

Capitulo15

Cuando la luna colmo el cielo, Olan hizo prender la gran hoguera de la playa. En poco tiempo tendrían encima al ejército de Tobermory. El campo de batalla y la extensa barricada estaban iluminados con grandes y ardientes antorchas que proyectaban una tenebrosa luz ámbar. Todo estaba preparado para la matanza y tanto ellos, como los dioses permanecían expectantes y listos para recibir la macabra esencia de la guerra.

La batalla iba a ser gloriosa.

Poco tiempo después, el suelo bajos sus pies empezó a temblar. A través del espeso bosque se filtraba el estruendoso ruido del trote de caballos mientras cientos de pasos hacían vibrar la tierra. Todos los hombres formaban hombro con hombro a su alrededor, con sus armas y escudos fijamente sujetos. En los ojos de todos los presentes ya ardía la furia de los hombres del norte. Solo esperaba que su padre estuviese listo rodeando la enorme horda que se les venía encima, porque iba a ser una batalla tremendamente escalofriante.

La tensión cortó el aire cuando el enemigo entro en el prado. Cientos de hombres con el estandarte azul de la isla de Mull, comenzaron a formar. Sus hombres permanecieron en silencio antes el desfile sin fin de guerreros, arqueros y jinetes. La infantería era una inmensa horda de cientos de hombres bien armados, pero no todos eran guerreros. El miedo de sus ojos los delataba. Muchos de aquellos hombres jamás habían blandido un arma. Pero no podía decir lo mismo de los jinetes, la caballería iba a ser su peor enemiga esa noche.

Olan miró a su alrededor, todos sus hombres estaban preparados listo para la masacre, listos para una batalla digna de dioses. Desnudando su espada y alzándola al cielo exclamó.

"¡Prepararos para una gloriosa batalla!"

"¡No tengáis miedo a la oscuridad de la noche!"

"El mismísimo Odín os brindara su sabiduría y Thor su fuerza."

"¡Blandid vuestra espada con templanza y valor!"

"¡Teñid el suelo de un intenso rojo carmesí con la sangre de nuestros enemigos!"

"Y con orgullo honraremos a nuestros caídos"

"¡Si una muerte se cierne sobre vosotros, no temáis!"

“¡El Valhalla os estarán esperando al otro lado!”.

“¡Luchad con la fuerza de los dioses! ¡Porque ellos también están aquí hoy!”

Y en ese instante, tras sus palabras, se elevaron juntas las voces de todo su ejército en un gutural bramido de guerra. Olan sintió que su piel se erizaba con el brutal sonido. El lobo que vivía dentro de él aullaba salvajemente deseando verter la sangre del enemigo. La matanza estaba a punto de comenzar.

La caballería rompió filas avanzado en primer lugar. Sus hombres sostuvieron sus espadas y escudos fuertemente y esperaron impacientes al otro lado de la barricada. La estrecha y angosta entrada les daría una gran ventaja ante el avance de los jinetes. Los caballos avanzaban veloces creando un estruendoso ruido. Escucho como sus hombres gruñían de rabia a su alrededor, ante el avance del enemigo. Justo cuando el primero seguido de muchos alcanzo la barricada Olan gritó alzando su espada.

–¡Esperad! –Sus hombres se detuvieron, e impacientes vieron avanzar a los jinetes directamente hacia ellos.

Olan continúo con la espada en alto deteniendo a sus hombres. La impaciencia y la tensión cortaban el aire. Cuando el primer caballo estuvo a tan solo cinco pasos de distancia, Olan bajo la espada dando la orden.

–¡Ahora! –Y sus hombres alzaron las picas de la altura de dos hombres contra los jinetes.

Las largas lanzas bloquearon su paso secamente, clavándose en el cuello de sus animales. Los jinetes se derrumbaron uno tras otro deteniendo abruptamente el avance de la caballería. Una vez en el suelo, sin perder la posición, tan solo debían rematar. De esta forma, los jinetes fueron cayendo implacablemente en un inmenso charco de sangre.

Únicamente un jinete alcanzó a estocar a uno de sus hombres. Sus filas se tambalearon ante la incertidumbre, pero un segundo después, una flecha atravesó el cuello del enemigo derribándolo. Miro dirección al acantilado y vio a Kellan y a sus arqueros preparados con sus arcos tensos y fijos en el enemigo. Era primordial mantener la solida formación de contraataque hasta terminar con toda la caballería.

Poco después ya no quedaron jinetes, tan solo grandes balsas rojizas y cadáveres cubriendo la blanca nieve. Se escucho el cielo silbar mientras se teñía de oscuridad ante cientos de flechas del enemigo.

–¡Cubríos! –bramó cambiando de posición. Su voz produjo un eco

cortante a través del campo de batalla.

Todos se resguardaron instantáneamente bajo su escudo mientras las afiladas púas caían en todas direcciones. Algunos de sus hombres resultaron heridos pero se mantuvieron firmes bajo los escudos durante dos embestidas más. Las flechas llovían incesantemente sobre ellos haciendo mermar sus filas. Cuando cesaron Olan dio la señal a sus arqueros que obedientemente tensaron sus arcos y encendieron la punta de sus flechas. Un segundo después el cielo se lleno de pequeñas estrellas de fuego que caían sobre las cabezas enemigas.

No tenia tantos arqueros como el enemigo, pero sí unas flechas mucho más largas y por ello más penetrantes. Volvió a dar la orden y mas flechas cayeron sobres sus enemigos haciendo caer a muchos. Todo el campo al otro lado de la barricada se ilumino por el fuego y en ese momento fueron conscientes del ejército de cientos de hombres que los esperaban al otro lado de la defensa.

Alguien dio la orden desde el otro lado del campo de batalla. Y entre gritos de guerra, los ingleses volvieron a contraatacar. Esos desalmados se aproximaban al regazo de una muerte segura, pensó Olan.

La barricada hizo su trabajo creando un cuello de botella frente a sus posiciones, deteniendo el rápido avance de la infantería. La ferocidad del enemigo inquieto a sus hombres, pero no perdieron la posición. Con el escudo en alto, esperaron pacientemente para el contraataque. Debían contener la horda y esperar la señal. La sed de venganza alimentaba sus cuerpos con coraje y rabia. Cuando los ingleses llegaron a su posición, chocaron contra sus escudos uno tras otros agolpándose frente a ellos. Tenían el peso del enemigo sobre sus mismos escudos y en ese momento dio la señal. Todos empujaron con fuerza hacia delante y la embestida hizo que la primera fila de desalmados ingleses cayera al suelo brindándoles una suculenta ventaja. En ese momento ambos lados de las filas se abrieron desatándose el caos.

El sonido de las hachas y espadas chocando y cortando del aire era casi ensordecedor. Olan giro sobre si mismo desmembrando a un hombre. Cada sacudida de espada, era una vida sesgada. Avanzaba sin temor entre el caos. La furia del lobo que residía en su interior aullaba enfebrecido y colérico por la matanza. Mu mente había emergido en un profundo y sangriento trance. Tan solo veía la sangre de los enemigos que iban cayendo bajo su espada. Danzaba blandiendo su afilada espada a su alrededor, luchando con varios opositores a la vez mientras la furia lo poseía poniendo todos sus sentidos alerta. La sangre que manaba de su espada manchaba sus

manos y goteaba sobre la blanca nieve.

Súbitamente un fuerte dolor en el torso lo doblego. Le habían alcanzado. Sentía su sangre caliente deslizarse sobre su piel bajo la casaca. Cayó sobre una rodilla sin soltar su espada y miro a su alrededor. En ese momento vio al Ingles que lo había alcanzado. Portaba una larga espada y la blandía en su dirección. Esquivó la estocada rodando sobre el suelo embarrado y golpeo la rodilla de su enemigo fuertemente. El golpe le hizo caer, pero el lacerante dolor no le permitió levantarse para volver a atacar. La falta de aire lo mantenía bloqueado. En ese momento Dregk apareció y girando sobre sí mismo encasto su hacha en el dorso del enemigo derribándolo instantáneamente.

–¡Ponte en pie! –Le ordenó sin dejar de luchar–. ¡Olan, ponte en pie!

Dregk le gritaba a la vez que blandía su hacha a su alrededor cubriéndolo. Omitiendo el dolor recupero su posición con la respiración entrecortada. Cogió fuertemente su espada y se puso de pie junto a Dregk. Ambos se colocaron espalda contra espalda, mientas una furia ciega los envolvía. Fueron deshaciéndose de cualquiera que fuera el que empuñara una espada en su dirección. En esa posición Olan y Dregk eran invencibles, nadie sobrevivía alrededor de ellos. Pero aun y así, muchos de sus hombres habían caído bajo las espadas inglesas. En torno a ellos todo estaba sembrado de muerte y devastación. El frenesí de la guerra, cubría con su manto carmesí la blanca nieve creando un tenebroso infierno en torno a ellos.

Se estaba haciendo muy difícil controlar a todos los desalmados que traspasaban la barricada. La horda no tenía fin. Los hombres que aún luchaban tenían los rostros exhaustos por la larga batalla de contención. No sabía cuánto tiempo más podrían aguantar. Las fuerzas enemigas al otro lado de la defensa no mermaban nunca. Si alzaba la vista, no lograba a ver el final. Sus hombres luchaban contra dos enemigos más, la fatiga y la desesperación. Y justo cuando las fuerzas flaqueaban venciendo a muchos de ellos, resonó un estruendoso cuerno.

Olan alzó la vista, al otro lado del campo de batalla y vio a cientos de jinetes aparecer a través del bosque abriéndose paso por la retaguardia de las filas enemigas. Por fin, su padre Loodrack llegaba con la caballería. Lo vio avanzar sobre su glorioso caballo negro azabache a la vez que blandía su hacha de doble filo sobre las cabezas enemigas. Era asombroso verlo luchar, las historias no hacían justicia a la realidad de su destreza en batalla. A lo lejos, justo detrás de su padre vio a Axecston. De la misma manera, su espada negra rebanaba cabezas sin ton ni son. Ahora las fuerzas sí estaban igualadas, a pesar

de haber perdido a muchos de sus hombres, el ejército estaba completo.

Poco después todo era un enorme caos, a cada flanco tenias tanto amigos como enemigos. Vio las flechas de los hombres de Bölt caer en medio del campo de batalla entre la barricada y la caballería de Loodrack. El desconcierto colapsaba las filas inglesas. Estaban acorralados por todos los flancos tal y como habían planeado. La estrategia había salido a la perfección.

Acto seguido, Olan se quedo paralizado. El aire abandonó sus pulmones por un segundo mientras sus ojos lo traicionaban. Loki estaba jugando con su sano juicio porque no podía creer lo que estaba viendo. Su padre se derrumbo a los pies de su caballo. Una flecha lo había alcanzado en plena confrontación.

Soltando un bramido de furia, salió en dirección a él, blandiendo el arma secamente ante cualquier enemigo que se aproximara bloqueándole el paso. Intentó recorrer la distancia que los separaba con Dregk a su espalda. En ese momento fue consciente de la presencia del nuevo ejército. Esta vez, con un estandarte diferente color gris ceniza. El nuevo enemigo se abrían paso en el campo de batalla luchando contra los suyos, mientas cientos de flechas negras caían a su alrededor.

Recorrió la escasa distancia que le separaba a su padre y cayó clavando las rodillas en la nieve. Con la respiración entrecortada sujeto su torso. Tenía una flecha negra clavada en el mismísimo corazón atravesándolo de lado a lado, pero aún seguía con vida.

–¡Padre! ¡Levántate! –ordenó sujetando con más fuerza el lánguido cuerpo de su padre

Su mente se sumió en una extrema confusión olvidando el horror y el espanto de la guerra. Aquello era mucho peor. Tan solo podía ver los ojos verdes de su padre mirándolo mientras la cruda realidad nublaba sus sentidos. Tenía el rostro manchado de sangre del fulgor de la batalla y un hilo carmesí caía de entre sus labios. La estocada era mortal pero su mente no podía aceptarlo. Su padre debía permanecer junto a él.

–Levántate… –murmuró con una mueca de profundo dolor.

–Lucha hijo mío… –susurró con un hilo de voz ahogada–. Yo, estaré… en el Valhalla…. cuidando de vosotros…–Y esbozando una sonrisa orgullosa su vida abandono su cuerpo y sus ojos perdieron su intensa luz esmeralda.

Olan sintió una estruendosa oleada de furia que saturo sus sentidos,

sumiéndolo en la rabia y la cólera. Alzó el rostro al cielo y soltó un gutural alarido que resonó como un estruendo alrededor de la despiadada batalla, haciendo estremecer a todos los presentes. El tremendo aullido sacudió a Dregk que luchaba protegiéndolo a su derecha.

Olan cubierto de sangre dejo suavemente el cuerpo de su padre sobre la nieve y miró a su nuevo enemigo. Sin separarse del cuerpo de su padre, comenzó a luchar poseído por una furia demencial. Una cólera que aterrorizaría a los mismísimos dioses. Thor temería luchar con él en ese estado de enloquecimiento. El trance lo asfixiaba y lo envolvía en el caos. Sus enemigos caían uno detrás de otro, dejando tras de sí una macabra estela de muerte y desolación. No veía el fin del dolor, su herida era demasiado profunda y lacerante. Ahora la sangre teñía su cuerpo y su alma por igual. Esa noche honraría la muerte de su padre con tanta sangre que ese paramo permanecería yermo durante años.

Poco a poco las fuerzas enemigas fueron mermado bajo la espada de Drone hasta que resonó un gritó de retirada. Instantáneamente el enemigo dejó de luchar para huir. Exhaustos observaron como ambos ejércitos enemigos se retiraban, pero Olan no dejó de luchar. Los alcanzaba en plena huida cobrándoles la deuda que tenían por pagar con su alma.

Antes de que alcanzara el bosque Dregk lo interceptó y lo derribó contra el suelo embarrado de sangre. Olan gruñó, gritó y forcejeó bajo su peso, maldiciéndole ante todos los dioses. Pero no aflojó su ajuste ni un segundo.

Cuando los enemigos desaparecieron del alcance de su vista, Olan dejo de moverse. Y súbitamente dejo de sacudirse y maldecir. Lentamente Dregk aflojo sus brazos y miró al cielo. Estaba nevando. Todos miraban al cielo extenuados, ante el caos que les rodeaba. Los dioses velaban la masacre bajo un perfecto mando blanco y puro.

Sus brazos se cesaron su ajusto para soltar a Olan, pero no se movió. Se quedó tendido sobre el suelo ensangrentado, bajo la nieve, maldiciendo a los nueve reinos y a Odín por arrebatarle lo que era suyo.

Poco después, recuperó las fuerzas y lentamente se incorporó sumido en la confusión. Desconcertado caminó unos pasos hasta llegar a la altura del cuerpo de su padre y con la mirada perdida, se arrodilló junto a él. Con el gesto totalmente desencajado por el dolor, arrancó la flecha de su pecho y abrazó su cuerpo entre sus brazos. El sufrimiento que manaban sus ojos añil era innombrable. Incapaz de

contener su dolor, se quedó sentado sumido en sus pensamientos. Sin hablar. Sin moverse. Sosteniendo el cuerpo inerte de su padre, incapaz de dejarlo ir.

Bajo los sutiles copos de nieve, se hizo un silencio abrumador que inundo el gran campo de batalla. Todos los guerreros observaron perplejos la imagen de Harek Loodrack, su rey, inerte en brazos de su hijo. Y acto seguido, como si de un ritual se tratase, todos y cada uno de los guerreros se dejaron caer silenciosamente clavando una rodilla sobre la nieve.

Uno tras otro, se postraron ante su rey en señal de profundo y absoluto respetó. Todo el ejército allí presente, formado por cientos de hombres se arrodilló en honor al gran guerrero y rey caído. Y se postraron a los pies, de su nuevo soberano. Olan Loodrack, el lobo negro.

Capitulo 16

Ælla volvía a caminar en la oscuridad bajo el cielo más negro que sus ojos jamás hubiesen visto. La furibunda lluvia volvía a bañar su cuerpo y su rostro. Caminaba sin rumbo adentrándose cada vez más y más en la espesura del bosque. La inmensa luna se alzaba luminosa en lo más alto del cielo extendiendo una estela gris sobre sus cabezas .Al final de su camino volvió a aparecer el esplendoroso llano perdido y sin detenerse, continuó avanzando lentamente hasta llegar al centro del prado.

Un mal presentimiento la advertía de algún peligro. Algo a su alrededor alteraba el aura de calma, poniendo todos sus sentidos alerta. Observó su alrededor, mientas la lluvia bañaba todo su cuerpo empapándola por completo. Pero esta vez era distinto, sí sintió el frío calar su cuerpo. El agua helada como el hielo resbalaba sobre su piel estremeciéndola bajo su contacto. Loki continuaba furibundo y de nuevo lanzaba sus furiosos rayos sobre el prado haciendo un estruendoso ruido. El cielo bramaba encolerizado, haciendo vibrar el subsuelo.

Un segundo después, volvió a ver a Olan en el prado. Al igual que la última vez, caminaba bajo la misma lluvia con la mirada fija en el horizonte. Se acerco a él en silencio, pero no la veía, no la oía. Ælla se detuvo paralizaba ante el nuevo descubrimiento. No era Olan. El hombre que cruzaba el prado era la viva imagen de su hijo pero en realidad no era él. Era su esposo. En todos y cada uno de sus sueños, siempre había sido su amado Harek. De joven era la mismísima imagen de su hijo Olan.

Llevaba el torso descubierto y en él, tatuado el emblema del águila justo a la altura del corazón. Caminaba junto a los grandes lobos negros, Geri y Freki. La protección de Odín. Los esplendorosos y salvajes animales caminaban lentamente junto a él, bajo la intensa lluvia que poco apoco cesó, para dar comienzo a una nevada. En ese momento, diviso al lobo gris ceniza, agazapado en la espesura del bosque, asomando sus amenazantes colmillos. Aguardaba silencioso, acechando a su esposo entre las sombras.

Se puso tensa al reconocerlo, él era la fuente de sus malos augurios y el culpable de su dolor. Un segundo después el gran lobo salió de entre las sombras, emprendiendo la carrera en dirección a Harek. Su corazón comenzó a latir frenéticamente, pero de sus labios no brotaba la voz. Ella gritaba pero su aliento se perdía bajo la oscuridad de la

noche y la nieve. Incapaz de poder hacer nada, el lobo de un salto alcanzó a Loodrack. Gritó con todas sus fuerzas ante el cruel ataque, pero un segundo después, todo se torno oscuridad.

Ælla se despertó abruptamente sintiendo un terrible dolor a la altura del pecho. Con la respiración entrecortada, puso ambas manos sobre su torso intentando mitigar las punzadas. Su corazón latía tan rápida y frenéticamente que temía que saliese del pecho. Las imágenes del sueño revivían en su mente. Otra vez el mismo sueño…

No, no era el mismo, pensó.

El dolor de su pecho contraía el aire en su interior y no la dejaba hablar, ni respirar. Algo oscuro se cernía sobre Loodrack y temía por la vida de los que más amaba. Durante su larga vida de seid había visto y sentido cosas innombrables, pero ahora azotaban con demasiada fuerza. La furia de los dioses era inclemente y despiadada. Sentía la sangre manar sobre su piel, pero no había ninguna herida. El punzante dolor de su pecho, provenía del sufrimiento de otro corazón.

****

Olan vio desde su caballo las enormes columnas de humo que envolvían Tobermory. Los hombres de Bölt ya se habían encargado de sitiarla y a falta de protección, la ciudad había caído rendida a sus pies. Muchos de los aldeanos habían huido de las tierras al saber de la llegada de los hombres del norte. Ahora el reino ardía bajo su gran furia, bajo la cólera de los *nordmanni* que tanto temían. Las puertas de la ciudad se abrieron ante él y sin detenerse galopó lentamente a través de las calles del reino en dirección al castillo.

A su alrededor se desataba la muerte, el fuego y el caos de la masacre pero él, no sentía nada. Tan solo escuchaba los gritos y el crepitar de las llamas en sus oídos. Su mente estaba sumida en un profundo trance. Su cuerpo había perdido la capacidad de sentir y su rostro había abandonado toda expresión.

Se dejó llevar por su majestuoso caballo negro, mientras sus hombres lo guiaban directamente a la fortaleza de Mull. La gran infraestructura aún resistía a la envestida de su ejército. Los muros de piedra eran fuertes y robustos y detenían el avance de sus hombres. Era una magnifica fortaleza con una única entrada. Si deseaban entrar, debían derribar la gran puerta.

No quedaba mucho para que el amanecer surgiese sobre el mar y el cielo había pasado del oscuro negro, al gris azulado. El alba acechaba con un nuevo día. Diez hombres alcanzaron la fortaleza portando un gran tronco talado de roble. Con fuerza y coraje lo mecieron intentando derribar el gran pórtico.

Olan descabalgó sin pensarlo y ayudó a los hombres a embestir con más fuerza. Con cada estruendoso golpe, la puerta temblaba. La golpearon una y otra vez hasta que por fin cedió y se abrió ante ellos.

El lugar estaba sumido en la penumbra.

Un segundo después, diez ingleses salieron de entre las sombras dispuestos a lucha. Sin moverse del lugar observo cómo sus hombres destrozaban a los pobres desalmados. El último enemigo blandió el arma en su dirección. Sin inmutarse, giro hábilmente sobre si mismo desenvainado el arma con tal fuerza que el golpe partió la suya cayendo sobre él. La espada se clavó en el torso de su enemigo mientras él, se sumía de nuevo las tinieblas.

Una mano se posó sobre su hombro.

–Olan, vuelve...

De forma instintiva levantó el arma y Phorum se apartó alzando ambas manos. Su contrita expresión reflejada el dolor de la batalla. Y sin decir ni una sola palabra, se encamino al interior de la fortaleza. Era un lugar grande y ostentoso. Cogió una antorcha y camino a través de la gran sala.

Era un esplendoroso salón digno de un señor y esperaba que este, siguiese en su interior.

–¡Buscad al señor de estas tierras! –ordenó fúnebremente.

Se encamino por los pasillos escaleras arriba, recorriendo los oscuros paramos del lugar. Los demás hombres siguiendo sus órdenes, fueron en otras direcciones. Llego a un gran patio interior enclaustrado con una fuente central que manaba agua cristalina. En todo momento sentía los pasos de Phorum y Dregk a sus espaldas. Escuchó el ruido de una espada a su derecha, pero antes de poder contraatacar sus hombres se abalanzaron sobre los guardias que protegían el lugar. Sin prestar atención a la confrontación, abandonó el lugar a través de otra puerta. Allí parecía no haber nadie y su indignación cada vez era mayor. El frenesí de la muerte lo abrumaba sumiéndolo en la desconfianza y la rabia. Necesitaba encontrar al culpable de todo, necesitaba matarlo.

Tras una larga búsqueda a través de toda la fortaleza no encontraron absolutamente nada, ni a nadie. El mismísimo señor de aquellas tierras había huido tras la derrota dejando el lugar abandonada a su merced. ¡Cobarde!, pensó Olan frenético. Sus hombres ya habían empezado a escudriñar y sisar todo lo que tuviese valor en el interior de aquel lugar y logro quedarse solo. En lo alto de la torre principal había una gran ventana que daba directamente al exterior.

A través de ella se filtraba una agradable brisa helada que enfriaba gradualmente su ira descongestionando sus sentidos. Desde lo alto de aquel lugar se podía ver la macabra imagen del pueblo en llamas. El fuego ardía iluminando y consumiendo todo a su alrededor. Sus ojos se detuvieron sobre el horizonte del mar, donde el sol se filtraba tímidamente dibujando destellos sobre el mar. Tan solo dos días antes habían surcado el océano buscando venganza y ahora que la tenían, no era suficiente. No para él. En su interior la ira aún ardía intensamente como una hoguera, paralizándolo y consumiendo su cordura.

Poco antes de que el sol colmara el cielo, el silencio cayó sobre Tobermory. Todos los ruidos cesaron, y nada quebrantaba la funesta paz. Sus hombres estaban en la bahía preparando el gran funeral. La realidad era tan dolorosa que paralizaba su cuerpo. No podía asumir tal perdida, no podía verlo partir. Su padre aún seguía vivo en este mundo, aun podía sentirlo, aún escuchaba su voz en su mente. Pero las imágenes de la batalla se repetían una y otra vez emborronando su consciencia.

Poco después, Sault y Svern entraron a la torre. Ambos se detuvieron en el vano de la puerta sin saber que decir.

–Todo está preparado Olan –dijo finalmente Sault.

No dejó de mirar por el ventanal y continúo en silencio con la mirada perdida. Svern se acerco y coloco su mano en su hombro tratando de reconfortarlo.

–Nos están esperando… Debemos ir –Su voz sostenía su pesar–. Tienes que estar allí.

Olan aspiro hondo y sin decir ni una palabra, sus pies reaccionaron ante la petición encaminándose hacia la puerta.

Cabalgó a través de las ruinas ardientes del reino. Ahora solo eran cenizas y polvo. Poco después detuvo su caballo al llegar al campo de batalla. La macabra imagen permanecería grabada a fuego en su mente durante años. Como había predicho, la nieve se tiño de rojo y la muerte se cernió sobre Mull. El martillo de Thor había caído sobre las cabezas de sus enemigos. Continuo avanzando mientras sus ojos recorrían el campo de batalla hasta que traspasaron la barricada que llevaba a la costa. Antes de que su caballo tocara la arena de la playa se detuvo.

En la orilla había un gran Drakkar y a su lado, varios barcos mercantes más. En el interior de todos y cada uno de ellos, viajaban

las almas de cientos de guerreros fallecidos en la batalla. Empujaron las pequeñas embarcaciones a la mar y poco a poco fueron avanzando a través de la bahía. En el gran navío de velas rojas estaba su padre. Lentamente logro atesorar la fuerza suficiente para subir y despedirse de él.

Nada más poner un pie sobre la cubierta un estremecimiento recorrió su cuerpo. La cruda realidad lo azotaba de nuevo. Sus pies amenazaban con dejar de sostener su cuerpo pero aspirando hondo, se armo de valor para poder continuar. Toda la cubierta estaba llena de ofrendas de oro, plata, cálices y piedras preciosas en honor a un gran rey. Todos sentían su perdida. Lentamente se detuvo en el centro de la embarcación, allí yacía el cuerpo inerte de su querido padre. Tenía los ojos cerrados y el rostro sereno. Vestía con una toga blanca y entre sus brazos, sobre su pecho, portaba su gran hacha de doble filo. El dolor lo sacudía con tanta fuerza que todo su cuerpo temblaba. Posando una mano sobre la suya, dejo que las palabras brotaran de su interior.

–Perdóname padre, por no haber sabido protegerte –Su voz se quebró–. Espérame en el Valhalla y cuida de nosotros desde allí. Pero no te olvides de tu hijo… Préstame tu sabiduría y guía mis pasos porque no estoy seguro de poder hacerlo... –Contuvo el aire ante la oleada de dolor–. No sé si podre gobernar algún día con la misma templanza que tu lo hiciste. ¡Por todos los dioses! Esto no tenía que haber ocurrido. Aún no estoy preparado…

Olan perdió la noción del tiempo mientras observaba el cuerpo sin vida de su padre y maldecía al destino. Su alma estaba perdida en su recuerdo, le había enseñado mucho a lo largo de su niñez y juventud pero no lo suficiente. No lo bastante como para gobernar un reino. Las Valquirias se lo había arrebatado demasiado pronto de su mundo y Odín se lo había concedido. Estaba furioso con los dioses por permitirlo. Él lo necesitaba aquí aún, junto a él. Necesitaba su sabiduría, su presteza y su valor. Al fin y al cabo, necesitaba a su padre.

Cuando logró recomponer parte de su ser, abandonó el barco. Pero antes de hacerlo hizo las velas del gran drakkar. El viento hizo su trabajo y abrió la gran vela con la gloriosa imagen del águila carmesí. Esa fúnebre mañana quedaría grabada en el recuerdo de todos los presentes durante años. Lenta y silenciosamente el gran navío se unió a los demás barcos y se fueron alejando de la orilla a través de la bahía.

Olan miro al acantilado y vio a los arqueros preparados con las flechas que enviarían el alma de todos aquellos guerreros al descanso eterno.

Las ardientes flechas incendiando todos y cada uno de los pequeños botes. En último lugar, Olan tensó su arco y lanzó la flecha al drakkar que llevaría a su padre junto a Odín a la Valhalla. Se incendio lentamente y poco a poco las llamas resplandecieron sobre el mar.

Todos permanecieron en silencio viendo el fuego crepitar sobre los barcos. La gran columna de humo ascendió hasta el cielo, creando un puente sagrado entre los dioses y los hombres, que llevaría las almas de los guerreros caídos al más allá. Como marcaba la tradición, durante los siguientes siete días, los honrarían y rezarían por el descanso eterno de sus almas.

Capitulo 17

En el gran salón de la fortaleza de Iona estaba McLeod con la mente perdida en la acontecida batalla. Las macabras y sangrientas imágenes de la lucha se repetían incesantemente. Había sido demasiado cruda, demasiado sangrienta, descomunalmente encarnizada para ser real. Pero así era, una realidad. Aquello tan solo era el comienzo. La guerra aun no estaba ganada, pensó.

Un segundo después un guardia entro en el gran salón.

–El conde Connor Wood está aquí, tal y como pidió.

–Hazle pasar.

Escuchó unas sonoras pisadas al otro lado de la puerta y esta se abrió dejando pasar al soberano de Tobermory. Gracias a su ayuda aún seguía con vida y podía contarlo. La alianza con la isla de Mull estaba más que sellada.

–Me alegro de verte con vida Wood –declaró–. Pero no recuerdo haberte visto en la contienda…

–Yo no fui a la guerra. Mis hombres lucharon por mí.

McLeod lo miro furibundamente a los ojos. Se alzó del trono y camino hacia Connor con una expresión letal.

–Mira ese estandarte Connor Wood, ¡Míralo! –bramó señalando el estandarte intrigado gris ceniza que se alzaba sobre el gran salón–. Ese es el que te ha salvado de una muerte segura.

–Lo sé, has sido un magnifico aliado y has cumplido tu palabra amparando mi reino. Pero… ¿Cómo supiste que seriamos atacados?

–Varios navíos en plena ruta comercial vieron los drakkar agazapados en el acantilado de Fionnphort. Así que supimos que ibais a ser atacados, incluso antes que vosotros mimos lo supieseis.

–Vaya… –expresó sorprendido.

–¿Como pudo pasar? Todos esos barcos rodeando la isla, cientos de hombre en tus costas y ¿Nadie se dio cuenta?

–Atacaron por la noche y eliminaron a todos mis vigías para no ser vistos –se explicó–. Rodearon mi castillo con su caballería y a mi ejercito en la bahía… ¡No me dejaron más opción que huir!

Un áspero silencio se abrió entre ambos.

–Ahora tenemos que contraatacar… Son débiles.

–¿Débiles? –inquirió Wood indignado–. Han destruido a todo mi ejército.

–Sí, pero no tienen un rey que los gobierne.

–¿Cómo? ¿No tienen rey? –preguntó sorprendido.

–No, yo mismo lo abatí en plena batalla. El sí, estaba luchando junto a sus hombres.

McLeod recordó la presteza y el aura letal que envolvía al soberano del norte. Su presencia en el prado, era digna de un rey, su forma de luchar era hábil e impecable. Como guerrero admiraba la valentía y coraje de ese hombre. Y para sus adentros, deseo que encontrara el descanso eterno que todo guerrero de honor merecía.

–¿Que tienes pensado? –interrumpió Connor.

McLeod medito durante unos minutos su respuesta, mientras andaba de un lado a otro de la sala. Llevaba todo el día pensando en ello y quería hacerlo bien, quería que saliese perfecto.

–¿Recuerdas los pasadizos secretos que rodean tu fortaleza? ¿Aquellos por los que me mostraste la salida del reino?

–Claro, por aquel lugar escape de los nordmanni.

–Pues los usaremos en su contra –prosiguió–. Según mis espías, aun están en Tobermory y permanecerán en tierra durante siete días más.

–¿Como sabes que no partirán antes?

–Los funerales paganos duran siete días. Y teniendo en cuenta que han perdido a su rey…

–McLeod eres muy retorcido. ¡Incluso más que yo! –exclamó satisfecho–. Explícame cómo quieres hacerlo.

– Al caer la noche, entraremos por los túneles subterráneos. No se lo esperaran. Estarán ebrios por los festejos y mientras tanto nosotros haremos rehenes. Pero no me vale cualquier rehén, necesito a alguien lo suficientemente valioso con para negociar por la liberación de las tierras de Mull. Y por supuesto, quiero la liberación de todos los esclavos. No voy a dejar que hagan lo mismo que hicieron con mi preciosa hija Ammie. –Se giró para mirar a Connor– Yo también quiero mi venganza personal y deseo verla cumplida, aplastando algún cráneo *nordmanni*.

–La venganza es un buen aliciente para ganar esta batalla. ¿Cuando quieres contraatacar?

–Según sus costumbres paganas, la noche del sexto día celebran una fiesta en honor a sus caídos. Y durante esa noche los sorprenderemos atacándoles donde más les duele –reveló–. Usaremos el factor sorpresa tal y como ellos hicieron para invadir tu reino.

****

Olan estuvo días encerrado en una de las recamaras de la fortaleza. Era grande, ostentosa y cómoda. Pero sobretodo silenciosa, no deseaba ver a nadie. La presencia de sus hombres le irritaba profundamente. Necesitaba tiempo para pensar y desencapotar sus sentidos. Las imágenes del drakkar ardiendo sobre el mar lo atormentaban cada noche recordándole cual era su lugar. El peso de un deber que no era suyo, caía sobre sus hombros hundiéndolo en la incertidumbre. Su padre era el rey, no él. En contra de su voluntad había sido proclamado rey, pero nadie le había preguntado si realmente lo deseaba.

Esa noche celebrarían el *sjaund*, la ultima parte del ritual funerario. Ya habían pasado seis días desde el funeral. Había perdido por completo la noción del tiempo y empezaba a temer por la pérdida de su cordura. Para él tan solo habían pasado horas, aún sentía la muerte de su padre demasiado cerca, demasiado suya. Se sentía impotente ante la realidad.

No había podido hacer nada por salvarlo y eso lo destrozaba y lo abrumaba desorbitantemente. Cada noche revivía la guerra una y otra vez en su mente. Revivía la imagen del segundo ejército irrumpiendo en el prado, mientras la flecha negra atravesaba el corazón de su padre.

Por alguna razón el blasón gris ceniza con el intrigado negro le resultaba muy familiar. Lo había visto en algún lugar, pero no recordaba exactamente donde…

–¿Como estas? –En el vano de la puerta estaba Dregk.

Olan cerró los ojos y permaneció en silencio.

–Sabes que puedes hablar conmi..

–No –interrumpió–.

–Pues dime que podemos hacer.

–Hablar es lo último que quiero Dregk… Necesito regresar a casa y recuperar mi vida.

Omitiendo la cruda realidad de lo imposible, Dregk continúo.

–Todo está listo para celebrar el sjaund.

Olan se incorporó lentamente, con la mano sobre la herida de su costado. Dregk se quedo atónito al observar a su hermano. Estaba realmente demacrado, su pie había perdido el color sonrosado natural, adquiriendo un color ceniciento. Su cabello estaba alborotado y dos grandes cerdos grises debajo de los ojos delataban su falta de sueño.

No había comido durante días, no había querido estar con nadie, ni hablar, ni tan ni siquiera soportaba la presencia de alguien a su alrededor. Únicamente Sault lo había convencido de curar sus heridas y beber algo durante esos días. Quizá esa noche el *sjaund*, le ayudara a mitigar el dolor que reflejaban los ojos azules de su preciado amigo. El alcohol siempre amortiguaba el dolor y calmaba cualquier dolencia. Los hombres había preparado una solemne celebración para honrar a su padre, tal y como se merecía.

Olan abrió los ojos y se incorporo para volver a enfrentarlo.

–Dregk ¿Dime que ves cuando me miras?

La inesperada pregunta le hizo dudar pero finalmente dijo.

–A un hombre de honor –afirmó–. A un rey.

Olan lo atravesó con la mirada.

–Repito Dregk. ¿¡Qué ves!? –preguntó mas irritado.

Dregk desvió la mirada confirmando la realidad de su situación.

–A un hombre abatido… –musitó finalmente al tiempo que daba varios pasos en su dirección hasta quedarse justo delante de él–. Un hombre destrozado que necesita a sus hermanos… Eso veo Olan –prosiguió–. Deberías bajar a celebrar el *sjaund* con todos nosotros, tu padre así lo querría. Desearía que brindaras y honraras su muerte tal y como marca el ritual.

Lentamente Olan asintió y pesadamente y se levanto del camastro. Echo los hombros hacia atrás buscando el coraje suficiente para afrontar esa noche y se encamino hacia la puerta cogiendo a Dregk del hombro. Ambos bajaron al gran salón de la fortaleza. Toda la estancia estaba bañada en la sutil luz de las antorchas y velas.

Los hombres se alzaron al verlo y agacharon la cabeza solemnemente a modo de un respetuoso saludo. Toda la sala se mantuvo en esa posición durante unos instantes. Sus hombres lo trataban como un rey y lo proclamaban orgullosos con sus actos.

Olan dejó de observar a los presentes y se encamino a la gran mesa. Cuando tomo asiento todos los demás volvieron a su posición original y se sentaron de nuevo. Un ensordecedor silencio reinaba a su alrededor. Olan cogió su garra y se levanto para pronunciar las

palabras que todos merecían oír.

–Esta noche en presencia de los dioses, honraremos a todos nuestros caídos en batalla. Aquellos que lucharon con la fuerza y el coraje de Thor. Los mismos que ahora residen junto a Odín en el Valhalla, a la espera del fin del mundo. Esta batalla nos ha dado tanto, como nos ha arrebatado. Hemos ganado riquezas y poder, pero hemos perdido algo muy valioso. La figura de un gran rey, Harek Loodrack. –Su voz sonó profunda y solemne–. Esta noche mi padre, estará aquí entre nosotros y seguirá estándolo día a día viviendo en nuestros recuerdos. Su presencia nunca perecerá mientras lo honremos y lo recordemos como el mejor rey que ha existido y que existirá jamás.

En silencio todos los hombres levantaron sus jarras por encima de sus cabezas.

–¡Por nuestro rey! ¡Hijo del más grande de los reyes! –gritó uno y los demás le siguieron–. ¡Por nuestro rey!

Durante toda la noche compartió solemnemente el festejo con sus guerreros. Se le hizo la velada más larga e interminable de su vida. Bien entrada la madrugada comenzó a sentirse mal. Apenas había comido y su cabeza estaba embotada por el alcohol. No deseaba escuchar más a Bölt, Dregk, Thorum y los demás guerreros hablar de guerras y alianzas. Así que se levantó tambaleante y se dispuso a subir a su recamara a descansar. Allí se relajaría y disfrutaría del preciado silencio que sus oídos tanto necesitaban. En esos momentos la soledad era su mejor consejera y aliada.

Las paredes de esa enorme fortaleza caían sobre él hundiéndolo moralmente. Deseaba desesperadamente volver a Drone. Su único anhelo era enterrar su cuerpo en los brazos de Ammie y olvidarse del mundo. Durante esos duros días, lo único que lo reconfortaba era su recuerdo. Necesitaba perderse en el ámbar de sus ojos, hasta que el mar y el cielo volviesen a recuperar el color azul. Ahora el gris intenso que nublaba su alma, era del mismo color ceniza del estandarte de su enemigo.

Nada más llegar a la gran recamara, se hecho en el camastro y el agotamiento lo venció por completo. Cerrando sus ojos y relajando sus músculos se sumió en un profundo sueño.

Bien entrada la noche, unos ruidos al otro lado de la puerta le arrancaron el sueño.

Todos sus sentidos a pesar que estar aun congestionados se pusieron alerta. Olan se incorporó silenciosamente y se dirigió a la puerta. Puso su oído cerca de la misma para escuchar unos sutiles susurros y extraños pasos subiendo las escaleras, avanzando por el pasillo. Algo

iba mal, algo estaba acechándolos. Rápidamente se dirigió a su casaca y desenvainó la único arma que tenía a su merced, un sax de lucha afilado como un cristal. Apago la vela dejando la estancia sumida en la penumbra y esperó. Uso el ángulo más abierto y estratégico de la estancia para apostarse. Quien fuera que fuese el que lo acechaba, no lo pillaría desprevenido.

Poco después escuchó cómo se apostaban a la puerta de su recamara silenciosamente. El lobo que residía en su interior, cobraba vida ante el acecho. Agarró con fuerza el cuchillo y apretándolo contra su palma se agazapó aún más contra la pared.

En ese momento la puerta se abrió de un golpe. Entraron; uno, dos, tres, cuatro, cinco hombres, contó Olan. Cinco hombres que no eran de su guardia y no eran bienvenidos allí.

Velozmente se abalanzó sobre el primero y cogiéndolo por el cuello, se lo seccionó con el pequeño cuchillo. Se agachó para esquivar la enorme hacha del hombre que tenia justo en frente de él y desde el suelo le asesto un tremendo golpe en la pierna que le hizo caer. El tercer hombre dejo caer su espada a tan solo a centímetro de él. Olan sostuvo la espada en el suelo y le clavó el sax con en pleno pecho, pero con la mala suerte que el hombre calló con el cuchillo incrustado en su torso. Ahora estaba desarmado para enfrentarse al resto.

Su vista se había acomodado a la oscuridad y sus movimientos eran más rápidos que los de su enemigo. En ese momento el guardia enemigo blandió la espada en su dirección. Hábilmente esquivó la estocada y lo sorprendió con un fuerte puñetazo en la cara. Pero antes de volver a contraatacar alguien lo sujetó por la espalda fuertemente, amordazando sus brazos detrás de la espalda. El hombre que había derribado de una patada hacia tan solo un instante, ahora era su opresor.

Olan forcejeó al sentir las asquerosas manos de otro guardia sobre él. Incapaz de moverse, un tremendo golpe cayó sobre su mentón, haciéndole tambalear bajo la sujeción de ambos hombres. Seguidamente lo volvió a golpear secamente en las costillas, sobre la herida que aún sangraba de la batalla. Ese golpe hizo que Olan reaccionara. Y lo vio todo rojo.

Lanzó una potente patada al que tenía delante y echó la cabeza hacia atrás propinándole un duro cabezazo a su opresor. Justo cuando logro librarse, un fuerte golpe en la cabeza le hizo caer de bruces. Sintió el frío suelo sobre su mejilla y su cuerpo totalmente inerte antes de sumirse en la oscuridad de la inconsciencia.

****

Ammie caminaba inquieta de un lado para otro. Llevaban días sin saber nada de los hombres que partieron a la guerra. El pueblo andaba desconsolado ante la perspectiva de una nueva derrota y la pérdida de más guerreros. La falta de noticias ensombrecía todo a su alrededor y el mal augurio los rodeaba cayendo sobre sus cabezas. Cada día que pasaba sin noticias de Olan era un martirio para su alma. Confiaba en la sabiduría de los dioses, ellos jamás lo abandonarían a su suerte y lo mantendrían con vida. Ælla llevaba días sin hablar, sus labios estaban sellados y su mente totalmente bloqueada. Ni siquiera podía mirarla a los ojos.

Nunca había visto a nadie tan afectado y afligido como para perder la capacidad de hablar. Algo terrible había ocurrido en la isla de Mull. Algo que atemorizaba a Ælla hasta el punto de ser incapaz de expresarlo. Días atrás habían enviado a un mensajero a través de las rutas comerciales. Saber que estaban sanos y salvos reconfortaría al pueblo y deseaban mantener viva la esperanza de una victoria contra el enemigo. Pero el enviado tardaría más de lo previsto o quizá, todavía era demasiado pronto.

Silenciosamente se coló en los establos. La angustiosa espera se había convertido en desesperación y tormento y necesitaba escapar. Delicadamente toco el lomo de la preciosa yegua blanca de Ælla llamada “Asgard”. Era un animal magnifico, fuerte y robusto, capaz de para aguantar un largo viaje. Sin pensarlo dos veces, abrió la puerta trasera del establo y silenciosamente salió a lomos de la gran yegua blanca. Esperaba que nadie se diera cuenta de su desaparición. No hasta su regreso.

Cuando atravesó la entrada de la aldea y estuvo lo suficientemente lejos de los ojos de los aldeanos, emprendió el trote. Rodeó el pueblo y subió la colina oeste ascendiendo por el lateral del curso del rio. Sentía el frío rodeándola y desperezando su cuerpo. Ese camino lo recorrió muchas veces con Olan, pero incluso él había sido precavido trazando diferentes rutas.

A partir de un punto en concreto Ammie perdió el norte. Estaba totalmente desorientada y el rio ya no le servía como pauta y se guio con su intuición. Cabalgo a través de los arboles intentando reconocer el nevado paisaje pero todo era nuevo para ella. No sabía encontrar el camino.

Indignada desmontó del magnífico caballo blanco y cogió las riendas suavemente. Sin rumbo ninguno, avanzó lentamente sobre la nieve, atravesando el bosque nevado. El paisaje era realmente precioso. La cálida luz del atardecer se filtraba a través de enormes copas de los arboles, creando largas sombras a su alrededor que vadeaban el

hermoso paisaje.

La yegua avanzaba sola mientras las riendas seguían flojas entre sus manos. Sin darse cuenta, se estaba dejando llevar por Asgard. Ella sí reconocía ese lugar. Había encontrado un sendero familiar entre aquellos arboles y caminaba decidida con rumbo desconocido. Sumida en la intriga, se dejo llevar por ella. No podía perderse más de lo que estaba, pensó.

A medida que avanzaban, el bosque se oscurecía más y más bajo la espesura del follaje. Asustada, volvió a montar la yegua, pero esta vez, sin sostener las riendas. Se sostuvo suavemente de la crin del animal y continuaron el camino que solo Asgard reconocía. Por alguna razón desconocida, el aire no surcaba esa parte tan espesa del bosque. La fría brisa nevada había desaparecido por completo y el sol apenas podía atravesar el espeso ramaje.

Examinó su alrededor intentando reconocer el lugar a al que se dirigían, pero nada le resultaba familiar. El rio ya estaba demasiado lejos para oírlo pero a pesar de ello, empezó a escuchar agua. El eco de la caída, resonaba a su alrededor fluyendo cerca de ellos. Cada vez el sonido era más y más fuerte y el ambiente se humedecía progresivamente a su alrededor. Atravesaron un inmenso arbusto y por fin se hizo la luz.

Ammie no podía creer lo que estaba viendo. Por un segundo, miles de recuerdos de Olan y ella, se agolparon en su mente reconfortando su triste corazón. Estaba a los pies de la cueva de Heimdall. Totalmente absorta, desmonto la yegua. Recorrió silenciosamente el conocido lugar hasta detenerse a los pies de la cascada. Y observo como el agua caía serenamente del torrente sobre el gran lago. Cabía la posibilidad de que todo fuese fruto del destino y la coincidencia, pero era demasiado fortuito para ser cierto. Quizá los dieses, por alguna razón desconocía, la habían guiado hasta allí.

Omitiendo sus retorcidas reflexiones, rodeo el lago buscando la entrada a la cueva. Fuera donde fuese, encontraría la puerta que conducía a la cueva. Examino el lugar hasta que sus ojos se detuvieron sobre su cabeza. Sobre ella, pocos metros de altura, se alzaba un desfiladero y justo unos pasos por detrás, estaba el camino para ascender a él. Sin pesarlo un segundo ascendió y caminó hasta encontrar la puerta que tanto había buscado.

El agua corría por las paredes de la estrecha entrada, humedeciendo el ambiente. Al pasar a través del oscuro hueco, escucho el familiar eco de la cascada. Mientras avanzaba hasta la luz, tenues gotas de agua pulverizaba caían sobre su rostro. Era la primera vez que la veía con

los ojos abiertos. Olan siempre se los cubría para no mostrar el camino, y de esa forma, salvaguardar aquel magnífico lugar.

En ese preciso instante, la preciosa y conocida cueva blanca se abrió ante sus ojos. El ambiente volvía a ser cálido y exquisito. Ammie dejo caer la capa al suelo. Las estaciones se desvanecían en su interior, sumiéndolo todo en una eterna primavera. Se dejó llevar por el aura mágica y envolvente que rodeaba el extraordinario lugar, permitiendo que se apoderara instantáneamente de todo su ser. Sintió un electrizante y familiar cosquilleo sobre la piel a media de avanzaba.

El tenue sol se filtraba furtivamente a través de la enorme bóveda hasta el centro, iluminando el pequeño y forzoso bosque. Parecía estar todo intacto e igual que ultima vez que lo vio. Pero ahora pequeñas florecillas blancas nacían sobre el intenso musgo verde alrededor de la efigie de Heimdall.

Se acercó lentamente arrodillándose a los pies de la misma. Observando la efigie, dejo que su mente la transportara de nuevo a los brazos de Olan. Necesitaba sentirlo, escucharlo y tocarlo, para saber que estaba bien. Llevaba tanto días sin ver sus hermosos ojos azules y sin aspirar su aroma a sándalo y almizcle que sus sentidos amenazaban con olvidarlo. No quería relegar su recuerdo. Deseaba recuperarlo de nuevo a cualquier precio. Era extraño, pero en aquel místico lugar la esencia de Olan vibraba a su alrededor. Lo sentía al cerrar los ojos. Lo sentía crepitar junto a ella como si una profunda conexión uniera sus almas desde allí.

Ammie se estiró sobre el verde llano a pies de la efigie y dejó a sus sentidos surcar el profundo mar azul de los ojos de su amado. Perdió la noción del tiempo justo cuando un tormentoso sentimiento de desazón y tormento se apodero de ella. Con la respiración agitada se incorporo. Temblaban sin razón aparente, mientras un pánico la embriagaba. Algo había ocurrido. Algo terrible amenazaba la vida de Olan. Era la primera vez en semanas que tenía una sensación tan vivida en su interior. Sentía el mismo desaliento que embargaba a Ælla. La angustia se apoderó de ella arrebatándole el aire, mientras un fuerte dolor en el costado la asaltaba.

Las agudas punzadas la hicieron sisear y doblegarse sobre sí misma. Presionó con ambas manos su costado para amortiguar la súbita agonía. ¿Qué estaba ocurriendo? El dolor se extendía como ondas por todo su cuerpo. Pero ese mal no provenía de su cuerpo. No era suyo ese tormento. Sino de Olan.

Intentó recuperar el aliento y aguantar el dolor pero la intensidad la abrumaba. Se colocó de rodillas con la cabeza sobre sus piernas

abrazando fuertemente su torso. Respiró hondo a la vez que las lágrimas asaltaban sus ojos. La impotencia bajo la inevitable agonía de Olan la destrozaba. La inquietud y la impotencia de no poder ayudarlo, no le dejaba más opción que gritar.

–¡Por favor devolvédmelo! Lo suplico… –rogó con un hilo de voz presa del desasosiego –. Pagare el precio que me pidáis… Pero necesito que Olan vuelva sano y a salvo a casa.

Ammie sollozaba ante el profundo dolor. Intentando recuperar el aire de sus pulmones, se incorporó ante la pequeña fuente. Un fino hilo de agua caía del cuerno de Heimdall y mojándose las manos se enjugó el rostro transfigurado por el dolor. En ese preciso instante, su mente se sumergió en un profundo trance. Su cuerpo se tornó ligero como el aire y el dolor dejó de atormentarla antes de que todo se sumiera en las tinieblas.

Despertó al sentir el agua y la tierra sobre sus pies. Estaba en una gran playa de arena blanca extrañamente familiar. Llevaba un largo vestido rojo como la sangre. Sus cabellos caían sueltos movidos por la brisa marina y sus pies estaban descalzos. Todo estaba sumido en una sutil calma. Las olas de la playa golpeaban el rompeolas con fuerza. El mar estaba enfebrecido y el cielo gris amenazaba con la tormenta.

–Yo conozco este lugar… –murmuró para sí misma.

Estaba en Iona. En el reino de su padre sobre su blanca playa ¿Cómo había llegado hasta allí? Una suave y penetrante voz se coló en la brisa de las olas.

«Únicamente el mar te devolverá a tu amado, a cambio de tú sacrificio…

Únicamente el mar te devolverá a tu amado, a cambio de tú sacrificio….»

La voz repetía esas palabras una y otra vez incesantemente. Ammie se detuvo y miró al horizonte. La voz provenía de allí.

–Si me lo devolvéis… –musitó al viento–. Haré cualquier cosa que me pidáis.

La voz dejo de resonar a su alrededor. Y el mar se calmó dejando la palabra “sacrificio” grabada en el aire.

Sin pensarlo se encamino a las grises aguas. Sintió la fría mar rozar sus pies, pero no se detuvo. Cada vez el agua la cubría más y más, pero continuó avanzando hacia el horizonte sin pensarlo. Se dejó llevar por el balanceo del mar, hasta que su cuerpo quedó sumergido por completo bajo las heladas aguas.

La mar estaba turbia y movía pero vio algo extraño en el fondo. Algo

flotaba bajo la mar. Ammie se sumergió y trato de alcanzarlo. ¡Era un hombre! Lo agarró con fuerza y lo subió a la superficie sosteniendo su torso. En ese momento fue consciente de quien era. ¡Por todos los dioses era Olan! Todo su cuerpo quería gritar de alegría y maldecir a la vez.

Consiguió sacarlo del agua y a pesar de estar cansada y exhausta, su corazón latía precipitadamente por él. Al llegar sujeto su cuerpo entre sus brazos. Su hermoso rostro estaba demacrado y pálido y de su costado manaba la sangre de una profunda herida. Justo encima de la marca de *aegishjalmur*. Su piel estaba fría como el hielo y no respiraba.

No podía ser, los dioses jugaban con atormentar su alma con su muerte.

–¡Ese no era el trato! –gritó al cielo. –Dije que haría lo que fuera por él…

Una fuerte oleada de furia y tristeza la embargó inundando sus ojos de lágrimas.

–Olan despierta… –suplicó cubriendo su herida–. Despierta… –Acunó dulcemente su cuerpo inerte contra su pecho y comenzó a tararear una canción.

Ammie meció el cuerpo de Olan durante mucho tiempo hasta que un rallo de sol iluminó su alrededor súbitamente. Sin dejar de cantar, miró con desconfiada al cielo. El sol calentaba su pálida piel mientras se abría entre las grises nubes. La brillante luz iluminando la extensa playa de Iona y calentando todo a su alrededor. Ante el contacto del sol la arena se torno blanca como la nieve y el mar se calmo recuperando el intenso color azul.

La piel Olan adquirió su dulce color miel entre sus brazos y sus mejillas recuperaron la luz. Al posar la mano dulcemente sobre su mejilla. Olan abrió los ojos.

Capitulo 18

El movimiento acompasado de pasos de caballos y las ruedas de una carroza bajo su cuerpo despertó a Olan. Poco a poco abrió los ojos y vio donde se encontraba. Sentía un agudo y lacerante dolor en el costado que le arrebataba el aire. Se agitó por la rabia, pero sus manos estaban atadas al igual que sus pies. ¡Maldición! Habían sido capturados por el enemigo. Estaba en un carro de esclavos que pasaba a través del tortuoso terreno del bosque.

En ese momento reparo en que no estaba solo y miró a los hombres que lo rodeaban. Todos habían sido despojados de sus armas y de parte de sus ropas. Sault y Liam estaban en el mismo lugar que él. Sault estaba inconsciente. Tenía la cara magullada y varias heridas sangrantes por el torso, pero estaba vivo. Liam en cambio, estaba despierto, con la mirada furibunda en la guardia montada que seguía al carro. Al ver los estandartes un escalofrió de ira recorrió su espalda. El intrigado símbolo compuesto de tres espirales gris ceniza. Era el mismo ejército que había atacado por sorpresa en el campo de batalla de Mull. Los mismos que habían matado a su padre.

Con el pie golpeó la pierna de Liam sutilmente. Este se giró para mirarlo. Sonrió al verlo despierto, pero hizo un gesto con la mano para que mantuvieran el silencio. Liam también estaba bastante magullado. Un corte en su ceja manchaba su cara de sangre. Pero ya estaba seca. ¡Por todos los dioses!, ¿Cuánto llevaban viajando? ¿A dónde los llevaban? Olan se acercó a Liam.

–¿Donde nos dirigimos? –susurró.

–No lo sé exactamente… Son soldados del reino de Iona. Creo que no dirigimos allí.

–Como entraron… ¿Cómo?

–Habían pasadizos secretos en la fortaleza. Los usaron para huir de nosotros y días más tarde, para volver y contraatacar.

Olan chasqueó la lengua indignado.

–¿Cuanto llevamos viajando?

–Un día quizá…

–¿Y que se supone que harán con nosotros ahora? –Molesto pasó sus manos atadas por su rostro.

No le gustaba la sensación de estar atrapado como una rata a la

merced de su enemigo.

–Necesitamos salir de aquí. Ya –exigió.

El palo de una lanza golpeó a Olan en la cara son fuerza. Escupió sangre y miró furibundo a su agresor.

–¡Callaos! –gruñó el guardia–. ¡O continuareis el camino a pie! –Olan se enderezó y se limpió la sangre con el dorso de la mano.

El resto del camino lo recorrieron en silencio. Se dirigían al reino del canalla que había matado a su padre. ¡Mejor! Así lo tendré frente a mí para matarlo con sus propias manos, pensó.

Traspasaron colinas, cruzaron ríos y montañas hasta que llegaron al muelle. Los guardias los sacaron del carro a tirones y empujones. Los querían llevar a través del mar con un navío mercante ingles. ¡Y una mierda!

Mientras los subían a través de una rampa. Olan se revolvió contra el que tenía a su derecha. Le asestó un cabezazo que lo desplomó contra el suelo. Seguidamente golpeó fuertemente el pecho del siguiente. Pero un segundo después un fuerte golpe en sus piernas lo doblegó. Aún tenía las manos sujetas y no tenía suficiente agilidad. El mismo soldado que le había gritado anteriormente lo sujeto del pelo.

–¡Ahora veras cerdo apostata! –masculló arrastrándolo a la bodega de carga.

Entre tres, lo encadenaron a las paredes como si fuera un animal. Vio como el más grande de ellos se frotaba las manos.

–Escoria del norte, hoy te enseñaremos modales ingleses.

–¿Quién te ha dicho que quiero aprenderlos? –Olan escupió bravucón.

Los otros dos guardias tensaron las cadenas dejándolo totalmente expuesto al gigante que tenía delante. Acto seguido, un puñetazo tras otro llovió sobre su magullado cuerpo. Olan sangraba abundantemente, pero seguía mirando furibundo a su agresor.

–No eres capaz… de soltar las cadenas… –murmuró tratando de desafiarlo.

–¿Quieres más? –inquirió con sorna–. Tus deseos son órdenes para mi, ¡escoria!

El gigante hizo un gesto con la cabeza a los otros dos. Ambos soltaron las cadenas dejándolo caer sobre la madera putrefacta de la bodega. Ahora tenía las manos libres. Se incorporó ignorando el tremendo

dolor que envolvía su cuerpo.

–¡Si no eres incapaz de ponerte en pie! –Rió mirando a los otros dos.

Olan miró a su oponente y sonrió.

Sin darle tiempo a reaccionar sacudió con fuerza las cadenas de sus muñecas girando sobre sí mismo. Estas golpearon con fuerza la cara del gigante derribándolo contra el suelo. Antes de que pudiese levantarse. Se abalanzó sobre él y empezó a golpearlo una y otra vez con saña y resentimiento.

–¡Nunca debiste soltarme! –espetó rabioso escupiendo sangre al suelo.

Desconcertados los otros dos hombres volvieron a estirar las cadenas a cada lado de él deteniéndolo y dejando su cuerpo pendiendo de ellas.

–Corred… tanto como podáis –bramó al verlos salir con el gigante a rastras–. Porque nada os librará de nuestra furia.

Esas palabras fueron las últimas antes de sumirse en la inconsciencia a causa del dolor.

****

Ammie se despertó con la cabeza apoyada en la fuente de Heimdall. Su mano rozaba la superficie de las transparentes aguas. El lugar ahora estaba sumido en la oscuridad. La noche había caído en el exterior y únicamente la luz de la luna alumbraba el bosque. Aturdida saco la mano del agua y trato de recordar lo ocurrido. Un instante después las imágenes del sueño la asaltaron. La preciosa playa de arena blanca, el mar y el cielo gris y Olan… Fuera como fuese su intención era ir a Iona y corría un grave peligro intentando tal locura. O posiblemente ya estaba allí. Un escalofrió le recorrió la espalda.

Debía cruzar el mar cuantos antes y advertir a Olan del gran error que estaba a punto de cometer. Estaba en peligro. Algo en su interior la avisaba y la advertía de la amenaza que suponía Iona para Drone. Su pequeña isla era un hervidero de soldados y mercenarios dispuestos a luchar. Y todos comandados por su padre, empeoraba las cosas.

Se levanto rápidamente del suelo y salió corriendo a través de la gran cueva. Cogió su capa del suelo y la coloco alrededor de su cuello antes de salir.

El bosque estaba oscuro como la boca de un lobo. Silenciosamente subió a lomos de Asgard sin dejar de mirar a su alrededor.

–Llévame a casa junto a Ælla preciosa –susurró en su oído acariciándole la crin.

Sostuvo las riendas con fuerza y el animal salió a galope a través del

espeso bosque dejando atrás el lago. Miro al cielo y vio la gran luna decreciente que se alzaba sobre el sombrío bosque. La niebla que provocaba la nieve, creaba una espesa bruma que nublaba la vista y emborronaba el camino. Era difícil traspasar el frondoso paramo oscuro. Los arboles dibujaban figuras fantasmales y el frio lo envolvía todo en un manto de hielo. Estaba empezando a nevar y los pequeños copos de nieve caían sutilmente sobre la noche. Asgard era veloz como el viento y llegarían a Drone rápido. Pasaron el rio helado y descendieron la colina. Aminoro el paso ya que la nieve frenaba su avance y la hacía vacilar. No podía dejar que el animal sufriese daño alguno y continuaron el camino más lentamente.

En ese preciso instante que diviso la aldea su corazón le dio un vuelco al escuchar el profundo aullido de un lobo. Asgard se revolvió sobre las riendas y aligero el paso. El animal tenia tanto o más miedo que ella. La escalofriante noche era traicionera y tan solo contenía peligros.

Al llegar cabalgó por las solitarias calles nevadas hasta el establo y dejo a Asgard descansar. Sin pensarlo se dirigió a casa de Ælla por el camino central del pueblo. Se paro ante la puerta y respiro hondo para serenarse. No sabía por dónde empezar. Tras dar dos toques en la puerta la abrió y se asomo al interior. El ambiente era cálido y silencioso. Pasó a través de la primera sala hasta el gran salón, y allí vio a Ælla frente al fuego como cada noche. Antes de que pudiese seguir avanzando Ælla habló.

–¿Dónde has estado? Te he estado buscando. Y a mi caballo también. –Su voz destilaba tristeza.

Ammie avanzó unos pasos hasta llegar a ella.

–Necesito hablar contigo Ælla.

–¿Por qué estas nerviosa?

–Es… sobre Olan. –Ælla apartó la mirada del pañuelo que tejía para mirarla.

–Hoy ha venido uno de nuestros enviados de Mull.

Posó la mano a su derecha, indicando que se sentara a su lado.

–¿Y que ha dicho?

El rosto de Ælla estaba sumamente afligido por alguna razón que ella desconocía.

–Trajo malas noticias…

–Malas… –repitió con un hilo de voz.

Sintió que su corazón se encogía dentro de su pecho mientras Ælla comenzaba a llorar. Quizá ya era demasiado tarde para advertir del peligro.

–Ælla explícame… ¿Qué ha ocurrido?

El cuerpo de Ælla temblaba como una hoja al viento. Ammie la abrazo con fuerza mientras ella desconsoladamente dejaba que sus lágrimas fluyeran.

–Mi amado esposo… Ahora reside junto a Odín. –Logro decir entre silenciosos sollozos.

–O dios mío –murmuró cubriéndose los labios con la mano. –Y Olan… ha desaparecido… El enemigo lo capturó.

Ammie había presentido lo que había ocurrido esa tarde, había sentido el punzante dolor y lo había visto en su sueño. Olan solo podía estar en un lugar. Iona. Los dioses se lo habían mostrado claramente. Aún no era demasiado tarde para enmendar parte del dolor.

–¡Ælla necesito que me escuches! – Cogió la delicada cara de Ælla para que la mirase a los ojos. Su bello rostro estaba bañado en lágrimas–. Hoy en el bosque ha ocurrido algo…

–Los dioses te han venido a ver a ti también ¿Verdad?

Ammie sorprendida afirmó con la cabeza lentamente.

–He estado en la cueva. Y a los pies de la efigie de Heimdall tuve un sueño. –explicó–. Ælla, en una conocida playa bajo un cielo gris y un mar en calma, vi emerger a Olan...

–…Vestías un hermoso vestido rojo y caminabas por una extensa playa de arena blanca –prosiguió Ælla.

Ammie no salía de su asombro. No podía creer lo que sus oídos estaban escuchando. Ambas habían tenido el mismo sueño.

–¿Lo viste? ¡¿Estabas allí?!

–Lo vi emerger del mar, al igual que tú, Ammie. Vi como tus brazos sacaban del mar el cuerpo inerte de mi precioso hijo. Y vi como tus manos lo devolvían a la vida… –Enjugándose las lágrimas continuó–. Pero no logro encontrar el sentido al sueño. Es un misterio para mí.

–Ælla ¡Mírame! –ordenó–. Yo, sí le veo el sentido. Sé dónde encontrar a Olan. –Los ojos de Ælla se abrieron aun más si era posible. En ellos por fin brillaba un hilo de esperanza. –Se como devolverlo a casa –continuó–. El sueño en la cueva, me mostro el lugar donde encontrarlo.

–Invocaste a Heimdall… –expresó sorprendida–. *“Si un alma pura y certera, con una razón certera y de puro corazón solicita la audiencia con los dioses en el momento idóneo, se le concede”* Y ellos te la han concedido, mostrándote lo que querías ver.

Cogiendo su mano continuó sin dejar de mirarla fijamente.

–Ammie, solo espero que puedas cumplir con tu parte del trato. No puedes fallar, o su ira recaerá sobre ti.

–Sacrificaría lo que fuera por él –susurró con el corazon en un puño–. Pero necesito tu ayuda.

–¿Que necesitas?

–El tiempo y los dioses no están a nuestro favor a la vez. Así que debo partir a Mull cuando antes.

Ælla se levantó rápidamente y cogiendo su capa, salió de la casa. Ammie la siguió entre la espesa capa de nieve del exterior. Se encamino al muelle en dirección a la caseta de los constructores. Al llegar allí ambas se pusieron frente a la puerta y Ælla picó fuertemente. Al poco rato escucharon un ruido en el interior y la puerta se abrió. Los ojos de Einarr se abrieron totalmente al ver quien estaba frente a su puerta a esas horas de la oscura noche.

–Pasad. –Accedió instantáneamente haciendo un solemne gesto con la mano dejándolas entrar. –¿Que os trae aquí a estas horas de la noche?

–Necesito que prepares un drakkar Einarr. Esta misma noche.

–Esta noche… –repitió sorprendido.

–Esta noche –confirmó–. Mi hijo, tu rey está en peligro. Y ella es la única persona que puede encontrarlo.

Einarr sorprendido accedió absorto con la cabeza, a la vez que se colocaba la capa.

–En el muelle oeste hay uno preparado. Solo falta cargarlo de provisiones y armas.

–¿Cuánto tiempo necesitas?

–Poco –afirmó Einarr dirigiéndose a la puerta–. Avisaré a más hombres y antes del amanecer el drakkar estará surcando mar abierto con ella abordo.

Tal y como Einarr había prometido, antes del amanecer el drakkar estaba en alta mar con ella abordo. Allí hacia un frio espantoso y el movimiento del barco revolvía su estomago haciendo que se sintiera mas enferma que nunca. Sigurd, el hermano de Einarr, capitaneaba el

barco y otros diez hombres remaban para mantener el rumbo y coger velocidad. Quedaban al menos dos días de travesía. Ammie rezó a todos los dioses existentes para divisar tierra cuanto antes. Necesitaba llegar a las costas de Mull y la impaciencia la reconcomía y torturaba por dentro.

****

¿Cuando llegaron los rehenes? –espetó molesto el conde Lorrick–. ¡Porque no se me aviso tras su llegada!

–Señor, era muy tarde y ya estaba en su recamara para entonces. –La voz del guardia tembló.

–¡Tan solo estaba descansando! Podríais haberme avisado. ¿Por qué me tengo que enterar de todo un día tarde? ¡Inútiles!

El soldado bajo la cabeza tanto que su barbilla casi toco su torso. Realmente Lorrick McLeod era temible disgustado.

–Traedme a los prisioneros ¡Ahora! –ordenó furibundo.

Varios soldados abandonaron el salón de trono en dirección a las celdas de la pequeña fortaleza. Lorrick miro a Connor con semblante orgulloso.

–Te dije que todo saldría a pedir de boca –Su voz estaba llena de orgullo y perversión–. Pronto recuperaras tu lugar en tu reino. Y espero obtener mi recompensa.

–Tenlo por seguro McLeod. Tu lealtad hacia mi reino será recompensada –confirmó pensativo–. Pero a su debido tiempo.

En ese momento su guardia irrumpió en el salón, con los cinco hombres. A varios de ellos los traían arrastrando los pies. El semblante orgulloso de McLeod se borró. Dos de ellos estaban destrozados. Habían sido golpeados en tantas ocasiones que su cara y su torso era un baño de sangre. Los otros estaban magullados, pero al menos caminaban y se podían tener en pie.

–¿Estos son los rehenes Daryl? –El jefe de la guardia vaciló ante la sombría pregunta. Antes de que pudiera responder Lorrick continúo. –¡Esto son hombres moribundos!

El rugido resonó en las paredes de la sala. Lorrick agarro al jefe de su guardia y lo acerco a la cara del que parecía estar peor.

–¿Crees que sobrevivirán antes de poder negociar con ellos?

El chico frente a él estaba tan demacrado y herido que si no lo atendían, en menos de un día moriría.

–O este ¿Crees que sobrevivirá? –preguntó rabioso.

Soltó al guardia bruscamente. Este se mantuvo en la misma posición unos segundos y luego se enderezo lentamente.

–Me dijeron que habíais apresado al rey ¿Cual es?

Daryl señaló al segundo rehén. Su estado era pésimo. Lorrick hizo un gesto con la mano para que lo alzaran. El hombre gruño entre dientes a causa dolor al levantarlo del suelo. Lorrick se acerco especulativo al maltrecho prisionero. Era un hombre joven, alto y fuerte, pero demasiado herido como para defenderse. Tenía los ojos azules fijos en él y su semblante era rabioso y letal. A pesar de su lamentable estado, seguía siendo peligroso.

–¿Tú eres el rey de tu clan? –El hombre lo miro y escupió despectivamente a su lado. Sus ojos seguían desprendiendo fuego e ira. No había ni rastro del miedo, tan solo ira.

Lorrick lo miró desafiante.

–No deseo que mueras aún… –prosiguió sombríamente–. Tengo mejores planes para ti. –Girando sobre sus pies, continuó– ¡Lleváoslo! Y que Doreen se encargue de él. Que lo cure y lo alimente. ¡Un rey muerto, no tiene valor!

Olan vio como el rey ingles y giraba sobre sus talones dándole la espalda y hacia un gesto con la mano para que se los llevaran de su vista.

Tal y como el cuervo gris ordeno, él y sus hombres fueron enviados de nuevo a aquel agujero inmundo y maloliente de la fortaleza. Pero esta vez separados. Todos y cada uno de sus hombres en una celda diferente. Los estaban separando estratégicamente varias celdas entre ellos. A Sault y Liam los arrastraron varios soldados hasta el final del estrecho y oscuro corredor. Lo estaban dejando solos e incomunicados. Resopló y tiró la cabeza hacia atrás apretando los dientes por el dolor. Las punzadas de su herida dorsal eran sumamente lacerantes y le robaban el aire de los pulmones.

Permaneció con los ojos cerrados, hasta que escuchó como una puerta se abría y unos suaves pasos se acercaron a su celda. Frente a ella se detuvo mujer con una capa gris clara. Y justo detrás de ella, un guardia abrió la celda y la dejo entrar. Olan encogió las piernas alejándose de la extraña mujer. ¿Quién era? ¿Qué hacía allí? La mujer destapó su capa, dejando a la vista sus blancos cabellos. Su rostro estaba envejecido por la edad, pero sus pálidos ojos estaban llenos de pura bondad. Olan dejó caer las piernas de nuevo. Era inofensiva, pensó.

La mujer se sentó sobre sus propias rodillas, muy cerca de él. Abrió un paquete y sacó de él múltiples ungüentos. Iban a curarlo, gracias a los dioses, pensó. La anciana extendió las manos hacia él y Olan levantó el brazo mostrándole la espantosa herida. La mujer examino el profundo corte de su dorso y antes de hacer nada más, le tendió un cuenco. Olan bebió el contenido del recipiente sin mirar.

–¿Qué es? –Ese familiar y agrio sabor le hizo protestar.

–Un brebaje. Te ayudara a soportar el dolor.

Confiado bebió lentamente la agria infusión mientras la mujer limpiaba y curaba su herida. Ese olor… Ese aroma a plantas curativas le recordaba a algo muy preciado y querido. A su preciosa Ammie. Perdió la noción del tiempo en el momento exacto en el que dejó que sus pensamientos volaran en dirección a la única persona capaz de calmar y apaciguar su alma. Cuanto la echaba de menos, pensó. Quizá no volvería a verla nunca más. Pero hasta el último de sus días viviría junto a él, en su corazón. Recordó sus delicadas manos curándolo, sus labios besándolo, sus caricias y su dulce voz musitándole palabras de amor. ¡Por todos los dioses! La necesitaba como el aire en su pecho.

Torció el gesto y siseó al sentir una aguda punzada. La anciana ya estaba vendando la herida y el dolor había amansado y menguado reconfortantemente a pesar de los latigazos esporádicos. Volvió a cerrar los ojos ignorando la quemazón y recordó la última vez que vio el precioso y perfecto rostro de Ammie en el muelle. Estaba tan hermosa. A pesar de lo ocurrido, no se arrepentía de haberla besado ante su padre y ante todos. Estaba orgulloso de ella. La amaba con todo su corazón.

Sumido en su memoria recordó algo más del día de su partida. Metió su mano dentro de la casaca abierta y sacó el pañuelo púrpura. Miro el pequeño trozo de tela con las iniciales y aspiró su suave perfume a lilas. La mujer dejó de vendar la herida súbitamente, y clavó su miraba en el pañuelo. Sus ojos estaban fijos y atónitos en él, como si hubiese visto antes. Como si lo reconociese.

Finalmente miró a Olan y temerosa preguntó.

–Joven, ¿Puedo verlo?

Olan dudo unos segundos, pero le entrego el pequeño trozo de tela. Vio como sus envejecidas manos repasaban delicadamente las iniciales bordadas. Los pálidos ojos de la anciana se entristecieron repentinamente. ¿Era posible que reconociera la prenda? ¿Cómo era posible?

–Que ocurre… ¿Reconoce este pañuelo? –preguntó cautivo de la

curiosidad.

La mujer asintió lentamente con la cabeza antes de contestar.

–Ammilie McLeod de Duart…

Olan se quedo petrificado al oír por primera vez el nombre completo de Ammie. ¿Por qué le resultaba tan familiar ese apellido? ¿Y cómo la conocía esa mujer? Era imposible, el lugar donde habían encontrado a Ammie a una larga distancia de donde se encontraban ahora. Tal coincidencia debía ser fruto de la casualidad. Pero los labios de la anciana sabían perfectamente lo que decían y sus ojos lo que veía.

–¡La conoces! –Olan la cogió del brazo desconcertado– ¡¿Cómo es posible?!

La reacción fue tan brusca que la mujer se asusto y se aparto rápidamente de él.

Sin dudar, envolvió el manto con los ungüentos y traspaso la puerta a toda velocidad. Olan preso de la impotencia vio como la mujer se marchaba apresuradamente. Resopló abatido. ¿Cómo era posible que esa mujer la conociera? Y ese apellido… Ammilie McLeod de Duart. Siguió cavilando la extraña relación entre ambas mujeres durante mucho rato, tanto, que olvido el dolor de sus heridas.

Capitulo 19

–¿Cómo ha podido ocurrir…? –Se preguntaba una y otra vez Dregk mientras reseguían las pistas.

–Los pasadizos se quedan a medio camino. Tan solo son una vía de escape –añadió Phorum–. El resto del camino, lo hicieron a caballo. Hay marcas de varias carrozas atravesando el bosque, pero su pista se disipa al llegar al muelle…

Dregk estaba frenético y profundamente cabreado, dando vueltas de un lado al otro. Su rey, y su mejor amigo, habían sido secuestrados en plena noche y lo único que tenían era tres soldados enemigos muertos con el extraño escudo gris cenizo. El mismo que poseía el enemigo que los sorprendió en la batalla.

–¿Hacia dónde navegaron?

–No lo sabemos. Perdimos su rastro en el horizonte.

–¡Maldita sea! –gruñó.

–Dregk cálmate. Si entraron en plena noche a hacer rehén a nuestro rey, pedirán algo a cambio. Es demasiado valioso.

–Que sugieres Phorum ¿Que esperemos? –espetó incrédulo.

– Así es. Tenemos que ser pacientes.

–¿Sabes lo que hacen con los apostatas aquí? –masculló sombríamente Dregk–. Los cuelgan de una cruz, Phorum. Los cuelgan con dos clavos y los dejan morir bajo el sol. ¿Y tú me sugieres que espere? ¿Quieres deje morir a mi hermano en una cruz?

Un segundo después, escucharon los sonoros pasos de alguien subiendo las escaleras. El joven Kellan apareció corriendo a través de los pasillos en dirección a ellos.

–Una embarcación… Un drakkar se dirige a la bahía y esta apunto de desembarcar –desveló con la respiración entrecortada de correr.

Antes de que el drakkar tocara tierra Dregk, Phorum y una docena de hombres más se apostillaron en la orilla. La gran vela del águila roja ondeaba imperiosa al viento.

Poco después Dregk vio un pequeño bote que se acercaba a la costa. En él había una mujer. Su cuerpo era demasiado pequeño y sus

movimientos demasiado delicados para tratarse de un hombre. En cuanto el bote toco la orilla, Dregk reconoció a Sigurd y le ayudo a arrastrar el bote tierra firme. Tendió la mano a en dirección a la mujer que llevaba una gran capa que cubría su rostro y cabellos. En el momento que esta toco tierra, se la deslizó hacia atrás dejando expuesto su rostro y sus cabellos rubios como el oro. Dregk se sorprendió al reconocer a Ammie ¿Qué hacía allí? Su cuerpo temblaba por el viaje y sus ojos reflejaban una profunda angustia.

–Un largo viaje para una mujer. Bienvenida.

–Necesito ir a la fortaleza Dregk. Tengo que ver algo.

Dregk asintió sin decir una palabra. Ammie sabía algo que él desconocía y la mujer hablaba demasiado segura como para negarse a su petición. Le ofreció una montura y nada más subirse, salió disparada a galope sin dejar que los hombres pudieran reaccionar. Todos la siguieron rápidamente a través del bosque. Ammie cabalgaba por aquel lugar como si ya lo conociera. Como si supiera el camino directo a la fortaleza.

A cincuenta pasos, Ammie tiro de las riendas con fuerza. El caballo se detuvo bruscamente. Sus ojos no podían creer lo que estaban viendo. La macabra imagen de la guerra se extendía a su alrededor recreando el infierno. La nieve cubría los cuerpos muertos y congelados de cientos y cientos de hombres alrededor del llano. La sangre aún manchaba la blanca nieve creando manchas rosadas en la superficie. Cientos de hombres abandonados a su suerte, sin poder encontrar el camino al más allá. ¿Cuántos habían pagado con su vida por esa venganza?

Escuchó un caballo a su lado y desvió la mirada de la tétrica imagen.

–Y el infierno se congeló ante la furia de los hombres… Tiñendo de rojo sus manos y de negro su alma… –recitó entristecida.

–Un precio justo para el honor –rehusó orgulloso.

–Honor… ¿Y ahora donde esta vuestro rey? –Tras esas palabras, espoleó el caballo en dirección al reino.

Al llegar las grandes puertas de madera se abrieron para dejarlos pasar al interior. El pueblo estaba desolado. Ammie cabalgó lentamente a través de él. Recordaba exactamente la última vez que visito Tobermory, pero ahora, su esencia había sido destruida. Pocas casas habían quedado en pie y el resto era pasto de las llamar. Las imágenes del reino antes de la incursión invadieron su mente. En otros tiempos, fue un lugar esplendido lleno de vida y alegría. Pero ahora todo se había reducido a polvo y arena. La cólera de los hombres del norte era

implacable, pensó.

Al llegar a la fortaleza descabalgó con agilidad y entró al interior seguida de Dregk y Phorum. Axecston estaba en el interior, sentado sobre una efigie derribada bebiendo hidromiel. Al verla aparecer se incorporó y dejo de beber. Ammie ignoró su presencia y continúo a través del gran salón. Los hombres se miraron unos a otros sorprendidos por su presencia.

Cuando se cansó de dar vueltas a la fortaleza volvió al salón principal.

–¿Quien os ataco? –preguntó dirigiéndose a los presentes.

–¡Unos bastardos ingleses! –espetó Svern–. Los mismos que tienen a mi hermano.

–Donde están ¿Capturasteis alguno?

Desde el otro lado de la sala se escucho una siniestra carcajada. Todos se giraron para mirar a Axecston avanzar hacia la mujer.

–Los hombres del norte no hacemos rehenes ¡Directamente los matamos, mujer! –Poniendo su cara frente a la suya continúo hablando con su voz fría y profunda. –Aunque tú, tuviste suerte…

Ammie se apartó de la letal y tenebrosa presencia de Axecston. Ese hombre disfrutaba atormentándola.

–Si los habéis matado ¿Donde están los cuerpos? –El hombre rió y despectivamente señaló al exterior de la fortaleza.

–Tomando el sol en el muro este.

Ignorando su sarcasmo se encaminó en dirección al lugar indicado.

Salió al exterior y rodeó la fortaleza, poco después detuvo y contuvo un alarido.

–Santo cielo… –Retrocedió aturdida varios pasos hasta topar con el enorme torso de Dregk.

Los tres hombres capturados estaban clavados en estacas al muro. Ammie bajo la mirada ante la desagradable imagen y poso una mano sobre su boca para no devolver.

–Fuiste tú la que preguntó.

Lentamente subió la mirada y observo a los hombres clavados. Ammie apretó los dientes. Todos portaban la casaca y el escudo color ceniza del reino de su padre. Tal y como ella temía. Su padre había secuestrado a Olan. Tenía que ir a Iona cuanto antes.

–¿Por qué has venido aquí mujer? –preguntó Phorum receloso

mientras la observaba escrutando sus movimientos.

Todos los hombres allí presentes desconfiaban de ella. Debía medir sabiamente sus palabras, porque si hablaba más de la cuenta, era posible que la siguiente persona empalada fuese ella.

–Sé dónde encontrar a vuestro rey –reveló temerosa.

–¡No tolerare ninguna mentira, mujer!

–¡Dregk! –Interrumpió– Puedo encontrarlo y traerlo de vuelta.

–¿Y quien dice que debemos creerte? –espetó Axecston–. Tú eres inglesa y aunque adores a nuestros dioses, no eres de fiar. No creas que puedes traicionarnos y salir viva de esta.

Todos los presentes ovacionaron el comentario y eso la enfureció.

–¡Vosotros no sabéis nada de mí! –Su mandíbula se apretó con indignación–. Yo ¡jamás! traicionaría a Olan.

–¡Pues demuéstralo!

–¿Cómo…? –Estaba entre la espada y la pared.

–Demuestra que podemos confiar en ti, mujer –apostilló mirándola fijamente–. ¡Demuestra que ya no adoras a ese dios tuyo!

Sin pensarlo Ammie sacó el Sax de Ælla del interior de su capa. Miro el brillante filo durante un segundo y con la mano temblorosa se dispuso a cortar la palma de su mano. Lo llamaban "voto de sangre", un pacto sagrado e inquebrantable para ellos. Una promesa con un sello carmesí que jamás podría romperse o el precio a pagar, era la vida. Poso el Sax sobre su palma y cerró los ojos. Antes de poder deslizarlo Dregk cerró su enorme mano sobre la fina y cortante hoja.

–No… – Se lo quitó de las manos y se lo entrego a Phorum.

–El Sax de Ælla…–musitó Phorum mirando la inscripción.

–Ella se lo entregó, por alguna razón. O quizá para demostrarnos algo a todos.

Los murmullos entre los hombres se fueron acallando ante la verdad.

–Si nuestra seid le dio su protección. Quizá merezca un voto.

–Exacto, ella es una más –expresó Dregk con franqueza–. Ælla y Olan depositaron toda su confianza en ella, desde un primer momento, por alguna razón. Y ahora ha cruzado medio océano, para demostrar que es uno de los nuestros y demostrar su lealtad.

Phorum asintió con la cabeza.

–Habla mujer, ¿dónde está mi rey? Yo y todos estos hombres te

seguiremos al mismísimo infierno de Niflheim para recuperarlo.

–En el reino de Iona –Su voz rehilaba–. Esta una isla vecina a poca distancia de aquí.

–¿Y cómo lo recuperaremos? ¿Luchando otra vez? –espetó Axecston incrédulo.

– ¡Luchare en una y mil guerras por el rey Axecston! ¿¡Acaso tu no!? –gruñó Dregk.

– ¡Calmaos! –exclamó Ammie–. No será necesario verter más sangre. Yo tengo algo que ofrecer a cambio. Algo que no podrán rechazar.

–¿El qué? ¡Muéstralo a todos!

–No puedo… –murmuró arrastrando las palabras–. Es demasiado valioso como para revelarlo. Lo haré, pero a su debido momento.

–Sea lo que sea llévalo contigo –apostilló Dregk con franqueza–. Y yo te acompañare al reino de Iona.

Desvió la mirada a la horda de guerreros.

–¿¡Quién más me acompaña!? –bramó.

Los hombres se agitaron ante la pregunta. A esas alturas ya eran cientos los que los rodeaban. Tras un momento de silencio y confusión, Phorum dio un paso al frente.

–Cuenta con mi vida y mi lealtad.

–¡Cuenta conmigo también! –Se escuchó entre la multitud.

Por detrás de él se empezaron a alzar manos entre la multitud, cada vez mas y mas. Ammie sintió un relámpago de emoción. La gran mayoría de los guerreros de Drone partirían a buscar a su rey a la pequeña isla. La hermandad de estos guerreros era digna de admirar.

–¡Por nuestro rey! –rugieron todos.

A la caída del crepúsculo sobre Tobermory, los tres drakkar estaban listos para navegar. Extendieron las enormes velas rojas con el águila de sangre y partieron al nuevo reino.

Durante el viaje el océano se mantuvo en calma. Todo se sumergió en el silencio del mar y la noche. Únicamente se escuchaba el reconfortante sonido del oleaje. La fría brisa congelaba el barco, creando pequeños cristales helados a su alrededor. Ammie aprovechó la oscuridad y con el pequeño y afilado sax, cortó un mechón de pelo de su largo cabello rubio. Lo colocó en una pequeña bolsa

aterciopelada color escarlata y la guardó.

Alzó la vista y en la proa del barco, a poca distancia de ella, vio a Dregk. Esa noche no era la única que no era capaz de conciliar el sueño. Silenciosa y despreocupadamente, se acerco a él colocándose a su lado. Ambos observaron como la embarcación surcaba el mar velozmente.

–¿Vamos en la dirección indicada?

–Así es –confirmó pensativo–. ¿Cómo es ese reino?

Dregk estaba preocupado, pero no menos que ella.

–Iona es una isla pequeña y la regenta un buen rey llamado Lorrick McLeod –explicó–. El poder de ese reino no reside en el oro y las joyas. Sino en su milicia. Es un lugar muy bien protegido.

–Como de grande es su ejército.

–Por cada aldeano, hay tres soldados. –Dregk resopló angustiado.

–Si es así… ¿Crees que podremos vencer?

–Ya lo he dicho. No quiero una guerra.

Sabía perfectamente que él no descartaría fácilmente la opción de luchar por su rey. Cualquier opción era viable, incluso entregar su vida a cambio.

–Necesito pedirte una cosa Dregk. Que hagas algo por Olan…

–Haré lo que sea por mi rey.

–No tengo dudas, por eso recurro a ti –Una liviana sonrisa de orgullo ilumino su rostro–. Necesito que prometas que cuando toquemos tierra y recuperes a Olan. Te lo llevaras lejos de allí… Pase lo que pase, ocurra lo que ocurra en el reino, prométeme que lo llevaras a casa –su voz se entristecía con cada palabra que sus labios pronunciaban–. A favor o en contra de sus deseos, debes llévatelo de allí ¿Lo harás?

–Lo prometo por el mismísimo Odín. –Ammie respiro aliviada.

Sabía que ocurriera lo que ocurriese Dregk cumpliría su promesa de guiar a Olan de nuevo a su hogar.

****

McLeod se despertó temprano esa mañana, sus demonios interiores no le habían dejado dormir. Tenía un mal presentimiento que reconcomía su juicio. Había ido a confesarse a la capilla del sacerdote Dorian, pero aun y así, seguía inquieto y nervioso. Esa mañana ni las

palabras del cura habían reconfortado su alma. La alianza con Connor Wood pendía de un hilo. Si no lograban atraer a los vikingos a sus costas, su plan fracasaría.

Escuchó como alguien abría la puerta sin picar.

–¡Buenos días! ¿Qué ocurre? ¡Tienes la cara como una pasa de preocupación! –Espetó Connor jocoso a la vez que entraba al salón y salía a la terraza junto a él.

Hoy no estaba de humor para aguantar su funesto humor. Nunca sabía lo que su mente estaba cavilando. Era un hombre extraño y voluble, que carecía de honor e integridad. Ambicionaba la guerra, pero no luchaba en ella. Adoraba a su pueblo, pero lo mataba de hambre. Todo un enigma para él. Pero por más que lo detestara, debía conseguir ser su mano derecha. Lo único importante era su alianza y el poder que obtendría con ella.

–Nada, tan solo observaba mi reino –mintió a sabiendas–. Cada mañana lo hago. Desde aquí, admiro mi isla y sus calmadas costas.

–Y mientras tanto ¿No quieres ir de caza?

–¡Salimos ayer! Que pretendes, matar a todos los animales del reino.

Ambos hombres rieron ante el comentario.

Un guardia entro a la sala y señalo al horizonte

–Mi señor, dirección Noroeste.

Lorrick se giró y miró en la orientación indicada. Ambos hombre pusieron sus ojos sobre le extenso mar. A lo lejos se veía un navío... o dos.

–¿Crees que son ellos?

–¡Preparad al ejercito! Quiero estar listo para cuando lleguen.

Connor tenía la mirada fija en el mar.

–Son cuatro grandes barcos, con la vela roja del águila –confirmó–. Los mismos hombres del norte que atacaron mi reino por sorpresa.

–Hoy es el gran día Wood. Prepárate para un día esplendido.

Los hombres salieron de la sala a toda prisa. Debían prepararse para una dura negociación y en el peor de los casos, prepararse para la batalla. Todo el reino se puso en alerta. La capacidad de negociación la tenían ellos, pero la decisión de luchar estaba en sus manos. Los hombres que surcaban el mar en dirección a la costa este de Iona, tenían la última palabra.

****

Justo cuando el amanecer colmaba el mar por el este Ammie vio de nuevo su hogar. La hermosa isla seguía siendo un lugar de agri-dulces recuerdos para ella. Los últimos años su padre había cambiado mucho, ya no era el mismo, la ambición lo había corroído por dentro. Realmente no lo echaba de menos. Había sido capaz de vender a su única hija al mejor postor a cambio de "poder". Pero sabía que el sacrificio de hoy, devolvería parte de la felicidad a Drone. Era su deber hacerlo. Salió de sus pensamientos al sentir unos sonoros pasos sobre cubierta. Eran Dregk y Svern.

–Debemos desembarcar por la playa este. Es la más cercana al reino.

Dicho esto, Ammie se asomó por estribor tratando de coger aire. Puso la mano sobre su alborotado estomago y respiro hondo.

–¿Te encuentras bien? –preguntó Svern.

El zarandeo durante horas y horas del barco hacia que se encontrase mal y cada vez peor.

–No, odio viajar en barco…–Ambos rieron.

–Mastica esto –Ammie cogió las pequeñas hojas y las olió.

–¿Hierbabuena? –dedujo instantáneamente.

–Te harán sentir mejor. Mi hermano las usaba cada vez que salíamos a la mar.

–Gracias, Svern.

–¿Y ahora qué? ¿Nos darán la bienvenida? –preguntó Dregk con sorna.

–Algo parecido –contestó Phorum–. En cuanto lleguemos, nos dirán que quieren.

Ambos asintieron desconfiados del enemigo.

Poco después ya estaba subiendo sobre el pequeño bote que los llevaría por fin a tierra. Deseaba tocar tierra cuanto antes y el ansia la corroía. No había podido ni comer, ni beber, durante toda la travesía.

Tharum remaba y guiaba la pequeña embarcación dirección a tierra. En cuanto toco la orilla saltó de la embarcación y se dejó caer de rodillas en la tierra. Era realmente reconfortante sentir la arena bajo sus pies. Por fin podría comer y beber sin temer por su estomago

–Por fin… –suspiró tocando la suave arena.

–Montaremos aquí un pequeño campamento –ordenó Dregk–. ¡Venga debemos descargar los barcos cuanto antes!

Rápidamente los hombres se dispusieron a descargar todo lo necesario para pasar allí los próximos días. Ammie no había reparado en la cantidad de hombres que habían partido de Mull. Había más de cien hombres preparados para la guerra. Una contienda que jamás sucedería, pensó. Al menos si ella lograba evitarla.

En poco tiempo la playa estaba asediada por completo de tiendas y multitud de guerreros. La instalación del campamento estaba totalmente terminada. Sobre ellos se alzaban largas columna de humo en dirección al cielo. Todos aquellos hombres sentían una inconmensurable devoción por su rey. Eran capaces de entregar su vida a cambio de la suya. Recuperar a Olan era su única prioridad. No podría soportar que sufriese daño alguno a manos de su propio padre. ¡Que los dioses la escuchasen! Por el bien de todos, Olan debía seguir con vida.

Al escuchar la alarma y el revuelo entre los guerreros se aproximó al muro. Todos miraban fijamente al bosque, a la vez que desenfundaban sus armas. Varios enemigos sobre sus monturas se acercaban al campamento. Justo al otro lado de la barricada de pinchos se detuvieron. Vio el estandarte color gris ceniza con la espiral de tres puntas de su reino.

Dregk y Phorum ya iban a su encuentro. Sin pensarlo se subió rápidamente a un esplendido caballo blanco y cabalgo junto a ellos. Se detuvieron a pocos metros de ellos. Pero extrañamente no reconoció a ninguno. Esperaba ver al jefe de su guardia Daryl Relish, pero no estaba allí. Quizá había caído en batalla, pensó.

–Somos de la guardia de Iona ¿Venimos a hablar con vuestro líder?

–Aquí estoy. Yo soy el que manda sobre estos hombres, a falta de mi rey –espetó secamente–. Y venimos a recuperarlo a él y a los hombres que hicisteis rehenes.

–Bien. Pero queremos algo a cambio –El afán negociador del guardia era indudable–. Quiero que abandonareis el reino de Mull, liberéis Tobermory y devolváis todo el oro robado.

–Poco se puede hacer ya por el oro –masculló Axecston.

–Pues ahora tenéis menos con lo que negociar…

–Os devolveremos la isla y a todos los prisioneros.

–No es suficiente…

–Tenemos algo mucho más valioso –intervino Ammie deteniendo al guardia.

Todos los ojos se posaron sobre Ammie. Abrió su capa y sacó un

pequeño saco color escarlata.

–No lo abras –apuntó antes de lanzándoselo al guardia–. Entrégaselo a tu rey, Lorrick McLeod. En el interior hay algo muy valioso para él. –El guardia sorprendido ante la firmeza y convicción de la mujer guardo silencio–. Volveremos a negociar muy pronto.

Ammie hizo girar su montura pero antes de irse miro sobre su hombro.

–Pero la próxima vez, quiero que venga Daryl Relish.

El guardia se tenso visiblemente ante sus palabras. Este asintió sin desviar la mirada de la mujer. Un segundo después miró a los hombres y salió a galope a toda prisa.

En cuanto llego al campamento Dregk desmontó su caballo y cuando Ammie bajó del suyo la cogió del brazo bruscamente.

–¡Suéltame Dregk, me haces daño!

La metió bruscamente en el interior de una de las tiendas.

–¡Habla! ¿Qué es lo que nos ocultas?

–¡Nada! Me estás haciendo daño. –Se soltó de un tirón del ajuste de Dregk y se adecentó el vestido con las manos.

–¿Que había dentro de esa bolsa, mujer?

Al enfrentar la mirada de Dregk vio el reflejo de la desconfianza.

–Ya os lo dije. Algo muy valioso –Tanto su voz como su postura estaban a la defensiva–. Lo único que os podría devolver a Olan.

–¿El qué? –Insistió molesto.

–¡Qué más da! Mientras os devuelva a vuestro rey.

–¡Me importa, y quiero saberlo! –espetó–. Tienes mi palabra que nunca lo sabrá nadie… Pero debo y tengo saberlo. ¡Confié en ti! Cientos de hombres están a punto de entregar su vida y necesito saber que no nos has traicionado.

Ammie sintió la punzada de la desconfianza en el pecho.

–Nunca os traicionaría… –Su desconfianza al desgarraba.

–Entonces haz que confié en ti, diciéndome qué había en la bolsa. –Ammie dudó.

Por alguna razón, la reacción de Dregk ante la verdad la asustaba. Pero respirando hondo se armó de valor.

–Había un mechón de mi cabello…–Sus ojos se entrecerraron presos de la confusión

–Un mechón de tu cabello…–repitió incrédulo–. ¿Por qué?

Ammie bajo la mirada. Dregk debía saberlo, al menos él. Tan solo esperaba que no la malhiriera al desvelar la verdad que con tanto ahínco había mantenido oculta durante ese tiempo. Después de meditarlo, Ammie posó las manos sobre su vestido, y fue desabrochando el fino cordón que sujetaba el mandil.

Dregk retrocedió un paso totalmente absorto. Cuando el cuello estuvo abierto por completo, la prenda que cubría su hombro cayó. A sabiendas de lo que ocurriría, dejó la marca de su reino expuesta ante sus ojos. El semblante de Dregk se tiño de confusión.

–No puede ser cierto… –musitó Dregk acercándose.

La agarró del brazo para observar mejor la extraña y conocida espiral de tres puntas de su hombro. No podía creer lo que estaba viendo. Comenzó a apretar su mano entorno a su brazo preso de la rabia, hasta que su confusión se tornó pura ira.

–¿Por qué llevas el escudo del enemigo sobre tu piel? –La mandíbula de Dregk permanecía tensa.

–Yo no soy una simple aldeana Dregk… – Ammie delicadamente, se soltó de su ajuste y cubrió de nuevo su hombro–. Yo nací aquí, en Iona.

–¿Y qué valor tienes tú para su señor? ¿Qué significa esa marca?

Los puños de Dregk estaban cerrados y tensos.

–Esta marca me distingue de cualquier otra persona. Únicamente ciertas familias la poseen...

–Continua –ordenó.

–Todos los hijos de nobles poseen una semejante. Como forma de protección.

–¿Nobles? Ammie dime que no eres lo creo que eres.

Dregk tenía cada vez los ojos más oscuros y la mirada más contante. Se alejó un paso de él, temerosa.

–Yo… soy la hija de Lorrick McLeod, soberano de estas tierras.

El semblante de Dregk se torno sombrío y lleno de rabia hacia Ammie. Soltó un fuerte bramido y pasó sus manos sobre su cabello y rostro. No podía asimilar lo que sus oídos acaban de oír. Tenía delante a la hija del mal nacido que mato a su rey. Tenía delante a la hija del

causante de este desastre. Sentía como la sangre de sus venas se aceleraba y todo su cuerpo temblaba por la ira contenida. Su cólera amenazaba con nublar su sano juicio.

–¿¡Cómo has podido ocultarme!? –bramó–. ¡Confié en ti!

Ammie estaba atemorizada. Dregk estaba demasiado agitado, como para comprender la parte buena de lo ocurrido. En estos momentos no podía razonar y tenía dudas que sus palabras pudiesen amansarlo.

–Si lo hubierais sabido... Ahora mismo no estaría aquí.

–¡Te habría degollado! –espetó encolerizado.

Ammie retrocedió un paso más asustada.

–Dregk, ¡Yo no soy la culpable de lo ocurrido! –gritó–. Pero déjame enmendar el daño… Déjame devolveros a vuestro rey –suplicó suavemente mientras una solitaria lagrima abandonaba sus ojos–. Sé que no puedo devolveros a Harek, pero sí a Olan.

Dregk, al ver el brillante sufrimiento en los ojos de la mujer empezó a calmarse. Respiro hondo para controlar su agitada respiración y su mente empezó a recapacitar. Debía meditar lo que estaba ocurriendo. Camino nervio a un de un lado al otro de la estancia mientras pensaba.

–Así que tú, eres “eso” tan valioso que ellos quieren – murmuró.

–Sí…

–Te cambiaras por él. –Ammie asintió con la cabeza.

Ese era el sacrificio que había prometido a los dioses. Sería la moneda de cambio, que devolvería su rey a Drone. Y lo cumpliría, fuera como fuese.

–¿Sabes que no se ira de aquí sin ti?

–Tú te encargaras de llevarlo a Drone –determinó tajante–. Me diste tu palabra.

Al instante, Dregk recordó su promesa y miró al cielo maldiciendo por el grave error que había cometido.

–¡Jugaste con mi ignorancia!

–¡No! Únicamente confié en tu lealtad.

Dregk suspiró profundamente.

–De acuerdo, lo haré. Pero no sé si el…

–Sí, lo hará –determinó convencida–. Claro que lo hará, Dregk. Tú harás que lo haga, tal y como prometiste –Los ojos de Ammie se

empañaron de lágrimas–. Lo llevaras a casa y ambos podremos continuar con nuestras vidas… por separado –Su voz se quebró al pronunciar la última palabra.

–¿Por qué te causa tanto dolor volver? ¿Acaso éste no es tu hogar?

–Mi destino aquí, era un camino sembrado de desdicha –Sus lagrimas brotaban como lluvia, inevitable y frías–. No era feliz, y por extraño que parezca, en vuestro hogar, vi la forma de renacer. De escapar… –Dregk se quedo en silencio tratando de comprender la tristeza que destilaban sus palabras–. Los dioses me llevaron a Drone, para que supiera que era la libertad y ahora me devuelven a casa. –Suspiró antes de mirarlo–. ¿Y sabes cuál es mi mayor pesar?

–Cual, mujer.

–Que no se si dudare mucho tiempo aquí… Ningún alma puede mantenerse separada de su corazón durante mucho tiempo –susurró mientras las lagrimas la abrumaban–. Y estoy tratando de ser fuerte, porque le quiero más que a mí misma. Más que a nada en este mundo…

La valiente mujer que tenía delante estaba a punto de sacrificarse por su rey. El dolor de la separación era tan tangible, como una herida sangrante sobre su piel ¿Ese era el designio de los dioses?

–¿Estás segura de lo que vas a hacer? Porque podemos luchar –dijó esperanzado poniendo ambas manos sobre sus hombros–. ¡Aún podemos luchar! –repitió.

–¡No! Ni una sola muerte más. Hice una promesa a los dioses y la cumpliré.

En los ojos de Ammie brillaba la valentía y la fortaleza de un guerrero. Un segundo después se enjugo las lágrimas y cogió aire.

–Llámame cuando los soldados vuelvan. Ahora necesito descansar –Le dio un suave golpe en el hombro–. Ve con los dioses, Dregk.

–Que te acompañen y velen por ti también.

Ammie abandonó la tienda en dirección al campamento. Iba a sacrificar su vida por la de Olan acatando el destino que su dios le había impuesto. Era una mujer muy valiente y por ello cumpliría la promesa que le había hecho. En cierto modo tenía razón, quizá los dioses la habían traído a Drone por esa misma razón. Lo que no sabía era de dónde sacaría la fuerza y la valentía para separar a Olan de ella. Si algo sabia, era que después de ese día tan duro. Olan no volvería a ser el mismo. Perdería una parte importante de su corazón. Y sentía ser él, quien concediera a los dioses el poder de arrebatársela

Capitulo 20

El crepúsculo iluminaba el cielo bajo un intenso manto rojizo cuando varios hombres atravesaron el bosque en dirección al campamento. A cierta distancia de la barricada se detuvieron. Dregk ya había mandado avisar a la Ammie cuando Phorum y Axecston ya lo esperaban sobre sus monturas a la salida del campamento. Muchos guerreros armados formaron en la entrada, a modo de protección. Varios arqueros apuntaban al espeso bosque nevado, pero Ammie seguía sin aparecer. Dregk subió a su caballo castaño y lentamente se acercó a los nuevos enviados de McLeod.

–Vaya vaya… Os habéis hecho de rogar. Ya estaba afilando mi espada –masculló Axecston con sorna.

–¿Donde está la mujer? –Los ojos del guardia la buscaban impacientes.

–¿Para que la queréis? –Axecston chasqueó la lengua.

–En breve se reunirá con nosotros –intervino Dregk ignorando a Axecston–. Mientras esperamos, hablemos de los términos de la liberación.

En ese momento Ammie salió lentamente de la barricada sobre una hermosa yegua negra azabache. Los guerreros abrieron sus filas para dejarla pasar. Estaba pálida y su semblante era triste y contrito. Como si partiera camino a la mismísima muerte, estaba rígida y con la mirada fija sobre la blanca nieve.

Al llegar a la altura de los hombres se detuvo. Uno de los guardias sonrió levemente al reconocerla.

–Mi señora –Saludó solemnemente Daryl Relish el jefe de la guardia, a la vez que todos bajaban la cabeza en una respetuosa reverencia–. Estamos contentos de volver a verla.

Ammie esbozó una media sonrisa al volver a ver al buen caballero. Siempre había sido amable y sumamente considerado con ella.

Los escrutadores ojos de Relish comprobaron su bienestar y seguidamente se desviaron a los guerreros. Axecston y Phorum se miraron sin entender absolutamente nada. Estaban totalmente confundidos con lo que estaba sucediendo ante sus ojos.

–Os entregaremos a vuestro rey conforme a las condiciones pactadas. Pero los demás presos permanecerán en Iona hasta que Tobermory sea liberada del asedio de vuestro ejército.

–¡No, ese no era el trato! –espetó Svern–. ¡No pienso dejar a mi hermano en manos de estos bastardos!

El dolor y la rabia que destilaba su voz, encogió su corazón.

–¡Tiene razón! –masculló Phorum–. ¿Como sabemos que no es una trampa?

– Lo harán… –La angelical voz de Ammie silenció la riña–. Yo me aseguraré de ello, Svern.

–Yo permaneceré aquí como fianza –accedió finalmente Daryl–. En cuanto ambas partes hayan cumplido su parte del trato y todos los hombres estén en el bando al que pertenecen, me marcharé.

El trato ofrecido por el jefe de la guardia calmó los ánimos. Era un hombre de honor de cumpliría su palabra.

–Hoy enviare un barco a Mull –explicó Dregk–. Y ordenaré el abandono de Tobermory.

El guardia asintió conforme.

–Perfecto. Que termine esta tortura ya, por favor…–La voz de Ammie cada vez sonaba mas atormentada. Espoleo su caballo en dirección a la fortaleza de Iona.

Dregk, Phorum, Svern seguidos de una gran horda de guerreros salieron del campamento en dirección al pequeño y bien protegido reino. Cabalgaron a través del bosque por un ancho camino que cruzaba por el centro la isla. La nieve bajo sus pies era espesa y cubría todo con un tupido manto blanco. Mientras avanzaban Dregk la observó detenidamente. En cabeza, iba Ammie rodeada de varios soldados del reino. Sus cabellos rubios ondeaban sobre la fría brisa congelada. Por detrás de ella iban seis guerreros del clan. A esa distancia veía su fino y delicado perfil y su semblante era triste e inexpresivo. Tenía la mirada perdida en la nieve del camino, mientras las riendas permanecían sueltas, dejando que su montura la llevara.

Ammie sentía su respiración en sus oídos. El frio la envolvía, pero su cuerpo había dejado de sentirlo. Sus brazos y piernas permanecían inertes, mientras que en su interior, su alma gritaba desconsoladamente y su corazón amenazaba con una muerte súbita. Estaba desafiando su propio límite y temía flaquear. Contuvo el aire al sentir un profundo y conocido pinchazo en el pecho. El mismo lacerante dolor que la invadió en la cueva aquella tarde invernal. No debía olvidar su parte del trato con los dioses. Debía cumplir su palabra, tal y como prometió. Aunque su alma pereciera en el intento.

Con la promesa escrita con sangre en su mente, dejó de escuchar a su

enfebrecido corazón y lo encerró en una oscura urna de metal en el exilio de su pensamiento. Renunciaría a su libertad como parte de trato, y devolvería a su amado Olan, a su hogar.

Poco después el camino se abrió dando paso a un enorme llano nevado. Ammie contuvo el aire ante colosal imagen. Todos y cada uno de los guerreros de Iona estaban apostados en formación delante de los muros del reino. La procesión de hombres era gigantesca. Había cientos de guerreros con sus escudos en alto y la mirada fija en los recién llegados.

Al otro lado del muro se veían las dos torres de la fortaleza de Lorrick McLeod. Dregk miró a sus hombres y estos formaron justo detrás de él. La diferencia numérica era colosal y muy notable. Ese ejército triplicaba al suyo y no podía arriesgarse a una confrontación o nadie saldría con vida. Tal y como Ammie había dicho "Era un lugar pequeño pero sumamente protegido".

Lentamente se acercaron a la formación enemiga. Cuando alcanzaron el centro del llano, a pocos pasos de la formación enemiga, esta se abrió ante sus ojos. Los hombres separaron sus hombros unos de otros para abrir un camino central directo a la enorme puerta de roble de la fortaleza.

Ammie avanzaba solemne a través que ellos mientras los cientos de guerreros apoyaban su arma contra el pecho y agachaban la cabeza ante su paso. Reverencialmente caían uno tras otro. Dregk no salía de su asombro. Sus sentidos permanecieron alerta todo el camino sin separar la mano del metal de su hacha. Realmente la mujer ante él era la hija de un señor. Ahora comprendía el fuerte vínculo formado entre Ælla y Ammie. Estaba seguro que la seid desde un principio conocía su origen.

Tal y como ella siempre decía *"Los designios de los dioses eran caprichosos e iluminan y oscurecen tu camino a su antojo"*

El aura que envolvía a esa hermosa mujer, habría hechizado a los mismísimos dioses. Y Olan había sucumbido ante su belleza desde el primer momento que la vio. La había defendido con sumo ahincó, desafiando incluso a su padre. Había permitido que las delicadas manos de esa mujer domasen el ingobernable corazón del lobo negro que residía en su interior. Y ahora sufriría por ello. Dregk maldijo para sus adentros. Se sentía como un verdugo apunto de sentenciar a su mejor amigo a una inconfesable agonía.

Las enormes puestas comenzaron a crujir al abrirse. Al otro lado había decenas de aldeanos apostados a los lados del camino. Todos tenían la mirada fija en Ammie y a medida que avanzaban, se dibujaban

sonrisas en sus rostros. De la misma forma que hizo el ejército de guerreros, los aldeanos colocaron una mano en el pecho y agacharon la cabeza reverencialmente.

–Bienvenida, mi señora –Era evidente que todos aquellos hombres, mujeres y niños sentían devoción por ella.

Ammie sentía como sus piernas flaqueaban. Después de tanto tiempo, volvía a su hogar. Y una inconmensurable tristeza invadía su alma. Cada vez estaba más cerca de Olan y más lejos de su propia libertad. Echaría de menos Drone. En todo aquel tiempo, se había convertido en un santuario. Un lugar que la resguardaba y protegía del cruel destino de su padre. Pero ya no había vuelta atrás.

En lo alto de las torres de la fortaleza, ondeaban dos grandes banderas con el escudo gris ceniza de Iona. Un grupo de diez hombres, bien vestidos y armados, la esperaba en la puerta. Cuando Ammie llego a su altura. El primero cogió las riendas de su yegua y la ayudo a descabalgar.

–Bienvenida.

Ammie no contestó, tenía la mirada sumida en el miedo. Dregk desmontó y se apostilló a su derecha protectoramente.

–Se fuerte –susurró cerca de su oído.

–Eso intento…

Gareth, uno de los guardias de confianza de su padre, se acercó.

–Su padre la está esperando. Se alegrará mucho de volver a verla. –Ammie se mordió la lengua ante las palabras.

Era evidente que ella no sentía lo mismo por volver a verlo. Amaba a su padre, pero el dominio que ejercía sobre ella la abrumaba. Anulaba su juicio y la convertía en una simple muñeca de trapo. Sin vida. Sin libertad.

Con Gareth a su derecha, entraron en la fortaleza y la recorrieron hasta llegar al salón del trono. Entró en la conocida estancia mirando todo cuanto la rodeaba. Los recuerdos la invadieron tornándose reales de nuevo. Todo seguía igual. Las paredes de fría roca, el gran estandarte colgando del techo y el gran mosaico sobre el suelo de mármol. Al final del gran salón estaba su padre. Podía ver la imponente imagen alzarse a lo lejos.

Ammie caminó lentamente a través de la gran sala en su dirección. Nada había cambiado, aunque lo recordaba más joven. La edad empezaba a hacer mella sobre sus cansados huesos. Se detuvo y lo miró fijamente. Sus ojos eran de un intenso color ámbar, igual que lo

suyos. Permanecía en silencio totalmente absorto, como si estuviese viendo un espectro. Un segundo después una gran sonrisa invadió sus facciones. Acortó la distancia entre ambos y la abrazó fuertemente contra su pecho. Estaba contento de verla. Pero lamentablemente, el sentimiento no era mutuo.

–Hija mía –susurró antes de abrazarla–. Dios mío, pensé que habías…–«Muerto» terminó de decir su mente.

Eso sentía ella ahora, sentía como corazón moría en su interior. Le reconfortaba ver a su padre, ¡Por dios! Él la adoraba, pero con la edad había colocado unas cadenas demasiado pesadas sobre sus tobillos. Una mordaza demasiado prieta para poder como para poder respirar. A su lado había olvidado lo que era la libertad.

–Hija mía, cuanto te he echado de menos.

Estaba contento de verla. Pero lamentablemente, el sentimiento no era mutuo. Bajo su abrazo Ammie sintió las frías e invisibles cadenas apresar silenciosamente sus tobillos de nuevo. Amordazando su alma y asfixiando su corazón.

****

Olan caminaba descalzo por un extenso prado desconocido bañado por la brillante luz del sol. La paz y la absoluta calma invadían el hermoso lugar embriagando sus sentidos. Mientras paseaba, miraba el hermoso cielo azul manchado con pequeñas y perfectas nubes blancas. Avanzaba lentamente con todos sus sentidos relajados. Un segundo después fue consciente de que no estaba solo. Alguien más caminaba con él a través del hermoso paramo. Su mano sostenía otra mucho más pequeña que la suya. Se detuvo y abrió su palma. Absorto observó la pequeña y encantadora manita que sostenía la suya. Era un niño.

Olan se agachó a la altura del pequeño y se sentó sobre el verde césped para poder admirarlo detenidamente. El pequeño no tendría más de dos años de edad, su rubio y rizado cabello brillaba al sol. Parecía un pequeño elfo. Sus facciones eran dulces y redondeadas. Y sus mejillas estaban teñidas de un suave color carmín. Antes de poder hablar, el niño alzo vista y Olan contuvo el aire en sus pulmones al ver sus ojos.

El intenso azul cielo de su iris era demasiado familiar como para ignorarlo. El pequeño poseía sus mismos ojos. Eran el mismísimo reflejo de los suyos sobre su pequeño y hermoso rostro. Ambos se quedaron mirando el uno al otro y durante un largo rato olvidaron donde estaban. Olan estaba absolutamente ensimismado.

Lentamente el niño levantó su pequeña minita y la acercó al rostro de Olan. La pequeña mano se poso suavemente sobre su mejilla. Y al sentir la cálida palma sobre su piel, cerró los ojos. Un instante después, todo su alrededor se torno de nuevo oscuro y frio, pero no dejo de sentir la cálida mano sobre su mejilla.

Había sido tan solo un sueño, una extraña visión. Pero a pesar de ello, seguía sintiendo la cálida mano sobre su piel.

Lánguidamente abrió los ojos y su mundo se contrajo a su alrededor. No era posible lo que veía. Loki jugaba cruelmente con su juicio, volviéndolo loco, pensó.

Ante él tenía el hermoso rostro de Ammie. Estaba perdiendo el sano norte y la cordura en ese lugar. Porque lo dioses eran tan crueles y la traían allí en sus recuerdos. ¡¿Porque querían atormentarlo así!?

–Olan… –susurró la viva imagen de Ammie mientras la preocupación ensombrecía sus perfectas facciones.

Ensimismado, no dejó de mirarla. Su imagen era demasiado real como para ser una visión y su voz demasiado vibrante para ser una evocación de su mente. Era la voz real de su Ammie… Alzó su mano y la posó sobre su mejilla para sentir la suave y reconfortante presencia de su mujer.

Era ella, pensó. ¿Cómo era posible? ¿Cómo podía estar allí? Pero lo que sus ojos veían, no era un espejismo. Su inconfundible aroma a lilas lo envolvía, mientras sus cálidos ojos ámbar lo miraban llenos de ternura.

–Mi preciosa Ammie…–Logró decir en un suave murmullo abriendo los brazos para atraerla hacia él.

Necesitaba su reconfortante calidez sobre su piel. Su simple contacto lo revivía y curaba sus heridas. Tan solo entre sus brazos podía olvidar donde se encontraba. Olan la abrazó fuertemente y un instante después, escucho como sollozaba entre sus brazos. La abrazó con más fuerza. Cuánto la había echado menos, pensó.

Llevaba un precioso vestido color carmesí, ribeteado con dorado. Estaba distinta, pero seguía siendo su hermosa y dulce Ammie.

–¿Como estas mi amor? –musitó dulcemente separándose de él

–Contigo aquí. Estoy en el cielo…

–Te he echado mucho de menos. –Su voz se quebró.

Cogió su rostro delicadamente entre sus manos y besó sus labios. Ammie sostuvo su mejilla y correspondió dándole otro tierno y eterno

beso. Su contacto era un bálsamo para su piel y sus manos le devolvieron su lucidez.

–No deberías estar aquí. Este lugar no es para ti, Ammie.

Sin decir una palabra se separó lentamente para observarlo; Tenía la cara y el cuerpo lleno de moratones y arañazos. Le había golpeado. Pero a pesar de ello, alguien había atendido sus heridas durante la estancia en la fortaleza. Reconoció el olor a abrojo del vendaje. Únicamente una persona podría haberlo curado tan bien, Doreen.

–El que te hizo daño, ¡pagará por ello!

Ammie recorrió con una mano su mejilla, su cuello y su pecho, rodeando delicadamente los cortes que envolvían su cuerpo. Olan cerró los ojos ante su contacto y respiró hondo.

–No te preocupes… –musitó–. Mis heridas ya no duelen. Y apenas sangran contigo aquí.

–¿Quien lo ha hecho?

–Eso no importa. Ammie, tienes que salir de aquí.

Con esas palabras Ammie volvió a la realidad. Salió de su ensimismamiento para centrarse en lo que debía hacer; Cumplir su promesa e intentar que la despedida fuese lo menos larga y dolorosa posible.

–Olan, escúchame, por favor –Atrajo su atención cogiendo arropando ambas mejillas con sus manos–. Hemos hecho un trato justo con este reino.

–¿Hemos? –interrumpió confuso.

–Dregk y tus hombres han venido a buscarte. Hoy saldrás de aquí.

Sin darle tiempo a contestar, Ammie golpeó el hierro de la celda. Un segundo después, un guardia apareció para abrirla y se aproximo a él para desatar las cadenas que sujetaban sus tobillos.

–¿Como estas hermano? –preguntó Dregk desde la puerta.

Olan sonrió al verlo.

–Como una rosa. Somos invencibles, ¿lo recuerdas?

–Lo recuerdo. Pero en esa época, solo éramos niños jugando a ser dioses.

Dregk se agachó y pasó el maltrecho brazo de Olan sobre su cuello. Lentamente lo alzó aguantando su peso contra su cuerpo y Olan siseó.

–¿Te duele?

–No, todo está bien.

Ammie se acercó a Olan y puso su cálida mano sobre su pecho.

–Ve con los dioses, que ellos te acompañen y te guíen siempre –musitó antes besarlo dulcemente en los labios.

Por alguna razón, las palabras de Ammie sonaban a despedida. Cuando se apartó, esbozó una pequeña sonrisa triste y se dirigió a Dregk.

–Cumple con tu parte del trato. –Su voz sonó como una orden estrangulada–. Sácalo de aquí. –Dregk sintió solemnemente con la cabeza.

Los preciosos ojos de Ammie brillantes y llorosos. Olan entornó los suyos desconcertado, no comprendía la razón de su desconsuelo. No entendía la angustia que ensombrecía su semblante.

–¿Que ocurre, Ammie? –Dregk empezó a caminar pero Olan se detuvo en seco para mirarla.–. Dime que todo está bien…

–Estoy bien, todo está bien –mintió–. Debes irte cuanto antes. Tu pueblo necesita a su rey.

–¿Y tú?

–Yo estaré contigo Olan… –susurró–. Siempre.

Ammie miró a Dregk y antes de darle más tiempo para pensar, tiro de él para sacarlo de la celda.

Cuando se quedo sola, sintió un doloroso e inmenso vacío en su interior. Sus piernas flaquearon y se apoyó sobre la fría roca de la pared. Comenzó a respirar hondamente buscando el aire dentro de sus pulmones. El dolor se extendía por todo su cuerpo, a la vez que sus ojos se inundaban de lágrimas. Lentamente se derrumbo sobre el frío suelo. Sus piernas ya no querían sostenerla. Su interior se marchitaba, mientras la angustia y las lágrimas la embargaban.

Había cumplido su parte del trato y ahora pagaría su penitencia. No sabía lo dolorosa que iba a ser la despedida. Solo ahora, era consciente del enorme vacío en su pecho. Olan se había llevado consigo la única parte con vida que quedaba de ella. Su corazón.

Escuchó unos suaves pasos a su espalda. Alguien había entrado en la celda abierta y se acercaba a ella. Ammie no se movió, ya no tenía fuerzas. Se quedó sobre el frío suelo inmóvil, con la mejilla tocando la áspera roca, mientras sus lágrimas brotaban en un llanto desconsolado.

Alguien se agacho junto a ella y la abrazó reconfortadoramente,

mientras una delicada mano acariciaba su espalda formando círculos. En ese instante reconoció a Doreen, su anciana y querida dama de compañía. Doreen poseía el corazón más puro y grande que jamás había conocido. Había sido como una madre, una amiga y su único apoyo durante su infancia. Y ahora, la necesitaba más que nunca. Se sentía tan frágil, tan perdida.

La presencia de su anciana dama era semejante a la de un ángel. Ella era lo único que había añorado de aquel lugar. Era la voz de su conciencia y la consejera de sus actos. Era lo único que la animaba a continuar en ese mundo, sin Olan. Era su única razón para permanecer con vida.

Se dejó abrazar por ella mientras tarareaba suavemente la hermosa y conocida armonía que siempre cantaba. Una melodía capaz de calmar la furia de los gigantes y el llanto de los elfos. Un melodioso sonido capaz de amansar fieras y enamorar a los dioses.

****

Olan despertó escuchando la brisa del mar en sus oídos y sintiendo el frío sobre sus mejillas. Abrió los ojos lentamente y vio que estaba a bordo de un barco. Había perdido la conciencia en algún momento del viaje. Su cabeza palpitaba a causa de un agudo dolor. Escuchaba el ruido de los hombres caminando sobre la embarcación. Ya habían partido. Se encontraba protegido en la zona cubierta de la popa de un gran drakkar. Desde esa posición no podía ver nada más. Estaba cubierto por multitud de pieles que calentaban su entumecido cuerpo y le salvaguardaban de la helada brisa.

Hizo el intento de incorporarse pero no tenía fuerzas suficientes. Sus piernas estaban demasiado cansadas para responder y sus brazos demasiado dañados para ayudar. Bajo la negativa de cuerpo, se mantuvo allí en silencio, escuchando las voces y ruidos de los hombres a su alrededor. Desde algún lugar cercano a él, reconoció la voz de Dregk. Se apoyó sobre su codo y vio la gran vela roja del águila de Drone Izada al máximo. Por fin partían a casa. Necesitaba desesperadamente olvidar todo lo ocurrido en las costas inglesas y empezar de nuevo en Drone, junto a Ammie. Necesitaba velar por la muerte de su querido padre tal y como se merecía.

Suspirando se dejó caer pensativo sobre las mantas. Dregk se asomó bajo la lona y al verlo despierto esbozó una sonrisa ladina.

–¿Qué tal te encuentras hermano?

–Bien…¿Por qué no recuerdo como llegue hasta aquí?

–Perdiste la conciencia antes de salir de los muros de la fortaleza –

explicó–. Svern y yo te llevamos hasta el barco.

Phorum se asomó y sonrió.

–¡Te veo mejor! Un lobo tan duro no se deja abatir fácilmente ¿Eeeeh? –Olan sonrió ante el comentario.

Entonces noto la falta y su semblante se transformó. Ammie no estaba con él y no había escuchado la voz de ninguna mujer abordo. Era comprensible ya que Ammie era una mujer silenciosa, pero algo no encajaba. Después de su larga separación permanecería a su lado el máximo tiempo posible.

–¿Dónde está? ¿Dónde está Ammie?

Los dos hombres borraron la sonrisa de su rostro y se miraron. Eso puso en alerta todos sus sentidos. Olan se incorporó totalmente preso de la desconfianza.

–Debes descansar, Olan. –Dregk lo detuvo poniendo una mano sobres su hombro–. Tranquilízate, hermano.

–Pues dime donde esta Ammie.

Dregk y Phorum se miraron de nuevo especulativamente. Sabían algo que no querían contarle.

–En otro barco… –Phorum mintió–. Está en otro barco distinto.

–Ammie no partiría en otro barco pudiendo estar aquí, conmigo –Dedujo rápidamente y cada vez más nervioso–. ¿Dregk, donde esta?

Al ver que no contentaba, Olan se destapó totalmente y omitiendo el dolor de su cuerpo se puso en pie.

–¡Detente! Te harás daño –masculló Dregk agarrándolo.

La angustia oscurecía sus grandes ojos azules. Olan hizo caso omiso a su orden y continuó avanzando arrastrándolo con él. En algún lugar de su maltrecho cuerpo había encontrado fuerzas de flaqueza.

Phorum desconcertado ante la súbita reacción, avanzó para sujetarlo. Dregk levantó una mano bloqueándole el paso y Phorum se detuvo.

–Déjalo –articuló en dirección a Phorum.

Impotente y sin saber que decir, Dregk dejó que Olan buscase en vano a la mujer. Necesitaba tiempo para encontrar la forma de hablar con él. Sabía que contarle lo ocurrido no iba a ser fácil y el nudo que sujetaba su garganta bloqueaba las palabras en su interior. No había sido consciente de lo inconmensurablemente difícil que iba a ser cumplir su promesa, hasta ahora.

–¡Ammie! –gritó Olan–. ¡¿Ammie donde estas?! ¡Ammie!.

Los guerreros lo miraban en silencio estupefactos, mientras él, caminaba de un lado al otro.

–¡¿Ammie?!

Olan recorrió el barco trastornado, buscando a alguien que evidentemente no se encontraba a bordo. En ese momento se giró para enfrentar a Dregk.

–¿Dónde está…? –preguntó agónico–. Dregk, mírame a los ojos y dime que ha subido a bordo de un Drakkar –Su cuerpo temblaba por la rabia y la impotencia–. Dime que Ammie está a salvo, camino a Drone.

Dregk desvió la mirada al mar. Todo se había enrevesado de tal forma que no sabía por dónde empezar. No podía mirarlo a la cara sin sentirse un traidor.

–Ammie está a salvo –pronuncio finalmente.

–¿Y donde esta? –Su aturdida voz estaba descompuesta.

–Necesito que te calmes primero.

–¡No puedo Dregk! –masculló agónico–. No, hasta que me cuentes que está ocurriendo.

Dregk pasó las manos sobre su cara tratando de encontrar el coraje suficiente para confesarle la verdad a su hermano. Necesitaba fuerzas para contarle, que lo había traicionado por una buena causa. ¡Maldita sea! Había intentado hacer lo correcto y había fallado estrepitosamente en el intento.

Cogiendo aire se enfrentó al lobo.

–Ammie no ha subido a bordo…

Al oír la confesión, Olan se abalanzó sobre Dregk y le propinó un fuerte puñetazo en el mentón que lo derribó.

Toda la tripulación salto sobre Olan para sujetarlo.

–¡Como has podido hacerme esto! –bramó totalmente fuera de sí, revolviéndose entre los brazos de sus hombres–. ¡Soltadme y detened el barco! Dad media vuelta! ¡Ya!

Logró soltarse y abrirse camino entre la tripulación. Cuando llegó a la altura de la vela mayor y se dispuso a desenredar el cabo que la sujetaba para hacer virar el barco. Antes de que pudiese hacerlo, Dregk lo detuvo en seco.

–¡No puedes volver!

–¡Sí puedo!

–Ella no está en la costa –Olan no se detuvo e ignoró sus palabras–. ¡Ammie no quiere que vuelvas!

–Pretendes que me crea eso, Dregk –masculló entre dientes–. ¡Eres un traidor!

El hiriente comentario lo llenó de fuerzas para contarle toda la verdad.

–Por todos los dioses Olan, ¡Ella me lo pidió! –La confesión lo paralizó–. Ella me hizo prometer que te devolvería a casa… Tú mismo la oíste.

Las palabras de Ammie en la celda, cobraron sentido en su mente; "*Dregk cumple con tu parte del trato. Sácalo de aquí"* La sangre se heló en sus venas al comprenderlo todo. Su tristeza, su desconsuelo y sus lágrimas. ¡Qué necio había sido! No había sabido descifrar un adiós tan obvio. Ammie se había despedido de él.

Abatido por la realidad se apoyó sobre el palo mayor intentando recobrar la cordura.

–Se cambio por ti –explicó Dregk–. Ella deseaba que regresaras a tu hogar, Drone.

–¿Cual fue el trato Dregk?

Dregk medito sus palabras antes de responder a esa delicada pregunta.

–El trato era sencillo. Nuestro rey a cambio de su hija…

Olan frunció el ceño al oír esas palabras. "Nuestro rey a cambio de su hija…" se repitió a sí mismo y obviamente si él era el rey ella era…

Después de unos segundos de colapso, las piezas empezaron a encajar en su cabeza a la perfección. Recordó el extraño tatuaje de Ammie, idéntico al escudo gris ceniza de ese reino. Encontró sentido a la reacción de la anciana ante el pañuelo purpura. Esa mujer realmente la conocía. Y lo más importante, comprendió porque Ammie nunca había sido una mujer convencional. Para él, siempre había sido diferente a las demás. Ammie poseía un aura especial y magnética que lo había atraído como una abeja al polen. Su Ammie era...

–Ammilie McLeod de Duart… –murmuró el nombre que una vez le sonó extraño en sus oídos.

La única mujer que había amado hasta la locura y la saciedad, era la hija de su mayor enemigo. Era la hija del asesino de su padre.

–Ammie es la hija de Lorrick McLeod –confirmó Dregk.

Tras escuchar esas palabras, su atormentado cuerpo se derrumbó sobre la cubierta. Demasiadas cosas que asimilar. Un abrumador remolino de emociones, empañaban y aturdían su mente.

Dregk suspiró y se dejó caer a su lado sin decir una sola palabra. Apoyó la cabeza sobre la madera de su espalada y observo el cielo. Había conseguido cumplir su parte del doloroso trato, pero no estaba seguro que fuese lo mejor para él. En los azules ojos de Olan se había desatado una terrible tormenta que sería difícil de disipar.

Capitulo 21

Hacía varios días que había vuelto a su antigua vida y el infierno corroía su delicada piel. Había dejado de comer, de beber y de hablar. La congoja que la envolvía era sumamente abrumadora y hundía su frágil cuerpo a un lugar muy oscuro. Añoraba desesperadamente Drone y a todas las personas que había dejado varadas allí. Necesitaba a Olan fervientemente y su inerte corazón bramaba enfebrecido por su ausencia. Su tristeza y desconsuelo empañaban sus ojos, día y noche. Le resultaba extraño volver a ser la mujer que había sido. Apreciaba todo cuanto poseía, pero sin dudar, lo cambiaría todo por un día más junto a él.

No había vuelto a ver a su padre desde su llegada. Su aislamiento evitaba su presencia y sus incomodas preguntas. Había decidido dejarla descansar, pero sabía que en algún momento volvería a la carga. Su padre no se rendiría jamás.

Ammie suspiró y permitió que Doreen le cepillara el pelo como siempre había hecho. Había echado de menos esa maravillosa costumbre. El cepillo se deslizaba por sus largos cabellos rubios relajando sus sentidos. Se sentía agradecida de haber recuperado a su querida Doreen. Era lo más valioso de aquel lugar y lo único que le importaba allí. Ella mostraba el interés que una madre prestaría a su hija, y le brindaba el amor, que una abuela daría a su nieta. Era su gran apoyo y soporte.

–Tengo algo para ti Ammilie –musitó dulcemente–. Lo he hecho preparar especialmente para ti.

En ese momento Doreen termino de cepillar su cabello y se separó de ella para coger una bandeja situada al otro lado de la habitación. Se aproximó con la pequeña bandeja de plata en dirección a Ammie. La posó sobre la cama justo a su lado y destapó el contenido.

Dibujo una sonrisa al ver el delicioso pastel de de bayas omnom.

–Es tu pastel favorito. De pequeña te encantaba –Le acercó el delicioso pastel–. Llevas días sin comer y pensé que esto abriría tu apetito.

–Gracias Doreen…. ¿Qué haría yo sin ti?

–Comer, eso harías –respondió ofreciéndole el suculento manjar.

Ammie cogió el delicioso pastelito entre sus dedos. Siempre había sido un placer probar su dulce sabor. Ammie dio un bocado al delicioso pastel. El interior era rojo como la sangre y su sabor era dulce y

embriagador.

Pero la reacción fue súbita e inesperada cuando el estomago de Ammie dio un vuelco repentino. Dejó el pastelito sobre la bandeja y puso ambas manos sobre su boca. Se encontró sumamente descompuesta y salió corriendo en dirección al balcón con vistas al mar. Intento respirar hondo para sofocar la angustia pero su estomago decidió devolverlo todo.

Doreen la observó totalmente absorta. Por alguna razón ese pastel le había sentado muy mal. Fue a buscar un recipiente con agua y se acerco rápidamente. Ammie se dio media vuelta respirando hondamente e intentando recomponerse de la angustia.

–¿Estás bien querida? –La preocupación arrugó el anciano y dulce rostro de Doreen–. No sabía que te iba a sentar mal…

–No, no es tu culpa. –Dio un pequeño sorbo al agua–. Ya me estoy acostumbrando. Se me pasara enseguida.

–¿Ya te ha pasado antes?

–Llevo semanas sintiéndome así –confesó–. Pensé que eran los viajes en barco, pero veo que no.

Ammie se desplazó con el agua entre las manos para sentarse sobre la cama y suspiró pesadamente.

–¿Quieres que te prepare una infusión para calmar el malestar?

–Sí por favor, será de gran ayuda. –La anciana salió de la habitación en dirección a la cocina para preparar la reconfortante infusión.

Ammie se quedó sentada sobre la cama mirando el oscuro suelo de piedra. Unos minutos después escucho unos sonoros golpes en la puerta. No podía ser Doreen, apenas le abría dado tiempo de llegar a la cocina, pensó.

–Adelante.

El jefe de su guardia Daryl Relish entró en la habitación.

–Mi señora, su padre desea verla a la hora de la cena.

No había bajado a comer con su padre ninguno de los días desde su llegada. No se sentía bien y prefería evitar las preguntas sobre su ausencia. Enfrentar un interrogatorio tan duro a esas alturas le resultaba agotador. Las cosas aún estaban demasiado recientes en su mente. Todo lo relacionado con Drone era un recuerdo que prefería que continuase siendo únicamente suyo. Prefería resguardarlo celosamente del escrutinio de su padre y el desagradable conde Wood. Por alguna razón, ese desalmado aún rondaba su fortaleza con

demasiada libertad. Por suerte había conseguido evitarlo, hasta ahora.

–Allí estaré Daryl –musitó pesarosamente–. Dile a mi padre que bajare a comer.

Justo cuando el guardia abandonaba la habitación Doreen entró con el cuenco lleno de infusión y se acercó a Ammie.

–¿Por qué ha venido Relish a verte?

–Mi padre desea verme. Y quiere que cene con el esta tarde. El problema de estar con él, implica tener que estar cerca de McLeod y esa es la parte que menos me gusta.

–Bebe esto y relájate. –El intenso olor a jengibre era sumamente agradable y reconfortante.

Bebió a pequeños sorbos la infusión y su estomago recobró la compostura. La angustia desapareció de su garganta instantáneamente. Doreen era un bálsamo para su tristeza. Era la única que la comprendía y la cuidaba.

Poco antes de caer la tarde, Doreen la ayudó a vestirse con un precioso vestido azul marino. El escote era alto y la falda era ancha y disimulaba sus formas. No era su mejor vestido pero se sentía cómoda con él. No deseaba estar atractiva a los ojos de Wood, únicamente quería ir correctamente vestida. Si por ella fuese iría con los harapos de una esclava para resultar desagradable a sus ojos. Pero era algo que su padre nunca permitiría y prefería no despertar su ira.

Salió de su recamara y bajo las escaleras de la fortaleza lentamente. Recorrió sigilosamente los viejos y oscuros pasillos. Antes de pasar por el salón principal, fue a la cocina. En ella estaban varios sirvientes preparando la cena de esa noche. Los deliciosos olores inundaban la estancia.

–Hola mi señora ¿Que desea?

–¿Donde está Godric?

–En la despensa, ¿Quiere que lo vaya a buscar?

–No, yo misma iré a buscarlo –contestó–. Gracias Mildrerd.

Rápidamente se encaminó en dirección a la despensa de la fortaleza. Necesitaba encontrar al en jefe de cocina. Conocía muy bien a Godric y le daría exactamente lo que necesitaba. Bajó las escaleras hasta la fría despensa y allí, cerca de las urnas donde se hacia la mantequilla, encontró a Godric sosteniendo un gran queso entre sus rechonchos brazos.

–¿Mi señora que hace aquí?

–Buscarte –espetó–. Necesito una cosa y estoy segura que tú puedes conseguirla.

–¿Que necesita?

–Semillas de psyllium.

El cocinero dudó ante su petición. La miro extrañado pero sin preguntar subió de nuevo a la cocina. En la sala contigua donde estaban los hornos había otra despensa. Abrió la puerta con la llave y ambos entraron. Ammie observo atónita la enorme cantidad de semillas y especias que contenía ese lugar.

–Tienen que estar aquí… –Godric rebuscó en los múltiples recipientes intentando reconocer el peculiar olor de las semillas de psyllium.

Cogió un pequeño botecito y se giro en dirección a Ammie.

–Aquí las tiene, mi señora.

–Gracias Godric has sido de gran ayuda.

–Ha sido un placer.

-¿Me podría quedar con la llave? Quisiera tener libre acceso…

-Por supuesto.

Ammie cogió el recipiente, la llave y se dispuso a salir. Antes de alcanzar el vano de la puerta se detuvo y miro de nuevo al cocinero.

Una cosa más –Godric la miró atentó–. Nadie debe saber que me has dado esto.

–Nadie lo sabrá, tiene mi palabra. –Sonrió amablemente al cocinero y fue silenciosamente en dirección a la bodega.

De nuevo descendió por otras largas e infinitas escaleras. A medida que descendía el ambiente se enfrió y humedeció considerablemente. Un escalofrió recorrió su espalda a casusa del contraste. Una vez en el interior cogió las semillas y las envolvió en un pañuelo de hilo blanco. Las puso en el suelo y las piso una y otra vez para machacarlas. Poco después las pequeñas semillas se redujeron a un suave polvo negro.

Desvió la mirada sobre la gran bodega y vio varios barriles de diferentes tamaños, llenos de vino y cerveza. Conocía muy bien a su padre y evidentemente durante esos días trataría de agasajar a Wood con un buen vino. Estaba segura que haría abrir el mejor barril mientras el estuviese en su reino. Ahora debía encontrar el barril indicado y descubrir cual se estaba sirviendo. Toco la madera de los toneles uno a uno para revelar cual estaba medio lleno. Todos lo

barriles parecían estar llenos al completo, pero finalmente toco el indicado. El único a medio llenar. El tonel tenía una inscripción sobre la madera que delataba su buena cosecha. ! Eureka! Ese era el barril.

Ágilmente sujetando sus faldas, subió sobre unas maderas para abrir el corcho de la parte superior del barril. Olio el interior del bombo que desprendía un delicioso olor a uva sobre madurada de frutos negros. Abrió el pañuelo de hilo que contenía el polvo de las pequeñas semillas de psyllium y lo volcó en el interior del barril.

Con una sonrisa maliciosa en sus labios volvió a subir a sus aposentos. Doreen no se encontraba allí en ese momento. Su intención era llegar tarde a la cena y de esa forma su padre bebería vino durante su espera. Después de ver caer el crepúsculo diversos sirvientes subieron a buscarla a su recamara. Ammie se demoró durante mucho rato hasta que por fin, decidió bajar a la gran sala.

Los dos comensales se levantaron al verla. Su padre se aproximó a ella y McLeod justo detrás de él.

–Por fin, querida hija. Estamos hambrientos.

–Cada día, estas más bella. –murmuro Wood mirándola perniciosamente a la vez que besaba el dorso de su mano.

Los ojos de ese hombre eran oscuros como el mismísimo infierno de Helheim.

–Siento mi demora –mintió–. Deseaba estar perfecta esta tarde.

–¡Y lo estas hija mía! –La miro de arriba a abajo–. Aunque con un vestido tan oscuro, parece que estas de luto.

–Este color me favorece, papa.

–Te pusieras lo que te pusieras estarías hermosa –Wood continuaba con su insoportable seducción.

Ammie esbozó una fingida y leve sonrisa asqueada, mientras se dirigía a la gran mesa. Rápidamente les sirvieron el primer plato. El embriagador olor de la comida inundó la sala. Godric era un cocinero excepcional pero lamentablemente no podía confiar en su estomago. Vio por el rabillo del ojo como traían más vino. Ammie se conformo con agua mientras sonreía para sus adentros al verlos beber. Esperaba que todo surgiera efecto rápidamente y su padre no tuviese tiempo para interrogarla. No deseaba compartir con él su estancia en Drone y mucho menos desvelarle su amor por Olan.

Vio como ambos hombres muertos de hambre ante las espera, dejaban las preguntas para más tarde. Bebían y comían copiosamente sin prestarle atención. Ammie los observaba dando pequeños sorbos a su

sopa.

Poco después su padre levanto la mirada de su plato y la miró dispuesto a entablar una incómoda conversación. Ammie maldijo para sus adentros. El vino no surtía efecto, o quizá se había confundido de tonel, pensó.

–Cuéntanos Ammie. ¿Cómo fue vivir entre ellos? –farfulló con la boca llena.

Ammie miró a ambos hombres sin saber que decir y simplemente decidió mentir.

–No hay mucho que explicar –musito desinteresadamente evadiendo su interés–. Son unos barbaros. No tienen modales y viven por y para la lucha. Todo lo contrario a nosotros.

–¿Porque no les dijiste quien eras? –indagó su padre–.Habría podido encontrarte.

Sinceramente no deseaba volver, esa era la verdadera respuesta. Pero decidió seguir mintiendo. Su padre parecía sudar mucho y un tinte rojo tiño sus mejillas

–Wood era su gran enemigo ¿Cómo iba a decirles que yo era tu hija? Me habrían matado y clavado en una estaca.

Su padre comenzó a removerse en la silla incomodo y sus preguntas cesaron momentáneamente. Dejo de comer y separo la silla un poco de la mesa.

–¿Estás bien padre? –Tenía ganas de reír, pero debía interpretar bien su papel de hija preocupada.

Su expectación aumentó cuando Connor se levantó de la mesa bruscamente.

–Disculpadme –balbuceó antes de salir corriendo en dirección a las escaleras.

Poco después, miro a su padre que intentaba mantener la compostura. Su rojo rostro delataba su malestar y los sudores fríos invadían su frente. Ammie estaba a punto de reventar a carcajadas cuando su padre se levantó y sin decir una sola palabra, salió en la misma dirección que Wood.

Una sonrisa triunfal ilumino su rostro y se recostó sobre la silla. Todo había salido a pedir de boca. Las semillas de psyllium habían hecho su trabajo. El potente laxante había derrotado a los dos grandes titanes que presidian esa tarde la mesa. Por un día más, había evitado las incomodas preguntas de su padre y demorado el indeseable

interrogatorio. Ammie aprovechó el magnífico momento de soledad para comer plácidamente algo de fruta.

****

Dregk andaba a través del poblado en una dirección fija y con una idea clara en su mente. Encontrar y persuadir a Olan. Esa mañana todos se estaban preparando para la coronación del nuevo rey. Después de varios días, no podían demorar más el acontecimiento. Necesitaba encontrar a Olan. Esa noche también honrarían a su anterior y querido rey Harek Loodrack.

Era evidente que día a día, los guerreros echaban de menos la presencia de su rey y su profunda sabiduría. Harek Loodrack había sido un rey admirado y querido por todos. El evidente respetó que los clanes profesaban por él, había perdurado durante años. Y ahora Olan, era el heredero al trono. Su padre había dejado una profunda huella de esperanza en el alma de todos los clanes y él debía proseguir sus pasos. Sería un buen rey. Tenía la sangre de su padre corriendo por sus venas. La sabiduría de su madre Ælla para guiarlo. Y la bendición de los dioses para protegerlo.

Cuando estuvo delante de la puerta de la cabaña de Olan pico ruidosamente. Al no escuchar a nadie al otro lado, abrió la puerta para inspeccionar. Las pequeña cabaña estaba totalmente sumida en la penumbra y en ambiente era frío. Avanzó y abrió una de las ventanas para dejar pasar la brillante luz del sol.

Dregk se quedó perplejo. Todo lo que había a su alrededor estaba literalmente destrozado. La mesa volcada, las velas, los enseres, las sillas… Todo absolutamente despedazado. El fuego, tan solo era cenizas. Como si nadie lo hubiera encendido durante días. Algo no iba bien, pensó.

Debía encontrar a Olan e intentar dialogar con él. Desde su llegada a Drone apenas habían hablado y la gran mayoría del tiempo permanecía ausente. Partía durante las mañanas, muy temprano en dirección a la colina y no volvía a aparecer hasta la caída del crepúsculo. Huía de todos los presentes; De la aldea, de sus amigos, de su familia y de su deber como rey. Nadie sabía dónde se dirigía. Literalmente desaparecía en la espesura del bosque. Era evidente que rehuía de sus obligaciones. Prefería sumirse en la embriaguez y entristecerse con del recuerdo de la mujer.

Gracias a ella, Drone tenia de vuelta a su rey ¿Pero en qué estado? Nadie podía controlarlo. Ammie había sido la única mujer capaz de dominar a Olan. Esa mujer había hechizado al lobo negro que todos conocían. Había cautivado la parte más fiera del corazón de su amigo.

Pero ahora, estaba perdido. Y no estaba seguro de poder recuperarlo algún día.

Salió de la cabaña cerrando la puerta tras de sí. Esperaba encontrar a Olan en el lugar que tenía dibujado en la mente. No estaba lejos de allí. Dos días antes había ido al mismo lugar sin éxito. Pero hoy, todo permanecía en suma calma y era apetecible estar cerca de la brisa del mar.

Recorrió el muelle rodeando la casa de Einarr, en dirección a la playa. La arena estaba húmeda, pero el ambiente no era frio. Caminó pensativo a lo largo de toda la costa, hasta alcanzar el gran peñón. En lo alto de este, se abría de nuevo el bosque que rodeaba las extensas tierras del norte. Rodeó el peñón hasta encontrar el hueco entre dos piedras. Era un camino que únicamente él y Olan conocían. Trepó hábilmente por el empedrado camino hasta a lo más alto. Desde allí se veía la pequeña cala de Gredos. Un recóndito lugar conocido por muy pocos y en la playa estaba él.

Olan yacía sentado sobre la arena, con los brazos sobre las rodillas a pocos metros del agua mientras las olas mojaban sus pies con el oleaje. En esa época el agua debía estar helada. Pero parecía no sentirla. Tenía la mirada fija en el horizonte, donde el mar cedía el paso al inmenso sol, creando brillantes destellos sobre el agua. Suspiró al verlo, la sensación de haber traicionado a su mejor amigo aún lo corroía por dentro. Aunque en el fondo, lo había hecho por él. Por Drone.

No había sido consciente del tremendo dolor que sufriría ante la pérdida de la mujer. Sin saber por dónde empezar, dejo que todo fluyera. Al llegar, se sentó a su lado en la misma posición. Dejó su arma a un lado y miro a Olan. Estaba ausente, sus ojos tan solo parpadeaban por instinto y su rostro permanecía sin expresión.

Se armó de valor y finalmente habló.

–Lo siento…. –Confesó con franqueza, pero Olan permaneció en silencio–. Jamás he querido causarte ningún daño. Solo cumplí la promesa que le hice a Ammie.

Olan continuó ausente con la mirada fija en horizonte del mar.

–Las cosas se complicaron en el último momento –prosiguió–. Prometí que te traería a casa mucho antes de que supiera quién era ella… Lo hice por ti. Por el rey que ahora eres, gracias a Ammie.

–No debiste haberlo permitido –susurró al fin.

Su tono era frio y distante.

–No quería traicionarte. ¡Olan, eres como un hermano para mí! –masculló dolido–. Cuando supe que iba a entregarse por ti, ya era demasiado tarde para cambiar de opinión. La promesa ya estaba hecha.

–¿Cuáles fueron sus palabras Dregk?

–Las palabras exactas fueron; *"Pase lo que pase, ocurra lo que ocurra en el reino, prométeme que lo llevaras a casa. A favor o en contra de sus deseos, sácalo de allí…"*.

Olan dejó caer la cabeza entre sus brazos. Estaba abatido y sin fuerzas. La tristeza que inundaba su pecho le hacía temer por la vida de su mejor amigo y de su rey. Las sombras que lo abrumaban derrumbaban los fuertes muros del bravo guerrero que él conocía.

–Lo siento Olan. –Puso una mano sobre su hombro reconfortándolo.

Quería demostrarle que no estaba solo. Que a pesar de su fallo, se sentía sumamente culpable. Que su hermandad era más fuerte que cualquier dolor.

–Los dioses así lo quisieron. El capricho del hombre es uno de nuestro peor enemigo.

–Ella no es un capricho Dregk. Ella era mi mujer –confesó afligido–. Si perdieras a Halldora ahora mismo, ¿qué sentirías? ¿Y qué sentirías sabiendo que está al otro lado del mar por tu culpa?

–¿Por tu culpa? –repitió–. Olan, no es culpa de nadie.

–¡Si lo es! La noche que los hombres de Iona atacaron la fortaleza, había bebido demasiado. ¡Estaba ebrio y me convertí en una presa fácil para ellos! –Furioso colocó ambas manos sobre las sienes–. Por mi culpa… Ammie tuvo que entregarse por mí.

–Dejar de atormentarte. Ya no podemos hacer nada –inquirió intentado que viera la luz–. Todo lo que ocurrió fue el designio de los dioses y no tiene cura, ni remedio.

Olan negó con la cabeza lentamente. No quería aceptar la verdad. No quería asumirla, ya que eso, le alejaría mucho más de Ammie.

–La necesito, Dregk. Tanto como el aire que ahora mismo respiro –Su ronca voz brotaba de su pecho como si tratara de arrancarse el dolor–. Necesito tocarla, tenerla y protegerla. No te puedes imaginar la agonía tan espantosa que estoy sufriendo… Una parte importante de mi está al otro lado del mar, y la que está aquí no puede sobrevivir sin ella. Ella es todo para mí. Es mi fuerza, mis ganas y mi valentía para seguir adelante. Sin ella no tengo norte y soy un simple barco a la deriva… –Negando con la cabeza continuó– No me hables del designio de los

dioses, porque ellos no son los culpables de mis defectos como hombre.

–¡Ella está viva y está bien! Usa ese rallo de esperanza para seguir adelante Y quizá algún día los dioses que te la han arrebatado, te la devuelvan.

Olan sonrió sombríamente

–Orare día y noche para que eso ocurra.

Nunca había visto a Olan tan afectado y atormentado. Su agonía era tan plausible y evidente que su piel se erizaba con su cercanía. La tristeza lo estaba envolviendo en una oscura y espesa manta que mermaba y enturbiaba los sentidos del guerrero que él conocía. Comprendía su dolor, pero también debía seguir adelante. Con la ayuda de los dioses y la suya, el lobo negro que todos conocían volvería a ver la luz.

–Esta tarde, a la caída del crepúsculo celebraran tu coronación –Determinó examinando su expresión–. Necesitamos que estés allí.

–No puedo Dregk. Ese es el lugar de mi padre.

–¡Pero él no está aquí! El está junto a Odín en su gran salón, observándote. Y sé, que con orgullo querría que tú asumieras su lugar en el trono de Drone.

–Eso es como asumir que ya no está.

–Tu padre nunca se ira, siempre estará a nuestro lado. Hagas lo que hagas, pienses lo que pienses, él siempre estará allí para aconsejarte –Olan lo miró–. Drone necesita un guía. Y tú, eres el único que puede hacerlo.

Después de unos instantes en silencio Olan asintió con la cabeza.

–Allí estaré.

–Me alegra escucharlo. Esta tarde no estarás solo, todos estaremos apoyándote.

Dregk se sentía satisfecho y feliz por haber recuperado parte de la confianza de Olan. Sabía que la parte oscura de su alma, luchaba contra la claridad de su juicio. Pero si algo tenía claro, era que no vencería. Nunca estaría solo. En todo momento lucharía con él como en los viejos tiempos. A pesar de haber perdido su piedra solar, no perdería el rumbo. Lo guiaría por la oscuridad costase lo que costase.

Capitulo 22

Al caer la tarde, el crepúsculo volvió a teñir el cielo de rojo carmín. Había llegado el esperado momento de la coronación. Una solemne ceremonia para mostrar y dejar constancia del poder que se le otorgaba al nuevo rey. Él sería la nueva autoridad sobre todo el reino y cada una de sus tierras. En la coronación estarían presentes los jefes de los cuatro clanes, junto a diez de sus mejores guerreros. Gunnar sería el juez y regidor de la ceremonia. En la misma sala, habría tres *skalds* que versarían el acontecimiento a toda la gente de los cinco reinos. Explicarían pomposamente sus victorias en batalla, narrarían su bravura y describirían el porte del nuevo rey.

Olan estaba en la antesala del gran salón nervioso y agitado. Lo que necesitaba era estar solo y estaba a punto de enfrentarse a un salón lleno de guerreros y gobernantes que evaluarían su presencia como rey. Respiro hondo y la imagen de su padre se proyecto en su mente tal y como él lo recordaba.

"Naciste para esto hijo mío, fuiste tocado por Odín al nacer y bendecido por Thor para reinar"

Echó los hombros hacia atrás, sacó pecho, respiró hondo y salió al gran salón atestado de guerreros y gobernantes. Gunnar a su derecha, lo acompaño en dirección al trono. Ælla posó sobre sus hombros la gran piel de oso de su padre. Avanzó lentamente sobre la palestra, hasta la altura del gran trono. Se detuvo un segundo para observar el gran sitial de su padre. Estaba tallado en piedra blanca. La misma piedra nívea de la cueva de Heimdall.

Apostado en la parte alta del trono se hallaba figura de Veðrfölnir el halcón de los dioses. A lo largo del alto respaldo estaba tallado el fresno sagrado, Yggdrasil. El árbol de la vida. Sus gruesas raíces mantienen los nueve reinos sacros unidos. A la derecha, alrededor del reposabrazos se enroscaba el gran dragón Níðhöggr que se extendía por la parte inferior del trono rodeándolo por completo. En el izquierdo estaba tallada la ardilla Ratatösk. Un cruel animalito encargado de corromper el corazón del terrible dragón y del honorable halcón.

Era un trono realmente esplendido.

Poco después, se situó delante de todos los presentes e hizo una reverencia. Entre los asistentes vio a Jarl Börg, su aliado en la guerra de Mull. Proveniente de las tierras del sur. Ahora, poseía uno de los

poblados más ricos del reino. Cerca de él, estaba jarl Kolbeinn de las extensas tierras del oeste, las cuales estaban divididas en dos. El audaz Jarl Eysteinn dominaba la otra parte. Y finalmente el más mayor y más bravo de todos. Jarl Thorvald, de las montañosas tierras del este. Todos ellos permanecían a la espera del comienzo del importante ritual y miraban solemnemente su figura, escrutando al nuevo rey.

En ese momento Gunnar habló con voz profunda.

"Durante la noche de hoy, la luna será nueva, el cielo se hallará oscuro y la noche se sumirá en la oscuridad más profunda."

"No habrá luz que eclipse la coronación del nuevo rey."

"Desde el cielo se abrirá un puente entre Asgard y Midgard para que los dioses estén aquí presentes también."

"El fuego sellará un pacto eterno con los dioses."

"La sangre sellara el vínculo que protegerá estos reinos bajo el poder del nuevo rey."

"Y finalmente, esta espada bendecirá y protegerá la mano del hombre que la empuñe."

"Olan Loodrack, hijo de Harek Loodrack, con esta espada los dioses te nombran soberano de estas tierras y te otorgan su poder y su bendición."

Sigurd le tendió la gran espada de su padre, Heysar. Una espada forjada por los dioses en el mismísimo infierno de Helheim y bendecida por Hela la giganta reina del inframundo. Era una espada excepcional. Únicamente pasaba de padres a hijos dentro de la línea de sucesión del trono. Olan tomó la espada de manos del juez. Sostuvo el pesado metal entre sus manos y la alzo a la altura de sus ojos. Tenía unas finas inscripciones en la parte interna de la hoja. Que versaba lo mismo que Sigurd había pronunciado en su coronación.

En ese momento poso la pesada hoja sobre la palma de su mano y la deslizo lentamente. Notó la humedad y el calor de su sangre brotar de la cuenca de su mano. La hoja se tiñó con una fina línea color carmesí. Seguidamente se acercó a la pequeña pira situada a la derecha del trono, justo donde estaba Sigurd. Puso la mano a poca distancia del fuego y apretando la palma dejó caer nueve gotas de sangre. Una por cada uno de los reinos que componían el Yggdrasil. Tal y como decía las sagradas palabras.

"*El fuego sellará un pacto eterno con los dioses, y la sangre, sellará el vinculo que protegerá estos reinos bajo el poder del nuevo rey"*

Olan observo fijamente el ardiente fuego mientras toda la sala se arrodillaba ante él. Desvió la mirada de las crepitantes llamas para ver como uno tras otro, los presentes hincaban la rodilla en el suelo con la mano sobre el pecho en señal de aceptación y respetó. Los recuerdos invadieron su mente. Lo estaban haciendo de la misma manera, que hicieron los cientos de guerreros a su alrededor aquella fría noche en la batalla de Tobermory. La misma noche que su padre fue arrebatado por la Valquirias para llevarlo al Valhalla, junto a Odín.

Dregk percibió la consternación del recuerdo en los ojos de Olan y se acerco a él. Posó una mano sobre su hombro para reconfortarlo y guiarlo hacia en gran trono blanco de Drone. Se sentó lentamente mientras todos a su alrededor permanecían con la cabeza baja en esa solemne posición. Olan los observó unos instantes más aturdido y confuso. Su madre a su derecha puso su mano sobre la suya en señal de protección y apoyo.

Sin que nadie hablase, todos se alzaron lentamente de nuevo para versar al unisonó las palabras sagradas.

"Que los dioses resguarden y bendigan al nuevo rey en su seno.

"Que Thor acompañe su espada y las Valquirias lo guarden en las batallas."

"Que la paz reine sobre sus días y que la sabiduría de Odín guie su reinado hasta el fin de los tiempos."

Una leve descarga eléctrica recorrió a Olan de los pies a la cabeza al escuchar esas palabras. Ahora era el nuevo soberano de esas tierras. El reino estaba bajo su protección y su responsabilidad. El poder que su padre ostentaba, ahora le correspondía por derecho de sucesión. A su alrededor, en los ojos de los presentes, brillaba la alegría y la esperanza de un nuevo comienzo. Sin saberlo, había llenado de esperanza el corazón de aquellos hombres, y no podía fallarles. Por muy difícil que fuese, sembraría la paz en sus tierras, después de las terribles batallas y la pérdida de tantos guerreros. Trataría de recomponerse y enorgullecería la memoria de su padre. Las sombras que lo amordazaban desaparecerían y sería un buen rey, justo y valiente y bravo. Brindaría a su reino, la eterna protección de los dioses.

****

Ammie observó como la luz del amanecer, resurgía sobre la fina línea del horizonte del mar. El cálido y brillante sol, era como una llama de fuego que iluminaba su alma. Durante unos instantes, olvidaba por completo donde se encontraba y volvía a Drone. Por alguna razón

aquel lugar, se había convertido en su único refugio. Allí sentada recordaba las fascinantes historias de Odín de los labios de Ælla. Aquellos dioses ahora, también eran los suyos. Sus labios rezaban a uno, mientras sus plegarias ascendían a ambos. Escuchaba a Odín en su oído y a Jesucristo en su mente. Ambos residían en su corazón y no estaba dispuesta a renunciar a ninguno de ellos. Renunciar a Thor, Odín y Freyja sería como renegar de una parte de ella. Sería como renunciar a sus recuerdos y olvidar todo lo vivido en aquel lugar.

Echaba de menos la eterna sabiduría de Ælla y a los pequeños ángeles, Ubbe y Narub. Extrañaba a Halldora y su bondadoso corazón. A Dregk por su externo sentido del honor y sin duda, añoraba al propietario de sus sueños y dueño de su corazón, Olan. Durante las noches soñaba con él. Y durante los días, recordaba hasta los más ínfimos detalles de su persona. Revivía todos lo momentos pasados y rememoraba sus sentimientos para no dejarlo morir en el olvido. Al cerrar los ojos, volvía a ver sus hermosos ojos marinos y como los matices azul cielo y azul añil se entremezclaba en su mirada. Escuchaba su profunda y suave voz en sus oídos y volvía a sentir sus dulces caricias sobre la delicada piel de su cuerpo.

Había inmortalizado cada uno de los momentos pasados con él, a fuego en su mente. Pero parte de ella, temía que todos esos bellos recuerdos perecieran en el olvido. Aunque quizá, de esa forma dejaría de sufrir. Dejándolos morir y olvidarlo todo, dejarían de doler y lacerar su alma.

Pero no podía hacerlo. No aún.

Por las noches se despertaba asustada, gritando su nombre entre lágrimas. En sus sueños lo volvía a ver encadenado en esa fría y húmeda celda de piedra. Veía su hermoso rostro magullado por los golpes. Volvía a oír sus palabras de amor hacia ella y finalmente lo veía desaparecer a través del oscuro pasillo de la celda. Había sido una despedida tan triste y dolorosa que cada noche en sus sueños, revivía el dolor de perderlo, una y otra vez.

En el fondo de su corazón, sabía que esa pesadilla la atormentaría durante mucho tiempo. Pero prefería tenerla y soñar con él, a no tenerla y olvidar sus recuerdos. Incomprensiblemente no estaba dispuesta a dejar morir esos momentos. Prefería sufrir, sabiendo que habían ocurrido. A dejar de padecer y olvidar a Olan.

Al desviar la mirada del mar vio a Doreen. Recorría lentamente la horilla, caminando sobre la arena blanca. Llevaba un vestido azul cielo, su capa gris clara y su largo cabello blanco recogido en un moño trenzado. Doreen era como la voz de su conciencia. Era la única capaz

de calmar sus pesadillas y amansar su derrotado corazón.

–Un hermoso día. ¿Qué tal has dormido hoy? –La anciana se sentó a su lado.

–Más que ayer y menos que mañana –recitó desenfadadamente.

–¿Has vuelto a tener pesadillas?

–Sí…

–¿Puedo preguntarte algo querida? –Ammie asintió confiadamente. –¿Que sueño te atormenta noche tras noche?

–Recuerdos nana… Recuerdos que a pesar de ser horribles no quiero que desaparezcan de mis sueños –Sonrió ante su contradicción–. Parezco una necia, pero no quiero perderlos.

–El joven del norte con los ojos color zafiro. ¿Tiene algo que ver con esos recuerdos?

Ammie asintió lentamente mientras sus ojos se ponían brillantes bajo la amenaza de las lágrimas.

–Lo echo tanto de menos... –musitó bajando la barbilla apenada para mirar la arena bajo sus pies.

–Y el echarlo de menos te atormenta –continuó Doreen–. ¿Puedo hacerte otra pregunta? Y necesito que seas totalmente franca conmigo.

Ammie la miro extrañada y finalmente accedió.

–¿Amas a ese joven?

–Sí –susurró sin vacilar–. Sé que no está bien, pero lo amo con todo mi corazón, nana.

Una solitaria lágrima abandono sus preciosos ojos ámbar.

–¿Hasta qué punto lo amaste?

–Lo ame y lo amo con toda mi alma, mi cuerpo y mi corazón… –Su dolor era tan palpable como la fría nieve–. Y no estoy arrepentida de ello.

–No tienes que arrepentirte de las cosas buenas querida. ¿Quién no ha amado de esa forma alguna vez?

Ammie se sorprendió al oír esas palabras. Jamás la había oído a Doreen hablar de amor.

–¿Tú también has amado así?

–¡Claro! –Doreen sonrió sumida en sus recuerdos–. Conozco esa clase de amor. Aquel que no admite barreras, ni muros y que fluye desde el

corazón inundando todos los sentidos… –explicó conmovedoramente–. Una vez lo sentí tan fuerte, como tú lo sientes ahora. Aunque ya hace muchos años de eso.

–Explícamelo, nana –rogó llena de curiosidad.

–Como ya he dicho, hace mucho que esto ocurrió. Yo tenía tu edad y él era poco mayor que yo. Era un muchacho guapo y apuesto. Formaba parte de la guardia de tu abuelo, Edward McLeod. En esa época yo ya paseaba por esta fortaleza, y tu padre, apenas era un niño. Cada mañana iba a recoger fruta a los arboles que hoy día, aún rodean los muros. Una mañana, el cesto se resbaló de mis manos dejando caer todas las manzanas. En ese momento él se acerco a mí para ayudarme y surgió lo inexplicable. La magia. Lo que no sabíamos, era que en el preciso instante que sus ojos se cruzaran con los míos, quedaríamos enredados por un alzo invisible para siempre. Y desde ese día, él se convirtió en parte de mí y yo de él. La magia fluía entre ambos como mariposas al viento. Pasábamos los días y las noches juntos, profesándonos el amor que nos teníamos.

–Nunca me habías contado nada.

–La historia no tiene un final feliz Ammilie –musitó tristemente–. Por esa razón nunca te la conté.

–¿Que ocurrió?

Los pálidos ojos de Doreen se entristecieron ante los recuerdos.

–Una fría tarde de invierno, Erian partió en dirección a Mercia a luchar en la guerra a favor del rey. A batallar por el actual rey de Wessex. En pocas semanas derrotaron la supremacía del antiguo rey. Pero la batalla fue terrible y sangrienta y se cobro muchas vidas. –Hizo una pausa antes de seguir hablando–. Cuando las tropas volvieron después de la larga contienda, mi querido Erian no estaba entre ellos… –Su voz se fue apagando–. Pereció en esa horrible batalla, lejos de mí y no volví a saber nada más de él.

–No lo sabía…

–Te entiendo mejor de lo que crees. Y por eso, creo que hay algo que estas olvidando Ammilie.

–¿El qué?

–Aún sigue con vida. –Alzando una mano en dirección al mar continuó– Al otro lado del mar sigue contigo. Y quizá algún día, te sea devuelto.–Su corazón sintió una dulce oleada de esperanza, que calentó su entumecida alma y mitigó su dolor.

Doreen tenía razón, tenía que estar feliz porque él estaba vivo. Lejos

de ella, pero vivo. El brillo de la esperanza aún podía iluminarlos. Tenía que agradecerle a los dioses, su bondad. Habían cumplido favorablemente con su parte del trato y lo habían devuelto a casa, sano y salvo. Después de todo lo ocurrido, la fe sería lo último que moriría en su interior. Al igual que el amor que sentía por Olan.

Ambas mujeres desviaron la mirada al otro lado de la playa al escuchar el trote de un animal. Uno hombre de la guardia de su padre se acercaba en dirección a ellas. Ammie miró a Doreen preocupada y ambas mujeres se levantaron.

–Buenos días señoras –pronunció solemnemente–.Su padre requiere su presencia.

–¿Por alguna razón en concreto?

–No lo sé, mi señora. Únicamente me mandó a buscarla, quiere verla.

–¿Ahora?

–Ya la está esperando. –Ammie resopló y se encaminó en dirección a los muros del reino.

–Puedo llevarla si lo desea.

–No, prefiero caminar. –Hizo un aspaviento con la manó–. Dile que estaré allí tal y como él desea. –El jinete asintió y salió a galope en la misma dirección que ella.

El rostro de Ammie se había tornado serio y sombrío mientras un mal presentimiento rondaba su cabeza. Se habían terminado sus juegos de niña. Hoy se enfrentaría a su padre y a sus decisiones. El destino del que tanto había huido, la perseguía de nuevo atormentándola. Pero no era una cobarde, y hoy, lo afrontaría con valentía.

Doreen caminó a su lado en todo momento. Ambas mujeres abandonaron la playa y cruzaron el espeso bosque hasta encontrar el camino que dirigía al reino. Para llegar más rápido usaron uno de los oscuros túneles subterráneos que llevaban directamente a la fortaleza. Cuando era tan solo una niña, los usaba para huir de los tenebrosos muros de Iona. Y después de tanto tiempo, seguía haciéndolo.

Con los años, las paredes de piedra del túnel se habían oscurecido por la humedad y olían a pantano. Pocas personas conocían ese lugar. Los túneles tan solo se usaban para huir en caso de peligro. Se decía que en su interior, durante las noches de lluvia, los guardias habían escuchado extraños ruidos de ultratumba. Contaban escalofriantes historias de sombras que habitaban y viajaban por ese lugar. Pero durante el día, tan solo se oían los sutiles ruidos de la naturaleza.

Al llegar al final del conducto, abrió con fuerza la trampilla superior

que llevaba a la parte más baja de la fortaleza. Estaba muy cerca de las celdas donde un día había estado su querido Olan. Ralentizó su paso ante la oleada de recuerdos, pero Doreen la cogió de la mano para ayudarla a pasar por ese difícil lugar. Subieron rápidamente las escaleras hasta su recamara y cerró la puerta.

–Dejarme que trence de nuevo tu cabello.

Ammie se sentó en el borde de la cama para dejar que Doreen peinara y arreglara su despeinado cabello a causa de la brisa marina. Cuando terminó, le colocó la perfecta trenza sobre el hombro. Doreen se puso frente ella y la cogió por ambos hombros para mirarla.

–Se fuerte y piensa que pase lo que pase, yo estaré contigo…

–Gracias, nana. Porque necesitare tu fuerza hoy.

–¿Qué crees que va a ocurrir, Ammilie?

–Creo que hoy, me tocará enfrentar mi destino. –Su voz se entrecorto–. Y no sé, si estoy preparada.

Dicho esto, desvió la mirada y se encamino en dirección al gran salón de su padre dejando a Doreen pensativa en la habitación. Bajó las escaleras y recorrió el pasillo que llevaba de camino a la sala. Se paro frente a la puerta, respiro hondo y pico dos veces antes de entrar. Un segundo después un guardia abrió la puerta del gran salón para dejarla entrar. Estaba muy nerviosa y todo su cuerpo temblaba como una hoja.

Ammie observó la enorme sala que se abría a su alrededor. Todo seguía tal y como ella lo recordaba.

–Que alegría verte, hija mía. ¡Acércate! –Ammie miró al final del gran salón y vio a su padre y Connor.

Sus oscuros ojos negros de cuervo, la atravesaban. Estaba de pie junto a su padre e iba vestido con una espesa capa azulada cubriendo sus hombros. Era la primera vez que prestaba atención al porte de ese hombre.

Era un hombre alto, corpulento y recio. Con el pelo largo hasta los hombros, rizado y negro al igual que su espesa barba. Nada más ni nada menos, que un hombre normal. No poseía ninguna cualidad digna de su admiración. Era mezquino, calculador y un cobarde manipulador. Un hombre abominable a sus ojos. Pero lo más perturbador y desconcertante, era el aura oscura y aterradora que lo rodeaba. Al verlo, tan solo deseaba salir corriendo en otra dirección. Y si hacía caso a su subconsciente debía hacerlo, en ese preciso instante. Pero no lo haría, ella no era una cobarde.

Se quedó quieta observando como el hombre se encaminaba en su dirección. Retrocedió un paso ante su avance para quedarse de nuevo paralizada al sentirlo tan de cerca.

–Yo también me alegro de volver a verla Ammilie –pronunció con voz profunda–. Como siempre, esta radiante y hermosa. –Besó el dorso de su mano.

Su cuerpo se tenso y su piel se erizó instantáneamente ante el contacto del hombre.

–Habéis requerido mi presencia –Dio una paso para apartarse–. Y aquí estoy. ¿Qué deseáis?

–Acércate, hija mía –Musitó su padre–. Estas tan lejos, que parece que quiera huir de nosotros.

Su padre no se equivocaba. Prefería tener la puerta lo más cerca posible para salir corriendo si era necesario. Ambos hombres la ponían frenética y juntos, la sensación empeoraba exponencialmente. Sabía que su padre y Connor habían estado confabulando y planeando su futuro. Sus egoístas intenciones centelleaban en sus ojos.

Ammie se aproximó a su padre, pero a cierta distancia de él se detuvo. No llegó a subir todas las escaleras que los separaban. Se quedó a varios metros de distancia. Wood se puso a su derecha, dos peldaños por encima de ella.

–¿Mejor ahora, padre?

–Oh hija mía, eres tan hermosa como lo era tu madre… Y gracias a esa belleza tengo buenas noticias para ti.

Ammie intentó mantener la compostura ante las absurdas palabras. El significado de buenas noticias para ella, distaba mucho de la de su padre.

–Los hombres del norte han abandonado Tobermory. Han cumplido su parte del trato.

–¿Y el resto de rehenes?

–Ya han sido enviados a su hogar, sanos y a salvo. Soy un hombre de palabra. –Ammie esbozo una sonrisa ladina ante el último comentario. –Y un día, hace ya mucho tiempo, di mi palabra al hombre que tienes hoy a tu derecha –explicó satisfecho, señalando a Connor–. Le di mi consentimiento, para crear una alianza entre ambos reinos.

–¿Y acaso esa alianza no está sellada?

–Casi –interrumpió Wood.

–Que intentáis decirme –inquirió recelosa–. Déjate de rodeos, padre. Nos conocemos demasiado bien.

Ammie sabía perfectamente lo que iba a ocurrir. Y ser fuerte y valiente era lo único que podía hacer. Su padre la estaba volviendo a condenar su vida, por "poder".

–Tal y como dice Wood, mi palabra nunca llego a cumplirse –Se interrumpió para evaluar su confesión–. Pero ahora que está aquí de vuelta. Deseo cumplir mi palabra y unir la vida de mi única hija Ammilie McLeod de Duart en matrimonio con el conde Connor Wood, mi fiel aliado. La unión de ambos, en una alianza de sangre, hará que nuestro reino, sea uno de los más poderosos jamás conocidos. Y perdurará generación tras generación. –Sus piernas flaquearon por un segundo al oír esas palabras

Ammie desvió la mirada a la vez que soltaba un suspiro ahogado. Sus peores miedos y su fatal destino cobraban vida ante sus ojos. Ese era el precio de debía pagar por devolver a Olan a su hogar. Era la parte del trato que aun no había cumplido, su sacrificio. Y la afrontaría con coraje.

Respirando hondo, recompuso su cuerpo y miró a ambos hombres. Alzó su mano en dirección al hombre que tenía a su derecha y con fingida tranquilidad habló.

–Que sea, lo que Dios desee. –Connor Wood cogió su mano y la puso contra su áspera mejilla.

–Que así sea –murmuró–. Que Dios una nuestras manos en matrimonio y nos bendiga con muchos herederos.

Ammie sintió un nudo en la garganta ante la simple idea de yacer con ese hombre. No sabía si sería capaz de resistir tal encuentro. Su cuerpo y su alma jamás podrían ser unidas a otra persona, pensó. Únicamente le consolaba saber, que su corazón yacía lejos de allí, en manos del único hombre que había amado y amaría en la vida. Olan.

–Deseo que la ceremonia del enlace, sea en Tobermory –declaró Wood–. A pesar de la cruel batalla y el saqueo de esos barbaros. Volverá a ser lo que un día fue.

–¡Que así sea! –exclamó su padre–. ¡Qué dios os bendiga esta unión y la alianza entre nuestros reinos!

Ambos hombres se abrazaron felices por la unió, mientras que Ammie se sumía en la amargura y la tristeza. El simple hecho de unir su vida a una persona que no era Olan, lapidaba lo poco que aun quedaba de su alegría. Con el tiempo su cuerpo se convertiría en piedra en manos de otro hombre y su apenado corazón, desaparecía en su interior

dejando un oscuro agujero de desconsuelo.

Capitulo 23

Olan caminaba silenciosamente a través del bosque, llevando sobre su hombro un gran petate. En él portaba provisiones y alguna de sus pertenencias. Ascendía por el desnivelado camino sumido en sus pensamientos. Poco después, se detuvo y miró sobre su hombro. Una gran hilera de hombres, mujeres y niños ascendían por el escarpado paramo junto a él. La nieve aún cubría gran parte del monte, pero a medida que avanzaban la espesa capa disminuía dejando entrever la verde hierba del subsuelo. Otra estación se desvanecía ante sus ojos, mientras el tiempo transcurría impasible al dolor.

Svern se detuvo a su lado dejando caer la gran carga que llevaba sobre el hombro. Ambos observaron el incesante y continuo ascenso de los peregrinos. Marchaban al conocido templo sagrado de Uppsala.

–Tengo ganas de llegar.

A pesar de su contento, la inquietud de Svern era palpable.

–Paciencia querida amigo. Ya queda poco para llegar a tierra Sigtuna –Miró la espesura del bosque– ¿Has estado alguna vez allí?

–No, nunca he pisado tierra sagrada.

–¿Sabes lo que ocurre en aquel lugar?

–Únicamente he oído historias.

–Historias reales seguramente –señaló Olan pensativo–. En realidad, nadie te prepara para lo que ocurre en el templo. –Svern lo miró curioso a la espera de alguna explicación más sobre aquel extraño lugar–. Allí entre esas sagradas paredes, podrás sentir a los dioses más cerca de ti, que en ningún otro lugar.

–Espero sentirlos cerca y que las ofrendas los complazcan…

–Tu hermano se pondrá bien. Es fuerte.

Hacia una luna, que un navío mercante había devuelto a Sault a casa. Pero su estado era de extrema gravedad. Sus heridas eran tan graves, que su débil cuerpo no tenía fuerzas para despertar de su profundo letargo.

–No quiero vivir más tiempos de guerra, Olan.

–Yo tampoco. Mi pueblo ya ha sufrido suficiente.

–Confiaré la vida de mi hermano a los dioses, pero no se qué hare si…

–¡No lo harán! –interrumpió sus funestas palabras–. Los dioses no abandonaran a tu hermano. Oraremos por ello.

El bravo guerrero tocó su hombro agradecido antes de continuar caminando. Sabía muy bien que Svern necesitaba a Sault. La unión que había entre ambos hermanos era inquebrantable. Si algo le ocurría a uno, le ocurría al otro y viceversa. Dudaba que lo dioses los separaran y que el enemigo fuese tan estúpido de cometer un error tan grave.

Aunque en cierto modo, él deseaba que lo hicieran. No deseaba la muerte de su amigo, pero sí deseaba que el enemigo cometiera un error. De esa forma, tendría la excusa perfecta para cruzar mar abierto en dirección a la pequeña isla Iona. En esos momentos de amargura e indecisión no podía ver la luz. Y esa, era la única solución que su mente contemplaba para recuperar a su preciosa Ammie y vengar a su padre.

Pero sabía que Drone y sus hombres no se lo permitirían. Aún lloraban las pérdidas del pasado y una nueva guerra no sería una solución viable en esos momentos. Con el transcurso del tiempo, quizá los dioses le dieran la oportunidad de volver a recuperarla. Si algo seguía vivo en su interior, era la esperanza de recuperar lo único que le importaba en ese mundo. Ammie.

–¿En qué piensas, hijo mío?

Alzó la vista al oír la vibrante voz de su madre. Lo miraba desde lo alto de los lomos de su precioso caballo Asgard. El final de la larga hilera de peregrinos se alejaba por delante de ellos. Sin contestar, cogió las riendas del caballo de su madre y continuaron avanzando.

–¿No me vas a decir en qué piensas? –volvió a preguntar.

–Preguntas cosas que ya sabes, madre.

–Porque prefiero oírlas de tus labios.

Olan continúo en silencio. Ni siquiera se dignó a mirarla. Durante las últimas semanas se había distanciado y se negaba a hablar con ella.

–No estés molesto conmigo, Olan. No creo que me lo merezca.

–¿Tú lo sabías verdad? –inquirió–. Sabias quien era ella. Por eso nunca, la trataste como a una sirvienta.

–Ammie era especial –contestó dulcemente–. Lo supe, desde el primer momento que la vi entre tus brazos.

–Sabias quien era…

–No exactamente –aclaró–. Soñé con ella pocos días antes de su

llegada. Vi sus ojos ámbar en el reflejo del sol sobre el mar. Los dioses me la mostraron –explicó–. Sabía quién era, pero desconocía su procedencia.

–¿!Pero por qué no me lo dijiste?!

–¡Era su secreto Olan! –masculló tratando de hacerle entrar en razón–. La marca de su hombro la habría devuelto a su hogar. Pero por alguna razón, estaba huyendo del lugar del cual provenía. Y decidió permanecer oculta en Drone, con nosotros.

–Pero tendrías que habérmelo dicho. –Su voz era una mezcla entre reclamo y tristeza–. Tú sabías que ella era importante para mí…

–Yo no soy quién para contar secretos que no son míos. –Se excusó con sinceridad–. Y si eso es lo que te molesta, Olan. Que sepas que lo haría una y mil veces. Era su elección desvelar su identidad o salvaguardarla de todos.

La testarudez de su hijo comenzó a diluirse y la comprensión iluminó su rostro.

–¿Por qué huía de su hogar?

–No lo sé hijo mío –contestó negando con la cabeza–. Quizá, no deseaba el destino que su dios le había impuesto y simplemente, prefirió escapar.

Olan suspiró pesadamente con el corazón en un puño.

–No sabes cuánto la echo de menos madre –susurró–. A veces me preguntó, porque lo dioses juegan así con nosotros. Porque nos entregan cosas, que jamás podremos poseer.

–Los dioses juegan con nuestro porvenir. Pero no con mala intención. Tan solo pretenden hacernos vivir la vida más intensamente. Las cosas que más deseas, son siempre las que más cuesta conseguir. Y al revés funciona igual. Nos hacen llegar a límites inconfesables a través de sensaciones buenas y malas. Tratan de enseñarnos a vivir con una intensidad abrumadora –explicó sabiamente–. Nos dejan caer, para más tarde volver a sostenernos en pie. Y recomponernos de todo lo que sentimos en ese proceso, es la tarea más difícil. Una ardua labor, que nos hace renacer de nuestras cenizas.

–Pues he alcanzado mi límite… ya no soporto más dolor. –Se sinceró abiertamente–. Como guerrero puedo aguantar mil golpes de espada y luchar en cientos de guerras. Pero como hombre, nunca había previsto un ataque desde el mismísimo centro de mi pecho. Sinceramente creo que los dioses me han abandonado.

La desolación de sus palabras partió el corazón de Ælla. El lobo negro

que llenaba de vida el corazón de su hijo, había desapareció al otro lado del mar.

–Los dioses jamás te abandonarían. Ellos fueron los que pusieron en tu camino a Ammie. Y ella, salvó tu vida para convertirte en rey.

–Otra vez, dan una cosa y quitan otra…

–Así es la vida –susurró Ælla –.

Su hijo la miro con sus preciosos ojos azules

–Yo también he perdido cosas. He perdido a tu padre… –Logró decir con un hilo de voz–. Y por supuesto que lo extraño, no hay día que no piense en él. Echo de menos todo de él –Su voz se quebró–. Pero continuar adelante es lo único que podemos hacer. Hijo mío, no puedes vivir eternamente bajo la sombra de su ausencia.

Olan se desconcertó por un segundo, las palabras de su madre eran tan resolutivas que no podía creer lo que entre leía de ellas.

–¿Me estas pidiendo que la olvide?

–No, te estoy pidiendo que dejes de sufrir. ¡Por todos los dioses! Si fueras un lobo escucharía tus aullidos noche tras noche, atormentándote. Y no puedes vivir eternamente aullando.

–Parece fácil cuando lo dices… Pero ¿Cómo lo hago cuando todo me recuerda a ella?

–Hay una solución –Olan le lanzó una mirada contrariada.

–Drone no aceptara una nueva contienda. –Su expresión se endureció–. Aunque si por mí fuera, ya estaría atravesando el mar con todo mi ejército para ir a buscarla.

–Eso no es una solución –resopló disgustada–. ¿Más guerras Olan? ¿Eso deseas? ¡Es que aún no ha sido suficiente!

–¿Entonces? Qué solución hay.

Ælla meditó sus palabras y un segundo después, salieron cautelosas de entre sus labios.

–Podrías tomar a otra mujer como esposa. Quizá eso te ayude a mitigar tu dolor.

Olan bufó indignado ante la desconcertante petición.

–¿Eso es una solución, madre? –inquirió frunciendo el ceño–. ¡Olvídalo! Pides algo imposible.

–Sé que es duro escucharlo, pero eres un Loodrack y debes seguir la línea sucesoria –expuso cuerda y sensata–. Tu padre lo habría querido

así.

–Soy incapaz de amar a otra mujer.

–No te pido que ames. Tan solo que reines –musitó compungida–. Guarda tu corazón para Ammie, por siempre, si eso es lo que deseas. Pero sigue adelante. Quizá algún día los dioses te la devuelvan ¡Y ojala sea así! –pronunció mirando al cielo–. Pero no puedes estar esperando toda la vida, a que eso ocurra... No puedes atormentar tu alma de esa manera. Es cruel y doloroso y no quiero verte sufrir más.

–Necesito pensarlo –murmuró a sabiendas de lo imposible–. Sé que este peregrinaje, me ayudará a ordenar mis ideas. Y necesito pedirles a los dioses por última vez, que me la devuelvan.

–Ojala te escuchen y te libren de tu agonía, hijo mío –Se detuvo para mirarlo fijamente desde la montura–. Pero si no es así… ¿Que harás?

–Si desoyen mi petición. Te haré caso y reconsiderare la opción de tomar a otra esposa –Ælla inspiró aliviada–. Pero antes, debo intentarlo de nuevo en Uppsala. Desde allí sé que ellos oirán mis suplicas. –Un rallo de ahogada esperanza aún brillaba en sus pálidos ojos azules–. Ammie es una parte muy importante de mí. No puedo darme por vencido fácilmente y renunciar a ella sin haberlo intentado con todas mis fuerzas.

Ælla sonrió orgullosa de él.

–Se que el tiempo Uppsala te mostrará el camino adecuado, hijo mío. Te lo mostrará, de la misma forma que me mostro a mí. –Ælla sonrió ante los recuerdos–. La primera vez que viví el ritual en esas tierras sagradas. Las visiones de aquella noche fueron tan vividas, que vi por primera vez, el rostro de los dioses. Vi como el mismísimo Odín, sobre una gran piedra blanca, trazaba con tinta negra mi camino. Y poco después, tu padre se cruzó en mi vida.

–Espero que tracen mi destino y me muestren el camino a la luz.

–Lo harán, confía en mí –susurró al tiempo que miraba al cielo–. Tan solo desean tu felicidad.

–Pues oremos por ella. Porque mi felicidad tiene nombre. –Olan desvió la mirada al camino y continuaron viajando en silencio, en dirección al gran templo.

El santuario de Uppsala fue creado por el dios Freyr como un lugar de peregrinaje para los primeros hombres. Era un lugar sagrado y el único punto de inflexión entre ambos mundos; El de los dioses y el de los hombres. Cada nueve años se celebraba allí el *dísablót.* Una tradición en la que se a realizaban una sacrificios a los dioses. Las

ofrendas eran, tanto animales como humanas. Sacrificios por la paz, las victorias del rey, por la batallas luchadas, por la sangre derramada, por las buenas cosechas, por las alianzas, por la prosperidad de los enlaces, por la bendición de los hijos, la felicidad de en el hogar. Por todo aquello bueno y malo con lo que los dioses les habían bendecido en esos nueve años. Aquella tradición tan peculiar, reunía a aldeas completas todos los años para la celebración.

Olan deseaba llegar allí cuanto antes. Necesitaba saciar con sacrificios de sangre la ira de los dioses. Una ira que le había arrebatado lo único por lo que deseaba seguir vivo y continuar adelante. Su dulce Ammie. Esa era su última oportunidad para pedirles por su regreso. Oraría día y noche por ella, hasta que Freyr lo escuchará. Si transcurridos los nueve días de festejos y sacrificios, no recibía una respuesta. Rendiría su alma al destino que le deparase Odín y sucumbiría ante la pérdida de parte de sí mismo. Renunciaría a su única felicidad y reconsideraría el hecho de tomar a otra esposa.

****

Era demasiado tarde como para que nadie transitara por la oscura fortaleza. Ammie trasteaba silenciosamente en la antesala de la cocina, una pequeña estancia secreta. En su interior, había tantas plantas y semillas como pudiera desear. En su ausencia, Godric habían añadido alguna especie desconocía. Pero todo, seguía estando exactamente en el mismo lugar donde ella lo dejó. Sus conocimientos sobre las plantas medicinales era un don que pasaba de madres a hijas. Y sin duda, le servía de muchísima ayuda en innumerables situaciones.

Hábilmente, fue cogiendo de los estantes las diversas hierbas que necesitaba para su brebaje. La única luz que la alumbraba era la de dos velas. En la sala contigua, tenia puesto al fuego un pequeño caldero con agua para emulsionar las hiervas.

Cogió una de las velas y entró en la gran cocina en dirección al fuego. El agua ya estaba hirviendo y chisporroteaban gotas de su interior. Justo cuando iba a cogerlo, escucho un ruido en la oscuridad de la cocina.

Se sobresaltó y cogió lo primero que tenía a su alcance, una larga pala de madera.

–¿Quien hay ahí?

En ese preciso instante, escucho una siniestra risotada al otro lado de la cocina. Y la imponente silueta de Connor Wood surgió de la oscuridad. Ammie maldijo para sus adentros. Connor avanzó hasta quedarse a cinco pasos de ella. Ese hombre tan solo le sacaba una

cabeza de altura pero era realmente intimidante.

–¿Qué haces aquí? –Levantó la pala a modo de protección–. ¿Acaso me estabas espiando?

–Esa pregunta debería hacerla yo.

–Ya me dirás porque deberías hacerla tú. –Su afilada lengua le arranco una mueca divertida.

–Por qué eres mi esposa. Y no sé qué haces a estas horas despierta y trasteando en una oscura cocina.

–Aún no soy tu esposa –rehusó.

–Cierto, aún no. Pero dentro de poco sí –declaró sombríamente avanzando en su dirección acortando el poco espacio que los separaba.

Ammie retrocedió hasta topar contra la pared. Estaba atrapada y a su merced. Aterrada, volvió a levantar la larga pala de madera. Connor se la arrebato de un fuerte tirón y la lanzo al suelo.

–Me tienes miedo ¿verdad? –descifró esbozando una siniestra sonrisa de diversión.

Ese juego parecía divertirle mucho. Pero ella, le ponía los pelos de punta.

–Aléjate Connor…

Wood se acerco a ella aún más, acorralándola contra la pared y pegando su cuerpo al suyo dijo;

–Dentro de poco, podre tocar esta suave piel libremente. –Alzó una mano en su dirección para tocarle el rostro.

Antes de poder hacerlo, Ammie desvió despectivamente la cara evitando su contacto. En ese momento, Connor sujetó su mejilla con la mano y apretó su mandíbula para hacer que lo mirara.

–Aunque no seas mía “aún” no permitiré que me desprecies –Ammie cerró los ojos al sentir su aliento sobre su piel.

Su mano apretaba dolorosamente su mandíbula a la vez que ella apretaba los dientes por la impotencia. Se sentía como una presa corralada por un cazador y la amenaza en su voz era evidente.

–Sé que algún día nos llevaremos bien –pronunció con voz profunda–. E incluso desearas que te toque y te preste mi atención.

–Lo dudo mucho.

Apretó con más fuerza su mejilla a causa de la furia.

–Me haces daño… –susurró dolorida colocando su mano alrededor de la suya.

Connor la soltó, pero no la liberó de la presión de su cuerpo.

–Eres una pequeña fiera sin domar. Has estado muy bien aquí, protegida por tu padre en todo momento –Con el dorso de su mano tocó los labios de Ammie lascivamente–. Pero tus días de libertad llegan a su fin y créeme, se domar cualquier bestia.

–Yo no soy ninguna bestia y no se me puede domar –inquirió entre dientes.

–Pues… Si no consigo domarte, tendré que cazarte. Y no sé qué elección será menos dolorosa para ti.

–¿Acaso tengo elección? –resopló desafiante–. Nadie me ha preguntado que quiero.

–¡Claro que tienes elección! –exclamó Connor irónicamente–. Puedes entregarte a mí, por las buenas. O puedes negarte, y dejar que te cace o que te dome como a una preciosa bestia. ¿Qué prefieres?

Ammie dejó de resistirse, rindiéndose ante la animadversión. No podía negar más a la realidad de lo que iba a ocurrir durante la próxima luna. Ella se convertiría en la esposa del hombre más déspota y despiadado que había conocido en su vida. Sus días de libertad en Iona llegaban a su fin. Al igual que terminaron sus días de felicidad en Drone. Pensaba que volvía al infierno cuando aún no había llegado. Tan solo, se encontraba a las puertas de él.

Separándose de ella y liberándola de su cuerpo, Connor volvió a preguntar.

–¿Qué haces a estas horas de la noche aquí?

–Absolutamente nada.

Connor chasqueó la lengua ruidosamente.

–Una mujer tan inteligente como tú, sabe perfectamente que hace en todo momento –dedujo–. Solo espero que no sea alguna de las tuyas.

–¿Alguna de las mías?

–Sabes exactamente de lo que estoy hablando, dulce angelito.

–Pues no, explícamelo.

–¿Crees que no sé, que manipulaste los barriles de vino? –Instantáneamente Ammie desvió la mirada–. ¡Acaso crees que soy tan idiota, mujer! Yo mismo, hice traer desde Tobermory ese exquisito vino. Y tú, lo echaste a perder con tus jueguecitos de niña caprichosa.

Ammie se quedó en silencio al quedar expuesta su fechoría. Ese hombre era más listo de lo que se había imaginado y ahora no tenía dudas de que posiblemente el manipulado era su padre, no él. Siempre pensó que su padre jugaba con ese hombre a su antojo. Pero ahora la realidad era totalmente adversa. Connor Wood ara un magnifico actor que interpretaba dos papeles muy distintos. Un escalofrió le recorrió la espalda al comprender la razón. Si lograba casarse con ella, lograría el control de Iona y de todo su ejército. ¡Dios mío! Esa había sido su intención desde el primer momento.

–¿Por qué juegas con mi padre?

Connor sorprendió ante la pregunta y rió ante la afirmación.

–El cree que soy… "manipulable" –La ironía y el desdén inundaban su voz–. Y así debe seguir siendo, pequeña arpía, hasta que consiga hacerme con el control del Iona.

–¡Eres un necio, desalmado y manipulador! –exclamó tratando de golpearlo, pero él la detuvo–. ¿Cómo sabes, que no iré a decírselo?

–¡Ve! Corre y díselo a tu padre. Pero únicamente creerá que eres una niña mimada que busca excusas para eludir el matrimonio.

Connor lo tenía todo atado y pensado, detalle a detalle.

–Eres lo peor… –Su voz salió entre dientes como un siseo de serpiente.

Connor rió, antes de girar sobre sus pies en dirección a la salida. Antes de salir de la sala miro sobre su hombro y dijo.

–Te espero el día de nuestra boda. Esperare impacientemente a que ese día llegue.

Dicho esto, el hombre salió de la cocina. Ammie se apoyo contra la pared, hundida por la realidad de lo que acababa de descubrir. Estaba a punto de casarse con un hombre cruel, tirano, y manipulador que únicamente quería usurpar el reino de su padre. ¿Eso es lo que los dioses me deparan? Oh dios mío, que alguien me ampare… Porque no sé, si seré capaz de soportarlo, pensó abatida.

Capitulo 24

Después de cinco días de largo camino alcanzaron tierra Sigtuna. En lo alto de aquella montaña, cruzando el bosque sagrado de los Vanir encontrarían el maravilloso templo de Uppsala. Mientras caminaba, oía de labios de un campesino, la antigua leyenda de la creación del templo. Todos los peregrinos que nunca habían ido al sagrado lugar. Escuchaban atentos y en silencio las sabias palabras del anciano trovador, mientras imaginaban el extraordinario santuario.

–…Uppsala fue creado hace cientos y cientos de años por el hijo de Odín, Freyr. Es tan alto como diez hombres y tan grande como dos graneros. Es tan ostentoso, como para ser el palacio de tres de los dioses más importantes de nuestro mausoleo. En la fachada del templo, cuelga una gran cadena de oro macizo que lo rodea por completo… –Los caminantes atendían embelesados al anciano poeta–. Cuando sale el sol, esta brilla con tanta intensidad que deslumbra a todos sus visitantes y guía a los que aún no han llegado hasta él…

Dejó al sabio anciano atrás y continúo el camino inmerso en paz y la tranquilidad del silencio del bosque. Tan solo escuchaba los pasos de los peregrinos a su alrededor de camino al lugar sagrado. La humedad de la nieve jugaba ante ellos creando extrañas figuras fantasmales entre las grandes copas de los arboles del sacro bosque. Sentía como si alguien, o algo los estuviera observando. Una extraña presencia, que guiaba sus pies en una única dirección.

Más adelante, escucharon el suave murmullo de una cascada. La llamaban el salto de Asgueir. Sus bravas aguas, descendían de las montañas congeladas creando un sonido hipnótico. Ese lugar era el preludio del final de su camino. Ya estaban muy cerca. En lo alto de aquella montaña, encontrarían el templo de Uppsala.

A medida que avanzaban, el frondoso bosque fue abriéndose, despejando el camino. La espesa hiedra que lo envolvía todo, desapareció por completo. Los grandes árboles se alejaron unos de otros dejando pasar la luz. Y los arbustos empequeñecieron hasta que la senda se diversifico en varias direcciones. El bosque se preparaba para dejar que los peregrinos, vieran con más claridad la hermosa imagen que se abriría ante sus ojos.

El ruido hueco de los pasos sobre la madera, dio comienzo a la larga pasarela que guiaría a los viajeros a través del bosque. El brillo de la curiosidad resplandecía sus ojos. Silenciosamente, atravesaron el primero de los grandes arcos de roble macizo, con incrustaciones

doradas. En total cruzarían nueve. Cada uno, simbolizaba el ciclo entre un mundo y el otro, hasta llegar al regazo de los dioses. Uppsala era la representación del simbolismo de los dioses en nuestro mundo. En aquel lugar residía su esencia y su magia.

Al atravesar el noveno arco, la horda aminoró la marcha hasta detenerse.

Olan avanzó a través de los aldeanos y al llegar al final de la pasarela se detuvo maravillado. Por fin había llegado a su destino. La imagen era tan grande y hermosa que se frotó ambos ojos para cerciorarse de que era real. Para asegurarse que no era un simple espejismo.

A su derecha, Dregk no salía de su asombro. Estaba totalmente eclipsado. Sus ojos recorrían el templo captando todos y cada uno de los pequeños detalles.

Dejó el pesado petate sobre el musgo helado y de la misma forma que Dregk, observó la imponente y perfecta imagen del santuario. No lo recordaba tan alto. Ni tan grande. Pero sí, igual de majestuosos y magnético. Las altas y oscuras paredes de madera con incrustaciones de oro se alzan tan altas como las copas de los árboles. A la derecha del templo, sobre una gran palestra natural formada de piedras, musgo y enormes raíces, se hallaba el gran altar de los sacrificios.

En aquel lugar sentía lo mismo que en la recóndita cueva de Heimdall. El frío, el viento y la humedad desaparecían a su alrededor descongelando la nieve y envolviéndolo todo en calidez. Y la paz surcaba sus sentidos calmando su alma y su cuerpo.

–Increíble –musitó Dregk.

Olan esbozó una sonrisa ante la avalancha de recuerdos.

–¿Recuerdas la última vez que estuvimos aquí?

–Como olvidarlo…

–Sigue siendo igual de majestuoso –apuntó Olan sin apartar la mirada–. Pero algo ha cambiado. Por alguna razón, ahora me resulta más imponente.

–Han pasado muchas cosas en nueve años –Dregk levantó su afilada espada a la altura de sus ojos–. Ahora, ya no somos niños que juegan a la guerra con espadas de madera.

–Cierto. Hemos cambiado la frágil madera, por hierro forjado y la inocencia por valentía. –explicó taciturno– Con el tiempo, hemos dejado de imaginar las guerras, para batallar en ellas y hemos endurecido nuestra alma para convertirnos en los hombres que ahora somos.

Ambos hombres asintieron sin dejar de observar su alrededor. Recordando la última vez que sus inexpertos ojos recorrieron el sagrado lugar. Habían pasado muchas cosas juntos, pero nunca olvidarían su primer viaje a Uppsala.

Y estaba seguro de que esta vez, tampoco lo harían.

En ese momento, reparo en la presencia de los sacerdotes que se hallaban alrededor del santuario. Obviamente esperaban su llegada. Todos vestían con largas togas blancas y portaban el rostro pintado con símbolos sagrados. Uno de los extraños hombres, se acercó lentamente a su posición.

–Bienvenido rey Loodrack. –La reverencial voz del monje lo despertó–. Los dioses lo estaban esperando.

Olan abrió los ojos sorprendido por sus palabras, a la vez que miraba a Dregk desconcertado. ¿Cómo sabia quien era él? Ni una sola palabra había salido de su boca. Desde el templo, su madre le hizo un solemne gesto con la mano para que entrasen.

–Los dioses me esperan –musitó a la vez entraba al sagrado santuario seguido de Dregk y varios guerreros más.

En el interior, se alzaban las tres grandes figuras de los tres principales dioses de su religión. Un gran círculo de agua envolvía y rodeaba la base de las efigies por completo. En el centro, presidiendo la gran sala, se encontraba Thor sentado sobre el trono. Entre las manos sostenía el poderoso y simbolito martillo Mjollnir. Él era el encargado de gobernar sobre las tormentas y la lluvia. Sobre el viento y la luz. Y sobre el mismísimo sol, que bendecía las cosechas.

A su derecha se encortaba Odín. Dios de la guerra y la sabiduría junto a sus dos fieles cuervos, Hugin y Munin. A la izquierda de Thor, residía su hermano Freyr. Dios regente de la paz, el amor y la felicidad. Un dios benévolo y elocuente que gobernaba sobre el indomable corazón de los hombres. Si había habido enfermedades, hambruna y desgracia, se hacían sacrificios a Thor para amansar su ira. Si había guerras por luchar o sabiduría por obtener, se honraba con sangre a Odín. Y por la bendición de los hijos y el matrimonio, se complacía con ofrendas a Freyr.

En el interior de la sala, también residía la esencia de las tres damas del destino: Urðr, Belldandy y Skuld. Esas tres majestuosas mujeres, eran las encargadas de tejer las vidas y los destinos de cada uno de los presentes. Se decía, que el porvenir de los héroes, se tejía aparte, con un fino y delicado hilo de oro. Urðr, era la encargada del destino pasado. Todo lo que ya había acontecido y sostenía la parte del hilo que ya estaba tejido. Belldandy, era la que esos precisos instantes,

sostenía el hilo del presente y el ahora. Y Skund, las más temida y bella de las tres damas, era la encargada de sostener la creencia de "*Lo que debía ser*", y forjaba el porvenir futuro. Por esa misma razón, debía rezar y ofrecer sacrificios a las tres damas y a los dioses por igual.

Quizá de esa forma se ganaría su favor, pensó.

Después de acomodar a la aldea y descansar, todo su pueblo se apersonó ante el gran altar. El importante ritual por el que habían llegado a esas tierras sagradas estaba a punto de comenzar. El nerviosismo era palpable y la expectación abrumadora.

Subió lentamente las escaleras que llevaban al gran altar. Con él subieron dos sacerdotes que se situaron a su derecha y a su izquierda. Allí, en ese lugar, ante los ojos de todos se harían los sacrificios de sangre en honor a los dioses. Con ellos aplacarían su ira. Obtendrían su bendición. Y lo más importante, atenderían las suplicas de los peregrinos.

Sigurd le ofreció la afilada espada de su padre. Sosteniéndola fuertemente, observó el reluciente filo. Era la primera vez presidiría los sacrificios. Cuando tan solo era un joven adolescente, vio el ritual a manos de su querido padre, usando la misma espada que en ese preciso instante sostenía entre sus manos. Cuanto lo necesitaba, pensó.

El pueblo se dispuso alrededor del altar con la mirada fija en sus movimientos. En los ojos de los aldeanos, se dibujaban suaves líneas de esperanza bañadas por el temor del fracaso. Por cada gota de sangre derramada, los dioses otorgarían la paz a algunos corazones. No siempre se atendían y concedían todas las peticiones. Ya que no siempre, se escuchaban todas las suplicas. Los aldeanos sabían muy bien, que los designios de los dioses eran caprichosos. Las cosas no siempre eran como debían ser y asumir la resolución divina, era una parte sumamente importante del ritual.

Los dos sacerdotes que tenía a ambos lados, pusieron sobre el altar de piedra una enorme y cebada cabra. Ella, daría comienzo al ritual de sacrificio que duraría nueve días. Los chillidos del animal no ensombrecieron su endereza. La sujetaron fuertemente por las patas y amordazaron sus estridentes bramidos. Olan contuvo el aire y lentamente colocó la hoja sobre el cuello del animal. Antes de derramar su sangre, miro a todos los presentes y recitó las palabras sagradas:

"Hoy, a través de cada uno de estos sacrificios honraremos lo bueno y lo malo con lo que los dioses nos han bendecido durante estos largos nueve años."

"Aceptad cada gota de esta sangre, como si brotara de nuestra propia

alma”

“Y concedednos vuestra bendición restaurando la paz de nuestro corazón, ofreciéndonos el descanso de vuestro cobijo.”

“Thor, Odín y Freyr aceptad las ofrendas que hoy haremos, en señal de respeto y devoción”

Y con estas palabras, deslizó la afilada hoja por el cuello del animal derramando su sangre por todo el altar. El dulce carmín de la sangre, resbalaba a través de los finos canales de la piedra y depositaba en tres grandes tinas de barro. Poco a poco y de la misma manera, siete animales más fueron sacrificados. Llegado ese punto, después del octavo animal, sus manos ya estaban empapadas de sangre. Nueve eran las ofrendas que se hacían durante nueve largos días para mostrar a los dioses su fervor y devoción. Debían sacrificar a un macho de cada especie, tal y como mandaba el ritual. Pero el noveno era diferente a los demás, ya que la ofrenda debía ser humana. En último lugar, entregaría el alma de un varón.

Olan sintió un nudo en el estomago al ver al joven esclavo subir lentamente a la palestra con la mirada fija y contrita. Su semblante era valiente y orgulloso, mientras se situaba a lo largo del gran altar. Todos sabían que ser sacrificado era un honor al que no todos podían ostentar. Después de su muerte, el joven viviría en el templo sagrado junto a los dioses, para servirlos y alabarlos durante toda la eternidad.

“Por último, *Thor, Odín y Freyr aceptad como sacrificio esta vida humana, en señal de respeto y devoción.”*

“A cambio de ella, tan solo os pedimos que escuchéis las suplicas de los peregrinos y calméis sus almas inundándolas de paz.”

El joven abrió la boca y Olan coloco una moneda de oro en el interior. Con ella, podría pagar su ascenso a tierras sagradas. Pero esta no era como las demás. Sus manos temblaban por la incertidumbre. Sesgaría una vida humana inocente, por primera vez. Aquello era muy diferente a la guerra, aquel hombre no luchaba contra él. Vacilante y temeroso subió la gran espada para posarla sobre la garganta del joven. Respiró hondo dos veces, miró a los presentes y de nuevo dejó que la espada entre sus manos, segara velozmente la vida del valiente chico.

Los profundos ojos marrones del joven esclavo perdieron el brillo. Olan sintió una punzada de dolor y deslizó una mano por su rostro para cerrarlos.

–Ve con los dioses –susurró silenciosamente–. Ellos te están esperando.

Por fin, había concluido el primer día del largo ritual. Aturdido bajo del altar y alzó la espada. La sangre caía a través de la empuñadura hasta su mano y goteaba sobre el verde musgo. Ver como la vida del muchacho abandonaba esta existencia, le había dejado totalmente descorazonado. Sería una imagen difícil de olvidar. Difícil de borrar.

Sin dejar de mirar el filo ensangrentado, se la entrego a Sigurd e inconsciente sus pies le llevaron en dirección al templo. Al entrar, se situó frente a los tres dioses. Los sacerdotes vaciaban poco a poco las tinas con la sangre de los sacrificios a los pies de las grandes efigies. El agua que las rodeaba, se tiño de rojo carmesí y su mente se colapsó.

Un sacerdote se situó frente a él. Mojo su mano derecha en una de las tinas llenas de sangre y dibujo un símbolo sobre su frente.

–Por las ofrendas a los dioses, ellos te saludan. Siéntelos en tu interior –recitó con voz profunda.

–Los siento en mi interior –contestaban todos.

Olan percibió el peculiar olor metálico de la sangre en su nariz y a la misma vez, un profundo trance se apodero de su mente. Sentía la presencia de los dioses en su interior, cubriéndolo con un fino velo teñido de satisfacción y orgullo.

Atravesando la pequeña pasarela rodeada del agua carmesí, se acercó lentamente a la silueta de Thor. Poso su mano sobre la gran efigie y un escalofrió recorrerle el cuerpo. Inconscientemente se aproximo más a la figura. Y cuando estuvo a pocos centímetros de ella, cerró los ojos, y apoyo la frente sobre su áspera superficie.

–Padre, concédeme esta única petición. Bríndame tu fuerza, ofréceme tu valor y devuélveme lo único que gobierna mi paz –murmuró silenciosamente–. Prometo reinar bajo tu sabio consejo, ser justo y ser honrado con mi pueblo. Doy mi palabra para ser tu siervo eternamente, si me devuelves lo único que gobierna mi paz.

Arrodillado con la frente sobre la efigie, oró la valiosa petición proyectada en su mente, hasta que el tiempo dejo de ser tiempo y perdió la noción.

****

Ammie se despertó temprano esa mañana. Doreen la ayudó a vestirse con un hermoso vestido azul cobalto y trenzo su cabello delicadamente en un perfecto moño. Cuando estuvo lista, fue a través de los pasillos de la fortaleza en dirección a la capilla para la misa matinal.

Como de costumbre por las mañanas, no comía y no bebía. Su

estomago no se lo permitía hasta pasadas unas horas. Esa mañana, no se encontraba totalmente en forma. Durante los últimos días, la fragilidad de su cuerpo y el profundo cansancio había empeorado. Arrastraba los pies por el agotamiento, a pesar de dormir desde que el sol se ponía, hasta el amanecer. Trataba de recomponerse con todas sus fuerzas. Pero todo lo que hacía, no era suficiente para su abatido cuerpo.

Sin hacer ningún ruido, entró a la suntuosa capilla del fraile Darían y la misa dio comienzo. A medida que el fraile hablaba Ammie desfallecía. Lucho contra sus parpados para evitar que se cerraran súbitamente por la fatiga. La misa de esa mañana seria como todas las demás, sumamente anodina y poco trivial. Después de haber aprendido tantas cosas al otro lado del mundo, se le hacía difícil volver a esa rutina. Nadie debía saberlo, pero en su interior las historias de Thor, Odín y Freyja ocupaban un lugar sagrado y profundamente significativo. Una parte de ella, se había convertido al paganismo mientras que la otra permanecía junto a Dios como buena cristiana. En uno de oídos escuchaba a Freyja y en el otro a Jesucristo.

Mientras escuchaba a Dorian recitar los pasajes de la biblia que tan bien conocía, su mente voló a otro lugar. Un lugar muy lejos de allí. Sus pensamientos viajaron al otro lado del mar junto a Olan. Cada mañana se imaginaba lo que estaría haciendo, donde iría, que diría y contra quien lucharía. Volvía a ver sus electrizantes ojos azules como el mar. Sentía sus suaves manos tocarla dulcemente. Y oía su profunda voz susurrarle en el oído cuanto la amaba.

Esos pensamientos, mantenían su corazón lejos del dolor de la fría separación. En algunas ocasiones temía por su sano juicio, pero era maravilloso volver a verlo aunque únicamente fuese dibujado en su imaginación. Esas visiones calmaban la dolorosa herida abierta de su alma y como un bálsamo, la protegían de la cruda realidad que la encerraba día y noche lejos de él.

–Ammie, debemos ir con Candice.

Dio un brinco al oír la voz de Doreen tan cerca. La misa ya había terminado y ni siquiera se había dado cuenta.

–Sí –Musitó aturdida.

–¿Estás bien Ammilie? –Sus ojos la escrutaban en busca de la verdadera respuesta–. Lo digo porque no has estado muy habladora esta mañana y durante la misa has estado totalmente ausente.

–Estoy perfectamente bien Doreen. Vamos a ver a Candice

Doreen se quedo en silencio y la siguió a través de los pasillos hasta llegar a al aula de costura. Ahora se había convertido en una sala de confección. Pico a la puerta y al entrar, encontró a una mujer en el interior. Bestia con un precioso vestido gris plata, llevaba el cabellos oscuro recogido en una perfecta trenza y la miraba fijamente escrutándola todos sus movimientos.

Sobre la mesa vio varias telas de tul y unos hermosos zapatos blancos. Al verlos, una oleada de agobio la azotó con fuerza. Ahora comprendía la razón por la que estaba allí. No era para coser, sino para confecciónele su vestido de boda. Para confeccionarle las cadenas, que apresarían su cuerpo al lado de Connor Wood durante el resto de su vida.

Se detuvo secamente para tratar de recomponerse de las malas sensaciones que agolpaban. A cada paso que daba, se acercaba más y más a su horrible destino. La boda estaba cada vez más cerca de ella y la sensación de desazón aumentaba más y más cada día que transcurría.

–Buenos días Ammilie –musitó la mujer–. Estoy aquí, a petición de su padre, para confeccionar un vestido de boda digno de una reina.

–Buenos días –logró decir.

–Sentimos el retraso. –Se disculpó Doreen–. Ammilie no se encuentra muy bien esta mañana.

–No pasa nada, querida. Vamos a empezar. –Y cogiendo una gran tela blanca, continuo hablando– Necesito que se quite ese vestido y se ponga este.

Ammie observó la pesada tela blanca sobre sus brazos. Sin decir una sola palabra, se despojó de su vestido color azul, para vestirse con el blanco. El compromiso con ese hombre, cobraba vida ante sus ojos. Esa horrible pesadilla, la perseguiría durante el resto de sus días. Cumplir la promesa que había hecho a los dioses, cada día era más difícil y doloroso. El inconmensurable sacrificio de mantenerse alejada de Olan abatía las pocas esperanzas que aún permanecían con vida en su interior. Ya no tenía fuerzas. Con los días, la distancia que los separaba, aumentaba y su corazón se desvanecía con ellos. Tan solo deseaba compartir lo poco que tenia, con la persona que realmente amaba ¿Era eso tan difícil?

Quizá Dios, estaba enfadado con ella. Y ese era su castigo por renunciar, por un breve lapso tiempo, a su fe. La coexistencia de ambas religiones era difícil de dominar. En algunos momentos, una regia por encima de la otra y viceversa. En el único lugar donde todo era como ella deseaba y no sentía dolor alguno, era en el precioso

mundo de su imaginación. En aquel perfecto recoveco de su mente, el vestido que llevaba no era blanco, sino rojo. Esa fría sala de confección, se convertía en un precioso bosque verde bañado por la luz del sol. A su alrededor, sentía la presencia de los dioses bendiciéndola y al mirar a su derecha… La persona que tenía a su lado, era la única capaz de hacerla feliz y amarla hasta la locura. El verdadero propietario de sus sueños y esperanzas.

El dueño de su alma y su corazón, Olan.

Al abrir los ojos, Ammie volvió a la realidad y vio el horrible vestido blanco pegado a su cuerpo. La sensación de tenerlo contra su piel la llenaba de angustia y malestar. Ese vestido, la adosaba a la realidad de la que tanto había huido.

Ammie respiro hondo, mientras la mujer que tenia justo delante de ella, inmersa en su trabajo, hilaba sobre el vestido blanco diferentes telas de tul y seda blanca. Cada vez sentía el vestido más pesado y su cuerpo más frágil. Una intensa oleada de calor recorrió su espalda y un sudor frio cubrió su frente. Abrió los labios para recuperar el aire más rápidamente, colocó una mano sobre su pecho y empezó a respirar entrecortadamente.

Doreen se acercó a Ammie para sofocarla. La incomodidad del vestido, la había transformado en un saco de ratones. Se removía inquieta, mientras su rostro dibujaba un cuadro de angustia y ansiedad. Ammie colocó la mano sobre su pecho y comenzó a hacer aspavientos con las manos para sofocarse del calor que la envolvía.

–¿Estás bien? –preguntó preocupada Candice.

En ese momento los ojos de Ammie se cerraron, sus piernas fallaron y su cuerpo se dejó caer estrepitosamente al suelo. Por suerte, Doreen y Candice lograron sujetarla antes de que su cabeza golpearse con fuerza contra la madera.

Al escuchar el gritó de las mujeres, los dos guardias que estaban apostados al otro lado de la puerta entraron rápidamente. El más grande de ellos recogió su delicado cuerpo del suelo y lo sostuvo en volandas.

–Llévala a su recamara –ordenó Doreen nerviosa–. ¡Que alguien llame a Emerick! –El otro guardia vaciló ante la caótica imagen y salió corriendo a buscar al sanador.

Doreen siguió al otro guardia en dirección a los aposentos de Ammie. El hombre la dejo sobre el gran camastro. Estaba pálida, cubierta en sudor y totalmente inerte. Doreen asustada, colocó una mano sobre su pecho y sintió los débiles latidos de su corazón. Gracias a dios, pensó.

¿Pero que le había ocurrido? Desconcertada desplazó la mano sobre su frente, pero no tenía fiebre. Sin saber que hacer por ella, la tapó con las sabanas cogió su mano con fuerza.

No podía verla sufrir. Amaba esa preciosa jovencita, como si fuera su propia hija. Sabía que el abrumador peso del destino, era demasiado angustioso para su delicado cuerpo. Y esa angustia, era la culpable de lo sucedido. Daría lo que fuera, incluida su vida, para salvaguardarla de cualquier dolor. Con su mano entre las suyas comenzó a susurrar una plegaria.

–¿¡Qué ha ocurrido!?

Emerick el sanador, entró en la sala en tropel junto a Darian el sacerdote y dos guardias más.

Se acercó rápidamente Ammilie y Doreen se apartó para dejar que la examinara.

–¡Que todos salgan de aquí! –Los presentes abandonaron la sala taciturnamente.

–Tú no –exigió Emerick dirigiéndose a Doreen–. Necesito que me ayudes.

–De acuerdo.

–No quiero que nadie entre hasta que yo lo ordene ¿Vale? Cierra la puerta. –Doreen cerró la puerta y se acerco al sanador afectada.

Si algo malo le volvía a ocurrir a su preciosa niña, nunca se lo perdonaría.

Capitulo 25

Un golpe seco a su espalda, sacó del trance a Olan que se encontraba arrodillado ante la efigie de Thor. Levantando la cabeza, miró sobre su hombro. A su espalda, con los brazos en jarras estaba su madre Ælla observándolo impasiblemente. Cuando miró hacia el gran ventanal descubrió que la luz del sol, ya no la traspasaba. El día se había consumido como sus fuerzas. ¿Cuánto tiempo había estado allí? Pasó su mano sobre los ojos perezosamente e intento levantarse. Un agudo dolor punzó sus articulaciones, el estar en esa misma posición durante tanto tiempo había engarrotado todos y cada uno de sus doloridos músculos.

–Hijo mío, ¿cuánto tiempo más piensas orar?

–El justo y necesario, para que escuchen mi petición

–Ya es suficiente por hoy… –Le rogó Ælla apiadándose.

Con una mueca de dolor Olan se puso de pie y miro sus enrojecidas rodillas.

–Nunca es suficiente cuando algo te importa –murmuró.

–Ellos te han escuchado, estoy segura de ello. ¡Además! Los festejos ya han empezado.

–¿Tan tarde es?

–Muy tarde, la luna ya colma el cielo –confirmó–. Dregk, Svern y los demás guerreros llevan todo el día preguntando por ti.

–Me reuniré con ellos cuando mi cuerpo se recupere, madre –Hizo una mueca al frotarse los brazos–. Me duele todo.

Acercándose a él, le tendió un trozó de pan de centeno y cebada.

–Ten, come algo –Le sugirió dulcemente–. Ojala los dioses escuchen tus plegarias hijo mío, porque nunca he visto nada igual.

La profundidad de los ojos de Olan, describía el inquebrantable desasosiego que padecía. Recuperarla era su único anhelo. Y si por ella, tenía que rezar día y noche lo haría gustosamente. Ni nada, ni nadie podría entorpecer su propósito.

–Estar aquí me reconforta –Miró la efigie de Freyr–. Es lo único que puedo hacer…

–Lo sé, y quiero que sepas que Ammie también está en mis plegarias –

Se interrumpió para evaluar sus palabras–. La pasada noche, tuve una extraña visión.

Instantáneamente la curiosidad asaltó a Olan.

–¿Que viste, madre?

Ælla se arrepintió de su confesión, no deseaba atormentarlo más.

–Mañana lo hablamos. No quiero atormentar más tu alma con visiones que pueden ser espejismos inciertos.

–Cuéntamelo, por favor –Le rogó–. Sabes tan bien como yo, que esas visiones son señales de los dioses, y en ocasiones, la única forma de saber que piensan.

Ælla reconsidero su suplica y decidió hablar.

–En mi sueño, Ammie volvía a estar con nosotros, viviendo en Drone. A través de las finas paredes de la casa se oía la suave y melodiosa armonía que ella siempre cantaba –Olan sonrió–. La misma nana que cantaba noche tras noche a tus hermanos Ubbe y Narub antes de acostarlos.

–Sé cual es… –susurró recordando la preciosa melodía.

–Recuerdo encaminarme hasta la sala principal, esperando encontrar a Ammie. Pero al entrar en la gran sala, ella no estaba… –Su madre frunció el ceño–. Frente al caliente y crepitante hogar había una anciana. Desde mi posición, tan solo la veía mecer su cuerpo, de un lado a otro, suavemente.

–¿Quién era?

–No lo sé. Jamás la he visto –musitó negando con la cabeza, sumergida en el sueño–. La anciana de cabellos blancos, no podía oírme ni verme. Ella tan solo tarareaba la preciosa nana de Ammie mirando el fuego. Sentía la presencia de Ammie a mí alrededor, pero no estaba. –Estaba tan confusa como él–. Poco después me di cuenta que bajo la capa gris ocultaba algo... Presa de la curiosidad me acerqué para observar a aquella extraña mujer. Y semi oculto entre sus brazos, descubrí un precioso y pequeño bebe… –La expresión de Olan se torno más borrosa–. La luz de la hoguera iluminaba su perfecto y apacible perfil.

–Un bebe… –repitió–. ¿Qué crees que significa?

–No lo sé. Los sueños tan solo cobran sentido con el paso del tiempo.

–Y cuando cobre sentido, ¿me lo contaras?

–Las visiones no siempre son interpretables –Eludió su escrutinio–. En

ocasiones son únicamente sueños sin sentido.

Olan percibió la inquietud de su madre. Por alguna razón, deliberadamente estaba rehuyendo a sus preguntas.

–Hay algo que no me quieres contar ¿Verdad? –dedujo Olan diestramente y Ælla se mantuvo en silencio.–Desde que soy un niño, has sido la seid de este pueblo. Has visto, augurado y profetizado cientos de acontecimientos. Pero esta es la primera vez, que veo en tus ojos la sombra de la duda y el miedo a la vez. –Se detuvo para mirarla–. ¿Por qué no me cuentas, que has visto realmente en el sueño?

–Esa es la visión real ¿Por qué iba a mentirte, hijo mío?

–No digo que me estés mintiendo –aclaró–. Sino que hay algo, que no me cuentas. Algo que te asusta y te perturba.

Nunca mentiría a su hijo, pero él tenía razón. Algo en esa visión la tenía desorientada y desconcertada.

Olan suspiro rindiéndose.

–Buenas noches madre, que lo dioses te acompañen –Giró sus pies para salir templo.

–Buenas noches, que lo dioses te oigan y te bendigan.

Observo como su hijo traspasaba el umbral del santuario para unirse al resto del pueblo que festejaba alegremente en el exterior.

Ælla sumió su mente en el recuerdo del sueño, y volvió a ver al bebe entre los brazos de la anciana. De nuevo, observó el perfecto perfil del pequeño dormido plácidamente frente a la hoguera. En la visión sin poder resistirlo, deslizaba su dedo delicadamente por la suave mejilla del infante, repasando su redondeado carrillo. Un segundo después, el niño abría los ojos y su mundo se desvanecía.

Esa era la parte de la visión que Olan desconocía y que tanto la desconcertaba. Para su total y absoluto asombro, el pequeño poseía unos preciosos ojos marinos. Unos ojos demasiado familiares como para ignorar su procedencia. El inconfundible azul de su iris, entremezclaba a la perfección los matices añil del mar, con el azul del cielo, de la misma forma que hacían los suyos. Y los de su hijo Olan.

Estaba tan aturdida con esa visión, como con la interpretación de la misma. No debía ser imprudente y sacar conclusiones precipitadas de ese sueño, pero la evidencia era demoledora. Una parte de su subconsciente esperaba estar equivocada. Si su conclusión era la correcta, definitivamente, el capricho de los dioses había llegado demasiado lejos. El dolor de la perdida de Ammie aún era una herida

abierta y lacerante en el alma de su hijo. Una herida que había destrozado el corazón del lobo negro, que poseía en su interior.

Ella no dejaba de estar al otro lado del mar, muy lejos de allí, en su hogar y con su familia. Si esa visión era cierta, la cruda realidad tan solo acrecentaría el tormentoso calvario que sufría día tras día su amado hijo. Y no estaba dispuesta a verlo sufrir más y mucho menos, si dependía de su silencio.

****

Ammie abrió sus pesados parpados. La luz a su alrededor, era demasiado intensa y cegadora y cubriéndose los ojos habló.

–¿Doreen? Estas ahí…

–Aquí estoy –susurró–. A tu lado.

La suave mano de Doreen cubrió la suya y una sensación de calma la envolvió. Un segundo después, se separo de ella para tapar la luz que entraba desde la ventana y que no le permitía abrir los ojos.

–Ya esta querida. Ya puedes abrir los ojos.

Ammie le hizo caso y al hacerlo miró pesadamente a su alrededor. Estaba en su habitación y el fuego crepitaba a pocos metros de ella. Al mirarse a sí misma vio que llevaba un camisón blanco y estaba cubierta de mantas.

–¿Que ha ocurrido?

–Te desmallaste.

Ammie, entrecerró los ojos, extrañada.

–¿Cómo?

–¿Recuerdas a Candice confeccionando tu vestido?

Ammie hizo memoria, pero se desvanecía poco después de entrar en el salón de costura. No recordaba lo ocurrido. Había una amplia laguna en su mente, que no le permitía ver el final de la mañana de confección.

–Recuerdo que Candice estaba mí alrededor, hilando el vestido blanco… Me empecé a sentir mal y poco después… –Se detuvo pensativa rebuscando en sus recuerdos–. No hay nada. No recuerdo que ocurrió.

–Fue un día duro para ti.

–¿¡Fue!? –exclamó–. ¿Cuánto tiempo llevo en esta cama, Doreen?

–Varios días…

Ammie se puso tensa, no comprendía que ocurría y porque estaba apostada en esa cama aún. En ese momento entro en la sala Emerick, se acercó a paso firme en dirección a ella y se detuvo sorprendido al verla despierta.

–Que bien verla despierta –apuntó contento–. ¿Cómo te encuentras?

–Cansada, pero bien ¿Qué me ha ocurrido?

–Nada malo.

–Entonces, si no me ha ocurrido nada malo ¿Porque estoy en esta cama? –preguntó desconcertada.

El sanador desvió la mirada a Doreen para volver a posarla en ella. Cada vez estaba más nerviosa ¿Porque nadie le decía que estaba ocurriendo?

–Como ya he dicho, no es nada malo –aclaró con voz apacible–. Ninguna bendición puede ser mala viniendo del cielo.

–Entonces, ¿no estoy enferma?

–No, Dios te ha honrado con uno de los regalos más grandes que se le puede hacer a una mujer, Ammilie.

Antes de continuar hablando, se sentó sobre la cama a su lado.

–No entiendo nada Emerick, háblame claro por favor…

Los afilados rasgos del sanador se suavizaron antes de contestar. Su corazón comenzó a latir fuertemente en su pecho.

–Ammilie, en tu interior, está creciendo una pequeña vida…– Instantáneamente se tapo la boca con ambas manos ahogando un gritó.

Una extraordinaria emoción embargó su cuerpo llenándola de alegría. Pero no tardo mucho en ser empañada por el pánico.

–Debo salir de aquí –murmuró asustada a la vez que se destapaba.

Intento salir de la cama a toda prisa pero Emerick y Doreen la sujetaron.

–No tienes que tener miedo de nada, Ammilie. ¿Por qué quieres huir de aquí?

–No estoy…, no estamos seguros entre estos muros Emerick –corrigió aterrorizada cubriéndose el vientre–. Debéis ayudarme a salir de aquí.

–¿Temes a tu padre?

Ammie se sentía atrapada y asustada en ese lugar. La tupida sombra del miedo, amenazaba con engullirla.

–Si… –Balbuceo asintiendo afirmativamente a la pregunta de Emerick.

–Nadie os hará daño –dijo sosteniéndola por el brazo–. Yo, me asegurare de que eso nunca ocurra.

–¡Y yo! –Se escucho decir desde el otro lado de la habitación.

Al mirar hacia la puerta, vio a Daryl Relish con gesto serio y solemne mirando en su dirección.

–Yo también me asegurare que jamás sufra daño alguno –pronuncio solemnemente–. Prometí a vuestra madre, cuidarla y protegerla. Y eso hare, bajo cualquier circunstancia.

Ammie sonrió ante la valentía del jefe de la guardia. Siempre había sido un hombre digno de su confianza. Desde que era una niña, la había defendido y nunca había fallado a su palabra de protegerla.

–Gracias Daryl. Sabía que podía confiar en ti. Aunque alguna vez, temí que la influencia de mi padre te transformara en alguien cruel. Pero sigues siendo tú.

Los pálidos ojos de Daryl desprendían la bondad y el apoyo que necesitaba en ese preciso instante.

–Nadie os hará daño –repitió Emerick–. ¿Pero debo preguntarte algo delicado?

–El que… Va a preguntarme ¿Si fue consentido? –dedujo diestramente–. Solo hay una respuesta a esa pregunta. Sí –Sus cálidos ojos se empeñaron–. Yo consentí al hombre que me bendijo con esta dicha y lo digo con mucho orgullo.

Emerick se quedó en silencio observado la tremenda aflicción que soportaba el frágil cuerpo de la muchacha.

–Necesito que mantengas la calma.

Ammie rio irónicamente.

–¿Cómo voy a hacerlo, si tengo miedo?

–Destiérralo de tu cuerpo, porque el hijo que esperas corre peligro.

Ammie abrió sus llorosos ojos sorprendida.

–¿Cómo? –balbuceo.

–Necesitas descansar más que nunca. Evita cualquier mal pensamiento y céntrate en tu hijo para mantener la serenidad. –Hizo una pausa–. Hazlo por su bien. –Ammie asintió rodeándose del cuerpo con ambos brazos.

–Yo me encargaré de hacer entrar en razón a tu padre.

–E ahí la tarea más difícil… –espetó sombríamente.

–Es tu padre Ammie. Comprenderá la delicadeza de la situación. Estoy seguro de que entenderá, que el futuro de su propio reino está ahí –Señaló su vientre–. Creciendo en tú interior.

Emerick apretó la mano de Ammie en señal de apoyo y confianza y se levantó para salir de la habitación.

Cuando estuvieron completamente a solas Doreen saco del bolsillo de su vestido un trozo de tela color purpura y se lo entregó. Ammie contemplo el pañuelo color purpura entre sus manos. Lo reconoció al instante y sus ojos se ensombrecieron llenándose de lágrimas. Era el regalo que con tanto cariño le había entregado a Olan el mismo día que partió a la batalla.

–El joven de ojos azules ¿Es él verdad? –adivinó Doreen–. El mismo por el que negociaste tú liberación.

–Sí, pero más bien, negocie "su" liberación. Yo no quería volver… Jamás hubiera vuelto si no fuera por él.

La emoción del recuerdo de Olan hizo que Ammie sollozara. Sostuvo el pañuelo contra su mejilla.

–Ammilie, ¿qué es él para ti? –preguntó cogiendo su mano reconfortantemente.

–Todo… –La palabra broto sincera de su corazón–. Él es todo para mí. Pero tuve que dejarlo ir para no perderlo a manos de mi propio padre –Se limpio las lágrimas con el dorso de su mano–. Y desde ese día vivo en un calvario esperando volver a verlo –Su frágil cuerpo temblaba–. Siento un doloroso hueco en el centro de mi pecho porque ya no tengo corazón. Se lo llevo con él… –Doreen la abrazó.

–Tu padre entrará en razón…

–Ojala –articulo inaudiblemente–. Porque si no, estoy perdida.

–Confía en Dios hija mía –murmuró separándose de su abrazo–. Porque sé, que él no te darán la espalda nunca. Y menos con la bendición de una criatura en tu interior.

Maternalmente Doreen la acercó de nuevo a sus brazos. Ammie posó su cabeza sobre su pecho y escucho los tranquilizadores latidos de su corazón. En ese momento, comenzó a tararear la preciosa melodía que tanto le gustaba de pequeña. Dejo que el sonido se filtrara a través de su cuerpo y apaciguara sus atormentados sentidos. Doreen tenía razón, los dioses la habían bendecido con un regalo precioso. Aunque Olan estuviera lejos, una parte de él seguían junto a ella.

****

El gigantesco bosque crepitaba ante la presencia de los peregrinos. Las generosas ofrendas colmaban las ramas de los árboles y las voces de su pueblo inundaban el lugar. La oscuridad cobraba vida ante sus ojos. El ámbar del fuego trazaba destellos en las tinieblas y siluetas en el boscaje. En el cielo, las estrellas proyectaban un camino de luz y sombras. Tal y como era su vida. Luz y sombras. Y aunque ahora la oscuridad ensombreciera su existencia. Sabía que pronto, la luz llegaría.

Por fin había llegado el último día y celebraban su estancia en Uppsala con una vigilia a la intemperie. La llamaban *Utisetur* y era conocida como la noche de los espíritus. Bajo la oscuridad de la luna y el brillo de las estrella, los dioses deambulaban a su alrededor y los bendecían con visiones sagradas. Visiones del destino que los perseguiría durante los siguientes nueve años. Su único cometido era dejarse llevar por la hechizo de la sagrada celebración.

Su pueblo se reunía alrededor de las numerosas hogueras mientras reían y bailaban. La melódica voz de las mujeres vibraba en el bosque mientras cantaban *Galdrar*. Una antigua música heredada de los primeros hombres. Se decía, que eran canciones que Odín aprendió de un gigante de hielo en *Jötunheim*. Y que con el tiempo, él se las enseñó a los hombres.

–¡Olan! Por fin te vemos –exclamó Phorum abriendo los brazos–. Pensaba que nunca saldrías del templo.

–Alguien tiene que velar por todos.

–Mil gracias por hacerlo –correspondió alegremente ebrio–. Pero también necesitamos a nuestro rey aquí.

–¡Pues aquí estoy! –Phorum le sirvió un trago de hidromiel.

–Ten, bebe por los dioses.

Observo a las mujeres danzar alrededor del fuego mientras cantaban. Sus vestidos volaban a través de los presentes magnetizando el aire a su alrededor.

–¿Tú no bailas? Preguntó Olan sonriente.

–No, prefiero verlas bailar –dijo Phorum señalando a una de las mujeres.

Olan al verla, bajo la cabeza y dio un largo sorbo.

–Has hablado con mi madre… –dedujo sombríamente.

–Ella hablo conmigo –aclaró–. Está preocupada por ti.

–Tengo que pensarlo.

–Lo sé, y sé que no es fácil para ti. Pero decidas lo que decidas, piensa en el bien de todos.

Estaba cansado de que le recordasen día y noche sus obligaciones.

–Sé muy bien lo que tengo que hacer –Su voz se ensombreció–. Ahora soy el rey de estas tierras y haré lo mejor para Drone.

En ese momento Liam reparó en su presencia y se acerco a ellos rompiendo el fino hilo de tensión entre ambos hombres.

–¡Olan ven! Bebe y baila con nosotros –espetó sobresaltado y lleno de alegría atrayéndolo a la hoguera–. ¡Uppsala te lo pide!

–Y espero que Uppsala dé, tanto como pide.

–¡Lo hará! Pero disfruta de su magia –espetó ofreciéndole unas setas–. Esto te ayudará a ver y a escuchar a los mismísimos dioses.

Después de su cautiverio en Iona, Liam había renacido de entre las cenizas. Su fe por los dioses había revivido, convirtiéndolo en un nuevo hombre lleno de esperanza.

Sin pensarlo dos veces, se metió varias setas en la boca y se sumió en la frenética danza del festejo. Las risas y el jolgorio eran contagiosos y se deslizaron bajo su piel como el viento. A medida que el místico trance aumentaba su juicio se emborronaba, exiliando el abatimiento.

Cuando el silencio comenzó a reinar en el bosque Olan se dejo caer sobre la espesura. Estaba totalmente hechizado por la magia que lo envolvía. La presencia de los dioses a su alrededor, era tan palpable y evidente que cerró los ojos sumiéndose en un profundo trance.

La música y los cantos de su pueblo, recorrían el paramo transformándolo todo en pura magia. El magnetismo del cielo, la tierra y el agua fluía a su alrededor como la brisa. El sonido de las campanas anunciaba la última noche de festejos. Y con cada repique caía en un sueño más y más profundo.

Poco después, un ruido lo despertó de su embriagadora inopia.

–¿Sientes a los dioses? –preguntó Dregk totalmente seducido por la magia. Por su voz supo que estaba de pie a poca distancia. – Esta noche, caminan con nosotros. Nos observan, mientras deciden nuestro destino y nublan nuestro juicio.

Sin moverse del suelo, Olan abrió los ojos.

–Los siento tan cerca como tú Dregk… –contestó mirando al cielo–. Fluyen a nuestro alrededor como sombras… Oscuras sombras que

fraguan nuestro porvenir.

Dregk se sentó a su lado y se dejó caer sobre el boscaje.

–Thor y Odín se sientan a nuestro lado después de nueve años y yo no puedo tenerme en pie…

El comentario y la embriaguez del trance, les hizo reír.

–Déjate llevar por su hechizo… –susurró cerrando de nuevo los ojos.

El éxtasis lo envolvía en un manto tan suave y tupido que no le permitía desfallecer. Tan solo, lo embargaba un incomprensible regocijo. Por alguna extraña y desconocida razón, volvía a sentirse en paz. Esa noche, el dolor, la tristeza y la agonía, habían desapareció. Al cerrar los ojos, sentía la presencia de Ammie cerca de él. Como si nunca se hubiese ido. Podía tocar su blanca piel, acariciar sus labios y ver sus hermosos y electrizante ojos color ámbar. Era una inconfundible y sublime satisfacción que lo devolvía la gloriosa presencia de Ammie llenándolo de una inconmensurable felicidad.

–Nueve… –La voz de Dregk, hizo que Olan emergiera de su ensimismamiento–. Hemos pasado nueve días entre los dioses, y ahora tenemos que volver…

–¿Qué crees que nos depararan? –preguntó lánguidamente.

Incorporándose contestó.

–Los dioses nos deparan días llenos de alegría, bonanza y…

Se detuvo antes de decir la última palabra. Amor. Él nunca más volvería a sentirlo. Sabía que era de aquellas cosas, que únicamente se podían tener una vez en la vida. Y por ello, atesoraría los momentos en los que sí, lo tuvo entre sus brazos. Aunque estuviera lejos de él, nunca dejaría de ser el pilar de su vida. La única mujer capaz de doblegar su alma y domar al lobo que lo dominaba. La única mujer capaz de robarle el corazón y huir con él. Y a pesar de ello, seguir amándola hasta la locura.

–Y llenos de paz –Terminó de decir Dregk.

–Sí, eso es lo que necesitamos. Paz. –Ofreciéndole la mano a Dregk continuó– Vamos a reunirnos con todos.

–No puedo, déjame aquí. Estoy en la gloria, Olan –murmuró extendiendo ambos brazos sobre el musgo–. Estoy exactamente donde quiero estar.

Olan rio al ver a su mejor amigo embargado por la paz y la serenidad.

Eso era Uppsala. Un refugio de paz para todos los peregrinos. El lugar

idóneo para reencontrar tu propio yo, y restaurar las mejores partes de ti. El templo, recomponía las devastadas almas de los guerreros después de la guerra y restauraba la paz en sus corazones. Era el bálsamo, que curaba las peores heridas infringidas en el alma. Lesiones invisibles al ojo del hombre, que sangraban día sí y día no.

En su caso, el dolor ya formaba parte del día a día y sin saber por qué. Sentir dolor, le devolvía a la vida. Mientras ese dolor perdurase, Ammie continuaría con él.

Prosiguió caminando, mientras el corazón del bosque palpitaba en torno a él. Las penumbras ocultaban algo en su interior. En la oscuridad de los arbustos una sombra lo acechaba. Tan solo la luz de las estrellas le permitía ver más allá, trazando un ralo camino. Avanzó a través de la espesura, hasta que algo lo detuvo. Y la imponente silueta de un lobo gris salió de entre las tinieblas del bosque. El glorioso animal color ceniza, camino lentamente hacia él.

Cualquier hombre habría temido a semejante animal. Pero él no tenía miedo, tan solo sentía respeto.

Cuando el esplendoroso animal estuvo lo suficientemente cerca de él, se dejó caer a sus pies. Su espesa pelambrera rozaba sus tobillos por la cercanía. Olan se agachó y sumergió sus manos en el tupido pelaje del lobo. La docilidad de aquel animal era perturbadora. ¿Por qué?

Un segundo después, otra silueta salió de las sombras y el inmenso lobo se puso en pie. Olan contuvo la respiración. No podía creer lo que estaba viendo. Instantáneamente reconoció la hermosa figura de la mujer vestida con un sedoso vestido carmesí.

Su preciosa Ammie.

Estaba completamente paralizado con su belleza. Seguía siendo la única mujer capaz de robarle el aliento con una sola mirada. La única capaz de doblegarlo por completo y no sentir dolor. Ella era su luz y su único Anhelo. La amaba hasta la locura y seguiría haciéndolo hasta que su alma se consumiera.

Inconscientemente sus pies avanzaron lentamente hacia ella. Temía que la embriagadora visión se desvaneciera. Ammie tenía sus preciosos ojos ámbar, fijos en él. Esbozaba una tenue y dulce sonrisa. La suave brisa mecía su vestido blanco convirtiéndola en un espejismo. A pocos centímetros de ella se detuvo y alzo una mano para tocarla. El dorso de su mano rozó suavemente su mejilla, a la vez que una descarga de emoción lo atravesaba. Era real. Sin poder resistirlo la sostuvo entre sus brazos y la beso dulcemente. La calidez de su aliento lo resucitó como un elixir de vida. Una fuente que lo colmaba de felicidad y esperanza.

–Te amo… –susurró contras sus labios.

En ese preciso instante, el inmenso lobo gris profirió un estruendoso y profundo aullido que lo sumió todo, en las sombras de un sueño.

–¡No! No te vayas…

Capitulo 26

En el exterior de la capilla, Lorrick McLeod caminaba sosegadamente junto al sacerdote Darian. La temperatura en el exterior era perfecta para pasear por el pequeño jardín que rodeaba la iglesia. La nieve había perecido ante la llegada de la primavera, dejando entrever el intenso verde de la hierba que escondía bajo su manto blanco. Todo renacía de nuevo en la isla.

–¿Porque Dios paga todos mis años de fe y devoción de esta forma? –murmuró Lorrick apesadumbrado.

–¿Qué es lo que ha hecho tan mal? –La voz de Darian permaneció serena.

Lorrick estaba tan encerrado en sí mismo que era incapaz de percibir la realidad. Tan confinado en su avidez que convertía los milagros en desgracias, y tan obcecado mirando su propio porvenir que únicamente buscaba culpables. Sus encapotados ojos negros, permanecían ciegos ante la hermosa bendición que Dios, había puesto ante él. Había olvidado la única cosa buena y pura que poseía; Su hija. Y prefería gobernar, a hacerla feliz. Sin darse cuenta, que el frágil corazón de Ammilie no sobreviviría en aquel lugar por mucho más tiempo sin el apoyo, y el amor de un padre.

–Él te ha devuelto a tu hija, tal y como pediste. No veo nada de malo en ello.

–Me ha devuelto a mi hija, eso es cierto. ¿Pero en qué estado?

–Viva. –Enfatizó la palabra de forma simbólica–. Deberías dar gracias por haberla recuperado.

Lorrick movió la cabeza negando.

–Eso es cierto. Pero todo se desvanece entre mis manos como la arena.

–Quizá es porque el destino que habías dispuesto para ella, no debía ocurrir –musitó deteniéndose para mirarlo–. ¿Nunca lo has reconsiderado? Todo ocurre por alguna razón, todos y cada uno de nosotros estamos aquí, por algo y para hacer algo.

–Pues ahora ando mas perdido que nunca… Llevo treinta años reinando y por primera vez en todo este tiempo, estoy entre dos aguas.

–¿Entre dos aguas? ¿Está reconsiderando su fe?

–No me malinterprete, padre. Sigo creyendo en Dios, y seguiré profesando mi fe por él, durante toda mi vida. Pero en ocasiones, no alcanzo a comprender por qué permite que ciertas cosas ocurran.

–Cree que lo que ha ocurrido es una desgracia ¿No es así?

Lorrick asintió tristemente.

–Ella es tan joven… Tan ingenua y pura. –La impotencia de su voz era palpable–. Y se dejó seducir por uno de esos paganos bastardos… –Sus últimas palabras contenían rabia e ira.

–Se equivoca –interrumpió–. Ammie es joven y temeraria, pero no es ninguna ingenua. Es la vida imagen de tu esposa, veinte años atrás. La misma hermosa, temeraria y fascinante mujer que enamoro al conde gris. El infranqueable soberano de la milicia, Lorrick McLeod.

–Mi querida esposa… –susurró agachando la cabeza–. ¿Qué pensaría ella ahora?

–¡Sería feliz! –Se sinceró Darian sin tapujos–. No tengo ninguna duda.

–Yo no veo ni un ápice de felicidad en lo ocurrido.

–Pues yo no lo veo la sombra de la desgracia en ningún lugar –rehusó–. Veo el reflejo de una bendición en los ojos de tu hija.

–Padre Darian, ahora mi hija, vive en pecado.

–Sí, eso es cierto. Pero a pesar que contradecir las leyes de Dios, no deja gozar de su dicha y protección. El sendero por el que el creador del cielo y la tierra nos lleva, no siempre es el más fácil. No siempre es el más llano. ¡El ser humano es extraordinario! –Enfatizó extendiendo las manos–. Tenemos la facultad de tornar las cosas malas, en buenas, de convertir la oscuridad, en pura luz. Y la capacidad, de reconciliar en cielo con la tierra, si es necesario. –Lo cogió por la muñeca antes de continuar– No reniegues de la luz que ilumina tu camino. Abre los ojos.

–Entonces padre, explíqueme como puedo hacerlo –El abatimiento le contraía el pecho–. Todo mí alrededor está sumido en las sombras y solo veo la oscuridad.

–Solo ves oscuridad… –repitió–. Creemos que el cielo de la noche es negro y oscuro, pero si le prestáramos la atención adecuada, veríamos que el sombrío paramo situado sobre nosotros, sostiene más luz, que la más brillante y ardiente de las hogueras –declaró alzando la mirada al cielo–. Si prestas atención al resplandeciente cielo nocturno. Podrás ver la preciosa luz que desprende a través de los destellos de las estrellas. Pero para poder ver esa preciosa luz. Debes relegar la oscuridad y mirar con los ojos del corazón.

El tormento que abatía el viejo corazón del conde, nublada el pálido ámbar de su mirada. El abatimiento de su cuerpo, lo mantenía perdido en una tupida y tenebrosa penumbra. Pero pondría todo su empeño en disipar esa espesa niebla y trazarle un sendero hasta el frágil y entristecido corazón de su hija.

–Darian, sea sincero conmigo, necesito más que nunca su sabio consejo ¿Cree que lo ocurrido, es el preludio de algo?

–Acontecimientos como estos, son siempre, el preludio de un nuevo comienzo Lorrick –declaró totalmente convencido–. La oscuridad de la que hablas, desaparecerá cuando mires a través de los ojos de tu hija. ¿Cuánto llevas sin hablar con ella? Hace mucho tiempo que volvió de las tierras del norte, y su presencia es invisible a tus ojos.

–No soy capaz, padre…

–Ella le necesita. Ammilie necesita a su padre –determinó suavemente deteniéndose de nuevo–. Su hija ahora porta en su abultado vientre el hijo de un soberano. El hijo de un buen hombre, que traerá a Iona la prosperidad y la felicidad que tanto anhelais.

–Pero eso habría ocurrido de todos modos, si su enlace con Connor Wood hubiese concluido. Ella es joven y puede tener muchos más hijos.

–Pero no de cualquier hombre –inquirió con tono seco–. Los hijos hay que concebirlos a través del amor, y tan solo la juventud hace crecer esa semilla. ¿De verdad crees que con el rey Wood tendrías asegurada la descendencia y el porvenir de este reino?

Lorrick arrugó el ceño ante la evidencia de las palabras. El sabio padre tenía toda la razón, pensó. La edad del viejo conde podría troncar la continuidad de su linaje.

–¿Ves ahora el centelleo de la luz en el cielo, McLeod? –susurró colocando una mano sobre su hombro–. ¿Ves la hermosa bendición con la que Dios te ha honrado?

En el semblante serio del viejo rey se desdibujó una sonrisa animosa.

–Y por último –continuó el padre–. Quiero que recuerdes los bellos ojos de tu hija y me digas que ves en ellos cuando la miras. ¿Ves amor? ¿Ves felicidad?

–Veo sombras y miedo… –murmuró con un hilo de voz y la mirada perdida.

–¿Y que mas Lorrick? Hay algo más en ellos…

McLeod volvió a recordar a su preciosa hija. En el reflejo de sus

recuerdos, volvió ver el brillo del miedo en su mirada. Y el temor iba acompañado de una evidente y arrolladora aflicción que ensombrecía el ámbar de sus ojos.

–Mi hija estaba triste… –dedujo sumido en adentros.

–Exacto. Por primera vez desde que volvió de las tierras del norte, ves realmente la sombra de desconsuelo que tiñe el alma de tu hija. Algo evidente para todos y desconocido para ti –declaró evidenciando su falta de tacto–. Está sufriendo de una forma terrible y dolorosa ¿Eso deseas?

–¡No! Por supuesto que no –refutó totalmente perturbado con la pregunta–. ¿Cómo iba a desearle eso?

–Entonces mi señor, debe actuar en consecuencia. –Le aconsejó sabiamente–. La intensa pena que embarga el frágil cuerpo de tu hija, es la culpable de todo. En ocasiones, las heridas de que más sangran y duelen, son las infringidas sobre el alma de los mortales. No son vivibles, pero son punzantes y en ocasiones. Mortales.

Lorrick se paralizó ante esa palabra "mortal" a la vez que un descomunal sentimiento de amparo embargaba su endurecido corazón. Protegería a su hija y a la pequeña bendición que estaba en camino, costase lo que costase. No podía perder a ninguno de los dos, o volvería a sucumbir a la terrible condena que sufrió muchos años atrás, al perder a su querida esposa. Su hija era lo único bueno que tenia y por lo único que habría luchado encarnizadamente hasta la muerte.

–No quiero perder a mi hija… –confesó abstraído–. Ella es lo único que tengo y ya sufrí su pérdida una vez. Pero… ¿Cómo puedo recuperarla?

El padre sonrió.

–Sus heridas deben ser curadas con afecto y comprensión. Y debe entender, que hacerla feliz, es lo único importante –Había cautela en la voz del padre–. Todo perece con el paso del tiempo. Todo se marchita, pero la dicha permanece en nuestros corazones, borrando las oscuras sombras de la congoja.

Lorrick resopló antes de continuar hablando.

–Realmente padre… No sé, como hacerla feliz…

–Sé que no es fácil. Y menos, si se trata de tu propia hija –Puso ambos ojos en blanco y continuó–. Pero tú, la conoces mejor que nadie. Eres su padre y has vivido siempre junto a ella. Para saberlo debes preguntarte a ti mismo ¿Que es lo que ella desea?

Mientas rumiaba acarició su tupida y larga barba.

–Ella no quería estar aquí… –murmuró finalmente–. No quería volver conmigo.

–Y nunca has pensado, ¿por qué? –Darian indagó más hondo–. ¿Porque ella querría permanecer en un lugar tan alejado de su hogar y su familia? Pocos sentimientos son lo suficientemente fuertes y grandes como para renegar de uno mismo y desear volver a empezar de cero.

La evidencia rebotó en su mente como un martillo. El deseo de su hija no era alejarse, sino permanecer junto a él.

–Amor… –musitó casi inaudiblemente–. Mi hija ama al joven de ojos marinos ¿No es así?

–Estoy total y absolutamente convencido de ello –confirmo esbozando una sonrisa–. Por esa misma razón, Dios no puede estar enfadado con ellos. Porque se aman. A pesar de no estar unidos por la iglesia, sus corazones están fuertemente ligados por el único sentimiento por el que Dios entregó su vida en la cruz. Amor. Eso es lo único que debe importarte y ahí, reside la felicidad de tu querida hija Ammilie.

Lorrick McLeod rememoró una y otra vez las sabias palabras del sacerdote. Sus consejos, habían iluminado su oscurecida mente y por fin veía claro lo que realmente tenía que hacer. Pero debía ser paciente, recapacitar las cosas un tiempo y pasado el letargo, actuar con suma prudencia.

****

La estación del renacimiento resurgía a su alrededor. Con la llegada de la primavera, la nieve había desaparecido y un tupido manto de vida cubría las montañas de un verde intenso. El lapso de tiempo había transcurrido con tanta rapidez que no había podido apreciar la belleza del paisaje hasta ese mismo instante. No recordaba haberlo visto jamás tan frondoso. El verde lo cubría todo, convirtiendo el bosque en un laberinto de luz y vida. La humedad del roció espolvoreaba la floresta creando bellos destellos de luz bajo el sol. Y la refrescante brisa descongestionaba su entumecido cuerpo harto de nieve.

Con el paso del tiempo Olan, había aprendido a gobernar. Había nacido para hacerlo. Por sus venas corría la sangre de un linaje puro, lleno de reyes y guerreros. Hacerlo tal y como su padre lo haría era su deber y su cometido. Y así lo había cumpliendo. Estaba gobernando con diligencia, honestidad y justicia. Y gracias a ello, la paz y la calma volvían a formar parte del día a día de Drone. Las venganzas, batallas y contiendas ya habían quedado muy atrás, sumidas en el pasado.

Amparar y proteger a su pueblo era su única prioridad. Pero en

ocasiones, su responsabilidad lo asfixiaba y lo aislaba de todo y de todos. Las sombras de la soberanía lo abrumaban de tal forma y con tanta fuerza que se sentía vacio por dentro. El inmenso y palpable hueco que había dejado su corazón se tornaba evidente. Y la frialdad de la soledad congelaba su alma convirtiéndolo en un espectro. En una vieja alusión de lo que él era. Un inmenso hueco, le recordaba en todo momento que su espíritu, residía muy lejos de allí.

Al otro lado del mar.

El dolor había desaparecido y las heridas habían cicatrizado. Pero a pesar del tiempo y la distancia, ella seguía ardiendo en su interior. Era un fuego crepitante que iluminaba su alma de paz. Era el fluir del agua que lo mantenía en calma. Y era la brisa del norte, que estremecía su cuerpo bajo su contacto. Ammie continuaba siendo todo para él. Jamás renunciaría al recuerdo de su imagen. La había amado con tanta fuerza que el mar que los aislaba, era tan solo un lago. Y el tiempo que los separaba, era tan solo aire.

Por alguna extraña razón, los dioses tampoco lo deseaban. Ellos la mantenían viva en sus sueños. Cada noche su mente evocaba habidos recuerdos de cuando estaban juntos. Momentos vividos que permanecían anclados a su presente, como si continuase junto a él. Con cada sueño, su imagen embellecía y su aura aumentaba. Era una extraña y sublime enajenación que la mantenía junto a él, como una alucinación real. Como si nunca se hubiese ido a pesar de su ausencia. La idolatraban de tal forma que la había convertido en su musa.

La lastima era que todos aquellos sueños y visiones no podía devolvérsela por completo. Su cuerpo seguía deseando fervientemente, tocarla, besarla y volver a sentir el hermoso timbre de su voz. Necesitaba que su sutil esencia a lilas, lo envolviera de nuevo devolviéndolo a la vida. Que sus manos y labios resucitaran aquella parte esencial de su persona que había perecido aquella triste noche en Iona. La necesitaba tanto como el aire. Tanto como el sol.

Olan tensionó silenciosamente su arco. Al otro lado de la punta de su flecha un inmenso ciervo pastaba en la espesura del bosque. Estiró aún más la cuerda hasta que la caña crujió. Un segundo después, el fuerte sonido de un cuerno reboto con un eco estridente en las montañas y la flecha silbo cortando velozmente el viento. El estruendoso ruido de un cuerno espanto a su presa y la flecha termino clavándose audiblemente en la copa de un árbol. ¡Maldición!

Sault y Svern reaparecieron a través del bosque con el cuerpo en tensión y los ojos nerviosos.

–¿Que está ocurriendo? ¿Por qué tocan el cuerno? –pregunto Sault alterado.

Sin contestar Olan corrió velozmente a través del bosque en dirección al acantilado. Subió el sendero con una agilidad asombrosa y cuando llegó a lo alto se detuvo.

Sault vio como el semblante de Olan se desencajaba ante las imágenes. Y el suyo hizo exactamente lo mismo al contemplar el horizonte.

Surcando el mar en dirección a Drone se diría dos grandes barcos de velas blancas. Detenidamente observaron el extraño navío. No era un barco mercante ni un buque de guerra. Pero llevaba un rumbo demasiado fijo como para estar varado en el mar.

–¡Vamos! – Olan comenzó a descender la colina rápidamente en dirección a Drone. –. Debemos llegar antes de que toquen la playa.

Corrió ágilmente sin cesar hasta llegar a las puertas de la aldea. Todos sus hombres ya lo esperaban. Y lo miraban decididos a la espera de nuevas órdenes. El brillo de la desconfianza destellaba en sus ojos.

Dregk se aproximo a él.

–Tengo un mal presentimiento.

–Podría ser una emboscada, también lo he pensado. –El cuerpo de Olan estaba tensó pero su voz era clara y contundente.

–¿Cuantos barcos son?

–Dos –confirmó– pero quizá hayan más y hayan desembarcado en otro lugar…

–Enviare una patrulla a vigilar las playas.

–Ármalos y armad a toda la aldea. Quiero que todo hombre mujer y anciano sostenga un arma hasta nueva orden.

–¿Y si Nos estamos adelantando? –masculló Svern–. Aún no sabemos si son amigos o enemigos.

–Prefiero desconfiar. Este pueblo ya ha sufrido suficiente Svern –declararon Olan y Dregk –. Tú y Sault protegeréis con veinte hombres más la entrada norte y oeste del pueblo.

Ambos hermanos asintieron fieramente y desaparecieron a través de la aldea.

–Dregk, tu vendrás conmigo junto a los demás guerreros –determinó antes de salir caminando–. ¡Los esperaremos en la playa!

Uno a uno sus hombres se posicionaron a su espalda en dirección a la

entrada este del pueblo. Dregk caminaba a su derecha sin dejar de observa el semblante de Olan. Su expresión permanecía pétrea e inescrutable ante la incertidumbre. Caminaba con rumbo fijo y sostenía su espada con tanta fuerza que sus nudillos se emblanquecieron.

Su capacidad de reacción era implacable y su habilidad estratégica había aumentado tras la sangrienta batalla de Tobermory. Todo su cuerpo se había templado como una espada al fuego, endureciéndose como el hierro. Y su pronta coronación había agudizado sus sentidos convirtiéndolo en un raudo y valiente rey. Si algo tenía claro, era que bajo su gobierno su pueblo permanecería a salvo durante años.

Al sentir la fría brisa de la playa alzó la mirada sobre el mar. El barco estaba a punto de tocar las costas, pero para su total desconcierto, se dirigía directamente al muelle, no a la playa. Un enemigo jamás haría eso… Jamás cometería semejante error.

Olan dio la señal y todos ascendieron en dirección al muelle. Rodearon la plataforma de madera y la iluminaron con antorchas de advertencia.

Si eran enemigos, aquel no era su lugar, pensó.

Inevitablemente el pueblo se apersonó armado con azadas y tridentes alrededor del muelle a la espera de que aquel gran barco atracase en sus tierras. En poco tiempo una horda de aldeanos cubría su retaguardia armados con todo tipo de utensilios punzantes. El orgullo hacia su gente atesoro y disuadió la sombra de la duda.

Una gran bandera blanca ondeaba en la proa del barco. Olan permaneció en calma y en silencio con la mano sobre la empuñadura de su arma. La espera se hizo eterna y la tensión aumentó entre sus hombres, al ver como el enemigo anclaba el navío al muelle. Aquellos hombres no portaban ningún estandarte que los identificara. Ninguna bandera que los reconociera como bienvenidos. Eran completos extraños varando en sus tierras.

Por fin el primero de ellos extendió una plataforma y descendió por ella quedando a los pies de la misma. En silencio uno a uno diez hombres descendieron del barco y se colocaron a ambos lados de la plataforma.

El último hombre en bajar desató gruñidos entre sus hombres. Su sangre se alteró al ver como aquel hombre portaba orgullosamente el estandarte gris ceniza de Iona. Su enemigo. Olan desenvainó su arma y la guardia enemiga hizo lo mismo. Dio un paso al frente decido a luchar pero algo lo detuvo.

Una última persona, cubierta con una larga capa gris comenzó a cruzar lentamente la pasarela. A media que avanzaba, su mano se posaba sobre las espadas de la guardia enemiga y estos envainaban las armas obedientemente.

Cuando alcanzó el muelle su desconcierto era total.

El aire abandonó sus pulmones en el preciso instante que la capa gris tocó el suelo. Su cuerpo se paralizó instantemente al reconocer los hermosos cabellos rubios que oscilaban al viento. Dejó caer su arma lánguidamente y dio un paso ante la increíble imagen. Los dioses lo querían volver loco y continuaban jugando con su perjudicado juicio. ¿Por qué?

Miró a su derecha y para total desconcierto y Dregk tenía la misma expresión absorta que él. A su alrededor y todos y cada uno de sus hombres estaban totalmente absortos.

Entonces, ¿Era real?

Al volver a mirarla, reparó en el vestido rojo que portaba. El mismo de su visión en el templo junto al lobo. Los dioses se la devolvían… Dio un paso al frente y Ammie sonrió. Sin poder evitarlo avanzó cada vez más rápido hacia ella.

Cuanto más cerca, más hermosa, mas suya…

Se detuvo a escasos centímetros de ella y sin poder evitarlo sostuvo su rostro entre las manos. Sus labios besaron los suyos dulcemente totalmente embriagados con la bendición con al que los dioses lo estaban honrando. Era ella pero a pesar de tenerla entre los brazos no podía creerlo.

La abrazó con más fuerza sin decir ni una palabra. En ese momento sus labios no hablaban sino sus corazones. Después de su larga separación únicamente los sentimientos podían hacerlo. Con cada beso, la herida de su separación cicatrizaba llenándolos de calma.

Después del largo letargo, sus almas por fin volvían a vivir juntas.

Embargado por una inexplicable e inmensa alegría, Olan dejó de sentir el inmenso y profundo hueco en su pecho. Ammie se deslizó entre sus brazos y suspiró como si por fin pudiese respirar.

Olan se separó lentamente de ella sin dejar de abrazarla.

–He soñado con este día durante tanto tiempo… –susurró Ammie contra su pecho–. Te he echado tanto de menos, amor mío…

–No hay día que no haya rezado por ti. No hay momento en el que hayas desaparecido de mis pensamientos. Rece a los dioses día y

noche por ti. Te necesitaba… –susurró Olan–. Y has vuelto…

Ammie sonrió dulcemente al escuchar su profunda voz.

–Hemos vuelto – La expresión de Olan se torno desconcierto.

Ammie desabrocho el pasador y dejo caer la segunda capa que cubría su largo vestido rojo y por segunda vez. Olan no supo que decir, únicamente entreabrió los labios atónito.

El brillo de sus ojos azules se torno más intenso y vibrante a medida de asimilaba la asombrosa noticia. Dulcemente Ammie se sujeto el abultado vientre con ambas manos mientras la expresión de Olan se suavizaba lentamente.

Sorprendido ante la benevolencia de los dioses alzó ambas manos y acaricio su vientre.

– Los dioses no me han abandonado –musitó a la vez que se dejaba caer de rodillas apoyando la cabeza sobre su vientre–. Ellos han escuchados mis suplicas y me hacen el mayor regalo que podría pedir…

Ammie acarició suavemente el cabello de Olan mientras este se abrazaba a ella totalmente embargado por la felicidad.

–Olan, quiero pedirte algo… –El asintió sin dejar de abrazarla–. Si es barón, quiero que se llame Harek.

Olan se puso en pie y los preciosos ojos añil la miraron llenos de felicidad. Su rostro estaba lleno de ternura y amor.

–Harek Loodrack… –Olan sostuvo sus manos, sonriente–. Mi padre estaría orgulloso.

–Seguro que en ente preciso instante, desde el Valhalla nos está viendo.

–Te amo Ammilie. Hoy, ayer y siempre, desde el primer que te vi –confesó dulcemente–. Y a pesar de la distancia, tu recuerdo nunca pereció en mi mente y tu presencia nunca abandonó mi corazón.

–Nunca tuve dudas, mi querido lobo negro –susurró entre sus brazos–. Te amo Olan, y mi amor por ti durará eternamente como la luna. Imperecedera, infinita e inmortal. Y a pesar del paso del tiempo, su brillo seguirá inundando mis días con tu luz. Aunque las estrellas apaguen y mi vida se extinga, te seguiré amando.

Con un profundo beso unieron sus almas ante los dioses y los hombres, mientras ambos corazones revivían su amor. El lobo negro que aulló durante noches la pérdida de su corazón, ahora resucitaba como el ave fénix. Las almas gemelas, a pesar del tiempo, la distancia

y las circunstancias “siempre” se reencuentran. El destino es el encargado de entrelazar los hilos adecuados para que la alegría siempre esté a nuestro alcance e ilumine nuestro camino con su luz.

Porque la felicidad es el único destino de nuestra existencia.

Epílogo

Olan caminaba lentamente por un extenso prado en lo alto de las colinas. La luz del cálido sol bañaba todo el paramo invadiéndolo de paz y tranquilidad. Avanzaba tranquilamente con la mirada fija en la penetrante belleza de la naturaleza. El intenso rojo de las amapolas contrastaba con la intensidad del verde, creando una imagen angelical. La calma invadía todos y cada uno de sus sentidos.

Una dulce y sutil risa desvió su atención.

Al mirar a su derecha vio a Harek. Con tan solo tres años su precioso hijo había adquirido toda la belleza de su madre y la valentía de su abuelo. Era todo aquello que siempre había deseado, valiente, honesto e inteligente. Su cabello rubio crepitaba bajo la luz del sol, mientras perseguía una pequeña mariposa de alas rojizas. Danzaba por el prado mientras su risa lo envolvía todo en un recoveco de armonía.

Alzó la mirada al otro lado del prado y sin poder evitarlo, dibujo una amplia sonrisa.

La imagen de su preciosa esposa seguía eclipsándolo igual que la primera vez que la vio. De piel blanca, cabellos rubios como el oro y ojos color ámbar. Ammie seguía siendo la más hermosa de las mujeres. La única capaz de robarle el aliento. La única capaz de robarle el corazón, a un lobo negro. Su vestido carmesí bailaba con el viento a la vez que avanzaba hacia él. En su abultado vientre florecía de nuevo, una pequeña y hermosa vida. Los dioses los habían bendecido con la gracia del amor y la abundancia. Y habían regalado a Drone el remanso de paz que tanto merecían, después de las arduas batallas del pasado.

Apartó la mirada de Ammie al sentir una cálida mano sobre la suya. Se detuvo y abrió su palma. Absorto observó la pequeña y encantadora manita que sostenía la suya. Las imágenes cobraron vida ante sus ojos. Los dioses ya se lo habían mostrado una vez, hacía mucho tiempo. En su sueño…

Se agachó a la altura del pequeño ángel de cabellos rubio y se sentó sobre el verde césped. Sus facciones eran redondeadas y dulces, y sus mejillas estaban teñidas de un suave color carmín. Acarició dulcemente su moflete y Harek lo miró risueñamente a los ojos.

El intenso y familiar azul cielo de su iris entremezclaba los matices marinos y añiles exactamente igual que los suyos. Su pequeño lobo era la perfección encarnada en un pequeño y frágil cuerpecito de príncipe.

Un pequeño y valeroso guerrero.

En ese momento Ammie se dejó caer lentamente a su lado con cambas manos sobre su vientre. Su rostro irradiaba la mismísima esencia del júbilo. Con el tiempo el ámbar de sus ojos había adquirido un matiz más intenso y vibrante. Y su belleza, aumentaba inexorablemente ante sus ojos día tras día.

Instintivamente la rodeó con un brazo de forma protectora.

–Eyra… –susurró Ammie.

Olan esbozó una sonrisa.

–Es perfecto –declaró–. Así se llamará.

–Es el nombre de la Diosa de la salud, la eufórica y la alegría –murmuro sin dejar de acariciar su vientre–. Quiero que su nombre refleje todo aquello que siento por ti.

–Entonces, debería llamarse felicidad –susurró estrechándola con más fuerza–. Porque es lo único que siento cuando te tengo entre mis brazos…

Ammie sonrió ante las hermosas palabras y besó los dulces labios de su guerrero. Con el paso del tiempo, el amor, había amansado el alma de la bestia y encandilado el corazón del fiero animal que moraba en la oscuridad.

Ahora era la esposa del feroz y apasionado lobo negro. Rey de los clanes del norte, aliado de las tierras del sur y progenitor de la concordia y la paz del reino. En el interior de su amado Olan, únicamente residía la bondad, el honor y la valencia de un verdadero rey.